

THE

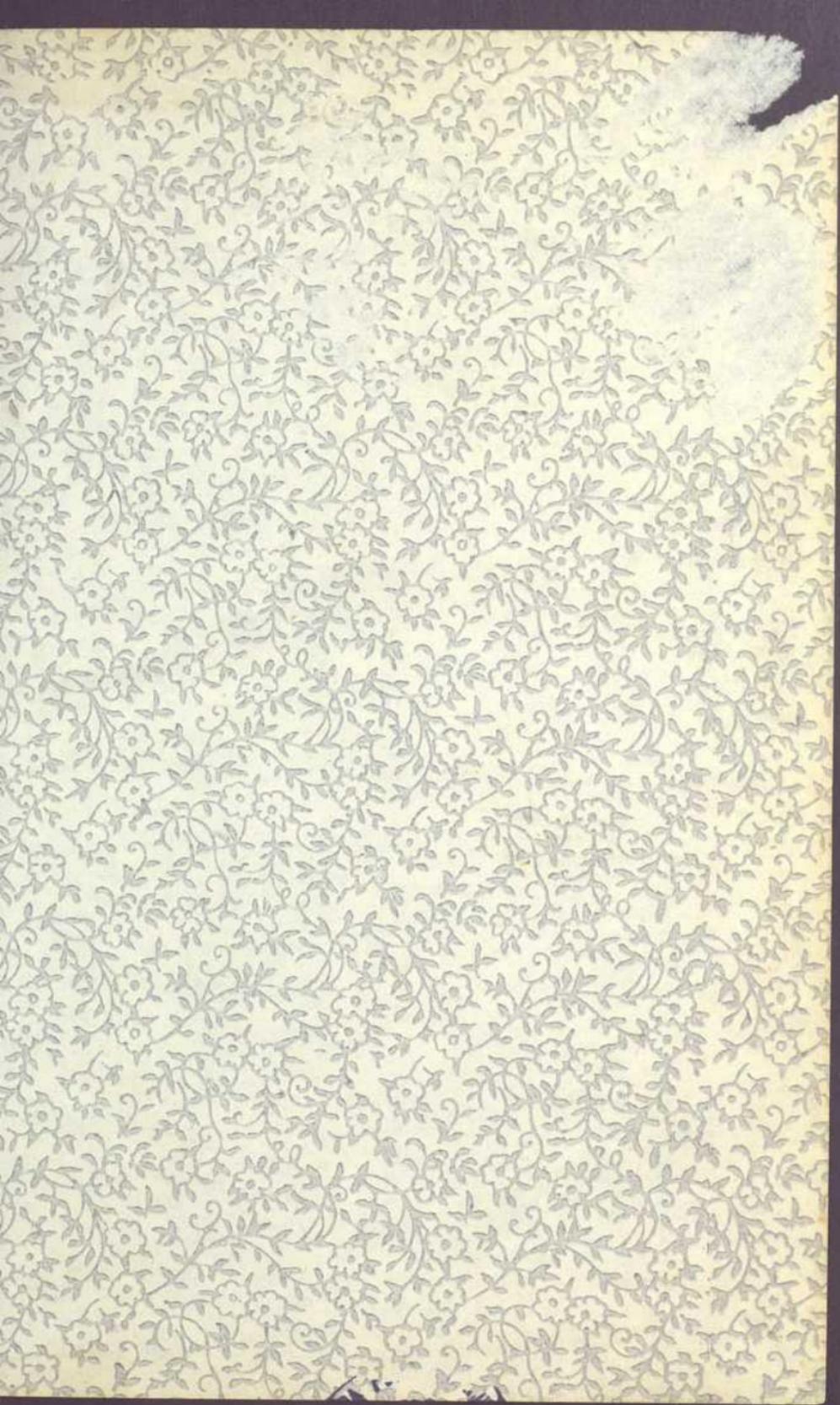


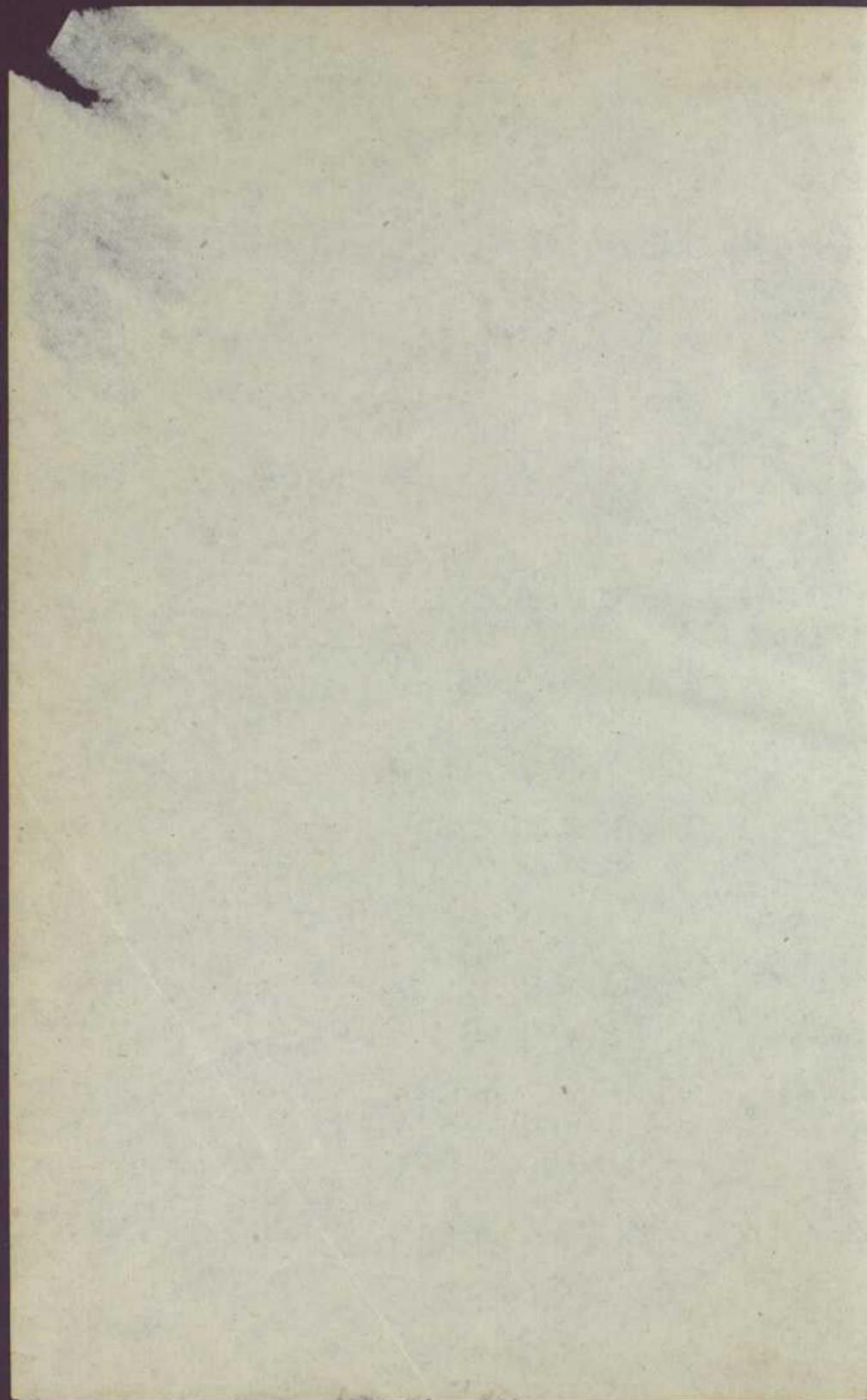
Biblioteca Pública de Teruel

Sala

Estante ~~D-1~~

Signatura ~~27~~

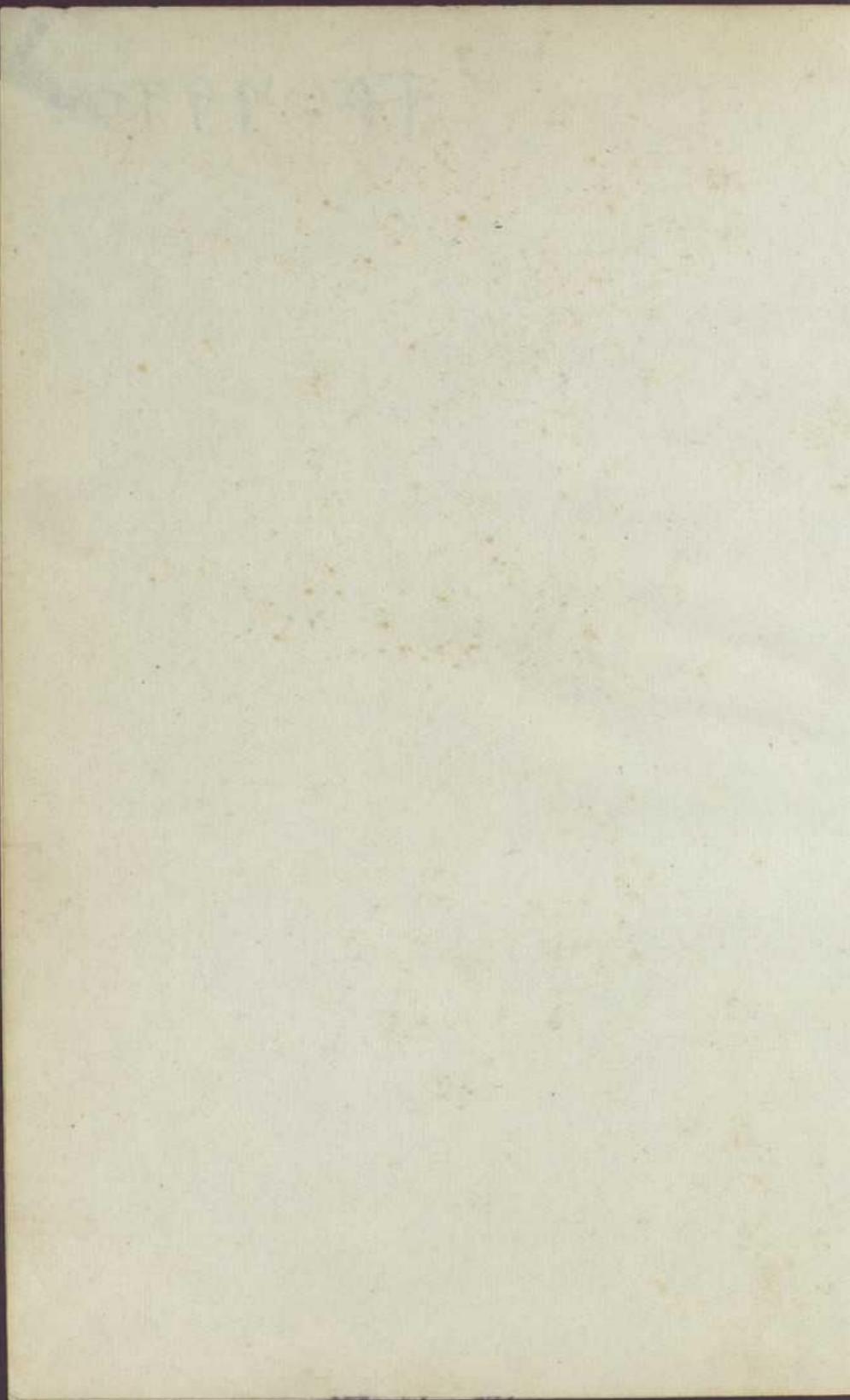




FA-4990

LA BANDERA DE LA MUERTE





LA BANDERA DE LA MUERTE



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1031
VICTOR BALAGUER

FA-4990

LA BANDERA DE LA MUERTE

(Segunda parte de Don Juan de Serrallonga)

NOVELA HISTORICA



~~R-8474~~
MR-11945
EDITORIAL TESORO

EDICIONES SIGLO XX

Avenida de José Antonio, 43

MADRID

VICTOR BALAGUER

LA BANDERA DE LA MUERTE

(Segunda parte de Don Juan de Austria)

RESERVADOS LOS DERECHOS
PARA LA PRESENTE EDICION.
MADRID, 1949.

José Ruiz Alonso, impresor-San Bernardo, 79-T. 24 86 51-MADRID



PRIMERA PARTE

LA «BANDA NEGRA»

CAPITULO PRIMERO

Nada más triste que ver el cielo cubierto por esa negruzca y sombría capa de nubes que, como una lámina de plomo, se interpone a veces entre la tierra y el bello ilimitado azul del horizonte.

Al faltar el sol, los campos pierden su encanto, las aves no cantan sus armoniosos coros, las mariposas no revolotean en torno de las flores; tierra sin sol es triste, incolora, porque no hay armonías.

Un joven jinete, un día oscuro y tempestuoso, salía de Gerona cuando daban las ocho de la mañana en el reloj de su célebre catedral. ¿Adónde se dirigía? Nosotros, usando de licencias concedidas a los novelistas, sabemos adónde va y no creemos importuno decirlo: se encamina este joven jinete hacia la villa de Gualba, sita en las faldas del Montseny.

La villa de Gualba, en la época de nuestra curiosa narración, era un pueblo dependiente de una casa o castillo señorial, del que hoy apenas quedan algunos paredones. Era éste un vasto y espacioso edificio que tenía todo el aire de una fortaleza sin ser realmente tal, puesto que carecía de fosos, murallas y puente levadizo. En cambio, sus paredones eran dobles, sus ventanas muy elevadas, y el edificio remataba por un ángulo en una gruesa torre que daba sobre el valle, dominándolo en gran parte. Al extremo opuesto, o sea por el lado de la montaña, se levantaba un lienzo de edificio, de un solo piso, unido al cuerpo principal, pero en parte independiente de él, y de construcción mucho más moderna. Allí estaban las dependencias del castillo, las cocinas, bodegas, habitaciones del mayordomo y de los criados y demás estancias secundarias, quedando todo lo que verdaderamente formaba el castillo para morada de sus dueños, que lo habitaban en ciertas épocas del año.

Una calle de árboles unía el castillo al pueblo, cuyos habitantes sentían ciertamente de una manera muy viva la opresión tiránica de su orgulloso señor, uno de los barones más intratables y fieros de aquellos tiempos, uno también de los más odiados por sus infelices vasallos, que sólo le respetaban por el miedo que les infundía y por la costumbre, arraigada tradicionalmente en las familias, de respeto y consideración a sus naturales señores.

El poseedor de este castillo, en aquel entonces, era don Diego Rodrigo Calderón, señor castellano, pariente de Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, que, después de haber llegado a la cumbre del poder y a la privanza del rey Felipe III, acabó por morir en un cadalso. Don Diego Calderón, por enlaces de familia, había heredado el señorío de Gualba en Cataluña, y desde entonces unió a sus nombres y títulos el de barón de Gualba.

... ..

En el momento que comienza nuestro relato, el frío se había ido haciendo cada vez más intenso, y desde el principio de la tarde los servidores del castillo, que parecían ser por lo pronto sus únicos habitantes, se habían refugiado en el ancho hogar de la cocina, entregándose allí tranquilamente a sus pláticas y conversaciones, al amor de la lumbre y al grato calor que se desprendía del anchuroso hogar, en donde el fuego hacía gemir corpulentos troncos.

En el sitio preferente, puesto reservado a su elevada dignidad, medio tendido en un sillón de cuero, el mayordomo Mateo hacía gala de su pronunciada obesidad; a su lado, y sentada en un sillón exactamente igual, como si compartiera con él el mando, Elena o Lena, como la llamaban, el ama de llaves, se mantenía tiesa y empinada como un huso.

Estos dos personajes parecían ser los más importantes de la reunión, en ausencia de sus amos. Mateo y Elena poseían la completa confianza del barón, que les dejaba el manejo interior y exterior del castillo, siendo ellos quienes se entendían con los vasallos para cobrar los réditos, siendo ellos, en una palabra, los que manejaban la hacienda de don Diego y los que se convertían también en pasivos ejecutores de sus tiránicas voluntades. Por lo que toca al barón, no acostumbraba ir a su castillo más que dos o tres meses, en verano. El resto del año lo pasaba con su esposa en Madrid o Barce-

Iona, y todo quedaba entonces a cargo del experto mayordomo y de la inteligente ama de llaves.

Ocupaban, pues, estos dos personajes la derecha del hogar, a cuya izquierda se veían dos rústicos bancos. En el uno estaba sentada Gertrudis, gentil y vivaracha joven, huérfana que un día fué recogida en el castillo, que allí se había criado y crecido, y que era también un poco respetada por todos a causa de ser la favorita de la señora baronesa a la cual, cuando estaba en el castillo, no dejaba un solo instante, acompañándola a todas partes, sirviéndola a la mesa y durmiendo en su propia antecámara.

Al lado de Gertrudis, mirándola de cuando en cuando con ojos un tanto indiscretos, se hallaba Pedro, el guardabosque del castillo; Pedro, charlatán como el que más, pero honradote y fiel como él solo.

El otro banco estaba ocupado por los servidores de menor categoría: dos mujeres que servían para las faenas de la cocina, y cuatro criados destinados al servicio de la casa, sin contar cuatro o cinco más, entre mozos de mula y de labranza, que en aquel momento no se hallaban allí presentes.

Finalmente, en medio, en el sitio que dejaban al descubrirto los sillones y los bancos, estaba sentado a la oriental y sobre el blando suelo un muchacho de imbécil fisonomía, de ojos grandes, y redondos, que cuando no tenía caballos a los que llevar a beber, ni asador a que dar vueltas, ni cabras que llevar al pasto, se sentaba en el suelo, se cruzaba de piernas, y entreteníase en contar, una por una, las vigas del techo, volviendo a comenzar su operación una vez concluída la cuenta.

No hay duda de que la ocupación era amena y variada, y como las vigas no eran más que trece, resultaba que la pobre criatura no sabía contar más que hasta el número trece. El mayordomo Mateo había creído encontrar cierta semejanza entre la estúpida fisonomía del muchacho y el mochuelo, habiendo comenzado a llamarle con este nombre. De aquí se originó que todos en el castillo le llamaban *Mochuelo*, y que su verdadero nombre no era sabido de nadie, ni de él mismo.

Apenas era conocido el metal de su voz. Cuando tenía hambre, pedía pan; cuando tenía sed, pedía vino. Estas y otra docena de palabras eran lo único que claramente pronunciaba. En cambio, labraba que era un gusto. Dormía con *Turco*, el gran cancerbero del castillo.

Mochuelo, según su costumbre, contaba las vigas del techo

y tiraba de las orejas a *Turco*, que, tendido junto a él, las patas extendidas y el hocico sobre las patas, le dejaba hacer tranquilamente.

En aquel momento la tempestad pareció arreciar con más furia, y una verdadera manga de viento fué a romperse contra las paredes del castillo, haciéndolo estremecer, abriendo con furia algunas puertas y ventanas, y dejando escapar lúgubres silbidos al penetrar por los corredores y habitaciones.

—¡La Purísima Virgen de Montserrat!—murmuró Lena, incorporándose a medias en su sillón—. No parece sino que esta noche es el fin del mundo. Gertrudis. Se me figura que una de las puertas que he oído batir por el viento es la de comunicación con el castillo. Quizá la hayas dejado abierta esta mañana, cuando arreglaste las habitaciones.

—No, señora—contestó Gertrudis—; estoy segura de haberla cerrado.

—Pero no me has devuelto la llave, creo.

Una mirada experta hubiera creído notar cierta turbación en la joven. No obstante, si fué así, pasó con la rapidez del rayo, porque Gertrudis contestó en el acto, con voz perfectamente segura y con una especie de candidez:

—Es verdad. La he dejado olvidada encima de la mesa de mi cuarto. Ya os la devolveré mañana, señora Lena.

La contestación de Gertrudis pareció haber satisfecho a la señora Lena, y no volvió a promover el incidente de la llave.

—¡Al diablo la tempestad!—exclamó Mateo, oyendo cómo la lluvia arreciaba y menudeaban los rugidos del viento—. Parece que va a durar hasta mañana, y en noches como ésta no se puede dormir en este viejo castillo.

—¡Medroso!—murmuró Cristóbal entre dientes.

—¿Le tenéis miedo a que el diablo os tire de las piernas, señor Mateo?—le preguntó Pedro, el guardabosque, que era el único que se atrevía a tomarse con él y con Lena cierta familiaridad y franqueza.

—Yo no le tengo miedo al diablo, Pedro. Los buenos cristianos...

—¿Qué diríais si durmieseis en la sala roja?—exclamó Lena sin volver la cabeza.

—¿La sala roja? ¿La de la torre?—preguntó Gertrudis—. ¿Pues qué hay en ella?—volvió a preguntar la muchacha.

—¡Cómo! ¿Eres de la casa y no lo sabes? Es la sala en que aparece el espectro blanco de Gualba.

Y la señora Lena dijo esto haciendo la señal de la cruz. Todos los que allí estaban reunidos, excepto Pedro, que hacía poco caso de espectros y fantasmas, sintieron como una especie de estremecimiento y de sudor frío al oír las palabras pronunciadas con misterioso acento por la vieja ama de llaves.

—¡El espectro blanco de Gualba!—murmuró Gertrudis—
¿Y qué es eso, señora Lena?

—Es una tradición de familia:

—Contádnosla, y así mataremos entretenidamente el tiempo—dijo el guardabosque.

Lena, que ardía más que nadie en deseos de narrar la conseja, se excusó, sin embargo, para hacerse de rogar.

—No sé si debo—dijo.

—¿Por qué?

—Primeramente porque, como tradición de la casa, puede decirse que es un secreto de familia, y luego porque hoy es noche de tempestad y, lo que es peor aún, es la noche del Día de Difuntos.

—¿Y eso qué tiene que ver?—preguntó Pedro.

—Mucho que sí. La última vez que se presentó el espectro blanco de Gualba, siendo yo niña y rapazuela, fué precisamente durante la noche del Día de Difuntos y en ocasión en que una deshecha tempestad como la de hoy hacía estremecer los viejos cimientos del castillo; pero si queréis, la contaré.

La tempestad iba arreciando, y Lena comenzó así su historia.

* * *

Hace ya mucho, mucho tiempo, cuando este castillo y pueblo no pertenecían aún a la familia de Calderón, era señor de Gualba el anciano barón Guillén, cuya esposa había muerto sin dejarle más que una hija.

Viéndose sin un sucesor varón a quien poder legar su nombre y título, el buen señor, a pesar de su ancianidad, resolvió contraer nuevas nupcias, esperando que Dios bendeciría el lazo que iba a formar.

Eligió por lo mismo una joven modesta y bella, hija de una de las principales familias de la comarca. Fijóse la boda para el día 3 de noviembre, y la víspera, no obstante ser Día de Difuntos, quiso el barón obsequiar a varios de sus amigos con una caza al jabalí en la vecina montaña de Montseny.

Sin duda Dios, ofendido de que el barón consagrara tal día como hoy a mundanos placeres, decidió castigarle para ejemplo y escarmiento de todos. Es lo cierto que el barón, que había partido alegre y contento para la caza, sólo volvió cadáver a este castillo.

Sus pajes y sus compañeros de placer trajeron por la noche su ensangrentado y mutilado cuerpo. En el instante en que iba a herir a un jabalí, su caballo, asustado, se alzó sobre sus pies traseros y le despidió de la silla, cayendo el pobre barón al lado mismo de la fiera, que se arrojó sobre él, dejándole cadáver antes que pudieran acudir en su auxilio.

Con la muerte del barón Guillén, acaecida el Día de Difuntos, el castillo y baronía de Gualba debía pasar a su hija Clotilde, casada un año antes con uno de los nobles antecesores de nuestro actual señor. Dicen que Clotilde era una hermosa joven de veinte años, pálida como un lirio acuático y con unos ojos que brillaban como estrellas.

En cuanto supo la muerte desgraciada de su padre, acudió presurosa, pero ni aun tuvo el triste placer de verle cadáver. El barón Guillén dormía ya entre sus antepasados, bajo la marmórea losa de su sepulcro. Cuentan que el difunto caballero tenía un primo, de corazón malvado y de ruines instintos, que ambicionaba la baronía.

Este hombre infame, al ver que los ricos dominios de Gualba iban a pasar a manos de una mujer, pudiendo ser suyos a no mediar este obstáculo, resolvió deshacerse de la infeliz Clotilde, asesinándola si no había otro recurso.

En efecto fué así; a favor de una horrible noche de tempestad, muy parecida a esta, Arnaldo, que éste era el nombre que llevaba, saltó las tapias del parque, y por una escalera secreta pudo introducirse hasta la sala roja de la torre, en donde, entregada a los goces del sueño, descansaba tranquilamente la baronesa Clotilde, cuyo esposo y señor se hallaba entonces en la guerra.

Una doncella de Clotilde, que dormía cerca de la estancia de ésta, y a quien aquella noche tenían desvelada los rugidos de la tempestad, creyó oír ruido y un grito de agonía en el gabinete de su señora. Llamó en el acto con desaforados gritos a la demás servidumbre del castillo, y todos se precipitaron en la sala roja.

Un horrible espectáculo se ofreció entonces a sus ojos. La joven baronesa, con la negra cabellera flotando sobre sus des-

nudos hombros, envuelta en su vestido blanco, yacía al pie de la cama, bañada en la sangre que brotaba de una herida profunda, abierta en su seno por un afilado puñal.

Los remedios que prontamente se le aplicaron fueron inútiles. Estaba muerta, y su misterioso e ignorado asesino había desaparecido. Un velo impenetrable cubrió por el momento aquel crimen. Como Clotilde había muerto sin sucesión, su pariente Arnaldo se presentó a reclamar la herencia y los dominios de Gualba, entrando en posesión de ellos a pesar de las gestiones que hizo el esposo de la difunta.

Cosa de un año poco más o menos disfrutó de sus dominios el nuevo barón, de quien se observó que jamás entraba en la sala roja, ni permitía que nadie entrara tampoco.

Arnaldo no sólo era de mal corazón, sino que tenía un detestable vicio. La mayor parte de las noches las pasaba con algunos compañeros tan perversos como él, apurando sin tasa el contenido de cuantas botellas y jarros de vino se le presentaban delante, hasta que caía embriagado debajo de la mesa, en donde tenían que ir a buscarle siempre sus criados para trasladarle a su lecho.

Una noche, era también la del Día de Difuntos y una espantosa borrasca se había desatado sobre la comarca; una noche, el barón Arnaldo se entregaba a su acostumbrada orgía con sus compañeros de siempre. El vino se había subido ya a la cabeza de todos ellos, cuando uno que, al parecer, no estaba aún tan ebrio como los demás, alargó el brazo y por la ventana del comedor, que estaba abierta, les hizo observar una luz que brillaba en la sala roja de la torre, donde nadie había puesto los pies desde el asesinato de Clotilde. El barón Arnaldo, lo mismo que sus compañeros, vió la luz que brillaba en la ventana de la sala roja, y cuentan que a pesar de su embriaguez, se puso pálido como un cadáver.

Notáronlo sus compañeros, y comenzaron entonces a dirigirle zumbas y a burlarse de él diciendo que tenía miedo. Arnaldo se esforzó por aparentar un valor que realmente no tenía, y haciéndole decir el vino lo que nunca se hubiera atrevido a decir en sano juicio, apostó a que iría en persona a la sala roja para averiguar de qué provenía la luz que se veía brillar a través de su ventana.

La apuesta fué admitida, y Arnaldo se vió en la precisión de cumplir su oferta o pasar a los ojos de todos por un medroso y un cobarde. Hizo, pues, un esfuerzo para levantarse de

la silla, y con paso vacilante atravesó las habitaciones y alrededores del castillo, dirigiéndose a la sala roja.

La puerta estaba cerrada, y, sin embargo, en el interior de la estancia ardía una misteriosa luz. Temblábale el corazón a Arnaldo cuando dió orden para que descorriesen los cerrojos de la puerta y la abriesen.

En el momento en que ésta se abría y en que el barón, cuyo cuerpo temblaba como hoja en el árbol, daba un paso para penetrar en la sala, resonaron en la puerta exterior del castillo furiosos y repetidos golpes, que retumbaron de un modo lúgubre bajo las bóvedas. Arnaldo palideció; pero como sus amigos le observaban, avanzó un paso y puso el pie en el interior de la sala.

En aquel instante volvieron a repetirse, pero de un modo más furioso y descompasado, los golpes que habían sonado en la puerta del castillo, y a estos golpes sucedió un grito horrible del barón. Penetraron en la estancia, pero sólo fué para verle caer desfallecido. Los primeros que entraron en la sala roja dijeron luego que, en pie en mitad de la estancia, habían visto a una mujer muy pálida, vestida de blanco, desmelenado el cabello, con una luz en la mano izquierda, mientras que con la derecha señalaba una profunda herida abierta en su seno y de la cual brotaba un arroyo de sangre que manchaba la blancura de su traje.

El fantasma desapareció en cuanto hubo caído Arnaldo y así que sus amigos penetraron en la sala. Por lo que toca al barón, ya no volvió a levantarse. Su desmayo se convirtió en muerte.

A los pocos instantes penetraba en la sala el esposo de la difunta Clotilde, que era el que con repetidos golpes llamaba a la puerta del castillo. Había sabido de un modo positivo que Arnaldo era el asesino de Clotilde y acudía para vengar en él su muerte. Afortunadamente, la venganza de Dios se había anticipado a la suya.

Desde entonces el espectro blanco de Gualba ha aparecido algunas otras veces, cuando ha tenido que sobrevenir alguna terrible desgracia a los propietarios del castillo, habiéndose observado que siempre aparece en la sala roja, con una luz en la mano, en la noche de Difuntos, mientras que atruena el espacio la tempestad, y cuando suenan golpes misteriosos en la puerta exterior del castillo.

Yo recuerdo que, cuando niña, oí una noche sonar esos

golpes y vi luz en la ventana de la sala roja. Al día siguiente se dijo que había aparecido el espectro, y antes de terminar el año había muerto el barón, padre de nuestro actual señor.

CAPITULO II

Lena calló y un silencio sepulcral reinó en torno suyo. La sangrienta historia que acababa de contar había impresionado profundamente a todos los oyentes.

Pedro trató de reírse, pero se abstuvo. Cristóbal mismo, para disimular su miedo y la impresión que le causara la narración, se levantó y se acercó a la una ventana que daba al patio con el pretexto de ver si menguaba la tempestad.

Acababa de abrir los cristales y había asomado su cabeza para observar el cielo, cuando, temblando y descompuesto el semblante, lanzó un grito escalofriante.

—¡La luz! Hay luz en la sala roja.

Y en el mismo instante en que acababan de salir de sus labios estas palabras, un ruido metálico y prolongado entró por la abierta ventana con una bocanada de viento que agitó las llamas del hogar y que se escapó por la chimenea lanzando agudos y lúgubres silbidos.

El ruido se repitió en seguida, haciendo retumbar las bóvedas del castillo. Era causado por la gruesa aldaba de la puerta exterior que una mano vigorosa parecía agitar repetidamente y con fuerza.

Todos los habitantes de la cocina saltaron en sus asientos, mientras que Cristóbal se había quedado delante de la ventana, con la boca abierta, los cabellos erizados y dominado completamente por el terror. Hasta al mismo Pedro, en aquel instante, hubo de darle un vuelco el corazón.

* * *

Al ruido de los golpes aplicados con fuerza a la puerta exterior del castillo, *Turco* y *Mochuelo*, tendidos en un rincón, se despertaron sobresaltados, levantándose ambos sobre sus cuatro pies. *Turco* se puso a ladrar.

Pedro, el guardabosque, dominado ese primer momento de

ansiedad que hasta el hombre más valiente se ve obligado a sentir en tales circunstancias, Pedro, repetimos, se acercó a Cristóbal, a quien cogió del brazo, sacudiéndole fuertemente.

—¡Estúpido!—le dijo—. ¿No estás oyendo que llaman a la puerta? ¿Qué diablos de pavor os ha sobrecogido a todos?

Y mientras hablaba así, su mirada tomaba por la abierta ventana la dirección de la torre. Esta permanecía oscura, envuelta en las sombras. La luz que había aparecido en una de sus ventanas era una ilusión de Cristóbal, o en caso de ser real, desapareciera al estremecerse la puerta bajo los golpes que le eran aplicados.

—¡Cobarde!—prosiguió diciendo Pedro a Cristóbal—. El miedo te hace ver visiones. ¿En dónde está la luz que decías haber visto?

Al oír que no se veía ninguna luz en la torre, los oprimidos pechos de todos los comensales reunidos en la cocina parecieron dilatarse y respirar.

La gruesa anilla de hierro que servía de aldaba a la puerta exterior volvió a caer redobladas veces sobre el martillo. Los habitantes de la cocina, algo más tranquilos, recibieron ya esos nuevos golpes con menos sobresalto.

—¿En qué quedamos?—preguntó Pedro, que parecía interesado en calmar a todos, haciéndoles ver que sólo provenía aquel incidente de un acontecimiento natural—. ¿En qué quedamos?—repitió, dirigiéndose a Cristóbal—. ¿Vas a abrir o voy yo?

Cristóbal se dirigió entonces hacia la puerta, refunfuñando y jurando haber visto la luz. Como su miedo no se había extinguido aún totalmente, sus rodillas temblaban y sus dientes castañeteaban. Por lo que toca a *Turco*, había cesado en sus lamentos, como si su olfato o su instinto le hubiese dicho que el que llamaba no era enemigo. Así es que se tendió otra vez en el rincón de la cocina, y lo mismo hizo *Mochuelo* a su lado.

A los pocos instantes, dos nuevos personajes entraban en la cocina, precedidos de Cristóbal, que les abriera la puerta, y de Pedro, que se había adelantado por precaución hasta mitad del patio, donde pudo acabar de convencerse de que la torre estaba sumergida en la mayor oscuridad. Echemos una mirada sobre nuestros dos nuevos personajes.

A uno lo conocemos ya. Era el joven de gallardo continente, que, jinete en bravo alazán, hemos dado a conocer como primer personaje.

El otro era un montañés catalán, pues vestía el traje de tal, con la correspondiente barretina, manta al hombro, calzones cortos y alpargatas. No obstante su traje, la fisonomía de este hombre revelaba inteligencia y su mirada era altiva y profunda.

La llegada de esos dos personajes dió una nueva dirección a las ideas de los habitantes del castillo, y acabó de ahuyentar las sombras de miedo que todavía parecían llenar la atmósfera.

En todas épocas ha sido la hospitalidad una de las virtudes del pueblo catalán. Inmediatamente que los dos viajeros hubieron puesto el pie en la cocina, todos, comprendiendo que reclamaban un hospitalario abrigo, se apresuraron a rodearlos, ofreciéndoles sus servicios. Hasta la misma Lena abandonó por un instante su gravedad y se puso en pie, a cuyo acto contribuyó también la mirada que arrojó sobre uno de los dos viajeros, al que juzgó de clase distinguida por su traje.

En cuanto al montañés, parecía ya ser conocido de los habitantes del castillo, puesto que, a más de estrecharle cordialmente la mano Pedro, el guardabosque, fué saludado por Lena con las siguientes palabras:

—Buenas noches, Cayetano. ¿De dónde venís con ese horrible tiempo?

Aquel a quien se acababa de designar con el nombre de Cayetano se adelantó entonces hasta el centro de la estancia, donde le daban de lleno los rayos que despedían las llamas del hogar, y dijo:

—Buenas noches, señora Lena; buenas noches, señor Mateo... Me alegro de veros tan dispuesto y buen mozo como siempre que es un tiempo horrible, señora Lena? Tenéis mucha razón. Los demonios del *gorg negre* han escogido la noche de hoy para salir a hacer de las suyas.

Las miradas de todos se fijaron en el caballero. Su traje se hallaba en un estado deplorable. Su capa estaba empapada en agua, lo mismo que su vestido interior, y sus botas llenas de barro.

—Bien venido sea ese caballero al castillo de Gualba—dijo entonces Lena—, y le suplico que se acerque al hogar y secar las ropas. Hallándose ausente nuestro señor y dueño el barón, al señor Mateo y a mí cumple llenar los deberes de la hospitalidad.

El caballero dió cortésmente las gracias al ama de llaves.

y se acercó al hogar suplicándole que diese disposiciones para cuidar de su pobre caballo, el cual, dijo, necesitaba por cierto más solicitud que su mismo amo.

El montañés Cayetano se arrimó también a la lumbre, y, sin miramientos de ninguna clase, se tendió en el suelo para calentarse mejor, poniendo a secar su manta en el interior mismo de la chimenea.

Lena, a quien los modales y traje del caballero habían revelado que era una persona de calidad, se apresuró a dar órdenes a sus inferiores para que el huésped fuese tratado como parecía corresponder a su clase.

—¿Noble soy y caballero, es verdad?—preguntó.

El joven avivó la lumbre con ayuda de unas descomunales tenazas que halló a mano, sin contestar la pregunta, como si no la hubiese oído. Lena le dijo entonces:

—Vuesa merced tendrá esta noche, y para todas las que le plazca pasar en el castillo, la mejor habitación de este departamento.

—De ninguna manera—se apresuró a decir el joven—. En cualquier sitio que se me coloque estaré bien. ¡Oh! Por ningún estilo quisiera yo ocupar una estancia del castillo hallándose ausentes sus señores.

—Tanto más—continuó la charlatana vieja—cuanto yo haré dar al señor caballero una hermosa habitación, destinada ya siempre para albergar a las personas de calidad que a veces visitan este castillo en ausencia del señor barón.

El ama de llaves se interrumpió en aquel momento al ver entrar a Gertrudis en la cocina.

—A propósito, Gertrudis—le dijo, dejando de hablar con el joven para dirigirle a ella la palabra—. ¿Te he dicho que preparases habitación para ese caballero?

—Sí, señora, y está corriente. Tiene ya dispuesto el cuarto verde.

—¡El cuarto verde! No, Gertrudis, no. Es preciso colocarle en la habitación de los forasteros.

—¿La que da al parque?

—Toma, pues es claro. La que da al parque.

—Mejor estará en el cuarto verde que en la habitación del parque. Tiene mejores vistas y...

—¿Estás en ti, muchacha?... ¿Qué te ha dado?... ¿Cómo quieres alojar a un caballero como el señor en una habitación que ni siquiera tiene vidrios en las ventanas?

El caballero notó que a la joven parecía interesarle que él no se alojara en la habitación que le destinaba al ama de llaves, y, respetando los motivos que Gertrudis pudiera tener, creyó del caso intervenir.

—Señora—dijo dirigiéndose a Lena—, estaré perfectamente en el cuarto que me destina esa muchacha. A más, parece que lo tiene ya dispuesto, y no puedo permitir que...

Lena le interrumpió.

—No, señor, no; de ninguna manera. Soy yo la que no debe permitir semejante infracción en las costumbres de la casa. La habitación del parque es la destinada por el señor barón para los forasteros que vienen al castillo, estando él ausente, y los deseos del señor barón son aquí leyes. Anda, pues, Gertrudis. Ve a disponer la habitación del parque, y retira todos los trebejos que hayas llevado al cuarto verde.

—Pero...—dijo el joven, queriendo intervenir de nuevo.

—Es inútil, caballero, completamente inútil que os empeñéis. Por nada en el mundo falto ya a las órdenes que me han sido dadas por el señor barón.

Gertrudis bajó la cabeza haciendo un gesto de desagrado, que aun cuando no fué visto por el ama de llaves, no se ocultó al huésped. En seguida salió de la cocina, dejando a la buena vieja que refunfuñara y gruñera junto al caballero.

Al amor de la excelente lumbre que ardía en la chimenea, el joven, lo mismo que el montañés, había conseguido secar completamente sus vestidos, recobrando entrambos las fuerzas perdidas durante su camino. El caballero, en particular, se sentía tan ágil y fuerte, que de buena gana, a ser de día, hubiera emprendido de nuevo su viaje. Después de unos momentos apareció en la cocina una de las muchachas de servicio y anunció a la señora Lena que la mesa estaba dispuesta.

Esta palabra pareció servir de despertador para el obeso Mateo, que hasta entonces había estado dormitando en su asiento. Apresurémonos a decir que el señor Mateo era un comilón, o, por mejor decir, un glotón de primera clase.

Un momento después estaban sentados alrededor de una mesa sobre la cual se veían apetitosos manjares, el caballero, el montañés Cayetano, Lena, Mateo, Pedro, el guardabosque, y Gertrudis. Los demás de la servidumbre hacían mesa aparte. El puesto de preferencia habíase cedido al joven huésped, y ocupaban sus costados el mayordomo y el ama de llaves. Esta había por fin podido satisfacer en parte su curiosidad, pues

que al pasar al comedor, donde se había puesto la mesa, señaló el sitio de preferencia, diciendo:

—Este es el puesto del señor... ¿Cómo he de llamar a su señoría?

—Llamadme sencillamente señor Orso—contestó el joven.

—Raro nombre es el de su señoría—dijo entonces Cayetano, que, por haber salvado la vida al joven, tenía una especie de derecho a la familiaridad con él.

—Os parece raro, buen Cayetano—contestó el mancebo—, porque es un nombre extranjero.

Y hemos dicho salvado, pues así fué, ya que de no ser así hubiese muerto en manos de unos salteadores de camino.

Orso, pues que bajo el nombre que él se daba continuáremos llamando al joven, Orso, repetimos, ocupó su asiento, tomaron los demás el suyo, Mateo pronunció entre dientes el *Benedicite* de costumbre, y comenzó la cena.

Los primeros momentos fueron consagrados a satisfacer el apetito; pero no tardó Lena, cuya propensión a la locuacidad la obligaba a no permanecer callada ni aun cuando comía, no tardó en tomar la palabra bajo un pretexto cualquiera. La conversación al principio giró sobre los viajes de Cayetano, que, por lo que pudo deducir el caballero, parecía ser un labrador de la montaña regularmente acomodado, el cual acostumbraba pasar muy a menudo por Gualba, yendo y viniendo de las ferias y mercados de Gerona, Hostalrich, Granollers y demás pueblos comarcanos, adonde le llevaban sus intereses y negocios.

Sin embargo, el extranjero Orso, que, en medio de su juventud, parecía tener un alma de temple nada vulgar, poseyendo sobre todo una mirada singularmente escrutadora, creyó comprender que el llamado Cayetano no era lo que parecían creer las buenas gentes del castillo, en medio de que todos le trataban familiarmente mientras que él sólo le conocía de aquella tarde. Creyó ver un hombre más dado a cosas de guerra que a transacciones de comercio, y más dispuesto a manejar el mosquete o el pedreñal que a pasarse las horas muertas en las plazas de los pueblos mercando géneros o reses. Esta observación, no obstante, se la hizo el extranjero para sí solo, mientras que, por otra parte, prestaba poco oído a la conversación, la cual en nada le interesaba. Sin embargo, oyó de pronto una palabra que fijó su atención.

—Yo no comprendo, Cayetano—decía Lena—, cómo en vues-

tras carreras por valles y montañas, y sobre todo en vuestras excursiones por el Montseny, no habéis topado alguna vez con la *banda negra*.

El montañés a quien iban dirigidas estas palabras se encogió de hombros y se contentó con alargar los labios pronunciando un «¡Pchs!» con la mayor indiferencia. *

—Pues no debéis haceros el desdenoso—continuó diciendo Lena—. El mejor día os saldrán al paso esos infames bandidos, y como llevéis algunos escudos en la bolsa, os van a dejar desnudo y pobre como una rata. ¿No sabéis que esa canalla es sólo un hato de pillos y ladrones?

A estas palabras de Lena, Orso creyó ver que se encendía una chispa en los ojos del montañés, pareciéndole notar al mismo tiempo que Pedro, el guardabosque, que estaba sentado a su lado, le daba suavemente con el codo, como si hubiese advertido lo mismo que el extranjero y quisiese encargarle la prudencia.

—¡La *banda negra*!—murmuró en esto Orso, terciando en la conversación y sin perder de vista el rostro de Cayetano—. ¿Qué es eso de la *banda negra*?

—¡Ah! Es verdad—dijo Lena—. Vos no sabréis esto, señor Orso, pues que sois extranjero. Y, sin embargo, es muy extraño que hayáis dado un solo paso en el país sin que haya llegado a vuestros oídos el nombre de la *banda negra* o de la mujer que la capitanea.

—Una banda capitaneada por una mujer, ¿decís?

—Nada más cierto. ¿Habéis oído hablar alguna vez de don Juan de Serrallonga?

El extranjero, que miraba de reojo a Cayetano, pudo observar que al oír el nombre pronunciado por Lena, hizo un ligero movimiento mientras que una nube de indefinible tristeza parecía extenderse por su moreno rostro. Los demás comensales, excepto Pedro, que miraba al montañés como si quisiera hablarle con los ojos, se fijaban poco en la conversación. Gertrudis comía silenciosamente con la vista baja, y en cuanto a Mateo, tenía realmente ocupados todos sus sentidos en un tasaño de carne asada que al par que destrozaba con los dientes devoraba con los ojos.

Por lo que toca al extranjero, después de haber paseado rápidamente su mirada en torno suyo, trató de contestar a la pregunta que le hiciera Lena, y ya supiese o ya ignorase real-

mente quién era don Juan de Serrallonga, contestó que nunca había oído citar semejante nombre.

Entonces tomó Lena la palabra—verdad es que apenas había dejado de estar un instante en uso de ella—, y en medio del silencio interrumpido sólo por el rumor de las mandíbulas de Mateo puestas a dura y laboriosa prueba, contó cómo Cataluña, desde mucho tiempo atrás, estaba dividida en dos poderosos bandos llamados de Narros y Cadells, perteneciendo a este último, según Lena, los hombres más nobles, más poderosos y de más buenos sentimientos religiosos, mientras que sólo pertenecían al primero los aventureros, los hombres perdidos y desalmados y todos los pícaros en general. Tal fué la síntesis que hizo de ambos partidos el ama de llaves.

—Por fin—continuó diciendo la vieja—, la misericordia de Dios permitió que ese bribón y mal noble llamado Serrallonga cayese un día en poder del señor virrey, el cual le mandó cortar la cabeza en una plaza pública de Barcelona. Pues bien: en lugar de servir esto de saludable escarmiento, los Narros, más ensoberbecidos que nunca, trataron de vengar la muerte del bandolero infame que les había servido de jefe, y al mes de su muerte, cuando todo el mundo daba gracias a Dios por haberse extinguido aquellos crueles bandos, hete aquí que volvieron a resucitar más sanguinarios que nunca en el campo de Tarragona. ¡Oh! ¡Señor caballero, es una cosa horrible y que hace erizar los cabellos. Doña Juana, la compañera de Serrallonga, olvidando su nobleza y su raza, convirtióse en una especie de fiera sedienta de sangre, y acompañada de un tunante que se llama Fadri de Sau, y que dicen que es un hombre de un aspecto feroz, que sólo tiene un ojo, que es jorobado y con unas barbas negras que le llegan hasta el pecho, la doña Juana, digo, se presentó en el campo de Tarragona en compañía del susodicho Fadri y de unos cuantos perdidos de su calaña e hizo algunas barbaridades. Pero no para aquí la cosa. La doña Juana de Dios, con su compañero Fadri de Sau, vino a este país, a este mismo país en donde estamos, señor caballero, refugiándose con su partida y su maldita bandera de la muerte en los riscos inaccesibles del Montseny. Dicen que allí se ha construido una especie de fortaleza, y de cuando en cuando ella y los suyos bajan al llano a hacer pagar contribuciones a los pueblos, a los cuales obligan a mantenerlos, sin que por esto dejen de robar la hacienda que encuentran al paso o despojar inhumanamente al po-

bre viajero con quien tropiezan. Tal es lo que en el país se llama la *banda negra*, señor Orso.

Y la vieja, haciendo por vía de corolario la señal de la cruz, añadió:

—Dios tenga a bien librarnos, como del mal espíritu, de la *banda negra* y de su horrible capitana.

Una estrepitosa carcajada acogió estas últimas palabras de Lena. Esta carcajada, que no había sido lanzada por otro que no fuese Cayetano, escandalizó a Lena y sobresaltó a Mateo, haciendo que cayera de su mano el hueso que llevaba a la boca para acabar con un resto de carne pegado a su superficie.

Durante la larga relación de la vieja, el extranjero había estado observando de reojo al montañés. Al principio este había parecido encenderse de ira y se agitaba sobre su asiento como sobre un lecho de espinas, habiéndolo tenido que jugar varias veces el codo de Pedro. Sin embargo, a medida que Lena había ido adelantando en su relato, la fisonomía de Cayetano fué tomando distintas expresiones, de profundo desdén unas veces, de desprecio otras, de cólera reconcentrada algunas. Cuando el ama de llaves hizo la extraña pintura de Fadri de Sau, una sonrisa contrajo los labios del montañés, y ya entonces pareció como que la risa retozase en su cuerpo, descargando por fin con una ruidosa carcajada, cuando Lena al terminar su narración dijo de Juana y de Fadri que la una bebía sangre y que el otro comía carne humana.

—Pues qué—dijo Lena picada en lo vivo—, ¿no creéis vos eso?

—¿Cómo queréis que lo crea? Estos son cuentos de personas que no han visto nunca a la doña Juana ni a Fadri de Sau—dijo Cayetano.

—¿Sería por ventura que vos conocierais a ambos?

El montañés temió sin duda haber dado un paso en falso. Pareció vacilar un momento, y en seguida dijo con la mayor tranquilidad:

—¡Yo! ¡Dios me libre! ¡Malto lo que de ellos me importa!
La vieja pareció calmarse.

—Es que—dijo—ya sabéis, Cayetano, que el señor barón de Gualba, nuestro amo y señor, pertenece al bando de los Cadells, que es al que pertenecen todos los buenos cristianos, y nadie que no sea Cadell de corazón comerá jamás un solo pedazo de pan en su casa. Las puertas de este castillo siempre

cerradas, mientras en él habitemos el señor Mateo y yo, a cualquiera que sea Narro o se trate con ellos.

—Yo no soy ni Narro ni Cadell; por eso me río de lo que dicen.

—Pues no se debe reír de lo que afirman personas graves y juiciosas—exclamó Lena.

—Procuraré hacerlo así, y os pido perdón, señora Lena—contestó Cayetano—. De hoy más creeré lo que me habéis dicho respecto a Juana y Fadri.

El ama de llaves pareció darse por satisfecha con esta contestación, y la cena terminó sin otro incidente notable.

CAPITULO III

Una vez acabada la cena, algunos personajes se ausentaron de aquel lugar, menos Mateo, Pedro, Orso de Monteferro y Cayetano; este último asomóse a la ventana y dijo:

—La tempestad pasó, y, según está el cielo, diríase que no ha llovido nunca; buen día vamos a tener mañana.

—¿Os quedáis vos aquí, buen hombre?—le preguntó Orso.

—Yo, no. ¿Y su señoría?

—Tampoco. Me interesa proseguir mi viaje.

Hubo entonces un momento de silencio entre ambos. Orso le interrumpió el primero para decir al montañés:

—Oid, Cayetano. Vos, según parece, conocéis este país.

—Como mi propia casa.

—Pues bien: ¿queréis servirme mañana de guía?

—Según y conforme—contestó Cayetano—. Todo depende del camino que piense seguir su señoría, y como no me alejara mucho del mío, con gusto le prestaría el servicio que me pide.

—¿Mi camino?—dijo el caballero—. Yo mismo no sé cuál es.

—Pero ¿adónde se dirige su señoría?—preguntó Cayetano.

El caballero bajó la voz para no ser oído de Mateo, que estaba recostado en su silló, y de Pedro, que se hallaba en el otro ángulo de la estancia.

—Al Montseny—dijo.

El montañés fijó en Orso una mirada profunda e interrogadora.

—¡A Montseny!—exclamó—. ¿Y qué es lo que va a buscar su señoría en un monte en donde no hay más que nieves, lobos y nieblas?

—No tengo reparo alguno en deciroslo a vos, que me parecéis hombre honrado y que me habéis salvado la vida. Voy —y al llegar aquí el joven bajó todavía más su voz—, voy al Montseny en busca de esa partida de Narros que se llama la *banda negra* y en busca de la mujer que parece ser el jefe de la misma. Decidme, pues, buen hombre: ¿queréis servirme de guía?

El montañés se hizo un paso atrás y miró de hito en hito al caballero. En vano estuvo el joven aguardando por largo rato una contestación.

—Decid—repitió Orso con alguna impaciencia—. ¿Queréis servirme de guía?

Cayetano contestó con una pregunta.

—¿A qué hora quiere ponerse en camino su señoría?

—¿Os parece que sea a las nueve de la mañana?

—Como su señoría guste. Puesto que quiere ir en busca de la *banda negra*, le enseñaré el camino y yo le dejaré entonces, para seguir el mío, que es distinto al del de su señoría.

En aquel momento entró el ama de llaves con una luz en la mano, dispuesta a acompañar al huésped a la habitación que se le había preparado. El caballero la siguió, pidiéndole perdón por la nueva molestia que le causaba.

* * *

Orso quedó solo en el recinto que le dejaron para pasar la noche. Su primer movimiento fué el de pasear una mirada en torno de la habitación, cuyo mueblaje era sencillo y adaptado al gusto de la época. Tenía un aire sombrío y misterioso que le comunicaban el color verde de las colgaduras de la cama, el morado de los tapices que cubrían las paredes y el mismo color oscuro de los taburetes y demás muebles. A otro personaje menos melancólico que nuestro huésped le hubiera entristecido un solo minuto de estancia en aquel aposento; pero Orso no sólo parecía estar familiarizado con las ideas tristes y lúgubres, sino que hasta parecía buscarlas con afán.

Un buen rato permaneció el joven caballero contemplan-

do aquella alcoba, hasta que se dirigió a una de las ventanas y la abrió de par en par.

El día, que había comenzado tempestuoso, tenía un final excelente. Era aquella una bella noche que hasta hubiera podido envidiar la primavera.

Orso se cruzó de brazos sobre el antepecho de la ventana, apoyó su cabeza en el marco y dejó vagar errante su mirada por la extensión del parque que la luna iluminaba, armonizándolo con tintas sombrías y claras del más poético efecto. Largo tiempo permaneció nuestro joven apoyado en la ventana. Después de haber contemplado silenciosamente y con fría mirada aquella noche llena de estrellas, de perfumes y de fantásticas visiones, se apartó de la ventana y se arrojó vestido sobre la cama, para gozar un momento de reposo, dejando encendida la bujía y abierta la ventana, por la cual hacía entrar la luna sus oleadas de luz.

Una hora hacía sobre poco más o menos cuando despertó sobresaltado. Entreabrió el joven las colgaduras de su cama y abarcó el aposento de una mirada. La bujía, que tocaba a su término, arrojaba antes de consumirse del todo algunas luces vacilantes, pero débiles. En cambio, la luna, entrando por la ventana, alumina completamente una parte de la habitación.

Orso permaneció un rato escuchando y oyó que abrían la puerta de su cuarto, la cual había dejado entornada. Esta puerta se hallaba al otro extremo de la habitación, frente por frente de su cama. No le quedó duda de que alguien la iba abriendo con cuidado, y su mano buscó el puño de su espada, a fin de estar prevenido para cualquier incidente.

En aquel momento la moribunda bujía arrojó su última viva llamarada y se apagó del todo. Quedaba la luz de la luna.

Orso vió avanzar de entre las sombras que se agrupaban en el fondo de la habitación una especie de sombra blanca, que se adelantaba sigilosamente y que al andar no movía más ruido que el que pudiera hacer una bola de algodón impelida por el viento.

El corazón de Orso latía violentamente, pero no se atrevía a hacer el menor movimiento. El resplandor de la luna comunicaba bastante luz al gabinete para poder seguir a la sombra blanca en todos sus ademanes. A Orso, que en medio de todo se creía aún juguete de un sueño, le pareció que el fantasma o lo que fuera buscaba con solicitud, por sobre las me-

sas y mármol de la chimenea, algo que no encontraba, pues se le veía tender sus manos paseándolas por encima de los muebles, sobre los cuales se inclinaba, buscando al mismo tiempo con los ojos, a través del tupido velo que ocultaba su rostro, el objeto con el cual no podía dar sin duda.

El joven conoció por fin que el fantasma había encontrado lo que buscaba, le vió apartarse de la chimenea, cruzando ligero la habitación y lanzándose hacia la puerta del parque, que no tardó en abrirse, desapareciendo por ella.

Entonces fué cuando Orso volvió del todo en sí y se puso a reflexionar. Pensó que lo que el fantasma buscaba sin duda era la llave de la puerta del parque, y a este respecto recordó haberle dicho Lena que estaba sobre el mármol de la chimenea, y calculó prudentemente que debía de ser un pobre fantasma el que necesitaba encontrar una llave para abrir una puerta.

Saltó Orso de la cama, decidido a averiguar el fin de aquella aventura, cibióse la espada, y se asomó a la ventana que se abría sobre el parque. Este se hallaba silencioso y desierto, iluminado a trechos por la luna. El joven parecía querer interrogar con sus miradas al espacio, la luz, las sombras, los árboles, cuando de repente llegó a sus oídos un grito de angustia y de socorro.

Orso no vaciló. Abrió de par en par la puerta que el fantasma había dejado entornada y bajó la escalera, precipitándose en el parque y dirigiéndose hacia el punto de donde partiera el grito.

Detúvose el joven al llegar allí y paseó una mirada en torno. Junto al león de piedra le pareció ver un grupo. Acercóse, y allí estaba, en efecto, la mujer blanca, tendida en el suelo, sin movimiento, al lado de un hombre que yacía cadáver, pues Orso pudo verle bañado en su propia sangre. ¿Qué horrible misterio era aquél?

Inclinóse sobre los cuerpos de entrambos. El hombre era realmente cadáver; la mujer sólo estaba desmayada.

Orso se preguntó qué debía hacer. Era un extraño misterio aquel y una extraña situación la suya. Miraba a todas partes con espanto, no sabiendo a qué decidirse y temiendo que alguien, sobreviniendo de pronto, le hallase junto al cadáver, pudiéndole creer quizá complicado en un horrible crimen. Orso tomó a la mujer en brazos y la condujo a su habitación, depositando su preciosa carga sobre unos taburetes junto a la

ventana, por la cual continuaba entrando pálida y suave la luz de la luna.

.....

Todo esto había pasado en menos tiempo que el que hemos empleado para contarlo.

Era casi una niña, y de una hermosura tan suave y peregrina, que bien podía pasar por una aparición.

El caballero permaneció mudo, puesto que en todo lo que acababa de suceder había un gran misterio.

El aire fresco de la noche pareció reanimar a la dama blanca; al hacerlo, sus ojos se fijaron en las manchas de sangre de que estaba sembrada la falda de su vestido blanco. Esto pareció devolverle el recuerdo, dió un grito agudo y llevóse ambas manos a su corazón, como si sintiera que se lo arrancaban, en tanto que sus labios se entreabrían para dar paso a estas palabras:

—¡Muerto!... ¡Dios mío!... ¡Muerto! ¡Muerto!

Orso creyó entonces que debía acercarse a la dama.

—¡Señora!—murmuró.

Peró su pálida y hermosa desconocida, presa de un febril delirio, no sólo no le hacía caso, sino que ni siquiera reparaba en él.

—¡Agua!... ¡Me abraso!... ¡Ay! ¡Agua, un poco de agua por piedad!... ¡Me ahogo!

Y nuevamente cayó inerte y pálida, desmayada otra vez, sobre los asientos que Orso había agrupado para recibir su cuerpo.

Difícil situación era en verdad la del joven caballero. Empezó por tomar una de las manos de la dama y la encontró helada; tocó su frente y la encontró abrasando. Aquella mujer no sólo había perdido el conocimiento, sino que se agitaba en medio de una crisis nerviosa, que al aterrado Orso le hacía todo el efecto de una agonía.

Para colmo de desgracia, una oscura nube que cruzaba el cielo se interpuso entre la luna y la tierra, dejando la habitación sumida en la mayor oscuridad.

Orso creyó que debía dar prontos socorros a aquella mujer que estaría tal vez moribunda, y por lo mismo, impulsado por esta idea, se lanzó fuera de su habitación, decidido a procurarse luz y a llamar a alguno de la servidumbre del castillo para que le auxiliara.

Todo el mundo dormía en la casa, y reinaba en ella el más sepulcral silencio.

Los instantes que el caballero permaneció perdido en las tinieblas y divagando por las habitaciones de aquella casa que le era desconocida sirviéronle para calmar el ardor de su sangre que hervía y hacerle entrar en reflexión. Comprendió que no debía llamar a nadie ni pedir auxilio de servidor alguno. Puesto que aquella dama desconocida, por un misterio impenetrable a su concepción, se hallaba sola en su cuarto a semejante hora de la noche, enlazada a un crimen de que sin duda era inocente, creyó que llamar a alguno en su auxilio sería venderla, comprometerla quizá, y acaso complicar de una manera mucho más horrible su situación angustiosa.

Con el firme propósito de no llamar a nadie, se proveyó en la cocina del castillo de una luz y de una vasija llena de agua, y volvió a su habitación, cuyo camino entonces, gracias a la luz que llevaba, no le fué difícil encontrar.

Apresuróse, pues, entró en su aposento y... lo halló desierto. Una nube pasó por delante de los ojos del caballero, que hubo de apoyarse en la pared para caer. ¿Era aquello un sueño?

Los taburetes que él había arrimado a la ventana para que recibieran el cuerpo de la hermosa dama volvían a estar cada uno en su lugar respectivo, como si nadie los hubiese nunca tocado; la puerta del parque estaba cerrada como cuando Orso entró por primera vez en el gabinete, acompañado de Lena. Todo estaba en su puesto. Nada parecía haberse movido, ni nadie parecía haber entrado.

El joven extranjero creyó que soñaba o estaba loco. Recorrió la habitación, separó las cortinas de la cama, buscó, y... nadie, absolutamente nadie.

Orso estaba seguro de que ni estaba loco ni había soñado. Recordaba todo perfectamente: el cadáver de un hombre, la dama desmayada.

Para asegurarse más de que aquello no había sido un sueño, Orso decidió bajar al parque, correr otra vez al estanque y asegurarse de que estaba allí aún el cadáver del desconocido.

Se dirigió a la puerta. Estaba cerrada, y no halló la llave ni en la cerradura ni sobre el mármol de la chimenea.

Ya no le quedó duda entonces de que la misteriosa dama se la había llevado para imposibilitarle su salida al parque,

puesto que las ventanas estaban demasiado altas para poder saltar por ellas. Fué una observación que le hizo el joven caballero, pues abrigó por un momento la idea de saltar al parque. Con sólo asomarse se convenció de que era imposible.

Retiróse el joven de la ventana, y su fantasía, como caballo desbocado, comenzó a correr por el campo de las ilusiones y de las conjeturas. Al poco rato de haberse entregado a ese mental razonamiento, comenzó a sentir sueño.

Orso se arrastró hacia la cama y se dejó caer en ella rendido y postrado. Poco después dormía profundamente.

CAPITULO IV

Era aún muy de mañana cuando Orso despertó del profundo sueño en que había estado sumergido.

Recordaba de un modo confuso y vago las escenas de la víspera, y en medio de su somnolencia, se representaba la mujer vestida de blanco, el estanque del parque y el cadáver de un hombre. Hizo un esfuerzo sobre sí mismo para despertarse del todo, movió de manera ruda su cabeza y saltó de su lecho.

Lo primero que hizo fué pasear una mirada por la habitación. Todo estaba lo mismo: la puerta del parque, cerrada; la ventana, abierta de par en par, todos los muebles en su sitio. Llegó entonces a imaginarse que podía haber soñado, y se acercó a la ventana.

Había amanecido un día hermoso. Volvió a buscar la llave que abría la puerta del parque.

Un rayo de sol hizo visible a los ojos del caballero un objeto que relucía debajo de uno de los taburetes. Orso se acercó, se inclinó... Era la llave que buscaba. Sin duda cuando cerraron la puerta la habían arrojado al suelo, o quizá había entrado a depositarla en aquel sitio más tarde, cuando el joven dormía.

Quería convencerse de que no era un sueño lo que le había pasado, y salió al parque.

Reconoció los mismos lugares que había visto la noche anterior a la luz confusa de la luna, siguió la calle de árboles y

llegó a la plazuela, en el centro de la cual, según su sueño o sus recuerdos, debía existir el estanque.

Al llegar a esta plazuela, su pecho se dilató en una especie de exclamación de gozo. No, no lo había soñado... Allí estaba el vasto estanque, allí estaba el león de piedra vomitando agua. Pero si esto aparecía en realidad, tal como se lo presentaban sus recuerdos, en cambio, ningún otro objeto le revelaba su nocturna aventura. El cadáver que viera junto al león había desaparecido, y hasta parecía haberse tenido cuidado en borrar todas las huellas que pudieran denunciar la escena. El joven extranjero recorrió todos los alrededores, sin encontrar indicio alguno de lo que buscaba; sólo creyó notar huellas recientes en la arena, y hasta se le figuró que estas huellas revelaban la planta ligera de una mujer.

Inclinado se hallaba sobre la tierra, ocupándose en examinar una de aquellas pisadas, cuando una voz un poco bronca resonó junto a él, haciéndole estremecer:

—¿Qué es eso, señor caballero? ¿Se le ha perdido algo a su merced que con tanto cuidado fija sus ojos en la tierra?

El montañés Cayetano era quien hablaba así. Preocupado en sus ideas, Orso no se había dado cuenta de su llegada. Incorporóse el joven y se volvió hacia él.

—Buenos días, mi salvador y mi guía—le dijo.

—Me alegro que su merced sea madrugador—añadió Cayetano—. Vengo de su habitación, en donde creía hallarle entregado aún en brazos del sueño; pero he visto abierta de par en par la puerta de este parque, y he bajado a buscarle para ponernos en camino.

—¿Es ya la hora?

—No por cierto; pero a mí me interesa adelantarla, y si es que vuesa merced quiere que yo le sirva de guía, es necesario que se decida a ponerse en camino sin pérdida de tiempo.

—No comprendo semejante prisa—dijo el joven, a quien le hubiera gustado permanecer algunas horas más en el castillo para ver si descubría algo de su misteriosa aventura.

—Pero la comprendo yo, y me basta—contestó el montañés con desenfado y acompañando sus palabras con un brusco movimiento—. ¿Ha abandonado ya vuesa merced el proyecto que me manifestó ayer noche?

—¡Oh, no, no por cierto!—exclamó Orso con viveza—.

Aun cuando fuese con peligro de mi vida, lo llevaría adelante.

—Pues si es así, y si verdaderamente le interesa hablar con la mujer que capitanea la *banda negra*, apresúrese su merced a ponerse en camino, pues acaso esta noche no exista ya ni rastro de *banda negra* en el Montseny.

—¿Cómo es eso?—preguntó el joven con interés—. ¿Por qué?

—Porque quizá levante el campo y se vaya a otra parte.

—Pues qué ¿sabéis por ventura...?

—Yo no sé nada, señor caballero, sino que dentro de pocas horas estará este castillo lleno de gente de armas que viene en persecución de la *banda negra*, según noticias traídas por un mensajero al apuntar el día, y supongo que, como ha sucedido otras veces cuando se ha visto hostigada muy de cerca, la banda partirá del país dejando a los Cadells que se diviertan a sus anchas.

El joven caballero, al oír estas palabras, pareció reflexionar un momento, y en seguida, sin hacer ya más observación sobre la marcha, dijo al montañés:

—Vamos, pues; pero supongo que me daréis tiempo para despedirme de las buenas gentes de este castillo, mientras un criado me ensilla el caballo.

—En cuanto a despediros, podréis hacerlo de paso, puesto que con la noticia de la llegada del barón de Gualba, que viene con los hombres de armas, todo el mundo está ya levantado en el castillo; y por lo que toca a vuestro caballo, os aconsejo que lo dejéis al cuidado de Pedro, el guardabosque, ya que os voy a llevar por sitios, si os he de servir de guía, que con dificultad podréis salvar a pie.

Al decir las últimas palabras, Cayetano estaba ya en marcha. Demostraba tener prisa por abandonar el castillo, mientras que a Orso, por el contrario, costábale mucho marcharse sin tratar de descubrir algo de su extraña aventura, sobre la cual, por otra parte, no quería hacer ninguna pregunta.

Lena andaba tan atareada, que no hizo caso del huésped cuando fué a despedirse, y lo hizo ligeramente de él, diciéndole que iba a reunirse con Gertrudis, la cual estaba arreglando y poniendo en orden las habitaciones del castillo para recibir al barón.

Orso se vió obligado a abandonar aquel sitio sin poder descubrir nada absolutamente. Su aventura nocturna parecía

estar condenada a quedar envuelta eternamente en el misterio.

Pedro, el guardabosque, que los esperaba a la puerta, se ofreció a acompañar un rato a los viajeros, y Orso aceptó esta proposición como una última esperanza que se ofrecía a sus deseos.

Llegaron a un punto en el cual Cayetano despidió al guía, estrechó la mano del guardabosque, quedóse un momento rezagado, como para confiarle algún encargo, y en seguida se dió prisa a reunirse con el caballero.

Largo rato caminaron los dos, uno junto al otro, y en silencio.

Pareció entonces que se operaba una verdadera transformación en Cayetano. El rostro del montañés se iluminó con una expresión hasta entonces desconocida, y sus miembros cobraron más agilidad, sin embargo de que era aquél el camino más penoso que hasta entonces habían seguido los viajeros; todo en él parecía cobrar nueva animación y nueva vida.

Entonces fué cuando, rompiendo el silencio que hasta entonces había guardado, dirigió la palabra al caballero.

—Ya estamos en el Montseny, señor caballero; ya estamos en la montaña en la cual habita la *banda negra*. ¿Persistis en vuestro propósito?... Todavía estáis a tiempo para retiraros, mientras, que dentro de diez minutos quizá sea ya tarde.

—Y ¿quién os ha dicho que he soñado siquiera en retirarme?

—¿Tanto es, pues, lo que os interesa verlos?

—Es mi secreto.

—Quizá no os sea fácil hablarle a la viuda de Serrallonga, porque los suyos no os dejarán acercaos a ella. Tendréis que entenderos antes con... con el jorobado de las barbas negras. Joven, doña Juana de Torrellas tiene enemigos mortales y encarnizados que la detestan y que han probado ya varias veces a deshacerse de ella, no pudiendo acabar con su banda. ¿Quién dice que no seáis vos un emisario de esos enemigos, y quién responde de que vuestra misión no sea de acercaros a doña Juana para...

El caballero no dejó acabar a Cayetano. Encendióse su rostro, y su mano, movida por un impulso de generosa cólera, hizo un movimiento en busca del puño de su espada.

—¿Qué mil diablos de asuntos pueden induciros a correr el peligro de pisar esta montaña, de querer ir al campamento de la *banda negra*, que ya os han dicho que estaba sólo compuesta de malhechores, y de querer hablar a doña Juana de Torrellas? Si no sois un hombre pagado, fuerza es entonces que...

De nuevo volvió el caballero a interrumpir al montañés; pero esta vez su indignación había subido de punto y su mano llegó a caer con furia sobre el puño de su espada.

—El haberme salvado la vida—exclamó Orso, tomando su voz un imperioso acento—no os autoriza para ser insolente conmigo, y si queréis que continuemos nuestro camino en buena paz y compañía, Cayetano...

—Yo no me llamo Cayetano. Estoy ya en la montaña y recobro mi verdadero nombre. Yo me llamo Fadri de Sau.

Y al decir esto, introdujo un dedo en su boca y dejó oír, uno tras otro, tres agudos y prolongados silbidos, a los cuales contestó en seguida otro desde el fondo de un bosque que se veía un poco a lo lejos.

El caballero no pareció sorprenderse. Al contrario, soltó el puño de la espada que su diestra sujetaba, y se cruzó tranquilamente de brazos. Fadri, porque realmente era él, volvió a bajar de la roca a la cual se había subido, y dijo:

—Dentro de un instante estarán aquí los míos. Ya es tarde para retroceder. Vais a encontraros entre los hombres de la *banda negra*.

La contestación de Orso fué mirar con indiferencia a Fadri y encogerse de hombros. El famoso proscrito miró hacia el bosque, y extendiendo el brazo añadió:

—Miradlos. Aquí están ya.

Efectivamente, un grupo de hombres con traje muy parecido al de Fadri, pero llevando todos el cuchillo en el cinto y el pedreñal en la mano, acababa de salir del bosque, dirigiéndose a todo correr hacia el sitio en que se hallaban nuestros dos personajes. Orso los vió llegar sin abandonar su actitud tranquila, sin desplegar los labios, sin que su rostro retratara ni la menos expresión de sorpresa.

Y es de advertir que la aparición de aquellos individuos no era por cierto nada tranquilizadora, ya que todos tenían algo de feroz en sus tostados semblantes. Fadri, que había estado observando con la mayor atención al caballero, se acercó a él.

—Sois un valiente—le dijo—, y un valiente no puede prestarse nunca a ser instrumento de malvados fines.

Y le tendió con franqueza su mano. Orso dió un paso atrás.

—¡Hóla!—dijo el bandolero—. ¿No queréis estrechar la mano de Fadri de Sau? Pues bien: no creáis que me incomode por esto. Os habrán llenado la cabeza de horrores y maldades que se nos atribuyen gratuitamente, y aun cuando estáis ya convencido de que Fadri de Sau no es el jorobado de largas barbas; sin embargo, os queda todavía la sospecha de que tenéis delante a un ladrón, a un asesino y a un bandido.

En esto habían llegado los demás bandoleros, en número de siete. Eran los que componían la avanzada que estaba esperando en el bosque el regreso de Fadri. Este los saludó afectuosamente y tomó el pedreñal que le ofreció uno de los recién llegados. En seguida se volvió a Orso.

—Señor caballero—le dijo—, oíd bien lo que voy a deciros. Libre sois aún de seguir adelante o de volver atrás. Si queréis volveros, nadie se opondrá a vuestro camino; si queréis venir con nosotros, es preciso que antes me digáis los motivos que os guían para querer hablar con doña Juana.

—No puedo contestaros a nada de lo que me preguntáis sobre este punto—dijo el joven—. Ya os he dicho que era mi secreto. En cuanto a volver atrás, no lo haré por cierto. He venido a esta montaña en busca de doña Juana de Torrellas, y no me volveré sin haber hablado con ella.

—Estáis, pues, decidido?

—Decidido.

Fadri pareció titubear un momento, y en seguida añadió:

—Hay algo en vos que me interesa, joven. Quiero respetar vuestro secreto y quiero llevaros a presencia de doña Juana; pero ya comprendéis que nuestra situación nos autoriza a exigir condiciones, y éstas son: que nos entreguéis todas vuestras armas y que os dejéis vendar los ojos.

—¿Me exigís esto por desconfianza o por precaución?

—Por ambas cosas.

—¿Me serán devueltas mis armas cuando me separe de vosotros?

—Eso depende de que lleguéis a separaros, pues podría suceder que os quedarais en el campamento.

—No os entiendo.

—Ya lo comprenderéis luego. ¿Quién me asegura que vuestras intenciones son leales? ¿Quién me responde que no venís con el objeto de espiarnos y con el de dar a los enemigos noticia de nuestras fuerzas y de la situación de nuestro campamento?

—Mi palabra de honor—dijo Orso.

El joven caballero dijo esto con tan solemne acento de veracidad, que hubo de conmovér a Fadri. Este permaneció un rato pensativo, y en seguida, tomando una resolución, exclamó:

—Tenéis razón y debo creerlos. Lo que tiene de más sagrado un caballero es su palabra de honor. Yo admito la vuestra, y no hablemos más del asunto.

Dicho esto, se volvió a los bandoleros y les dijo:

—Adelante, muchachos.

* * *

Junto a un montón de piedras, que era pedestal de una bandera negra ondeante por la ligera brisa, bandera que según la tradición procedía de un trozo del tapiz que en su día cubrió el cadalso de don Juan de Serrallonga, estaba doña Juana de Torrellas embebida en sus pensamientos. Debía estar ya advertida de la llegada de Fadri, pues no hizo ningún movimiento de sorpresa. Adelantándose el de Sau cambió unas pocas palabras con ella. A requerimiento de la dama retiróse después, no sin antes manifestar a Monteferro que doña Juana le atendería al instante.

—Me han dicho, caballero, que deseabais hablarme.

—Así es la verdad—contestó Orso—. He venido de muy lejos para hablaros; vengo de Sicilia.

Doña Juana fijó con nueva insistencia su mirada en el joven, como si volviera a examinarle, y acabó por decirle:

—Caballero, no os conozco.

—Me llamo Orso de Monteferro.

Doña Juana pareció recoger sus recuerdos.

—¡Monteferro!—dijo—. ¡Orso de Monteferro!... Este nombre no me es desconocido.

—Más de una vez lo habréis oído pronunciar a don Juan de Serrallonga, que en paz descanse.

Doña Juana se estremeció, como le sucedía cada vez que

oía pronunciar el nombre de su esposo, el cual hacia ya siete meses que había sido ejecutado en Barcelona (1).

—¿Fuisteis amigo de mi esposo en otra época?—le preguntó.

—No. Ya veis que soy muy joven, su amigo fué mi padre.

—Ahora voy recordando—dijo doña Juana—. Serrallonga en su juventud tuvo estrechas e íntimas relaciones con Orso de Monteferro, y hasta creo que éste le prestó un servicio de consideración en cierta época.

—Es verdad. En un lance apurado, mi padre salvó la vida a vuestro esposo.

Doña Juana, con una arrogancia verdaderamente varonil, tendió su mano a Monteferro.

—Bien venido sea—exclamó—el hijo del compañero de armas de mi don Juan. ¿Puedo yo seros útil en algo? ¿Puedo yo por mi parte satisfacer la deuda de gratitud que Serrallonga contrajo con vuestro padre el día que éste el salvó la vida?

—Podéis hacerlo. ¿No os habló nunca don Juan de Serrallonga de cierto legado que le había sido confiado por mi padre antes de morir? ¿Ni de un puñal que debía serme entregado cuando yo, cumplidos mis veintidós años, me presentase a reclamarlo?

—No.

La frente de Orso de Monteferro se ensombreció.

—¿Es eso posible, señora? ¿No tenéis noticia de cierto puñal confiado por mi padre a don Juan de Serrallonga para que pasada cierta época me lo enviase, si antes no me presentaba yo a reclamarlo?

—Jamás mi esposo me había hablado de esto.

Orso lanzó un grito de dolor.

—¡Desgraciado! ¡Desgraciado de mí!—murmuró dando expansión al vivo sentimiento que pareció estallar en su corazón.

—¿Qué de particular había en ese puñal que tanto dolor parece despertar en vos su pérdida?

—Había, señora, había...—y el joven se interrumpió de pronto para volverse resueltamente, por medio de un movi-

(1) Quienes quieran estar al corriente de este héroe catalán han de ver la novela *Don Juan de Serrallonga*, primera parte de esta historia y editada en esta misma Colección.

miento duro, hacia doña Juana, a la cual preguntó—: ¿Sabéis lo que es la venganza, señora?

A esta inesperada pregunta hecha por Monteferro con voz reconcentrada y soletane, una especie de estremecimiento nervioso recorrió el cuerpo de doña Juana que se calló, como si no hubiese oído bien, y fijó una ardiente e interrogadora mirada en el extranjero.

—Sé lo que es la venganza—exclamo con un acento indefinible, porque parecían haberte prestado a un mismo tiempo sus matices el dolor, la ira, el frenesí, el rencor y hasta esa especie de voluptuosa ironía que tiene la cólera reconcentrada. De pronto, doña Juana extendió su brazo derecho y señaló la bandera que flotaba al viento—. ¿Veis esa bandera? Esa bandera quiere decir venganza, exterminio, guerra a muerte y sin cuartel.

Hubo un momento de silencio, que el extranjero no se permitió interrumpir. Doña Juana parecía escuchar con salvaje placer el ruido que hacía el lienzo de la bandera, ya desplegándose impelido por la brisa, ya cayendo lánguido a lo largo del mástil que lo sostenía.

—¿Oís?—exclamó aquella extraña mujer, como si estuviera en una crisis de éxtasis o de delirio—. ¿Oís?... No es el viento el que se queja y el que suspira. Es la voz de mi esposo, la conozco bien; es la voz de mi esposo que..., ¿oís?, me grita venganza, ven...gan...za, ven...gan...za.

Doña Juana había concluido ya, y Orso comprendió por fin que le correspondía el turno de hablar, y exclamó, con extraño acento a su vez:

—Señora, nadie como yo puede comprender mejor vuestros sentimientos; nadie como yo, que he nacido corso. En mi país, y en mi raza sobre todo, la venganza es una religión. Vos tenéis que vengar a vuestro esposo; yo tengo que vengar la honra de mi nombre y la muerte de mi padre. La venganza nos ha hecho hermanos. Ahora oíd mi historia.

Y haciendo sentar a doña Juana sobre una peña, Orso empezó a contarle una historia terrible y sangrienta.

CAPITULO V

En 1622 vivía en Sicilia, en una espaciosa casa de campo situada a poca distancia de la ciudad de Mesina, mi familia, oriunda de Córcega; pero que, por causas que no son de este lugar, había abandonado su país nativo para ir a buscar una patria de adopción en Sicilia, que entonces se hallaba aún bajo el dominio del cetro español.

El jefe de esta familia, corso de origen y de raza, era marino y se llamaba Orso de Monteferro. Propietario y capitán de un buque que tenía por nombre *San Anseimo*, con el cual había hecho varios viajes a las costas españolas y dos a las Indias y a América, era un hombre intrépido como buen marino, adusto y franco como buen montañés y vengativo como buen corso. En alta mar, y en un día de tempestad, el capitán Monteferro era un hombre indispensable: era la mirada que vigilaba las rocas, el instinto que advertía los escollos, el oído que escuchaba el viento, la mano que guiaba el buque.

Mi madre, corsa también, murió al poco tiempo de haber dado a luz un hijo: éste era yo.

En Sicilia contrajo mi padre segundas nupcias, enlazándose con una joven noble, pero pobre.

Teresa, que así se llamaba el tercer miembro de aquella familia, no simpatizaba conmigo.

Mesina en aquella época estaba llena de españoles, y en particular de catalanes. Durante la ausencia de mi padre, un caballero castellano, oficial de las tropas del rey Felipe, pero cuyo nombre jamás llegó a saberse en la comarca, había ido a habitar una casita cerca de la nuestra. Vivía con él otro español, gran camarada suyo, a quien el oficial llamaba Miguel. Este aconsejó a su amigo que hiciera el amor a mi madre, y el oficial, emprendedor y ligero de cascos, secundó el pensamiento de su camarada. Sin embargo, Miguel llevaba una segunda idea en el consejo. Sabía que mi padre era inmensamente rico, y quiso, por medio de su compañero, anudar el hilo de un intriga que pudiese ponerle a él mismo en camino de hacerse con parte de aquella riqueza.

El oficial echó sus redes, logró introducirse en mi casa y mi pobre madrastra sucumbió ante su insistencia.

Los amantes se entendieron, y nada llegó a traslucir la servidumbre de la casa.

Sin embargo, dos terceros mediaban en aquellos amores: Miguél, el compañero del oficial castellano, y Benedetta, la camarera de Teresa.

Cuando regresó mi padre, los amantes continuaron viéndose, pero más de tarde en tarde, y sólo de noche.

.....

Cierto día, a hora en que apenas empezaba a clarear el alba, mi padre asomóse a una ventanilla. Una mujer salía recelosa y furtiva de la casa, mirando con precaución a todos lados. Era Benedetta, la sirvienta de mi madrastra.

Fué adelantándose hasta la alameda o calle de árboles que había delante de la quinta, llegó hasta el tercer árbol, detúvose ante él, y mi padre pudo ver cómo la doncella sacaba de su seno un papel que desapareció sin saber cómo ni por dónde. En seguida, con las mismas precauciones, Benedetta se volvió a la quinta.

Poderosamente excitada la curiosidad de mi padre por aquel misterio, no vaciló en bajar de su cuarto y en dirigirse al árbol ante el cual había visto que se detenía Benedetta. Dió vueltas alrededor del árbol, haciendo un detenido examen en el tronco, y por fin descubrió un pequeño hueco a la altura de la mano. Introdujo ésta en el hueco y sus dedos tocaron un papel, que retiró en el acto. Era un billete, que desdobló y leyó:

«Esta noche, a las diez. No sucederá como el otro día, que Benedetta olvidó dejar entornada la puerta del parque, y la escala de cuerdas te esperará en mi ventana.»

Por lo demás, ninguna firma; pero tampoco la necesitaba mi padre. Había conocido la letra de Teresa.

Un punzante dolor oprimió su corazón, y decidió averiguar a quién iba dirigido aquel billete.

Púsose, pues, en acecho, y no tardó en ver aparecer a un hombre que se dirigió en línea recta al árbol, apoderándose de la carta que en él había vuelto a depositar mi padre.

Este hombre era el oficial español que hacía poco se había establecido en la comarca.

Todo se lo explicó, y como el citado oficial y el compañero que con él vivía gozaban de una malísima reputación, com-

prendió todo lo profundo del abismo abierto a los pies de Teresa. En cuestión de honra, mi padre era inexorable.

Aquella noche, mi padre, con aquella sangre fría que nunca abandona a los hombres avezados al peligro, se puso al acecho. A las diez, un hombre entraba por la entornada puerta del parque.

Mi madrastra asomó en el óvalo de la ventana, e inmediatamente una escala de cuerdas bajó con la presteza del rayo. El desconocido, sin quitarse el embozo de la capa, subió por la escala, doblándola en seguida y cerrando la ventana.

Toda aquella escena pasó con espantosa celeridad ante los ojos de mi padre, que ni siquiera pestañeó. Su resolución entonces fué fija, terrible, inmutable. Si el desconocido no hubiera bajado del aposento de Teresa hasta la consumación de los siglos, hasta la consumación de los siglos hubiera permanecido allí mi padre.

De nuevo se volvió a abrir la ventana, de nuevo se deslizó la escala a lo largo de la pared y en ella puso el pie el desconocido, bajando dos o tres gradas. Como si el alma del capitán se hubiese ido con aquel hombre y con aquel hombre hubiese regresado, Orso hizo un movimiento, el primero desde hacía dos horas.

El desconocido iba a bajar, cuando Teresa, que sostenía la escala, le dijo:

—Adiós, amado mío, adiós. ¡Hasta mañana!

Y en aquel momento, un beso, el choque de dos labios, débil como un murmullo, fugitivo como un soplo de aire, resonó en el espacio. Orso sintió una puñalada en el corazón.

Poco después había desaparecido la escala, estaba cerrada la ventana, ninguna huella quedaba del desconocido ni de la mujer.

.....

A la mañana siguiente de la aventura que hemos ya contado, Teresa acababa de despertar sobresaltada. Los primeros rayos del sol alumbraban la habitación, en un ángulo de la cual, y delante de un escritorio, había un hombre que, después de haber registrado uno a uno los cajoncitos y descubierto un paquete de cartas en uno de ellos, se entretenía calmamente en la lectura de las epístolas.

Teresa, al despertar, al abrir desmesuradamente los ojos como buscando la realidad de su sueño, vió al hombre aquel y quedóse helada de terror y espanto. Incorporóse en la cama

como si dudara todavía, y la palidez más cadavérica se difundió por su semblante.

El hombre que estaba allí, a su vista, era Orso de Monteferro. El paquete de cartas que en su mano tenía eran los amorosos billetes del oficial español.

El capitán le echó una sola mirada, e impasible y frío, sin que su rostro tradujera el incendio de su alma, continuó la lectura.

Aquel silencio, aquella espantosa sangre fría, aterrorizaban a Teresa, que varias veces pasó la mano por sus ojos creyéndose juguete de un sueño aterrador.

—¿Cuál es el nombre de vuestro amante, señora, que no lo encuentro al pie de ninguna de estas cartas?—preguntó mi padre.

Teresa oyó la pregunta, pero no contestó.

Cuando mi padre le habló, Teresa se sintió desfallecer, y hubo de poner a prueba toda su fuerza de voluntad para no caer en el lecho medio muerta de terror y angustia. La voz de su esposo había vibrado en sus oídos lúgubre.

—Pero, en fin, ¿no me diréis, señora, cuál es el nombre de vuestro amante?

Teresa tampoco contestó. Mi padre, como si no hubiese reparado que por dos veces había quedado su pregunta sin contestación, abrió y desdobló las cuatro o cinco cartas que le faltaban por examinar. Exclamó de pronto, viendo firmado uno de los billetes:

—¡Por fin! He aquí su nombre.

Juntó todos los billetes, atólos con la misma cinta azul bajo la cual los había hallado, y llevándose el paquete, como si hubiese satisfecho todos los deseos que a aquella habitación le llamaban, dirigióse pausadamente hacia la puerta, saliendo de la estancia sin decir más palabra.

* * *

Aquel mismo día, en ocasión en que el oficial español se retiraba a su casa, distraído y meditabundo, tropezó a seis pasos de la puerta con un hombre que le estaba mirando impasible y cruzado de brazos. El español iba a pasar de largo, cuando la voz del desconocido llegó hasta él:

—Os estaba esperando, caballero.

—¿A mí?—preguntó con sorpresa el español—. No os conozco.

—Mi nombre os hará recordar. Soy Orso de Monteferro.

El español palideció. Una víbora que hubiese hallado de pronto en su mano no le hubiera aterrado tanto como la repentina presencia de aquel hombre. Procurando, sin embargo, aparentar una serenidad que no tenía y dar firmeza a su voz, dijo:

—Es la primera vez que tengo el honor de veros. ¿Qué queréis?

—¿Os hallaré, pues, pasado mañana, a las diez, junto a la puerta de mi parque?

—¿Para qué y con qué motivo?

—¿Tenéis la osadía de preguntar tal cosa? Quiero batirme con vos.

Y dejó caer su mano sobre el rostro del oficial español; éste medio desenvainó su espada, dejó caer su mano y bajó su cabeza. Orso de Monteferro miró al oficial de arriba abajo, con un marcado y profundo desprecio, y en seguida se alejó, diciendo:

—Pasado mañana, a las diez. ¡Que no vaya a olvidarseos!

Mi padre, como buen corso que era, vengó el ultraje de su deshonra y se deshizo de Teresa; pese al mucho cariño que le tenía, después de la muerte de su esposa no esperaba ya cosa alguna que fuese su muerte, no sin antes celebrar el duelo con aquel hombre.

Al día siguiente, a la hora anunciada, mi padre abrió la puerta del parque. El semblante de Orso estaba pálido como un mármol; pero también, como un mármol, impassible y frío. Le acompañaba mi tío Paolo.

El oficial español y su amigo Miguel estaban ya en su puesto. Orso hizo un leve saludo de cabeza al español y le dijo:

—Servíos seguirme y buscaremos un lugar a propósito.

El oficial, que estaba sumamente pálido también, se inclinó en silencio y siguió a Orso.

Nuestros cuatro personajes fueron andando sin trocar una palabra, y bien pronto llegaron a la plataforma de un montecillo desde el cual se divisaba un magnífico panorama. Dominaba por un lado la casa de Orso y la presentaba en todos sus menores detalles exteriores, con su patio, su jardín y su parque. Por la otra parte desplegábase el país en toda su variedad y belleza.

Al llegar allí se paró el capitán, que iba delante, y se detuvieron todos.

—He elegido la pistola—dijo Orso al español.

—Me es indiferente—contestó éste.

Paolo y Miguel cargaron las pistolas. En seguida entregaron una a cada combatiente, colocándoles a veinte pasos de distancia uno de otro con la facultad de avanzar hasta diez, y dieron la señal.

El español y Orso dieron algunos pasos y sus dos tiros partieron a un tiempo, de tal modo que no se oyó más que una sola detonación. El capitán se bamboleó y cayó de espaldas.

Había recibido en el bajo vientre la bala del español, mientras que éste, por su parte, había quedado ileso, pues la bala de Orso sólo le pasó rozándole el hombro.

Todos creyeron muerto al capitán del *San Anselmo*, que no lo estaba ciertamente, aun cuando había caído y se estaba desangrando.

—Pues, señor, esto está concluido. ¡Vámonos!

Estas palabras, pronunciadas con la horrible indiferencia de la insensibilidad y del cinismo, fueron dirigidas por Miguel a su compañero, que permanecía inmóvil, como aterrado por el desenlace de aquel duelo. Miguel, viendo que no se movía, le cogió del brazo y le arrastró. El oficial se dejó llevar.

Paolo, a su vez, viendo caer a su hermano y creyéndole muerto, se había quedado helado y frío, y sólo pareció volver en sí cuando vió que los dos contrarios se alejaban.

—¡Miserables!—exclamó entonces en alta voz y cerrando sus puños—. No os habeis contentado con robarle su honra y su oro; habeis querido su sangre. Está bien, ya nos volveremos a encontrar.

«¡Hola!—se dijo a sí mismo Miguel, que oyó perfectamente la alusión al robo del oro—. Ese hombre sabe lo de cajita—al decir esto se refería a que Teresa, por salvarlo de una deuda de juego, le había entregado un rico y cincelado joyero—. Será preciso enviarle a hacer compañía a su hermano.»

Miguel le disparó un pistoletazo. Paolo cayó junto al cuerpo de su hermano.

Un servidor del capitán, que había oído los disparos, se dirigió al sitio en donde acababa de tener lugar la escena que acabamos de encontrar, y hallóse con Paolo ya cadáver y con Orso moribundo. Dió aviso inmediatamente a los demás servidores de la casa, y pocos momentos después ya veía atra-

vesar los umbrales a los que llevaban a mi tío muerto y a mi padre casi expirante. Causóme aquello una impresión tal, que jamás, durante toda mi vida, pude olvidarla.

Mi padre pasó muchos días entre la vida y la muerte. Mientras tanto, el oficial español y su amigo Miguel partieron del país, regresando a España. Al cabo de quince días de horribles padecimientos, Orso recobró algunas fuerzas; pero conoció que su situación era desesperada y que no había remedio para él. Dirigió una mirada en torno suyo, y se encontró solo, solo con su hijo de doce a trece años, al que iba a dejar solo en el mundo, y al cual, sin embargo, como una herencia forzosa, quería legar su venganza. Orso, en medio de su soledad, podía aún contar con dos hombres: un amigo y un criado.

El amigo, desgraciadamente, era extranjero, y se hallaba lejos de él. Era don Juan de Serrallonga, con el que había tenido estrechas relaciones durante una larga temporada que el capitán del *San Anselmo* había residido en Barcelona. Consiguó entonces, con motivo de una de aquellas peticiones tan frecuentes en la juventud de Serrallonga, salvar a éste la vida, y don Juan juró entonces a mi padre una amistad eterna.

El puñal que antes solicité era un arma tradicional en mi familia, y tenía en su puño un secreto en el que había un papel dirigido a mí, papel que me debía revelar el nombre y calidad del oficial español causante de todas las desgracias de su casa.

Mi padre expiró diciéndome: «Sé digno de tu raza; véngame algún día.»

CAPITULO VI

Juana escuchó la historia que le contó Orso de Monteferro a la pálida luz de la luna y bajo los pliegues de la bandera de la muerte.

Cuando el joven extranjero hubo terminado, se calló vencido por la emoción. Hubo un instante de silencio que Juana interrumpió.

—¿Qué pensáis ahora?—le preguntó.

—La pérdida de ese puñal—dijo Orso con desaliento—destruye todas mis esperanzas.

—Nada me habló jamás de ello mi esposo. Sin embargo, si

ese puñal existía en su poder, yo le encontraré; mas ¿podéis darme alguna seña particular por la que sea conocido el puñal?

—Si por cierto. He oído varias veces decir al anciano servidor que cuidó de mi educación, con referencia a lo que le dijera mi padre, que este puñal tiene grabado en su hoja por un lado un esqueleto y por el otro la divisa de mi casa: *La sangre lava la injuria*.

Doña Juana se levantó entonces y añadió:

—Nuestra entrevista ha terminado, caballero de Monteferro. Podéis ir, si os place, a descansar algunas horas. A las cuatro de la madrugada un guía irá a despertaros y os acompañará hasta el pie del monte.

Orso abrió los labios para decir algo; pero doña Juana no le dió tiempo.

—No achaquéis esto a despedida. En cualquier otra ocasión os hubiera brindado con la hospitalidad en mi campamento, por pobre que en él sea; pero será muy probable que los primeros rayos del sol de mañana me encuentren lejos de aquí. Las tropas enviadas en nuestra persecución han llegado a Gualba, y es preciso burlarlas.

Juana decía en aquel momento lo que estaba más lejos de su mente, y no hacía sino repetir a Orso una idea que ya en el castillo de Gualba le anunció Fadri: la de que muy bien podía ser que los bandoleros abandonasen la montaña. Esto, sin embargo, no era más que una táctica peculiar de la *banda negra*, pues tanto Fadri como Juana sabían que en ningún punto estaban tan seguros como en el Montseny.

—¿Cómo sabré si habéis encontrado el puñal?—preguntó entonces el joven.

—De hoy en ocho días un hombre de mi confianza irá a llevároslo. Procurad estar a las cuatro de la tarde de dicho día en la catedral de Barcelona en la primera grada de la capilla de Santa Eulalia. Allí irá a buscaros mi mensajero.

Orso se dispuso a bajar de la plataforma. Juana le tendió su mano.

—Caballero—le dijo—, habéis dicho bien. La venganza nos hace hermanos. ¡Adiós, hermano mío!

Monteferro estrechó con emoción la mano de aquella mujer, que aparecía sublime ante sus ojos, y bajó de la colina buscando la choza que le servía de albergue y arrojándose sobre el lecho hizo por dormir.

A las cuatro de la madrugada poco más o menos le despertaron. Un bandolero envuelto en su manta, bajo la cual llevaba el pedrefial, se le presentó para servirle de guía, y ambos comenzaron a bajar la montaña.

En tanto que esto acontecía en este lugar, en el castillo de Gualba se reunían las tropas que habían sido requeridas para la expedición contra la *banda negra*.

El barón, don Diego Rodríguez Calderón, que ya sabemos era un decidido Cadell, al tener noticia de que su padre político, don Juan de Colmenar, antiguo gobernador de Vich, enemigo mortal de Serrallonga, iba a operar a Montseny en persecución de la *banda negra* por orden del virrey de Cataluña, se apresuró a poner a su disposición el castillo de Gualba, habiéndolo aceptado Colmenar por creerlo sitio a propósito para establecer en él el centro de sus operaciones militares.

Este era, pues, el motivo de haber acompañado don Diego a los jefes en aquella expedición.

Los tercios iban a las órdenes de don Juan de Colmenar; pero se había dispuesto que le acompañase como adjunto el alguacil Monredón, por ser hombre muy travieso, muy activo, de muchas relaciones y conocimientos en el país, y el cual, por razón de su cargo, podía en aquella expedición prestar señalados servicios.

Aunque aparentemente Colmenar era el jefe de la expedición, estaba secretamente sujeto al alguacil real, que era quien había respondido del buen éxito de la empresa, siendo, por consiguiente, quien tenía amplios poderes para proceder.

Colmenar, sin embargo, ya fuese por ser amigo antiguo de Monredón, o por otra causa que no debemos averiguar, parecía estar contento con el mando ficticio y dejaba el efectivo a Monredón.

Colmenar aproximóse al alguacil real y le preguntó:

—¿Cuándo salimos? ¿Ha llegado el caso?

—Llegó, y que esta noche dormiremos en el campamento de los bandoleros. Dad, por consiguiente, vuestras órdenes para que al caer la tarde nos podamos poner en marcha; pero dadlas con mucha reserva, a fin de que los soldados no se enteren de ello hasta la hora misma de partir. Que nadie más se entere tampoco. Yo me entiendo, pues que no sé si se puede fiar en todos los servidores de este castillo. Por lo demás, yo respondo de todo. Mañana seremos dueños de la doña Juana.

Colmenar no contestó nada. En cuanto al barón, no pudo menos de mostrar en su rostro su profundo desagrado por la manera como hablaba a su suegro el alguacil real, pareciendo ser el verdadero jefe. Sin embargo, al ver que Colmenar callaba, disponiéndose a obedecer, se encogió de hombros de una manera altamente desdeñosa para su suegro, y se calló a su vez.

Nadie volvió a hablar una palabra. Diéronse las órdenes, se tomaron las precauciones que quería Monredón, y a la hora del crepúsculo la tropa se puso en marcha, llevando a su frente a Colmenar, al alguacil real y a dos o tres hombres muy prácticos en la montaña y de entera confianza de Monredón. Por lo que toca a don Diego, se quedó en Gualba.

Tanto Fadri como doña Juana sabían perfectamente la existencia de una fuerza considerable en Gualba; pero por esto se mantenían tranquilos en su campamento. En caso de que se los atacase, cosa que les parecía muy difícil por estar situado el campamento en un punto del monte casi inaccesible, tenían dos medios de retirada: una cueva que partía de un bosque vecino y que atravesaba el monte, yendo a salir al otro lado, y un camino, sólo conocido de los montañeses más prácticos, que llevaba a Muscarolas.

De estos dos medios de retirada, el de la cueva era más seguro e infalible, por ser sólo conocida su existencia de los bandoleros.

El aviso que Monredón había recibido aquella misma mañana en Gualba era el de que los jefes por él designados se habían ya puesto en marcha desde Hostalrich, punto de partida, para hallarse cada uno al anochecer con su respectiva fuerza en los puntos indicados. El hacer salir los hombres de armas de Hostalrich y no de Gualba era otra hábil maniobra del alguacil real, el cual consideró muy acertadamente que la vista de los bandoleros y, por consiguiente, de sus espías estaría fija en el cuerpo principal. Las divisiones que salieran de Hostalrich para puntos distintos, podían pasar inadvertidas a los ojos de la *banda negra*, y así sucedió en efecto.

Había ya caído del todo la noche, cuando en el bosque de hayas inmediato al campamento de los bandoleros sonó de pronto el nocturno y monótono canto de la lechuza. Uno de los centinelas apostados en el bosque lo oyó, y en seguida, por medio de un silbido, hizo señal al centinela más inmediato a él, el cual trasladó el silbido al otro, llegando así al instante

esta señal de alarma al campamento y a oídos de Fadri. Este se armó de su pedreñal y se internó en el bosque.

No tardó en encontrarse con Pedro, el guardabosque de Gualba, al cual habían dejado pasar los centinelas, siendo el mismo que había dado aviso de su llegada remedando el canto de la lechuza.

—¡Pedro!... ¿Qué es lo que sucede?—le preguntó Fadri.

—Dentro de dos horas, a más tardar, pues que es todo lo que les llevo de delantera, estarán las tropas reales a la entrada de este bosque.

—¿Quién las manda?—preguntó Fadri sin sorprenderse.

—Don Juan de Colmenar y el alguacil real Monredón.

—¿Quién las guía?

—Tres hombres de Granollers prácticos en este monte.

—¿Crees tú que vienen aquí directamente?

—En línea recta. Saben perfectamente la posición de vuestro campamento.

Y sin decir más palabras, Fadri y Pedro se separaron, volviéndose aquél al campamento y el otro a Gualba por una vereda de él conocida. Fadri comunicó a doña Juana lo que pasaba.

No dejó de admirar mucho a la arrogante capitana, como admiraba también mucho a Fadri, la noticia de haberse puesto en marcha las tropas reales a la caída de la noche.

Doña Juana, Fadri y Tallaferro celebraron en el acto y en pie una especie de Consejo de guerra, resolviéndose por fin a hacer lo que otras veces habían hecho en circunstancias parecidas. Decidieron levantar el campo y marchar por el camino de la cueva.

Efectivamente, gracias a este medio, ya alguna otra vez sucediera que los tercios enviados contra los bandoleros habían llegado al campamento, no encontrando a nadie y teniéndose al cabo que volver por donde habían venido, mientras que a las dos o tres horas de su partida los Narros volvían a ocupar su puesto.

Se trataba, pues, de jugar a los tercios una burla como otras veces; pronto vieron que lo que pensaban era impracticable, pues un hombre vino a comunicar que habían cegado la cueva, por lo que doña Juana dijo:

—Fadri, tres son las fuerzas que se han enviado contra nosotros; pero de las tres sólo tendremos que combatir a una si nos quedamos aquí. Intentar marcharnos por la cueva desde

el momento en que la han cegado es cosa imposible. Aun cuando pudiésemos remover los obstáculos, no conduciría a nada, pues hallaríamos la tropa que nos espera a la salida. Forzar el paso de Muscarolas, donde habrán tenido buena cuenta de parapetarse, sería una temeridad. Considero lo mejor quedarnos aquí y esperarlos, agrupados todos junto a nuestra bandera.

Doña Juana continuó extendiendo la mano y señalando el bosque.

—La fuerza que manda Colmenar debe desembocar por este bosque, y cada hombre que ponga el pie allí será víctima de nuestros tiros. No se atreverán a subir al asalto, porque nosotros seríamos los más fuertes. Las fuerzas que hay en Muscarolas y a la entrada de la cueva no abandonarán sus puntos. Así, pues, sólo tenemos que combatir a los que vienen con Colmenar. En último resultado, abandonaremos el fuerte, nos dirigiremos hacia Muscarolas y nos dispersaremos.

Fadri movió la cabeza e hizo varias objeciones al plan de doña Juana. La opinión de Fadri era que desde el momento se adoptase la última idea indicada por ella misma.

Esta idea consistía en una cosa muy sencilla, puesta en práctica varias veces por el difunto Serralonga cuando se veía perseguido muy de cerca. Dado un punto de reunión para seis u ocho días más tarde, la banda se dispersaba, ocultándose cada uno en el sitio que mejor le parecía. Ya en la primera parte de esta obra hemos visto el buen efecto que produjo esta combinación cuando se mandó levantar un somatén general contra Serralonga. Sin embargo, esto tenía también sus inconvenientes, y doña Juana no quería apelar a este recurso más que en un caso extremo.

Negóse, pues, a ceder a las instancias de su teniente.

—Preveo entonces, señora—le dijo—, que hoy vamos a morir aquí todos.

—Si no hay otro recurso, Fadri, moriremos.

—Hágase entonces como vos deseáis.

—Tengo empeño en hacer ver a nuestros enemigos que valemos más de lo que ellos suponen. Quién sabe si al ver que les esperamos a pie firme, retrocederán.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Fadri.

—Han ido ya demasiado adelante para retroceder. Además, los manda Monredón, que es, mejor que Colmenar, su verdadero jefe.

—Precisamente es ésta una de las circunstancias que me obligan a esperarlos. Monredón y Colmenar son dos de los asesinos de mi esposo. Si consiguiera, especialmente, matar a Colmenar, no me importaría morir.

—Peor que Colmenar es Monredón. El alguacil real, señora, es una hiena sedienta de sangre de Narros, y, cobarde como es, cuando se ha aventurado a ponerse al frente de esa expedición, es porque confía en el triunfo, porque tiene seguridad en éste.

—Somos cuarenta hombres resueltos, Fadri.

—Pero ellos son trescientos o más, señora. Quedarnos es una temeridad. Todavía estamos a tiempo para dispersarnos, y bien sabe Dios que no digo esto por miedo.

Fadri no debía hacer esta observación. Demasiado sabía doña Juana que no era el miedo el que le obligaba a expresarse de aquel modo.

—No, Fadri, no—dijo doña Juana, que en ciertas ocasiones era obstinada y terca—. De ningún modo. Puesto que saben el paso de la cueva y nos lo han cegado, quiero batirme con ellos. Siempre queda tiempo para dispersarnos.

Juana, pues, se volvió a los suyos y les dijo que era preciso esperar a los enemigos y aceptar el combate.

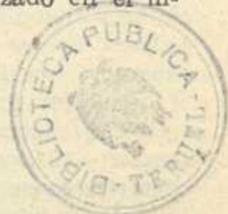
Una vez dispuesto ya para el combate, la tardanza impacientaba a Fadri de Sau, que estaba ya preparándose para ir al bosque a reunirse con los bandoleros en él colocados, cuando de pronto se oyeron algunos tiros, a los que siguieron gritos repetidos y en seguida una descarga de mosquetería.

Era que la avanzada enemiga se había tropezado en el interior del bosque con los bandoleros.

CAPITULO VII

Colmenar hacia adelantar la tropa pausadamente y con mucho tiento, dispuesto a sorprender el campo de los bandoleros si éstos no estaban sobre aviso, y dispuesto en este último caso a no atacar hasta que se hiciera de día. Sin embargo, el tropiezo de su avanzada con los cinco bandoleros le obligó a variar su plan en alguna parte.

Los cinco bandoleros, que cansados de esperar se habían



ido poco a poco adelantando, al tropezar de pronto con los soldados dispararon sus pedreñales hiriendo malamente a dos de aquéllos, y en seguida echaron a correr a través del bosque en dirección a la colina. Los enemigos, creyendo que los bandoleros eran en mayor número, dispararon a su vez sus armas, y a la voz de adelante dada por sus jefes, se lanzaron en persecución de los fugitivos.

Los disparos pusieron sobre sí a los bandidos, y a la primera señal de alarma doña Juana se puso en pie, y Fadri, de un salto, se colocó a su lado.

—Ahora, Fadri—le dijo ésta tendiéndole la mano—, ya la suerte está echada. No debemos pensar más que en una sola cosa, y es en morir con honor—dijo la intrépida heroína.

Una descarga general por parte de los bandoleros hizo caer muertos a cinco soldados, hiriendo a cuatro. Los otros se hicieron atrás y volvieron a internarse en el bosque.

Colmenar y Monredón, que llegaron entonces con la demás fuerza, dispusieron sus tropas como mejor les pareció, haciendo que los soldados se pusieran a cubierto tras de los árboles, y comenzaron el fuego, pero sin resultado alguno. La oscuridad que comenzó a reinar, por haber desaparecido la luna, les impidió poder sacar partido alguno de su posición, aun cuando no era ciertamente la mejor.

Tampoco por su parte podían hacer nada los bandoleros. Así es que, como de común acuerdo, fué menguando el fuego por una y otra parte, acabando por extinguirse del todo.

Colmenar, furioso por las pérdidas que había experimentado, quería dar el asalto a la colina, sin embargo de que no conocía el terreno y no podía juzgar de la posición en que se hallaba la banda; pero Monredón le disuadió y le aconsejó esperar a que fuera de día.

—Pueden entre tanto escaparse—decía Colmenar.

—Yo respondo de que no lo harán, y ¡ay de ellos si lo intentan!—se limitó a contestar Monredón, que había dispuesto cortarles la retirada.

Casi al mismo tiempo, Fadri se acercaba a doña Juana y le decía:

—Aprovechemos la ocasión. Se conoce que esperan que sea de día para atacarnos. Contentémonos con el resultado obtenido, y burlémoslos escapándonos.

—No, Fadri; ahora menos que nunca—contestó doña Juana, a quien el olor de la pólvora y el ruido del combate embriaga-

ban—. Ahora menos que nunca. Esperemos también nosotros a que sea de día, y que una vez al menos vean esos malvados brillar al sol la bandera de la muerte.

.....
El verdadero combate no comenzó hasta rayar el alba.

Y entonces comenzó terrible y despiadado, como lo era siempre en aquellos tiempos todo combate entre Narros y Cadells, como debía serle entre bandoleros y tropas reales.

Entre los tercios había una escuadra de soldados perfectamente adiestrada en el manejo de las granadas de mano, que entonces estaban ya muy en uso. Monredón, pues, mandó cesar el fuego de mosquete y dió orden a la citada escuadra para avanzar. Estos, gracias a sus horribles granadas, hacían casi a mansalva un cruel destrozo en las filas de los bandoleros. A los tres cuartos de hora ya no le quedaban en pie a doña Juana más que veinte hombres.

Para colmo de desgracia, un casco de granada hirió mortalmente a Fadri de Sau, que cayó casi moribundo a los pies mismos de la intrépida bandolera, arrancando a esta su caída un verdadero rugido de cólera y venganza.

El ánimo de los bandoleros comenzó entonces a decaer. Aquella forma de combate era nueva para ellos. Continuar allí por más tiempo era imposible. Así, pues, hizo que Tallafiero empuñase la bandera; encargó a otro bandolero que tomase en brazos a los dos niños adoptados por la compañía, a dos más que cargasen con el cuerpo de Fadri, al cual, muerto o vivo, no quería abandonar, y encargando a todos los que se hallaban en disposición de seguirla que se lanzaran tras ella, comenzó a bajar precipitadamente la cuesta de la colina.

La idea de doña Juana era tomar el camino de Muscarolas y perderse con los suyos en aquellos bosques y soledades, antes que los enemigos pudieran volver en sí de la sorpresa que debía de causarles el instantáneo abandono por los bandoleros. Doña Juana creía fundadamente que, al verlos huír, las tropas reales se lanzarían sobre el sitio ocupado antes por ella para tomar posesión de éste, renunciando a la idea de perseguir a los fugitivos por la práctica que estos tenían en el terreno.

Así hubiera sucedido en efecto, y hubiéranse perfectamente colmado las esperanzas de la viuda de Serrallonga, si al frente de los enemigos hubiese estado otro hombre menos as-

tuto y diabólico que el alguacil Monredón. Este parecía haberlo previsto todo.

Gracias a los guías que llevaba, Monredón pudo hacerse bien cargo del terreno, y desde su llegada había emboscado una partida de cuarenta hombres a la otra parte, con orden de lanzarse sobre los bandoleros si trataban de abandonar su posición huyendo por aquel lado, único que podían tomar en este caso.

Doña Juana y los suyos bajaron la cuesta en precipitada carrera, atravesando por delante de los enemigos, pero sin que sus disparos alcanzasen a uno solo, y habiendo doblado la colina, se creían ya salvos y se arrojaban por el camino de Muscarolas, a fin de internarse entre los grandes bosques que existían a la derecha del mismo, donde les hubiera sido fácil esconderse, cuando repentinamente cayó sobre ellos la emboscada de los cuarenta soldados que allí colocara la astucia de Monredón.

Como no estaban prevenidos para aquel repentino ataque, pues creían buenamente dejar atrás a sus enemigos, el éxito de las tropas reales fué de tan feliz imprevisto.

Sólo una descarga hicieron los enemigos emboscados. A esta descarga cayeron muertos los dos hombres que llevaban en brazos a Fadri, arrastrando en su caída el cuerpo de éste, muriendo también en el acto cuatro bandoleros más, y sucumbiendo asimismo Tallafferro, que recibió una bala en el costado y cayó sobre el cuerpo de Fadri abrazado a la bandera.

Tras de la descarga, los soldados castellanos se arrojaron a la voz de su jefe sobre lo demás bandoleros, envolviéndolos de un modo tal y tan repentino, que cuando pensaron en defenderse estaban ya cautivos.

Esto mismo le sucedió a doña Juana. Sólo tuvo tiempo para poner mano a su daga, hiriendo al primero que se le acercó. Encontróse en seguida cercada y aprisionada.

Catorce bandoleros quedaron en poder de las tropas, sin contar a Juana y a los dos infelices niños de que hemos hablado.

Colmenar y Monredón estaban realmente ebrios de contento. Así es que, después de un corto descanso concedido a las fuerzas, decidieron regresar cuanto antes a Gualba, llevándose los prisioneros y dejando sin enterrar a los muertos para que fueran pasto de las aves de rapiña y de las fieras de la montaña.

La tropa, por consiguiente, se puso en marcha, y al llegar a Gualba, los pobres prisioneros pudieron ver alzarse a la puerta del castillo dos sombrías y terribles horcas que parecían presagiarles su próximo destino.

Esto había sido producto de otro refinamiento de crueldad muy propio del carácter del alguacil Monredón. Cuando hubieron las tropas vencido, el alguacil envió un mensajero a Gualba a fin de mandar que se levantasen inmediatamente las citadas horcas. Quería que los bandoleros pudiesen ya verlas levantadas al llegar al castillo. Era un alma condenada e infame la de Monredón.

Aquella noche los prisioneros durmieron en el suelo, maniatados fuertemente, en un cuarto bajo del castillo de Gualba. Sólo a doña Juana se le dió un jergón en el cual pudo tenderse, pero sin que desataran sus manos.

Los jefes de la expedición tuvieron una breve conferencia, y dos de los bandoleros fueron interrogados. Entonces por primera vez supo Monredón que Fadri de Sau no estaba entre los prisioneros.

Nublóse su frente al saber que el teniente de la *banda negra* no estaba en su poder, según hasta entonces había creído, aun cuando se tranquilizó al decirle que había quedado tendido en la montaña y que ya a aquella hora su cadáver habría de fijo sido pasto de las fieras.

De los catorce prisioneros, decidióse enviar cuatro a Barcelona para que el virrey los hiciese matar allí, ahorcando a los otros diez a la puerta del castillo.

En cuanto a doña Juana, había orden especial del virrey para que, en caso de apoderarse de ella, fuese llevada a Barcelona, guardándole las atenciones posibles.

Sin embargo, Monredón, por una de esas crueldades propias de su horrible carácter, quiso que Juana antes de partir presenciase la muerte de sus compañeros.

Efectivamente, a la mañana del siguiente día todo se preparó en consecuencia. Los cuatro bandoleros destinados a la ciudad habían ya partido; sólo quedaban los diez condenados a morir aquella mañana, los dos niños y Juana.

A la puerta del castillo se alzaban las horcas; al pie de ellas estaban el verdugo y su ayudante; más allá, el verdugo real y verdadero, Monredón. La tropa estaba tendida en cuadro; la muchedumbre venida de los pueblos inmediatos se apiñaban tras de la tropa, y ocupaba el centro del cuadro

un fraile de rostro macilento y larga barba con un rosario en una mano y un crucifijo en la otra, dispuesto a recibir la postrer confesión de los prisioneros.

Ni Colmenar ni el barón de Gualba estaban allí: el único que estaba era Monredón, paseándose tranquilo y sereno, como si se tratase de asistir a una fiesta. Para él, en efecto, aquello no era otra cosa.

La ejecución fué llevada a cabo. El verdugo, que sabía que doña Juana no debía morir, paseó una asombrosa mirada alrededor, como buscando quién podía ser la nueva víctima. Monredón levantó el brazo y le señaló los niños. El hombre se estremeció, y hubiera podido notarse cómo a él, el verdugo, se le erizaban de terror los cabellos.

—¿Han de ser ahorcados esos niños?—balbució.

—Sí—contestó lacónicamente el alguacil real—. Son dos víboras que los Narros han criado en su seno. Matándolos ahora impediremos que sean dos monstruos más adelante. Muerta la víbora, muerto el veneno.

El verdugo parecía titubear. Su situación era horrible.

—¡Pronto!—exclamó el alguacil—. Despacha pronto, si no quieres que te haga bailar en la horca a ti mismo.

Cuando la gente agrupada en la plaza vió que el verdugo se dirigía a los dos niños, comprendiendo entonces la orden que le había sido dada por Monredón, hubo un estremecimiento general, y un sordo murmullo se levantó de entre aquella muchedumbre, como el rumor, presagio de la tempestad, que se levanta repentinamente de entre las olas del mar.

El verdugo se detuvo como interrogando el semblante del alguacil real, interin los dos pobres niños miraban a todos con ojos llenos del asombro de la inocencia.

—¡Adelante!—gritó Monredón al verdugo.

Doña Juana entonces se estremeció y dió un salto como una pantera herida.

—¡Monredón!—exclamó, adelantándose hacia el alguacil real, a pesar de que trataban de impedirselo los guardias que la retenían—, eres un miserable, un tigre a quien el infierno ha dado sed de sangre.

—¡Apartad de aquí a esa mujer!—murmuró el alguacil, dirigiéndose a los guardias—, y ponedle una mordaza.

—¡Asesino!—gritó doña Juana, en un postrer esfuerzo—. ¡La muerte pide muerte, la sangre pide sangre! Dios permitirá que un día se levante un vengador para herirte permane-

ciendo sordo su corazón a tus angustias, como sordo estás hoy a los gritos de la inocencia. ¡Asesino, maldito seas!

Se había levantado un tumulto espantoso en la plaza. Los soldados arrastraban a doña Juana hacia el castillo, no pudiendo conseguir, por más que lo procuraban, taponarle la boca, de la que a cada instante, en medio de un jadeante esfuerzo, se escapaba la palabra *¡asesino, asesino!* Los niños, que habían por fin comprendido que los llevaban a morir, daban terribles chillidos y con desconsoladores sollozos llamaban a doña Juana; la multitud se agitaba preñada de gritos y rumores sordos como las olas de una mar tempestuosa; los mismos soldados se miraban unos a otros con inquietud y zozobra, estrechando instintivamente sus filas, y el verdugo estaba pálido como un cadáver entre las dos horcas de donde colgaban los cuerpos de los diez bandoleros.

Sólo Monredón permanecía indiferente, con toda la ferocidad de su alma pintada en su rostro. Viendo que el verdugo volvía a mirarle como para esperar una última orden, el rayo de la cólera chispeó en sus ojos.

—¡Ira de Dios!—gritó con voz de tigre—. ¿No te he dicho adelante?

El verdugo bajó la cabeza y obedeció. Los dos pobres infelices criaturas fueron ahorcadas. Monredón se había propuesto dar al pueblo una escena de terror. Le dió un espectáculo espantosamente horrible, un acto de inaudita crueldad.

* * *

Doña Juana, encerrada en una habitación del castillo de Gualba, sentía su corazón despedazado por las espantosas luchas que en él tenían lugar.

Monredón le había enviado por un ministril algún alimento; pero renunció a tomarlo y hasta se negó a que le desataran los brazos, como se le ofreció, concediéndole un breve instante de respiro para comer.

A fuerza de ser atormentado por febriles y nerviosos sacudimientos, aquel cuerpo de mujer acabó por postrarse y rendirse; a fuerza de las violentas emociones que la habían destrozado, su alma llegó a sucumbir vencida. Cuando vino la noche, Juana se hallaba recostada en su jergón, inmóvil.

La noche estaba muy adelantada. Todos los ruidos del castillo se habían ido extinguendo; la luna entraba por una

pequeña reja en el cuarto de nuestra prisionera, iluminándolo con una vaga luz.

Un ruido extraño se dejó oír junto a la puerta del cuarto en que ésta se hallaba. Juana abrió lentamente, sin rechinar sobre sus goznes, la puerta de su estancia, apareciendo dos mujeres a sus atónitos ojos, las cuales entraron de lleno en el radio proyectado en el cuarto por la pálida luz de la luna.

De estas dos mujeres, la una iba enteramente vestida de blanco como una estatua de mármol, cubierto además el rostro con un velo: la otra parecía por su traje modesto una sirvienta del castillo.

Efectivamente, esta última era Gertrudis.

Juana se incorporó con asombro y fijó en ellas su mirada.

Las dos mujeres se adelantaron sin hacer el menor ruido. Gertrudis dejó en el suelo una linterna sorda que llevaba, y acercándose a Juana, empezó a desatar sus manos sin pronunciar una sola palabra.

Juana, que la dejaba hacer, sintió libres sus brazos a los pocos instantes. Gertrudis llevaba los pies desnudos, lo mismo que la mujer blanca.

A una seña de ésta, concluida aquella operación, Juana echó a andar tras de aquel misterioso ser, que no podía ser otro que el mismo fantasma blanco visto por Orso de Monteferro. Gertrudis abrió la marcha, alumbrándose con la linterna sorda que había vuelto a recoger.

Las tres mujeres salieron de la estancia sin hacer el menor ruido.

Juana se creyó salvada, y con todo el impulso y efusión de un alma agradecida, se dirigió a la tapada, a la cual demasiado se notaba que no hacía sino obedecer Gertrudis.

—Señora—le dijo—, me habéis salvado y me dais más que la vida. Decidme vuestro nombre para que pueda grabarlo eternamente en mi memoria y para...

La dama blanca no la dejó acabar.

—¡Silencio!—le dijo—. ¡Silencio! Todavía no estáis libre.

A los pocos instantes era llevada a la puerta del parque. Una vez allí, díjole la tapada a doña Juana:

—Huid, huid aprisa si en algo estimáis vuestra libertad y vuestra vida.

—Yo no puedo separarme así de vos. Necesito saber quién sois, cómo os llamáis, si sois una mujer o un ángel.

—Mi nombre debe quedar oculto. Soy el espectro blanco de Gualba.

Y dicho esto, la tapada tiró del manto, una de cuyas puntas tenía aún cogida doña Juana, y echó a correr por el parque, seguida de Gertrudis, no tardando en desaparecer ambas entre los árboles.

Juana se había quedado tan sorprendida con la inesperada respuesta de la tapada, que ni siquiera acertó a detenerla en su fuga.

Pocos momentos después, no había ya nadie en aquel sitio. La tapada y Gertrudis habían regresado al castillo; Juana se alejó apresuradamente de Gualba.

Hasta la mañana siguiente no tuvieron noticia Monredón y Colmenar de la fuga de su prisionera.

Encontróse abierta la puerta y vacía la estancia.

La cólera de Monredón, en particular, no tuvo entonces límites. Púsose frenético, delirante de ira y de coraje, y envió partidas sueltas por los alrededores con encargo de traerle muerta o viva a doña Juana. Todo fué inútil.

Doña Juana de Torrellas quedó olvidada; no volvió a hablarse de ella, habiendo prevalecido la opinión, universalmente generalizada, de su retirada a un convento de monjas de Valencia, en donde se aseguraba que había muerto al año de su entrada en él.

Apoyándonos en el privilegio concedido a los novelistas, hemos de dejar en blanco cinco años en nuestra historia. Hecho esto, anudando el hilo narrativo, pondremos a nuestros lectores en antecedentes. Supimos que doña Juana de Torrellas murió en un convento de Valencia, y que apresados los bandidos y ahorcados, así como los dos infelices niños que había prohiado la partida, la *banda negra* había quedado deshecha; perdiendo, por tanto, los Narros la más firme esperanza que tenían para salvar la causa catalana del caos en que se hallaba.



SEGUNDA PARTE

LA HERMANDAD DE LA MUERTE

CAPITULO PRIMERO

Orso—a quien ya conocimos en capítulos anteriores—, jinete otra vez en bravo alazán, se encaminaba hacia Montserrat, en cuyas más peligrosas crestas vivía el padre Agustín en su humilde morada, sita al borde de profundos abismos y envuelta casi siempre en las nieblas que coronan estas montañas.

Para ir a visitar al padre Agustín, Orso tomó el camino más corto, que empezaba a la derecha de la cerca exterior del monasterio, y que consistía en una vereda abierta en la peña viva por medio de unos escalones desiguales, formando una especie de espiral en una de las más elevadas gargantas del monte.

Penoso encontró el camino nuestro joven héroe, que había dejado su caballo en la hospedería más cerca al lugar; pero compensó su fatiga lo delicioso y agradable de los sitios por que hubo de atravesar.

Orso llegó a la ermita, y como la puerta se hallaba entornada, se detuvo para contemplar un instante al anacoreta, que, sentado junto a una ventana abierta sobre el abismo, tenía sus ojos clavados en el espacio, como si estuviera absorbido en una profunda meditación o en un éxtasis religioso.

El padre Agustín era un hombre que no revelaba tener más allá de cincuenta o cincuenta y cinco años. Su estatura era mediana; el cabello, entrecano; el color de su rostro, trigueño y quebrado; sus ojos vivos, algo grandes y saltones, revelaban ser un varón entero, firme, de prudente consejo, pero de ánimo osado.

Orso empujó la puerta, y al ruido el padre Agustín volvió lentamente la cabeza.

—¡Ah! ¿Eres tú, hijo mío?—dijo a Monteferro, sin manifestar sorpresa alguna—. Estaba esperándote.

Orso se adelantó con las mayores muestras de respeto y deferencia y estrechó cordialmente la mano que el ermitaño le tendió y que hizo ademán de llevar a sus labios, sin que el padre Agustín se lo permitiera.

—Vuestra carta expresándome una justa queja—dijo el joven—ha hecho que me pusiera inmediatamente en camino para visitaros.

—Gracias, hijo mío.

—No debéis dármelas, porque no soy acreedor a ellas. He cumplido con un deber. Padre, cuando vine a Cataluña guiado por el deseo de venganza que vos sabéis, puesto que os lo he revelado, visité esta portentosa montaña, deseoso de admirar a la Virgen cuya fama llena todo el orbe. Aquí os conocí, aquí trabé con os estrechas relaciones. Os abrí mi alma como al primer amigo que encontraba en un suelo extranjero, y vos me disteis prudentes consejos, que no olvidaré nunca. Varias veces volví a esta montaña sólo para visitaros, atraído hacia vos por una simpatía irresistible y de la que mil veces me he preguntado en vano la causa, y vos fuisteis quien alentasteis mi deseo de tomar las armas en favor de la tierra hospitalaria que me daba abrigo. Vos sois, padre, quien me ha hecho catalán, pues que a vos debo el haber recibido mi bautismo de sangre en los campos de batalla, peleando a la sombra de la gloriosa bandera de Santa Eulalia. Sin vos, nunca hubiera conocido a Carlos Fontanellas, ese generoso y buen amigo, que es mi hermano de armas y a quien tengo verdaderamente un cariño fraternal.

—¡Carlos Fontanellas! La descripción que de él me has hecho en tus cartas me lo han dado a conocer como si le hubiese visto y hablado. ¿Es este Carlos hijo de un Salvio Fontanellas, capitán de tercios que fué durante el virreinato del duque de Cardona?

—Conoci a su padre. Era un hombre valiente y honrado. Sus primeras relaciones le hicieron comprometerse, adhiriéndose algún tanto al partido de los Cadells. El fué, según creo, quien con don Juan de Colmenar, se apoderó del famoso bandolero Serralonga, jefe que era entonces de los Narros, y él quien ocupaba el cargo de gobernador interino de Barcelona cuando aquel bandolero fué ajusticiado. Disgustado con los manejos de los Cadells y víctima de sus intrigas, decidió abandonar Cataluña y pidió pasar a los Países Bajos.

Diciendo esto, el ermitaño se acercó a una alacena, y

abriéndola puso sobre la mesa un plato de frutas, otro de dulces y un pedazo de pan, disponiéndose a llenar un cántaro con el agua de la cisterna que había junto a la ermita.

Orso le dió las gracias y quiso rehusar el convite; pero el padre Agustín se negó rotundamente a escucharle, desapareciendo para regresar luego con el cántaro lleno de agua.

Monteferro tuvo que ceder, y compartió con el anacoreta su frugal almuerzo.

El padre Agustín invitó al joven a que le hablara de sus proyectos, de sus esperanzas, de los sucesos prósperos o adversos de su vida, y el joven, que apenas tenía secretos para el primer amigo que había encontrado en Cataluña, le contó sin hacerse de rogar todo lo que le sucediera desde la última vez que estuvo en Montserrat. Lo único que le ocultó, por no haberle hablado jamás de su nocturna aventura en el castillo de Gualba, fué sus encuentros con la dama desconocida.

—¿Y has ido ya a ver a esa condesa de Fiorerosa?—preguntó con ansiedad el ermitaño, así que el joven hubo concluido.

—Todavía no. Antes de hacerlo he querido consultaros sobre este punto. Sólo me he adelantado a pedirle a Fontanelas que me presente, a lo cual éste se me había ya ofrecido. Decidme ahora, padre: ¿qué debo hacer?

El ermitaño permaneció callado durante algunos instantes.

—También he oído hablar de esa condesa de Fiorerosa—dijo por fin—. No obstante vivir apartado del mundo, sé desde esta pobre morada cuanto me conviene saber y cuanto puede interesar a aquellos con quienes simpatizo. Esa mujer es extranjera, de tu mismo país, según creo.

—Es siciliana, a lo que dicen.

—Me han referido de ella cosas extraordinarias—prosiguió el padre Agustín—. Hay quien dice que esa mujer es sólo un agente de los castellanos.

—Bien pudiera ser. Todo a lo menos induce a creerlo.

—¡La condesa de Fiorerosa conoce a las personas que asesinaron a tu padre y a tu tío! ¿Cómo es eso posible? ¿No me dijiste tú, hijo mío, que nadie más que tu padre sabía esos nombres?

—Es cierto.

—¿Cómo, pues, los sabe esa mujer?

—No me lo explico. Los nombres de los criminales fueron escritos en un papel que se guardó en el pomo del puñal, arma de mi familia, enviado por mi padre a don Juan de Serrallon-

ga. Ni éste sabía la existencia del papel. Serrallonga ha muerto el puñal se ha perdido, y yo me pregunto como vos mismo: ¿De qué manera puede saber esa mujer lo que nadie sabe en el mundo?

—¿Habría podido llegar a sus manos el puñal?

—No. La misma doña Juana de Torrellas, el día antes de la derrota de su banda, me confesó que ignoraba la existencia de semejante arma, y aun cuando me dió una ligera esperanza de encontrarla, ésta murió en mi corazón con la noticia que recibí más tarde de la muerte de aquella atrevida bandolera.

—¿Y no te dijo Juana de Torrellas de qué manera pensaba averiguar si existía aún el puñal?

—Sí. Me contó que en sus últimos momentos don Juan de Serrallonga había señalado a uno de su banda el sitio en que tenía enterrados varios papeles y objetos de importancia. Doña Juana creyó que en este sitio debía de existir si acaso el puñal de mi familia.

—Fija bien tus recuerdos, Orso, hijo mío, y contéstame —dijo el anacoreta, que parecía seguir con interés el hilo de un secreto pensamiento—. ¿Recuerdas si Juana te dijo el nombre de la persona a quien Serrallonga señaló el sitio en que estaban enterrados los objetos?

—Me lo dijo, en efecto; era el del teniente de Serrallonga.

—¿Fadrí de Sau?

—Sí.

—¿Y conocerías tú el puñal en cuestión si llegaras a verlo?

—No lo he visto jamás, pero lo conocería. Sé que por un lado debe tener en su hoja un esqueleto y por el otro la divisa de mi casa: *La sangre lava la injuria*.

Satisfecho quizá el anacoreta en lo que deseaba saber, trató de dar otro giro a la conversación.

—No—dijo—; ese puñal no puede tenerlo la condesa de Florerosa. Voy a decirte lo que pienso. O esa mujer, como siciliana que es, conoce el secreto de tu familia por haberlo sabido de tu mismo país, o esa mujer te tiende un lazo.

Orso se puso a reflexionar. El ermitaño continuó.

—Todas las noticias que yo tengo están acordes en pintar a esa mujer como una intrigante, como una persona vendida en cuerpo y alma al partido de los Cadells, que es el partido castellano y, por consiguiente, el enemigo de Cataluña. Pre-

tende atraeros con intrigas y emplearos como medio para sus maquiavélicos fines.

—No iré a casa de la condesa y procuraré apartar de ella a Carlos.

—Al contrario, hijo mío. Es preciso ir ahora más que nunca.

—¿Lo creéis así?

—Te lo aconsejo. Es preciso que vayas, repito, pero dispuesto y prevenido a no dejarte prender en el lazo; es preciso que vayas, sobre todo, para velar por tu amigo Carlos, a quien podrían arrastrar más fácilmente a un precipicio. Si esa mujer es fuerte en astucia, sé astuto tú también. Si trata de cautivarte, finge que te dejas cautivar, y si ella quiere arrancarte tu secreto, arráncale tú el suyo. Ve, pues, a casa de la condesa; ve, que yo desde esta ermita velo por ti.

—¡Padre!

—No te sorprenda lo que te digo, joven. Pobre y solitario como me ves, desconocido e ignorado en el fondo de este desierto, quizá tengo más poder y medios de los que imaginarte puedes. Yo soy catalán de raza, Monteferrereño; yo amo a mi patria. Ve a encontrar a la condesa de Fiorerosa, te digo, y comunicame cuanto te suceda con ella. Sé cauto y prudente sobre todo, vela por tu amigo, vela por ti mismo, y procura descubrir el secreto de esa mujer, que es fatal a la causa catalana.

Tras una pausa añadió el anacoreta, fijando sus ojos en los de Orso:

—Hijo mío, le he escrito que necesitaba verte; has venido, y, por consiguiente, vamos a hablar de cosas muy graves.

—Estoy a vuestras órdenes, padre—dijo el joven, en quien a cada instante crecían el respeto y al veneración por el anacoreta.

Este se levantó y fué a cerrar la puerta de la ermita. En seguida, acercándose al joven, lo llevó a la ventana.

—La política infame del conde-duque de Olivares, mas rey en España que el propio rey, es funesta para España y en particular para Cataluña, ... nosotros nos ha llamado a liberarle de este odioso yugo. Ha llegado el caso de obrar, hijo mío. Cataluña, como un gigante aprisionado, muerde sus cadenas; va acercándose el día en que por medio de un supremo esfuerzo ha de romperlas.

Orso seguía con la mirada al ermitaño, que iba exaltán-

dose poco a poco y cuyo rostro se iluminaba con sublimes luces de entusiasmo patrio.

—No eres catalán, ya lo sé; pero, tú mismo lo has dicho hace poco, has recibido el bautismo de hijo de este país peleando bajo su santa bandera en el campo de batalla. Como catalán te considero ya, como hombre de honor te tengo, como bueno y leal te miro, y voy, por tanto, a iniciarte en el secreto.

La solemnidad con que hablaba el anacoreta, el silencio profundo que reinaba en torno de aquella ermita edificada sobre las peñas del desierto, la majestad del sitio, todo se reunía para hacer que Orso sintiese una emoción particular como no había nunca conocido. El padre Agustín dió un paso y extendió la mano.

—De rodillas, Orso de Monteferro—le dijo. El joven, impresionado y conmovido, cayó de rodillas. El padre Agustín continuó—: Júrame, por la salvación de tu alma, no revelar jamás a nadie lo que voy a confiarte; júrame que no te dejarás arrancar el secreto ni por halagos, ni por promesas, ni por tormentos, ni por martirios.

—Lo juro.

—Si faltas a tu juramento, Orso, los hermanos de la santa asociación tendrán derecho, todos juntos y cada uno de por sí, a clavarte su puñal en el pecho. Ahora, levántate y escucha. Orso se levantó.

—Hay en Cataluña una hermandad compuesta de millares de personas de todas clases, de todos sexos y condiciones, que se llama la *Hermandad de la Muerte*. Tiene por objeto la libertad de Cataluña, y se intitula así porque todos los que a ella pertenecen deben estar dispuestos a morir por su patria. Yo soy en la actualidad el presidente de esta organización secreta. Orso, tú has peleado por Cataluña, y te he creído digno de pertenecer a nuestra Hermandad. Te necesito en ella porque tengo puestas mis miras sobre ti. ¿Puedo contar contigo?

—Sí, padre mío. Toda causa noble y santa me tendrá siempre a su lado, dispuesto con alma y vida a defenderla.

—No esperaba menos de ti, joven. Como presidente de la Hermandad, tengo poder para admitir a un número dado de personas relevándolas de las pruebas a que se obliga a todos. Quedas incluido en dicho número. Más haré aún por ti: desde este momento te nombro uno de los *hermanos mayores*;

es decir, uno de los jefes, y te voy a dar la insignia por medio de la cual se los reconoce—y el anacoreta, al decir esto, se acercó a un armario que había en un ángulo de la ermita y, abriendo un cajón secreto, sacó de él una plaquita de tres dedos de ancho sobre cuatro de largo, la cual estaba pintada de negro y tenía en el centro un cráneo sobre dos huesos en cruz. Esta placa tenía en su parte superior un agujero que daba paso a una cinta de color de fuego, la cual servía sin duda para poder llevarla colgada del cuello.

El padre Agustín la presentó a Monteferro.

—La sola posesión de esta placa—le dijo—te instituye hermano mayor o jefe de la Hermandad de la Muerte. Todos los hermanos menores te están ciegamente subordinados a los mayores en virtud de un juramento prestado sobre los Santos Evangelios el día que son recibidos en la Asociación. Por medio de este juramento se comprometen a obedecer ciega y pasivamente las órdenes de los jefes, sin poder hacer réplica ni observación alguna. La desobediencia por su parte puede representar la muerte. Debes llevar siempre oculta bajo tu ropa esta placa que te entrego, y si alguna vez necesitas auxilio, dondequiera que te halles, bastará que hagas una cruz sobre tu pecho. De fijo uno de nuestros hermanos te verá, porque están diseminados por todas partes. Los hay en las cabañas, en los palacios, en los campos, en los pueblos, en las ciudades. Allí donde haya sólo un grupo de tres hombres, dos de ellos, de fijo, pertenecen a la Hermandad de la Muerte. Al ver tu señal, uno u otro se te acercará, pero sin decirte nada. Tú eres entonces quien debe dirigirle la palabra diciéndole: *Los dioses son de barro*. Cuando aquel hombre te haya contestado *Escalaremos el cielo*, enséñale entonces tu insignia de jefe, y puedes desde aquel momento disponer de él, aunque sea para llevarle a la muerte. ¡Desgraciado el que se atreviera a desobedecerte!

—Es entonces la vuestra una Asociación admirablemente montada.

—Es una Hermandad compacta, unida y disciplinada, como no puede haber otra en el mundo. Desde esta ermita dispongo yo de un ejército. Cataluña toda está en mi mano, y me bastaría enarbolar una bandera en uno de los picos de Montserrat para que todos los pueblos se levantaran en masa contra sus opresores. Sin embargo, el día, aunque está cercano, no ha llegado todavía.

—Y cuando llegue ese día, padre...

—¡Oh! Cuando llegue ese día, brillará el sol de la libertad para los pueblos oprimidos, y entonces haremos conocer al mundo entero que no hemos nacido para esclavos.

Hubo un instante de silencio entre ambos personajes, que el padre Agustín fué el primero en romper.

—Ya estás enterado de lo más esencial de nuestra Hermandad, hijo mío—le dijo—. Ahora sólo falta tu juramento.

—Dictadme la fórmula, padre.

El ermitaño cogió un crucifijo y lo presentó al joven, que puso la mano sobre él.

—¿Juras sobre esta santa imagen obedecer ciegamente, sin réplica ni observación, cuantas órdenes te sean dadas por tu jefe superior, el presidente de la Hermandad de la Muerte?

—Sí juro—dijo el joven con voz clara y sonora.

—¿Juras consagrarte sin descanso a la felicidad de Cataluña, trabajando en pro de ella como si fuera tu propia patria?

—Sí juro.

—¿Juras, en fin, no tener más objeto ni deseo que la libertad de Cataluña, contribuir con obra y pensamiento a su libertad, consagrarle tu corazón, tu brazos y tu vida si necesario fuere, odiar a los que la tiranizan y amar a los que la aman?

—Sí juro.

—Si así lo cumples, que Dios te lo premie, y si no, te lo demande.

Dicho esto, el anacoreta dejó el crucifijo y tendió sus brazos al joven.

—Hermano de la Muerte—le dijo—, ven ahora á que te dé mis brazos y con ellos el ósculo de amor y paz.

Orso se arrojó en brazos del ermitaño.

Después de esto, Orso se despidió del anacoreta y selló nuevamente su juramento con un apretón de manos; despidióse y tomó el sendero estrecho y pendiente que guiaba al monasterio.

CAPITULO II

Apenas había Orso desaparecido, cuando, hallándose aún el padre Agustín en el umbral de la puerta, un hombre, que venía por otro sendero, salió de entre las peñas y se presentó ante el anacoreta.

Este hombre no era otro que Cayetano, aquél que conocimos en el castillo de Gualba vistiendo traje de campesino y que luego resultó ser Fadri de Sau; mas ustedes dirán que había muerto momentos antes de ser cautiva doña Juana. En el instante oportuno sabrán lo que sucedió. Por ahora contentémonos con saber que vive y, lo más esencial, que en este momento se hallaba en aquel lugar.

El anacoreta le hizo entrar en la ermita y cerró la puerta.

—¿Qué hay?—le preguntó en seguida.

—Noticias graves, señor.

A pesar del tono con que Fadri dijo tales palabras, el semblante del padre Agustín no se inmutó en nada. Sentóse tranquilamente, disponiéndose a escuchar, e hizo señas a Fadri para que ocupase un banquillo que había junto a la mesa.

—Veamos, pues, esas noticias—dijo el anacoreta.

—Quizá mañana, puede que hoy mismo—exclamó el antiguo teniente de Serralonga—, os darán aviso de la desaparición de uno de los nuestros, del hermano llamado Martín, Andal, que había sido nombrado cabo de los cien hombres que tenemos alistados en las cercanías de Barcelona.

—¿Y qué?

—Quiero decir que no debe hacerse caso de la desaparición de ese hombre. Si le quiere encontrar alguno—añadió Fadri tranquilamente, poniendo una pierna sobre otra—, hallará su cadáver a orillas del Llobregat, en una alameda que hay al pie de Samboy.

—¿Ha muerto?

—De una puñalada; pero se sabe quién le mató.

—Dime su nombre y se hará justicia.

—Podéis hacerla cuando gustéis; yo fui.

Hubo un instante de silencio.

—Si eres tú el que has muerto a Martín—dijo el anacoreta—, debe de haber mediado alguna causa muy grave.

—Nos había vendido a la condesa de Fiorerosa.

—¡Otra vez esa mujer! ¿Quién es esa condesa, con la cual hemos de tropezar a cada paso en nuestro camino?

—Debe de ser el diablo por fuerza, señor. Martín era un hombre leal, valiente, de buen corazón; pero el brillo del oro le cegaba. Desgraciadamente, esa condesa de Satanás parece poseer los tesoros de Creso. Cómo se conocieron y cómo se hizo el negocio, no lo sé. Sólo sé que Martín, por una crecida cantidad, pues me lo ha confesado antes de morir, vendió a la condesa el secreto de nuestra Hermandad, conoce su santo y seña.

El padre Agustín permaneció pensativo unos instantes.

—Y ¿qué es lo que tú has averiguado tocante a la condesa?—preguntó por fin.

—He averiguado que es un agente secreto del conde-duque de Olivares, según todo lo hace creer. Vendida en cuerpo y alma a los Caçells, sirve a sus intereses.

—Y ¿con qué objeto se alista gente por su orden?

—Eso es un secreto impenetrable. Estoy seguro de que sus mismos agentes no lo saben.

—¿La gente alistada tiene un punto de reunión? ¿Tiene un santo y seña?

—Se pasará aviso a cada uno de ellos la vispera del día que se los necesite; su punto de reunión es la montaña de Montjuich; su seña, una cinta encarnada colgada del hombro; el objeto es desconocido a todos; pero, y atended bien esto, señor, se les ha prometido el saqueo.

—¡El saqueo!

—Esto me hace creer que el día designado por esa infernal mujer, bajo un pretexto o aprovechando alguna ocasión que nos es desconocida, esos hombres entrarán en Barcelona y saquearán las casas de los principales Narros, porque, no os quede duda, la mano que los mueve y que reúne toda esa escoria es mano de Cadell.

«Es preciso que yo vea y hable a esa mujer», se dijo a sí mismo el anacoreta. Y a continuación, en voz alta, exclamó:

—Parte en seguida para Barcelona y que mañana se reúna asamblea de todos los hermanos mayores. Yo la presidiré, y tomaremos cuantas disposiciones se crean convenientes. Voy a confiarte dos asuntos delicados. ¿Conoces a Orso de Monteferro?

—Sí.

—Ese joven es de los nuestros, y es uno de los hermanos mayores. Le he nombrado yo, en uso de mis facultades. Me interesa muy particularmente por ese joven. En el nuevo camino que va a emprender se va a encontrar rodeado de peligros y asechanzas. Es preciso vigilarle para poder socorrerle inmediatamente en cualquier trance en que se halle. Su vida y su seguridad deben interesarte como las mías propias. A nadie mejor puedo confiar este cuidado que a un hombre como tú, cuya lealtad y adhesión me son bien conocidas.

—Descuidad y contad conmigo.

—Pasemos ahora al otro encargo. He de renovar una herida de tu corazón; pero las circunstancias me obligan a ello.

Fadrí miró al anacoreta y le dijo:

—Sois vos el único hombre que hay en la tierra con poder para hacer de mí cuanto os plazca. Mi difunto capitán, y después de él su esposa, doña Juana, eran los únicos que podían disputaros este privilegio. Desgraciadamente, ambos han muerto, y he quedado yo para vengarlos.

—Escúchame bien. Tengo presentido que don Juan de Ser-rallonga, cuando estuvo en la capilla, te indicó el punto donde había enterrado algunos papeles y objetos.

Fadrí, a quien aquella pregunta parecía conmover visiblemente, hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez ir a desenterrar esos objetos?

—Nunca.

—Es preciso ir a desenterrarlos. Conviene a la causa, interesa a la Hermandad.

Fadrí pareció titubear; pero el anacoreta se apresuró a desterrar las dudas que podía tener, diciéndole:

—Sólo se necesita un objeto de los que debe de haber allí, y aun éste para devolverlo a su legítimo propietario, pues que don Juan sólo lo tenía en depósito. Consiste en un puñal, una de cuyas hojas tiene esculpido un esqueleto y la otra una leyenda que dice, en lengua italiana: *La sangre lava la injuria*. Conviene que tú mismo o una persona de tu completa confianza vaya a desenterrar esos objetos y me traiga el puñal de que te hablo.

—Lo haré yo mismo.

—Está bien. Nada más por ahora.

—¿Puedo ya marcharme?

—Sí. ¿Recuerdas mis instrucciones?

—Perfectamente.

—Mañana estaré en Barcelona. Allí nos encontraremos.

Fadrí estrechó la mano del anacoreta y, despidiéndose de él, salió de la ermita.

* * *

Dejemos que Fadrí cumpla el cometido que le fuese asignado y ocupémonos en trasladar a nuestros lectores frente a Orso y Fontanellas, de cuyas bocas habremos de saber interesantísimas cosas.

—Eres mi amigo, Monteferro, ¿no es verdad?

—¿Puedes dudarlo? Pero ¿qué es lo que te pasa, Carlos?

—Debo serte franco y voy a abrirte mi corazón. Hasta ahora te he ocultado el misterio de mi vida; pero ha llegado el momento de no tener secretos contigo. Además, cuento con tu amistad, que esta noche he de poner a prueba.

—Dispuesto me hallarás.

—Cuando me hablaste de tu aventura en casa del barón de Gualba, debiste de observar en mí algo que para ti había de ser incomprensible. Amo a la baronesa de Gualba. La amaba antes que se casara con ese infame monstruo que la tiraniza y oprime.

El hombre tiene momentos solemnes en su vida en que la expansión es una necesidad del alma. Carlos se hallaba en uno de estos momentos.

—Voy a contarte, amigo mío—continuó—, todo lo que yo he amado y amo a esa mujer. Ahora pondré a prueba tu amistad y quizá también tu brazo y tu espada; y por la misma razón que vengo a reclamar de ti un gran servicio, es necesario que te sea franco y sincero, que te abra por completo mi corazón.

—Dispuesto estoy a escucharte, Carlos—contestó Monteferro—. Los secretos de un amigo como tú son los míos propios. Sabré guardarlos. Sin embargo, si tu delicadeza te hace creer que me debes la revelación de tu secreto como una recompensa del servicio que vas a exigir de mí, te relevo de entrar en detalles. Yo sirvo a mis amigos a ciegas. Dispón, pues, de mí, de mi brazo y de mi espada, sin necesidad de darme ninguna explicación.

—No, Monteferro, no. Gracias por tu generosidad; pero estoy resuelto a no tener secretos para mi compañero de ar-

mas, para el que ha compartido conmigo sus emociones y peligros en el combate, su pobre lecho en la campaña.

—Diecisiete años no más tenía yo cuando conocí a Isabel de Colmenar. Entre su padre y el mío existía una frialdad tal de relaciones, que casi rayaba en enemistad. Un amor profundo y apasionado se apoderó de mi corazón arraigándose en él con tenacidad. Fueron muy escasas las ocasiones que tuve de hablar con Isabel, pero las suficientes para jurarnos un amor eterno. Nuestros padres, que pertenecían a dos bandos políticos distintos, acababan de declararse enemigos; y de descubrirse nuestro amor, Isabel hubiera sufrido todas las iras del violento carácter de don Juan de Colmenar. Nos amábamos, pues, en secreto y ardientemente. Una día supe con desesperación que trataban de enlazar a mi amada con el barón de Gualba, hombre odioso a todos y generalmente aborrecido. En aquella ocasión mi padre estaba ausente, pues había ido a militar bajo las banderas del ejército español en Flandes. Supe por un servidor de la familia, que me era adicto, que el barón pensaba llevar a su joven e infeliz esposa a pasar la fiesta de Todos los Santos en su castillo de Gualba, al pie del Montseny. Me pareció que allí sería fácil verla y llevar a cabo mi proyecto de atravesarme con mi espada a sus plantas mismas. Valiéndome del servidor de que te he hablado, tuve medio de hacer pasar a Isabel un escrito en que le decía que el día de Difuntos, a las doce de la noche, me hallaría en el estanque llamado del León, que hay en el parque del castillo de Gualba. Es preciso advertirte que este parque y este castillo me eran entonces conocidos y familiares. Mi escrito concluía diciéndole que si a las doce en punto no se hallaba ella en dicho sitio, me atravesaría con mi propia espada.

Orso le interrumpió al llegar aquí.

—¿Para qué día era la cita?—le preguntó.

—Para la noche del día de Difuntos. Esto hace poco más de cinco años. Fué en mil seiscientos treinta y cuatro. Salté las tapias del parque, y el día y la hora por mí designados me hallaron allí.

—¿Y ella? ¿Y tu amada?

—Dieron las doce y no compareció. Entonces cumplí mi juramento.

Monteferro no pudo contener una exclamación extraña, y arrojándose sobre Fontanellas le empujó hacia la ventana y

le miró de hito en hito. Carlos se sonrió creyendo comprender el pensamiento de su amigo.

—¿Te parece increíble—le dijo—oírle contar a un hombre de qué modo se dió la muerte?... Nada más cierto, sin embargo. Bien sabe Dios que hice todo lo posible por morir. Di: ¿recuerdas haberme oído alguna vez en la campaña quejarme de una herida que te dije tener bajo la tetilla derecha?

—Sí por cierto, y aun recuerdo que te vi un día la cicatriz. Me dijiste que era resultado de un duelo.

—Te engañé. He aquí la cicatriz.

Carlos se desbrochó el pecho y enseñó, en efecto, a su amigo el sitio de la herida.

—Pero ¿cómo saliste del parque?—preguntó Monteferro, que cada vez prestaba mayor atención a las palabras de su amigo.

—Esto es lo que no he sabido nunca. Al volver en mí, me encontré en la choza de una buena gente que, según después supe, constituía la familia de una muchacha llamada Gertrudis, sirvienta en el castillo de Gualba. Los primeros días la calentura que me abrasaba me produjo continuos delirios. Recuerdo sólo haber visto una o dos veces a la cabecera de mi cama a una joven que me pareció muy hermosa, vestida toda de blanco. Esta joven examinaba mi herida y le aplicaba cierto bálsamo, poniendo después el apósito. Tengo idea de que luego la vi marchar sobre la punta de los pies, llevando un dedo a sus labios como para encargar el silencio. Salió del cuarto como había entrado en él, sin ruido, sin hablar una palabra, como un fantasma. La calentura me abrasaba y mi pobre cabeza estaba sujeta a continuos accesos de delirio; pero estoy seguro, Monteferro, de que no deliraba en aquel momento y que vi a la mujer de que te habló. Recuerdo más; recuerdo que al principio me dió un vuelco el corazón, pues creí que podía ser la baronesa; pero no tardé en convencerme de que me había engañado. No era ella. Era una joven, un niña casi, no tengo presente su rostro pero sé que era muy hermosa.

El interés que prestaba Orso a la narración crecía cada vez más. En aquel momento estaba pendiente de los labios de su amigo.

—¿Y nada pudiste descubrir acerca de esa mujer misteriosa?—le preguntó.

—Con ella—continuó Carlos—había otra joven de modesto

porte, que parecía ser una sirvienta suya. Esta vino a verme dos o tres veces más, se acercaba a la cama en silencio y me examinaba, pero nunca decía una palabra. Una vez llamé yo a esa mujer y le pregunté quién era la joven vestida de blanco que había visto a la cabecera de mi cama. Lo recuerdo todo como si fuese ahora. La buena mujer se sorprendió mucho con mi pregunta; pero en seguida, reponiéndose un poco, me dijo que sería sin duda una visión de mi delirio. Insistí diciendo que estaba seguro de hallarme en aquel momento en el pleno uso de mi razón; pero ella insistió también, y acabó por decirme: «Eso es que habéis visto en sueños al espectro blanco de Gualba.» El resultado de todo, amigo mío, es que no pude saber nada. Cuando me hallé en disposición de hacer preguntas a la buena familia que me había recogido, sólo pude saber que unas personas desconocidas me habían llevado a su choza herido y moribundo, que me habían recogido y me habían cuidado. Pregunté por la dama vestida de blanco, por la mujer que parecía ser su doncella; pero me dijeron que no sabían de qué les hablaba y lo achacaron también a visiones de mi delirio. Sin embargo, yo siempre he abrigado la duda de que aquella gente sabía algo más de lo que a mí me confesaba.

—¿Y ella? ¿Y tu amada?—preguntó Monteferro—. ¿La has visto posteriormente? ¿Le has hecho alguna pregunta sobre este misterio?

—Tardé mucho en restablecerme—dijo Carlos prosiguiendo su relato—. De allí me trasladé a Vich, y empezaba apenas a sentirme con fuerzas para venir a Barcelona, cuando mi padre regresó del extranjero en el triste estado en que se halla ahora. Esto, naturalmente, retardó mi salida de Vich, y a poco, supe que el barón de Gualba se había marchado a hacer un viaje llevándose a su esposa. Un año tardé lo menos en verla. En este año, amigo mío, mi pasión, en lugar de calmarse, fué en aumento. Yo amo a esa mujer, Monteferro; te juro que la amo perdidamente, y ha de llegar día en que sea mía, aun cuando a ello se opongan el cielo y el infierno. La soledad y el aislamiento en que viví contribuyeron a concentrarme más y más en el éxtasis de mi violenta pasión. En ver a mi pobre padre joven aún y mutilado, las ideas de amor a la patria que promovidas por él se despertaron en mi pecho, el afán de la gloria, el deseo de verter mi sangre en defensa del país, me curaron de mi monomanía sui-

cida; pero no por ello abandoné la idea de morir, sólo que escogí para tumba el campo de batalla. Cuando Isabel regresó de su viaje, la vi tres o cuatro veces, pero sin hablarle. Estaba tan pálida y tan desmejorada, que daba lástima verla. Reanudé mis relaciones con ella por conducto del servidor de que te he hablado, y entonces supe que era una víctima infeliz de los celos de su bárbaro esposo. Sólo raras veces tuve ocasión de hablarle, y por cortos momentos, en una reja de los jardines de su casa. Pues bien, amigo mío: te confieso que nunca le hablé de lo sucedido en el castillo de Gualba. Me daba vergüenza confesarle mi arrebató. ¡Además, la veía tan triste, tan pálida, tan desgraciada! Isabel continuaba amándome con el delirio de los primeros tiempos de nuestro amor, y me dijo que confiaba en mí, que sufría tanto y era tan infeliz, que acaso algún día se vería precisada a pedir mi protección, puesto que yo era la única persona que la amaba en el mundo. Es así realmente. Isabel no puede contar ni con su padre ni con su marido. Nuestras entrevistas fueron muy raras; el barón la vigilaba estrechamente, porque sus celos le hacían ver un amante y un galán de su mujer en cada hombre que atravesaba la calle. En esto llegó el momento en que la patria llamó para defenderla a todos los que se sentían con fuerza y ánimo para sostener un arma. Acudí a su llamamiento, y desde entonces data nuestra fraternal amistad, Monteferro. En la vida del campamento como en la de la ciudad continué mostrándome de carácter ligero e irreflexivo, persistiendo siempre mi primitiva idea de ocultar a todo el mundo la pasión devoradora que roía mi alma. Antes de partir, vi a Isabel por última vez y le ofrecí que conservaría mi vida, ya que algún día podría serle útil. Esta es mi historia, Orso. Te he abierto mi corazón. Juzga tú mismo.

—Dime: esa joven vestida de blanco, que tú creíste ver o que estás seguro de haber visto a la cabecera de tu cama, ¿no podía ser la misma baronesa?

—No—contestó Fontanellas—. Luego supe que en aquellos días el barón no salió de Barcelona, como había pensado, y, por consiguiente, Isabel tuvo que permanecer también.

—De todos modos, me extraña que no hayas tratado de averiguar el fondo de tu aventura.

—Es que he de confesarte una cosa, y ésta es que abrigo mis dudas de que la carta en que daba cita a Isabel le fuese entregada. Jamás me ha hablado ella una palabra, y yo, por

mi parte, ya te he dicho que no me he atrevido nunca a indicarle la menor cosa.

—Pero el criado a quien tú confiaste la carta, ¿no se la entregó?

—Le vi cuando ya había pasado más de un año, y no le pregunté nada.

• Orso no insistió más; no lo creyó prudente tampoco.

—Y bien—dijo entonces a su amigo—. Me has contado tu historia porque has dicho que me necesitabas. Dime qué he de hacer por ti.

—Desde que hemos regresado de la campaña—contestó Carlos—no he hablado a Isabel. He venido a Barcelona sólo por verla, y me hice presentar en casa de la condesa de Fiorerosa porque sabía que algunas veces el barón de Gualba llevaba a Isabel a sus tertulias. La he visto dos veces, pero sin hablarle, pasando yo por delante de su casa y estando ella asomada a un balcón. A los pocos momentos de haberte ido tú de mi casa el otro día, después de haberme contado tu aventura, que me sorprendió mucho por cierto, entró el confidente de mis amores a reñatarme lo que yo sabía ya por tí. El barón, que cada día se ha ido haciendo más celoso y más intratable, ha comenzado a sospechar que realmente su mujer tenía una pasión de ánimo, al ver el desamor que ella le muestra, al verla palidecer a su lado y extinguirse como una flor que se va marchitando. Te tomó a ti por el galán en cuestión, y hasta parece que la misma Isabel creyó en un principio que era yo mismo el que había entrado en el patio de su casa. Mejor que yo sabes tú lo que sucedió después. Ahora bien: tu extraña fuga, de la que yo soy el primero en no darme cuenta, produjo una escena terrible en casa del barón. Ya te he dicho de qué modo ese infame ha tratado a su mujer, y la pobre Isabel, agotadas ya todas sus fuerzas, no pudiendo soportar por más tiempo la vida horrible que pasa en aquella casa, ha tratado de apelar a la fuga, pues esta noche el criado de confianza que ha mediado en nuestros amores le proporcionará el medio de escapar de su casa. Isabel, que no puede ir a reunirse con su padre, el cual, hombre de corazón duro, la devolvería a su marido, quiere refugiarse en un convento y ha elegido el de Pedralbes, donde está de abadesa una persona que fué amiga de su difunta madre y que cree se compadecerá de ella, dándole asilo en aquel santo monasterio. La pobre mujer, sola y perdida

en este mundo, temiendo, una vez fuera de su casa, volver a caer en las garras de tigre que es su marido, se ha confiado a mi amor y a mi lealtad, enviándome a pedir que le sirva de escolta hasta Pedralbes.

—¿Y tú la acompañarás al convento?

—La acompañaremos los dos, si quieres prestarme este servicio. A las siete hemos de estar junto a la puerta de la ermita del Angel. Allí irá a buscarme Isabel. Tendré un caballo dispuesto para ella y la acompañaremos al convento.

—Has hecho muy bien en contar conmigo—le dijo—y te doy las gracias. Tú serás el que la acompañe, y yo protegeré vuestra fuga.

—¿Debemos hacernos acompañar por algún criado?

—No. Nos bastamos y nos sobramos. Además, conviene que sólo nosotros dos estemos en el secreto. A las siete en punto, al pie de la ermita del Angel.

—No faltaré.

CAPITULO III

A las siete en punto estuvieron en el lugar de la cita. Isabel no estaba allí; supusieron que estaría en el interior de la ermita.

Cosa de un cuarto de hora permanecieron paseando arriba y abajo, sin desplegar los labios. Sólo Carlos, que no podía reprimir su impaciencia, la traducía por medio de movimientos irregulares y de exclamaciones sueltas e interrumpidas.

Por fin se dejó oír un ruido de pasos. Carlos y Monteferrero se volvieron. Una mujer envuelta y tapada con un manto se dirigía precipitadamente hacia la ermita; su paso era rápido, como si huyese de alguien. Carlos se precipitó a su encuentro.

—¡Isabel!—exclamó.

Con voz entrecortada por la fatiga y por la agitación, la dama contestó:

—¡Me sigue!... ¡Me sigue!

—¿El barón?

Carlos llamó a Orso, que estaba sólo a tres pasos de distancia.

—¡Pronto! ¡Pronto!—dijo—. ¡A caballo!

La dama, medio desfallecida, dobló una rodilla y se dejó casi caer en el suelo. La emoción y la carrera precipitada que había tenido que llevar la postraban.

—¡No puedo más!—dijo—. Huid y dejadme aquí, Carlos. Me matará, y a lo menos habré acabado de sufrir.

Orso, viendo a aquella mujer desfallecida y aterrada, se acercó entonces para tranquilizarla diciéndole:

—Desechad todo temor, señora.

En aquel instante se oyeron pasos en el camino, que formaba un recodo en aquel sitio.

La tapáda, como si el terror y el espanto le hubiesen devuelto de pronto las fuerzas perdidas, se levantó, exclamando con voz ahogada por el miedo y los sollozos:

—¡Ya está aquí, ya está aquí! ¡Desgraciados! Huid, huid, todos.

Y fuera de sí, sin saber lo que hacía, obedeciendo sólo al impulso de profundo terror que la dominaba, se sustrajo a la presión de Fontanellas, que quería llevarla hacia el sitio en donde estaban los caballos, y pasando desolada por entre los dos amigos, corrió hacia la ermita, que sin duda se ofreció a sus ojos como un puerto seguro de salvación.

Carlos se precipitó, pasado el primer momento de sorpresa, tras de la dama; pero en la primera grada de la escalera fué detenido por Orso, que acababa de ver a un caballero doblar el recodo del camino por donde había venido Isabel.

—¡Prudencia!—dijo Monteferro a su amigo—. Ya está aquí, y puesto que ella se ha refugiado en la ermita, guardemos la puerta.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando vieron aparecer al barón. Instintivamente había acertado Isabel.

El barón se adelantó y, fijando su mirada en los dos amigos, les dijo bruscamente:

—¿Qué es lo que estáis haciendo ahí, caballeros?

—¿Y qué es lo que a vos os importa?—contestó arrebatadamente Carlos, que estaba impaciente por llegar a las manos con el barón—. Seguid vuestro camino y no os metáis en donde no se os llama.

El barón procuró reprimirse, y sin hacer caso del acento de provocación que tenían las palabras de Fontanellas, preguntó:

—¿Habéis visto pasar por aquí a una dama tapada, señores?

Orso detuvo a su amigo, que iba a contestar, y dijo:

—No, caballero. No hemos visto a ninguna dama, ni para verlo estamos tampoco.

El tono cortés y hasta afectuoso usado por Monteferro pareció hacer alguna impresión en el de Gualba.

—Páreceme, sin embargo—le dijo éste—, que estáis aquí de centinelas de esta ermita, como si guardarais su puerta.

Carlos no pudo reprimirse por más tiempo.

—Hacemos lo que nos parece oportuno, señor barón.

Al oírse llamar por su título admiróse el barón, y después de meditar un segundo se dirigió a las gradas de la ermita para entrar en el interior de aquélla. Como quiera que los caballeros no le dejaron realizar su intento, el barón les dijo:

—¿No quereis abrirme paso buenamente? Pues entonces lo haréis a la fuerza.

Y desnudando su espada, se dispuso a subir los escalones. Los dos jóvenes desenvainaron las espadas a su vez y presentaron la punta al barón.

—¡Haceos atrás, barón de Gualba, o sois muerto!—gritó Fontanellas.

El barón dejó escapar una especie de carcajada estridente, y se arrojó sobre ambos jóvenes, cruzándose las espadas. En aquel momento, la puerta de la ermita se abrió de par en par.

Una mujer se presentó en el umbral; pero no era la dama tapada que allí había entrado pocos momentos antes. Sin embargo, iba, como aquélla, envuelta en un manto que le llegaba hasta los pies, y que había levantado para descubrir su rostro. Era una mujer que tendría unos treinta y cinco años; pero de buena, agraciada y arrogante figura.

—Acabo de oír pronunciar vuestro nombre, barón—dijo—, y salgo a impedir un combate inútil.

—¡La condesa de Fiorerosa!—exclamó, asombrado, Fontanellas bajando la punta de la espada y mirando a aquella mujer de hito en hito.

—¡Buen susto me habéis hecho pasar!—continuó la condesa con la mayor calma, dirigiéndose al barón.

—¡Señora! ¿Vos?—balbució el de Gualba en el colmo de la sorpresa.

—Yo soy, yo misma, barón. Lo incomprensible es que al pasar junto a vos no os haya conocido. He observado sólo que

un hombre me seguía, y he apretado el paso huyendo de él hasta encontrarme con esos dos caballeros, bajo cuya protección me he puesto, y que parece lo habían tomado tan a lo vivo, que estaban dispuestos a morir antes que permitirnos la entrada. Muchas gracias, señores.

Y bajando las gradas de la ermita, hizo un nuevo saludo amistoso a los jóvenes, enlazando su brazo con el del barón, el cual, como a su pesar, se vió arrastrado por la condesa. Monteferro pudo oír al de Gualba que preguntaba a la dama, como si aún guardase en el fondo un resto de duda:

—Pero ¿erais vos realmente, señora?

La condesa se echó a reír.

—Pues, ¿por quién me habeis tomado? Era yo, barón; yo misma, pero figuraos mi aturdimiento cuando no os he conocido.

La pareja se alejó y Monteferro no pudo oír nada más.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores la situación en que quedaron ambos jóvenes, mirándose mutuamente, sin saber en realidad lo que les pasaba.

Carlos en particular creía estar soñando. Su primer impulso fué el de lanzarse hacia la condesa, que marchaba apresuradamente llevándose consigo al barón; pero en seguida reflexionó, y empujando las puertas de la ermita, penetró en su interior.

Allí se hallaba Isabel; aproximáronse nuestros amigos.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha sucedido, y qué misterio es éste? —preguntó Carlos.

La pobre baronesa estaba tan conmovida, que no acertaba a decir nada al principio. Por fin, explicó que al refugiarse en la ermita sin saber lo que hacía, se encontró con la condesa de Fiorerosa, que estaba allí sola. La condesa, lanzándose a ella, la tranquilizó, se enteró de lo que pasaba, y en seguida le pidió su manto envolviéndose con él y diciéndole que no abrigase el menor recelo, pues se encargaría de salvarla. De pronto, Isabel la vió salir, y no sabía nada más, puesto que había caído de rodillas, poniéndose a orar.

La baronesa concluyó se relación diciendo a Carlos:

—¡Por piedad, amigo mío! ¡Por piedad, llevadme al monasterio!

Monteferro salió e hizo acercar los caballos. La baronesa

estaba tan débil, que fué preciso colocarla en brazos en la silla.

—¡Marchemos! ¡Marchemos pronto al convento!—decía Isabel.

Carlos renunció a hacerle más preguntas, y montando los dos amigos a caballo, se pusieron en marcha. Ningún incidente tuvieron en el camino.

Llegaron por fin a la puerta del monasterio. Isabel bajó del caballo, y con paso firme, como si hubiese recobrado sus fuerzas, se dirigió a la puerta, tirando de la campana. Cuando hubieron abierto, invitándola a entrar, así que hubo preguntado por la abadesa, Isabel se volvió y dió algunos pasos, dirigiéndose a los dos amigos que se habían quedado algo apartados junto a sus caballos.

—Gracias, caballero—dijo, saludando a Monteferro—, y a vos, Carlos—añadió con voz impregnada de sollozos—; a vos, amigo mío...

—¡Isabel!—murmuró Carlos con voz entrecortada por la emoción y por los sollozos.

—¡Adiós para siempre!

En seguida hizo con la mano un afectuoso saludo a ambos amigos, y entró apresuradamente en el monasterio. Las puertas se cerraron tras ella. Monteferro hubo de acercarse a Carlos para sostenerle, pues le vió vacilar y tambalearse como un hombre ebrio. El dolor le destrozaba el alma.

* * *

El barón, creyendo a duras penas lo que acababa de ver, llegó sin pronunciar una sola palabra a las puertas del palacio. La condesa, soltando suavemente el brazo de su acompañante, dijo:

—Gracias, barón.

—Yo soy el que debo darlas por el honor que me ha caído en suerte.

La condesa se sonrió afectuosamente, y con esa expresión de fino cumplido, tan familiar en las clases elevadas y que tan perfectamente hace mentir al labio lo que siente el corazón, dijo, disponiéndose a entrar en el patio:

—¿Queréis subir?

—El barón no podía responder sino lo que se responde siempre que de tal modo se hacen estas invitaciones:

—Gracias. Lo haré en otra ocasión.

—Adiós, pues, barón, y hasta otro rato.

—Adiós, condesa.

Y mientras ésta subía la escalera, aquél se alejó cabizbajo y reflexionando profundamente, en dirección a su casa.

.....
 Dejemos por ahora al barón, que harto quehacer tiene en este momento y mayor lo tendrá más tarde con la desaparición de su esposa, y observemos a la condesa, que acaba de entrar en una de las salas del palacio.

Al entrar, una doncella que la siguió encendió uno de los candelabros de bronce que había a los lados del espejo y quitándole el manto de la triste Isabel, se lo llevó, dejando sola a la dama en la estancia. La de Fiorerosa se dejó caer en el sillón y permaneció así un buen rato.

Dejó oír a la parte de afuera el sonido de una campanilla, y en el mismo momento se presentó en la puerta la doncella de antes.

—El correo—dijo la condesa.

La doncella desapareció, volviendo al cabo de unos segundos con una bandeja de plata sobre la cual había dos cartas que tomó la Fiorerosa, indicando luego con una seña a la doncella que podía marcharse.

La condesa se puso a leer la carta atentamente, y a la mitad de la lectura en su rostro no se advirtió sino una ligerísima expresión de alegría semisalvaje, aquella carta era del de Olivares, y decía así:

«El carácter de Santa Coloma es harto débil, y al servicio del rey nuestro señor conviene mayor energía de la que emplea en el gobierno del rebelde Principado el *bondadoso* virrey de Barcelona.»

—Perfectamente—dijo la de Fiorerosa, después de haber vuelto a leer el citado párrafo—. Si yo hubiese tenido que dictar la carta a Olivares, no lo hubiera hecho mejor ni más conforme a mi objeto.

Luego, reflexionando sobre el mismo asunto, continuó:

—Sí; Santa Coloma es débil, harto débil en verdad para traducir con su conducta en Cataluña toda la cólera, toda la animadversión con que se mira en la corte de España a esta colonia, más bien que provincia, conquistada por la Corona. Santa Coloma es débil, es decir no es bastante cruel, y Olivares que cree que la fuerza de un Gobierno está en la opre-

sión y la energía en la crueldad, quisiera más enérgico y más fuerte al virrey de Cataluña. ¡Pobre conde-duque! No sabe que esa conducta, llevada al extremo que él desea, daría por resultado la indignación en el pueblo y con ello su poder se tambalearía y caería sin duda.

La condesa dejó sobre el sofá la carta leída y tomó la que estaba por abrir.

—Es de Ramón—dijo, viendo la segunda carta—. Este muchacho se porta admirablemente. ¡Quién había de decir que bajo aquella capa de estupidez y de embrutecimiento se ocultase un tan gran tesoro de discreción! Veamos qué me dice.

Y la condesa abrió la carta, poniéndose a leerla con tan visible atención, que hubiera chocado a cualquiera que, sabiendo la procedencia de ambas cartas, hubiese visto la preferencia que merecía a la condesa un escrito de persona tan humilde como Ramón sobre el de un personaje tan elevado como era el primer ministro y favorito de Felipe IV, conde-duque de Olivares.

Por lo pronto podía afirmarse que la segunda carta le interesaba mucho más de cerca que la del conde-duque. Después de leída atentamente y con marcadísima atención, la condesa exclamó, satisfecha:

—¡Bien! ¡Perfectamente! Este muchacho vale el oro que pesa. Dice que hasta ahora su persona no parece inspirar la menor sospecha a nadie... ¿Quién ha de sospechar de él? Ya ha distribuido toda el dinero, y precisa más.

Y tomando la otra carta y levantándose del sillón, sacó del pecho una llave pequeña y de difícilísima construcción, dirigiéndose al sitio donde estaba la arquilla.

Abrió, y tocando un resorte casi tan insensible a la vista como al tacto, se levantó un pedazo de la fina madera a un lado de la arquilla, dejando ver un hueco de un palmo cuadrado, en cuyo fondo se veían algunos papeles ordenados y un objeto que a primera vista parecía un cuchillo de monte o puñal.

—Aquí la carta de Ramón—dijo la condesa, doblando el papel y colocándolo en el secreto de la arquilla.

La otra—esto es, la carta de Olivares—la puso en uno de los cajones. Luego sacó el puñal, porque puñal y no otra cosa era aquel objeto en tan reservado sitio escondido, y tocando otra vez el resorte, cayó la tapa, cerrando el secreto comple-

tamente. La de Fiorerosa fué con el puñal a sentarse otra vez en el sillón.

—Es particular—dijo después de haber examinado detenida y cuidadosamente el arma que tenía en las manos—, es particular que no encuentre yo el resorte de este secreto—levantóse, volvió a la arquilla, abrió el secreto otra vez, y tomando uno de los papeles en él guardados, leyó lo siguiente—: «En el mango del puñal hay un secreto que contiene un papel en el que están escritos los nombres del asesino y de su cómplice.» ¡Pero no dice cómo se ha de buscar ese secreto!—exclamó la condesa, dejando el papel y volviendo a dejar caer la pequeña tapa sobre el hueco.

Si nuestros lectores no hubiesen adivinado ya la procedencia y significación del arma que la condesa tenía entre sus delicados dedos, bastaría que les dijésemos, para reconocerla, que en la hoja había, por un lado, un esqueleto, y por el otro la siguiente leyenda italiana: *La sangre lava la injuria.*

La condesa volvió a su sitio; pero esta vez no se sentó. En pie junto al candelabro encendido al lado del espejo, púsose a examinar nuevamente y con exquisito cuidado el mango del puñal; pero a pesar de la luz y la vista casi microscópica de la condesa, sus esfuerzos eran cada vez más inútiles para descubrir el secreto.

—No habrá más remedio—dijo, desesperada ya—que destruir el mango para buscar el papel.

Y con uno de estos movimientos nerviosos tan propios y comunes en temperamentos como el de la condesa, dejó caer la mano que tenía el puñal, dando, sin pensarlo, con el extremo del mango en el pesado pie del candelabro.

El secreto del puñal se abrió precisamente dando un golpe con el extremo del mango sobre otro objeto duro. Al abrirse el secreto, asomó al mismo tiempo la punta de un papel. Sacólo la condesa, y desdoblándolo y leyéndolo instantáneamente, vió que su contenido decía:

«Hijo mío: El ladrón de la honra y el asesino de tu padre es un oficial español que se llama don Juan de Colmenar; su cómplice es otro español llamado Miguel Monredón.

ORSO DE MONTEFERRO.»

No bien había vuelto de su sorpresa la de Fiorerosa, cuando se abrió una de las hojas de la puerta de la estancia.

—¿Quién va?—dijo la condesa, sobresaltada.

—Señora—dijo humildemente la doncella que se presentó, sin pasar de la puerta.

—¡Ah! ¿Eres tú, Beatriz No abras jamás la puerta sin llamar antes. Estaba medio dormida y me has asustado.

—Perdonad, señora. Aguardan ver a la señora dos caballeros: don Juan de Colmenar y el alguacil mayor, señor Monredón.

—Bien, vete, y cuando yo tire de la campanilla condúcelos hasta aquí.

La doncella salió.

—Perfectamente—dijo la condesa—, todo sale a pedir de boca. La visita sobre todo de Colmenar y Monredón no puede ser más oportuna.

En seguida dobló conforme estaba el pequeño papel, que guardó en el secreto del puñal, y dejando otra vez el arma vengadora en el sitio de donde poco antes la había sacado, tiró del cordón de la campanilla, sentándose en el sillón. Al cabo de unos segundos aparecían en la puerta de la estancia don Juan de Colmenar y el alguacil mayor Miguel Monredón.

CAPITULO IV

Después de los cumplidos de costumbre, la condesa indicó el sofá y Colmenar y Monredón tomaron asiento, quedándose ella en el sillón.

—Os recibo de confianza, señores—dijo la condesa así que se hubieron sentado.

—Tanto mayor honra para nosotros—contestó Colmenar, inclinando un poco la cabeza.

La condesa, tomando la primera la palabra, preguntó:

—¿Y qué novedades corren?

—¿Habéis visto hoy al virrey?

—¿A Santa Coloma?—dijo la condesa.

—Sí.

—A caballo le vi pasar, a eso de media tarde.

—No hubiera podido indicaros nada aún.

—¿Pues?—volvió a preguntar la condesa con marcada impaciencia.

—No había recibido aún los pliegos de Madrid que llegaron al anochecer.

—¿Y traen alguna novedad?

—Un triunfo para vos y un disgusto para el conde.

—No os comprendo.

—Es bien fácil, sin embargo. ¿Cuál ha sido siempre vuestra opinión acerca del gobierno del virrey?

—¿Mi opinión acerca del gobierno del virrey?

—Francamente, condesa—repuso Colmenar con un tono más afectuoso que familiar, a pesar de que éste era el carácter de la conversación—. ¿No habéis reprochado alguna vez la debilidad de carácter del virrey?

—Como han reprochado esa debilidad cuantos verdaderamente se interesan por la seguridad y orden del Principado; pero de esto a exponer mi opinión acerca de su gobierno...

—Ciertamente, vuestro talento...

—Mil gracias.

—No se ha extendido a tal punto conmigo... por más que la tenga formada: ni merezco ni he tenido en verdad este honor...

—La debilidad del conde-duque le perderá—exclamó la condesa, afectando un sentimiento más vivo en favor del virrey.

—Soy enteramente de vuestra opinión.

—Pero permitidme—continuó la condesa, que vió llegado ya el momento de emplear toda la fuerza de su ingenio al objeto que ocultaba—, permitidme que os diga que no tiene toda la culpa el virrey del reproche que ha sufrido...

—¿De quién es, pues, la culpa?—dijo entonces Colmenar, que creyó adivinar que algo le tocaba a él por el tono y la mirada con que acompañó la condesa sus palabras.

—En hombres colocados en el puesto que ocupa Santa Coloma influyen mucho las personas que los rodean...

Entonces Colmenar y hasta Monredón miraron fijamente a la condesa, como para pedirle una explicación por sus palabras.

—Sí, Colmenar; la influencia de las personas allegadas a los que mandan es la que prevalece siempre en la esfera del gobierno, y esto es seguro cuando el que ejerce el poder es de un carácter tan dúctil como el virrey de Barcelona.

—Creo, condesa, que no podéis dudar ni un solo momento de nuestras intenciones y completa adhesión al gobierno, como de nuestros servicios contra esa semilla de bandidos que nos-

otros hemos perseguido tan mortalmente...—la condesa, a estas palabras, hizo un movimiento que apenas se notó, contenido por su excesiva fuerza de voluntad—. Y cuyas ideas son hoy todavía la causa del malestar que siente el país—concluyó Colmenar.

—Es que no basta eso—dijo la condesa, repuesta ya de la sensación primera—, no basta ser completamente adicto a una causa y batirse en el campo de batalla. Los servicios los exigen las circunstancias, y según sean éstas, han de prestarse aquéllos. Ya sé que sois Cadells de corazón; pero esto mismo os impone el deber de emplear en todas ocasiones vuestros esfuerzos en favor del partido.

—Pero...

Aquí la condesa entró ya de lleno en su objeto, y dijo:

—Francamente, mucha parte de la debilidad del virrey está en la falta de excitaciones por vuestra parte. Las ideas sembradas e infundidas por los Narros al pueblo tienden a la rebelión del Principado contra su legítimo rey. ¿El pueblo no quiere alojamiento, apoyándose en las constituciones y fueros del país? Pues alojamiento sin consideración. ¿Rechaza los impuestos? Apremios, pues, sin demora, y donde falte la voluntad del pueblo, súplalo la fuerza de quien lo gobierna.

—¡Bien! ¡Muy bien!—exclamaron a un tiempo Colmenar y Monredón—. Tenéis razón, sobradísima razón, y eso falta que conozca el virrey.

La condesa, queriendo aprovechar todo el efecto de sus palabras, fuése ya al punto principal y dijo:

—Y sobre todo, ¿de dónde viene, dónde está la causa del mal? ¿No está en ese abominable partido de los Narros, abiertamente hostil y siempre contrario al Gobierno? Pagen, pues, sus hijos y sus haciendas el daño que sus perniciosas ideas están causando. No es tan difícil señalar quiénes son Narros y quiénes Cadells en el Principado de Cataluña.

—Ciertamente, condesa, os sobra la razón, y desde ahora os prometemos emplear todos nuestros esfuerzos cerca del conde, a este fin.

—Podéis y debéis; estáis en la obligación de hacerlo—repuso la de Fiorerosa, disimulando apenas la alegría por el buen resultado que auguraba de sus palabras.

—Hasta ahora, francamente—repuso Colmenar—, vos comprenderéis que por naturalísimas consideraciones, no hayamos excitado abiertamente al virrey a seguir otra senda; pero

hoy tenemos un motivo justo que nos impone este deber, por un lado, y por otro nos da un derecho, ya que nos ha sido comunicado por el mismo virrey.

Llegó para la condesa el instante de aprovechar el último y más poderoso recurso. Así, levantándose del sillón dijo:

—Yo haré todavía más valedero ese derecho a los ojos del virrey.

Y abriendo la arquilla, sacó la carta de Olivares, enseñando el párrafo que vieron nuestros lectores a Colmenar y Monredón.

—Podéis—continuó la dama con toda la serenidad y aplomo que adquiere uno cuando llega a dominar una conversación—hacer todo el uso que creáis conveniente de esta carta ante el virrey, para lograr nuestro objeto.

—No desaprovecharemos tan buen recurso.

—¡Una carta de puño y letra del conde-duque!—dijo Monredón, admirado y mirando a la condesa, que para él era ya desde entonces un elevadísimo personaje.

La de Fiorerosa comprendió que debía aprovechar toda la importancia que le daba la ocasión, y dijo:

—No es esto un milagro en el conde-duque. Mi buen tío el ilustre conde de Fiorerosa tenía íntimas relaciones con Olivares, y el ministro de Felipe IV no olvida en su elevada esfera a la sobrina de su antiguo amigo.

—Vamos, pues, con vuestro permiso y directamente al palacio del virrey.

—Como queráis, y ojalá alcancen vuestros esfuerzos el resultado y la recompensa que merecen.

La condesa pronunció estas últimas palabras con el corazón en los labios.

Colmenar las escuchó con cierta indefinible emoción, y con una especie de ternura semiintencionada se atrevió a decir:

—Harta recompensa es ya merecer vuestra aprobación. A vuestros pies, condesa.

—Adiós, señores.

Y Colmenar y Monredón, saludando a la vez, salieron acompañados de la doncella que los recibió en a primera sala, acompañándolos a su vez por ésta hasta la escalera.

* * *

Las revelaciones de Martín Andal a la condesa de Fiorerosa acerca de la secreta sociedad a que pertenecía el desdichado

muerto bajo el puñal de Fadri, traían inquieta y revuelta a toda la Hermandad de la Muerte.

Todo el poder de las Sociedades secretas descansa, como su nombre lo indica, en el secreto que envuelve sus actos, bases y reglas de su organización.

La Hermandad de la Muerte tenía un miedo terrible y tanto más fundado cuanto mayor era el empeño del Gobierno en aniquilar a cuantos intentasen la emancipación de Cataluña, principal objeto de la Hermandad.

Así que llegó la desagradable nueva de la falta de Martín Andral a oídos del presidente, éste pensó en pasar aviso a todos los hermanos para reunirse y evitar o prevenir las consecuencias de las revelaciones de Martín que iban a sufrir todos los afiliados. El presidente tomó, por el pronto, la primera providencia indicada por estos casos.

Esta fué la de pasar al hermano mayor de cada grupo, para que éste la comunicase a los del suyo respectivo, la palabra *prudencia*, que era la señal de que se había violado el secreto de la Hermandad, al paso que la voz de alerta para cualquier evento, como asimismo el encargo de la mayor prevención con cualquier persona, aunque se presentase con la fórmula y signos adoptados por la Hermandad.

Cumplido este primer deber, el presidente púsose a pensar en el sitio más a propósito y menos arriesgado para la reunión, y éste no podía ser mejor que en la Catedral.

Eran ya las cinco de la tarde, y aunque con pocas horas bastaba para dar la orden de reunión y hacer saber el sitio a los hermanos, que en tal caso no podrían reunirse hasta muy entrada la noche; sin embargo, posible y aun más que probable sería que el monje Pedro—destinado a tal fin por el presidente de la asociación—necesitase algunas horas para prepararse al objeto.

.....

Al cabo de poco rato, tres toses seguidas del ermitaño y un signo particular hecho con la mano derecha delante del rostro, como quien se persigna, hubieran indicado a quien hubiese estado atento observándole y enterado de su objeto, que el anacoreta acababa de hacer la primera prueba en el terreno de sus averiguaciones.

En el mismo instante un hombre de unos cuarenta años, en traje negro seglar, pero que a la legua trascendía a igle-

sia, saliendo de la sacristia con paso medurado y grave, pasaba por delante del anacoreta.

Al oír las tres toses, volvió la cabeza y vió el signo; pero aunque no pudo reprimir el primer movimiento, que fué el de pararse y levantar la mano para responder, dió otros dos pasos, continuando su camino y fingiendo no haber notado, ni menos entendido, la seña que se le hacía.

El monje Pedro, que no era otro nuestro hombre, había recibido ya la voz de *Prudencia*.

El presidente, que notó su primer impulso, lo comprendió así al momento, y volviendo a toser lo mismo que antes y acompañando la tos de ciertos golpecitos dados en el suelo con el extremo del cayado, que llevaba, consiguió detener al receloso hermano.

Este volvió la cabeza otra vez, y al mirar al anacoreta, se encontró con una medalla que pendía de sus manos a manera de una reliquia de rosario.

El monge se acercó entonces y dijo:

—Estoy a vuestras órdenes.

La medalla que había visto era la superior de la Hermandad, que sólo tenía el presidente.

—Decid—preguntó éste en voz muy bajo—: ¿podremos esta noche reunirnos en la Catedral?

—Dificilísimo es.

—Conviene y ha de ser.

—Contad con ello.

Dos horas después, a las siete de la noche, tenían ya todos los individuos de la Hermandad de la Muerte comunicada la siguiente orden:

«Esta noche, de once a doce, en la Catedral. La entrada, por la calle del Obispo.»

CAPITULO V

Debimos manifestar al lector en el anterior capítulo que a la orden de reunión y a la hora y lugar de la cita dada por el presidente de la Hermandad de la Muerte iba unida una advertencia de la mayor importancia: la sustitución de las palabras *Los dioses son de barro y Escalaremos el cielo*, que

tenía adoptadas la Sociedad desde su creación, con estas otras: *San Jorge y Barcelona*.

Sigamos ahora la narración.

... ..
A la hora de las once o las doce de la noche, las calles de la pobladísima, cuanto ruidosa ciudad de Barcelona, fuera de un solo sitio, la Rambla, punto de eterna concurrencia, están aún en nuestros días completamente silenciosas y desiertas.

En las cercanías de la Catedral no se veía alrededor de las once sino a alguna gente atravesar en intervalos, y silenciosas como sombras, de una a otra calle.

Estaban al caer las once, y en la esquina de una calle contigua se hallaba en pie y oculto en el umbral de una puerta un hombre de más que mediana estatura y envuelto en una ancha y larga capa, por entre cuyos pliegues asomaba la vaina de una, al parecer, muy regular espada.

Sin el sombrero de anchas alas que le cubría la cabeza y el embozo que le recataba todo el rostro, se hubiera notado en su fisonomía toda la virilidad y fuerza que dan los treinta y tres años a un hombre de la robusta constitución que nuestro personaje presentaba. Cerca de este personaje pasó un hombre.

El embozado tosió tres veces. El otro se paró de repente, volviendo la cabeza. El embozado dió un paso para acercársele, y al reconocerle exclamó:

—¡Fadrí!

—Señor—contestó éste—, como la noche era tan oscura y yo iba tan abstraído, no había reparado en vos.

—No son las once todavía.

—Ya lo sé; pero van a dar.

—No importa. En ciertos asuntos, el adelantarse puede perjudicar tanto como el retraso.

—Aguardaremos entonces.

—Sí; esperemos a que den las once.

—¿Recordáis el encargo que me hicisteis? Pues ya es imposible cumplirlo.

Nuestros lectores habrán reconocido al caballero con quien habla Fadrí, que no es otro que el ermitaño mismo o el presidente de la Hermandad de la Muerte. Este se sorprendió con la noticia de Fadrí, y continuó con el mismo asombro:

—¡Qué me dices!

—No hay más.

—¿Fuliste a verlo aquel día?

—Sin pérdida de momento. Salí, y al anochecer llegué al pueblo de Santa Coloma. Debajo de un picacho del monte vecino que conozco bien hay una especie de cueva que más bien parece agujero o madriguera. En su fondo estaban enterrados esos papeles que dijisteis y algún otro objeto que no recuerdo.

—Pero ¿estás cierto de que era allí?

—Yo mismo ayudé en la operación a don Juan de Serrallonga, y no de noche, sino en un día bien claro y sereno.

—Nadie sabía el sitio sino tú...

—Nadie.

—¿Estás bien cierto?—preguntó entonces con vivísima ansiedad el caballero.

—¡Ah! ¡Sí..., es verdad; otra persona lo sabía!... Pero esa persona, desgraciadamente, no pudo ir a buscar los papeles... Lo supo doña Juana el mismo día de nuestra última y más desdichada acción.

—¡Ciertamente que la pobre doña Juana no podía ir a buscar los papeles!—continuó el caballero, dominado por la misma emoción que Fadri, quien apenas pudo pronunciar sus últimas palabras.

Ambos interlocutores permanecieron un rato en silencio, como para dar salida a la pena que sentían al recordar la pérdida de doña Juana en la triste jornada de aquel día.

—Recuérdalo bien, Fadri, pues es cosa que interesa vivamente a un bravo joven y uno de nuestros mejores compañeros.

—Yo, francamente, señor: acerca de este suceso, tan sumamente extraño es, que no sé qué pensar, y parece cosa de encantamiento.

Fadri de Sau pronunció estas palabras con tal expresión de verdad, acompañándolas con un tinte tan marcado de estupefacción en su fisonomía, que si con ser Fadri no tuviera ya bastante para la completa confianza del caballero, la adquiriera desde luego sólo con este modo de expresarse.

—En fin, no hay más remedio, y las cavilaciones en tan reducido círculo no sirven de nada—dijo el caballero.

—Efectivamente—contestó Fadri.

—Vamos a otra cosa. ¿No ha llegado a tus oídos nada que pudiese darte a conocer que alguien sabía la existencia de la Hermandad, desde la traición de Martín Andal?

—Nada absolutamente.

—Es particular.

—Y eso que de propósito he visitado los sitios donde más fácilmente puede saberse y se dice una nueva, y más de este género—repuso Fadri.

—Lo mismo dicen los demás hermanos a quienes he visto y preguntado acerca de lo mismo.

No bien acababa de pronunciar estas palabras el caballero, cuando en la alta torre de la Catedral sonó el primero de los cuartos que preceden a las horas.

—Las once—dijeron ambos a la vez.

.....
 Dejemos por un instante la esquina de la calle y pasemos al interior de la Catedral de Barcelona.

Apenas dió el primer cuarto, un hombre envuelto en una larga capa de color muy oscuro salió de la sacristía, dirigiéndose a la puerta que da a la calle del Obispo.

Sus pisadas apenas se dejaban oír, y con su rápida y silenciosa marcha, más que persona humana, parecía un espectro evocado de alguno de aquellos sepulcros.

Al llegar a la especie de contrapuerta o biombo de madera que se encuentra antes de la de la calle, un ruido extraño en medio de aquella soledad se dejó oír; era el que producía el choque de unas llaves con otras en el manajo que llevaba el hombre en la mano.

A la primera campanada de las once, exactamente, el hombre puso la llave en la cerradura y dió vuelta, sacándola instantáneamente.

La puerta de la Catedral estaba, por consiguiente, abierta; aunque nadie desde fuera pudiese notarlo, dejándola como el hombre la dejó, perfectamente ajustada.

.....
 Al llegar al umbral, un hombre, que no era otro que el ermitaño, empujó la puerta que cedió al momento y entró dejándola ajustada, conforme estaba antes. No bien había entrado el presidente, cuando alguien levantó la daga y exclamó:

—*San Jorge.*

El presidente respondió:

—*Barcelona.*

El hombre de la puerta bajó el brazo y dijo al recién venido:

—Pasad y tomad asiento en el coro.

El presidente enseñó la medalla que le acreditaba como tal e inclinándose entonces el hombre de la puerta, dijo:

—Mandad, señor.

—Lo haré cuando sea el momento oportuno.

Momentos más tarde Fadri se dirigía a la puerta que ya sabemos y dió la seña convenida, relevando en este mismo instante al otro individuo en sus funciones.

—¿*San Jorge*?—preguntaba Fadri al que entraba.

—¡*Barcelona!*—respondía el otro.

—Pasad y tomad asiento en el coro—añadía el primero.

Y el recién venido, sin articular más palabras, pasaba adelante y Fadri se quedaba inmóvil en su sitio, recibiendo con la misma exacta fórmula y haciendo la propia y brevísima indicación a los que iban llegando.

Al dar la última hora de las doce, el presidente de la Hermandad de la Muerte se sentaba en el sitio de preferencia del coro de la Catedral, ocupado ya por los individuos de la Sociedad.

Un silencio verdaderamente sepulcral reinaba en aquel lugar.

La primera voz que se oyó fué la del presidente al pronunciar estas palabras, luego que se hubo sentado:

—Las manos.

Y el presidente, acompañando la acción a su palabra, dió la mano derecha a Fadri de Sau y la izquierda al monje Pedro, que eran los dos más inmediatos que tenía.

Estos, cada cual por su lado respectivo, hicieron lo propio con el individuo inmediato, y así, siguiendo la cadena, quedó ésta formada en breve entre todos los hermanos. El presidente se acercó a Fadri y le dijo al oído:

—*San Jorge*.

Fadri contestó:

—*Barcelona*.

Luego, el presidente se inclinó a su izquierda, haciendo lo mismo con el monje Pedro, que dió la misma respuesta que Fadri, y así, corriendo a derecha e izquierda y siempre al oído las mismas pregunta y respuesta, se pasó el santo y seña, que, dado y recibido igualmente por todos, alejó el último temor de que hubiese entre ellos algún intruso que pudiera descubrirlos o venderlos. Entonces el presidente dijo:

—Hermanos, pues que todos los presentes lo somos, según

hace creerlo así el santo y seña dado y recibido por todos igualmente, vais a saber el motivo de esta reunión. Antes es preciso que los hermanos mayores digan si al comunicar la orden de reunión a su grupos respectivos han recibido asentimiento y palabra de todos sus subordinados. Hablen tan sólo, empezando por la derecha, los que tengan advertir algo en contrario. El silencio de los demás será prueba de que no ha ocurrido novedad en su grupo.

A los pocos momentos de haber hablado el presidente, salió una voz de uno de los últimos asientos, que dijo:

—A mí me falta uno en mi grupo.

—¿No hay ningún otro hermano mayor que participe novedad sobre este punto?

Un silencio general fué la respuesta que obtuvo el presidente.

—Responda el hermano que habló. ¿Sabe por qué falta ese individuo en su grupo?

—Porque ha muerto. ¡Ha sido asesinado!

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque se le encontró con una puñalada en el corazón y tendido en un callejón cerca de la iglesia de Santa María.

—¿Sabéis por qué fué asesinado?

—No.

—¿Su nombre?

—Martín Nadal.

—¿Su calidad?

—Capitán.

—¿No sabéis nada más acerca de este suceso?

—Nada más.

El presidente calló y permaneció así algunos momentos. Luego, dirigiéndose a todos, exclamó:

—Hermanos: ¿alguno de vosotros sabe quién mató al capitán Martín Vidal?

—¡Yo!—contestó Fadri con voz segura—. Yo le maté.

—¿No os arrepentís de ello?

—Le volvería a matar cien veces—contestó Fadri, sin perder un punto del tono de sus primeras respuestas—, por traidor; ha vendido el secreto de la Hermandad a la condesa de Fiorerrosa.

—¿Y teníais pruebas de ello?

—Completas. El capitán Martín Anda] había hecho la gue-

rra en Italia. Era valiente y muy bien admitido por su condición y prendas personales en la alta sociedad de aquel país. Allí trabó relaciones con una señora de elevado rango; pero los caudales del capitán eran poco para aspirar a semejante enlace, y en sus empresas temerarias y sobrados actos de valor jamás pudo lograr el medio que apetecía para labrarse fortuna, que era lo único que le faltaba para llegar al término de sus aspiraciones. Volvió a España con la misma idea siempre fija, y al cabo halló medio de realizarla vendiendo, por una cantidad que ignoro, el secreto de la Hermandad de la Muerte a la condesa de Fiorerosa.

—Esas son las pruebas de traición que se os piden—observó el presidente.

—Iré a parar a ellas; pero antes he querido explicar estos antecedentes a la Hermandad. Un día noté que salía del palacio de la Fiorerosa el capitán Andál, y aunque por ser la condesa italiana y haber estado Martín en aquel país, no lo extrañé por lo pronto, reflexionando luego que esa señora es la mayor enemiga que tienen los Narros en Barcelona, traté de averiguar qué clase de relaciones existían entre ella y el capitán. Puesto al acecho y siguiéndole de cerca los pasos, un día vi que salía de su casa un criado de la condesa, y a poco salió él muy alegre, dirigiéndose hacia Santa María. Su andar era precipitado, y al llegar frente a la iglesia tropezó con el comandante de una galera genovesa, anclada en este puerto, a quien sin duda conocía, por la familiaridad con que observé se saludaron, y al cual pude oír que le preguntaba Martín:

—Y ¿cuándo partirá la galera?

Y el comandante le contestó:

—*Disponeos para el amanecer, en que se dará a la vela si, como creo, tenemos viento.*

Entonces Martín sacó una bolsa llena de dinero, a lo que pude presumir, que entregó al comandante. Al sacar la bolsa se le cayó un papel, que no advirtieron él ni el otro con quien hablaba. Ambos partieron en distintas direcciones y yo cogí el papel, lo leí y me fui luego corriendo a ver si alcanzaba a Martín, cosa que realmente conseguí en el callejón donde se le encontró muerto, que es el mismo punto donde yo le maté.

—Y ¿qué era el papel que recogisteis del suelo, y que tan repentina y terrible determinación os hizo tomar?

—Una carta de la condesa. Esta era la prueba de la traición de Martín, que se disponía ya a partir de España, conseguido el medio de llegar al objeto constante de sus aspiraciones.

—¿Conserváis la carta?

—Aquí está—dijo Fadri, presentándola al presidente.

El presidente tomó la carta y dijo:

—El hermano que ocupa el asiento trece, empezando a contar por la derecha y desde este sitio, tomará esta carta y pasará a leerla a la luz y en voz alta.

El individuo a quien aludía el presidente obedeció la orden de éste y se puso a leer la carta. Decía así:

Os envío el dinero que me pedís; pero necesito saber algo más acerca de la Hermandad de la Muerte, y espero que vendréis a verme esta noche en mi casa. Sobre todo, averiguad quién es el presidente.

LA CONDESA DE FIOREROSA.

—¿Pero esta carta a quién va dirigida?—preguntó el presidente, dirigiéndose a Fadri.

—Léase el sobre, que no se ha leído—repuso éste.

El sobre se leyó por el mismo hermano que acababa de hacerlo con la carta, y deca así: «Al señor capitán Martín Nadal.»

—¿Hay alguno de los hermanos que conozca la letra y firma de la condesa?—preguntó el presidente.

—Yo—dijo uno.

—Reconoced la de la carta.

Suficientemente examinada, el hermano dijo:

—La creo la misma letra y firma de la condesa de Fiorerosa.

Todos, después de esto, volvieron a sus puestos, y el presidente hizo la siguiente pregunta a la reunión:

—¿Son suficientes las pruebas de la traición del capitán Martín Andal que presenta el hermano que le mató para absolver a éste de la muerte del primero?

Un silencio completo siguió a la voz del presidente, lo cual significaba, como han notado nuestros lectores, la completa aprobación a la conducta de Fadri. El presidente continuó:

—Queda aprobada por la Hermandad la muerte del traidor Martín Nadal.

Después de un breve rato, el presidente volvió a tomar la palabra y dijo:

—Hermanos: por lo que acabáis de oír acerca de la traición y muerte de Martín Andal comprenderéis el motivo por que he creído de mi deber reuniros. La existencia de la Hermandad ha sido revelada a una mujer conocida por el mayor enemigo que tiene hoy nuestro partido en Barcelona. Sabemos, pues, que la existencia de la Hermandad ha sido revelada a la condesa de Fiorerosa; pero no sabemos bastante con esto, y para nuestro gobierno necesitamos averiguar algo más.

Y el presidente, dirigiéndose de nuevo a Fadri, le interrogó en estos términos:

—Cuando disteis muerte al capitán Martín Andal, ¿no descubristeis nada más acerca de sus revelaciones a la condesa?

Fadri contestó:

—Nada más que la confesión de su crimen.

—Debisteis haberlo procurado—repuso el presidente.

—Así lo hice, pero fué en vano, por más amenazas que empleé. Sólo cuando se sintió herido de mi primero y último golpe, me confesó que realmente nos había vendido; pero no tuvo tiempo de extenderse más; en el momento expiró.

—¿Hay algún hermano que tenga acerca de esto alguna noticia más?—preguntó en general el presidente.

El silencio de todos respondió a su pregunta, por lo que el presidente continuó:

—De suerte, que lo único que sabemos es que Martín Andal reveló la existencia de la Hermandad a la condesa de Fiorerosa, ignorando si le dijo asimismo nuestro objeto, y hasta qué punto se extendió tocante a palabras, signos y nombres de los hermanos, que él conocía. Pero hay en todo esto una circunstancia que me ha llamado la atención, y es el no haber oído en ninguna parte que se haya descubierto una Sociedad secreta con tal o cual objeto, cuando esta noticia, en el estado en que se encuentra hoy Barcelona, debía naturalmente haberse divulgado con suma rapidez—y dirigiéndose de nuevo a la reunión en general, el presidente volvió a preguntar—: ¿Ha llegado esto a noticia de algún hermano?

Todos los hermanos callaron igualmente, lo cual quería decir que lo que preguntaba el presidente no había llegado a noticia de ninguno.

—Ya comprenderéis que esto es singular, y da margen a dos conjeturas: o la condesa por falta de datos, pues de su carta a Martín Andar se desprende que no tenía todos los que deseaba, no ha descubierto la existencia de nuestra Sociedad al virrey, lo cual cuesta mucho creerlo, sin embargo; o bien la ha descubierto y el sigilo extraordinario que el Gobierno lleva en este asunto es sólo para hallar más fácilmente el hilo de la trama. En uno y otro caso, creo que la Hermandad debe adoptar como primera providencia *palabras y signos* nuevos. Las primeras pueden ser *San Jorge, Barcelona*, que son las mismas que di la orden de sustituir preventivamente a las que teníamos. ¿Adopta la Hermandad estas palabras

El mismo silencio de la reunión respondió afirmativamente al presidente.

—Acerca de los signos, la variación en mi concepto puede ser muy sencilla. No es necesario adoptar otros. Con sólo hacer con la mano izquierda los signos que hacíamos con la derecha, queda salvado este punto. Y en cuanto a los golpes, pueden ser cinco en vez de tres. ¿Se adopta esta variación?

Ninguno de los circunstantes opuso la menor observación. El presidente, como había hecho antes con las palabras, dijo respecto de los signos:

—Queda, pues, resuelto y convenido que los mismos signos se harán en adelante con la mano izquierda, y que los golpes serán cinco en vez de tres, como han sido hasta ahora. ¿Algún de los hermanos sabe acerca de la condesa de Fiorerosa algo que pueda tener relación con el objeto de la Hermandad?

—¡Yo!—dijo uno.

—¡Y yo!—añadió otro.

—¡Yo también!—dijo un tercero.

—Empezando por la derecha, diga lo que sepa el hermano a quien le toque.

—Hace cuatro noches, pasando yo por la calle en donde está el palacio de la condesa, y al llegar a la puerta principal, vi salir a dos hombres cuya presencia en aquella casa me pareció de mal agüero.

—¿Conocisteis a esos hombres?—preguntó el presidente al que había empezado a hablar.

—Sí—contestó; son dos de los asesinos de don Juan de Serrallonga: Colmenar y Miguel Monredón, el alguacil mayor.

Pude reconocerlos a la luz de la gran lámpara que alumbraba el patio de la condesa, y como la noche era bastante oscura, así que estuvieron en la calle, pude seguirlos sin que notaran mis pasos. Colmenar empezó por decirle a Monredón: «Por lo visto, esa mujer tiene toda la confianza del conde-duque.» A lo cual contestó Monredón: —«Para recibir carta de puño y letra del ministro, mucho valer es necesario y hasta muchísima confianza.» —«Y tiene razón cuando acusa de débil al virrey; pero pronto esa debilidad desaparecerá con nuestras excitaciones, y más que todo ante el miedo de que la condesa, si Santa Coloma sigue esta marcha dudosa, influye con el conde-duque para que éste le despoje del virreinato.» He aquí lo que oí tan sólo, pues a estas palabras sucedió un completo silencio hasta llegar al palacio del virrey, donde entraron ambos.

—Conque tenemos, según eso—dijo el presidente—, que la condesa está en correspondencia con el conde-duque de Olivares; que la marcha de Santa Coloma en el Gobierno es demasiado débil; es decir, poco cruel, y que se confía en que sea más fuerte con las excitaciones de Colmenar y Monredón y por el miedo de que Santa Coloma pierda el virreinato de Cataluña si no sigue las inspiraciones de la condesa. ¿Es eso todo lo que podéis manifestar?—dijo el presidente al que acababa de hablar.

—Eso es todo lo que sé.

—Puede hablar el otro hermano.

Y el segundo empezó:

—El hermano que me ha precedido en la palabra está perfectamente enterado, pues sus noticias corresponden a las mías, que son la consecuencia legítima de lo que ha oído de su boca la Hermandad. El virrey se ha decidido, según parece, por el terror, obedeciendo en un todo las indicaciones que recibe de la condesa, conformes con las órdenes que tiene de Madrid, y presto, pues está acordado ya y decidido, las casas de los catalanes tendrán que dar, si no de grado, por fuerza, el alojamiento a las tropas de Castilla.

—¿Sabéis eso positivamente?—dijo, medio alarmado, el presidente.

—Cierto—contestó con la mayor seguridad el preguntado—. Y en prueba de ello, y como en celebración de haber podido inclinar a este lado el ánimo del virrey, la condesa da en su palacio un gran baile, que tendrá lugar la noche del

lunes próximo, y al que concurrirán todos los Cadells seguramente.

—¿Habéis concluído?—preguntó el presidente.

—No puedo dar otras noticias.

—Puede manifestar lo que sepa el hermano a quien toca hablar ahora.

El tercero habló de esta manera:

—La condesa es rica, muy rica, y, por consiguiente, su gran fortuna le permite disponer de gruesas sumas de dinero que no escasea, siendo, por otra parte, espléndida a la prodigalidad cuando así conviene a sus fines. Yo sé que la condesa tiene agentes en varios pueblos del Principado, los cuales alistán diariamente a los hombres que pueden. No se les dice el objeto. Se pasa a cada individuo desde el momento en que queda alistado una libra catalana cada tres días, y se le promete además el saqueo cuando sea llamado a batirse. El objeto, repito, no se les dice, ni lo sé yo; pero puede presumirse, es más, puede asegurarse cuál será, y contra quién, el fin que la condesa lleve al lanzar a sus mercenarios en un día dado.

—¿No sabéis nada más?—preguntó el presidente.

—Ahí está todo.

—Declaro—dijo entonces Fadri—que lo que acaba de decir el último hermano que habló es exactamente lo mismo que yo sabía y comuniqué no ha mucho al presidente.

Este dijo entonces, corroborando lo de Fadri:

—Es cierto.

Luego, pasando a considerar lo manifestado a la Hermandad, el presidente dijo:

—Ya veis, hermanos, que los enemigos de la patria, ayudados por esos hijos ingratos que en mal hora nacieran en este leal y honrado suelo, no descansan, y siguen con mayor empeño cada día forjando las cadenas con que pretenden ahogar los fueros y libertades que el mismo conquistador prometió respetar al unir la rica perla de Barcelona a la corona de Castilla. Sus trabajos, por lo que habéis oído, están ya muy adelantados, y en breve, si antes no les oponemos la valla de nuestro derecho apoyado por nuestra fuerza, invadirá nuestro Principado la plaga de todos los males que puede traer sobre nosotros la dominación del que nunca puede, sin menoscabo de nuestra honra, sin mengua de nuestro decoro, ser nuestro árbitro y absoluto dueño. Yo creo, her-

manos, que siendo el objeto de nuestra Sociedad la emancipación de Cataluña, nuestros trabajos han de marchar, cuando menos, al nivel de los que emplean para esclavizarla nuestros tiranos..., por' ello no tenemos otro medio que levantarnos en rebelión proclamando la independencia, la emancipación de Cataluña.

Concluida esta especie de proclama—que tal puede llamarse el discurso improvisado y lacónico que pronunció—el presidente se dirigió a la reunión en general preguntando:

—¿Está de acuerdo la Hermandad con mis apreciaciones y con adelantar el día que teníamos prefijado? Decid claramente sí o no, y la opinión de cada cual manifiéstese clara y terminante. En asuntos que a todos atañen igualmente y en que todos arriesgan la cabeza, el voto del primero vale tanto como el del último.

Y el presidente repitió la pregunta:

—¿Está de acuerdo la Hermandad con el parecer que he manifestado?

Un sí compacto y repetido dos veces fué la contestación que obtuvo el presidente.

—Está bien—continuó—. Los hermanos mayores digan si están dispuestos sus grupos respectivos para el momento, o bien los días que necesitan para ello.

—Tres días—dijo una voz.

—Tres días—añadió otra.

Y así sucesivamente, todos los hermanos mayores fueron repitiendo la voz: *Tres días*.

—Dentro de tres días, pues, estará la Hermandad dispuesta para la primera orden—exclamó el presidente.

De acuerdo ya todos los individuos de la Hermandad de la Muerte acerca del punto que motivó su reunion y en el importantísimo del tiempo para prepararse, faltaba tratar del modo como mejor se llevaría a efecto la conjuración tramada, para su mejor y más probable resultado. Pero ésta era ya cuestión en la que había de exponerse dictámenes y que tendría que discutirse probablemente.

—Hermanos: Ya habéis visto el estado de los asuntos que hemos tratado en esta reunión, y yo me lisonjeo prometiéndome felices resultados de la unidad que reina en todos vosotros. El tiempo, como sabéis, es precioso y no podemos demorar un instante el tratar del modo como mejor pueda combinarse la tentativa que vamos a hacer en breve para rom-

per las cadenas que oprimen a la patria, y en este momento debe empezarse a tratar de este asunto por los hermanos mayores. Los demás hermanos, como lo que aquí suceda y se diga no ha de ser un secreto para ellos, puesto que lo han de saber más tarde, y sobre todo porque no existen secretos para ningún individuo de la Hermandad en asuntos que a ella conciernen, pueden quedarse o retirarse. Los que quieran lo primero, que permanezcan en sus asientos; los que se decidan por lo último, levántense y la puerta se abrirá para que vayan saliendo con el mismo sigilo con que entraron.

Concluidas estas palabras del presidente, gran número de los individuos que ocupaban el coro de la Catedral se levantó, quedando otro mucho menor inmóvil en sus asientos.

Todos los que se habían levantado eran, sin excepción, los hermanos menores. Los mayores, como es fácil comprender, permanecieron inmóviles en sus asientos. El presidente entonces dijo al monje Pedro:

—Abrid la puerta.

El monje obedeció. El presidente continuó:

—Conviene que no salgan más de dos a la vez.

Las más leves indicaciones del presidente eran, como habrá observado el lector, órdenes que se obedecían tan puntual como estrictamente.

Los hermanos menores fueron pues, saliendo con suma cautela y de dos en dos por la ya indicada puerta de la Catedral, que guardaba, lo mismo que a la entrada, el monje Pedro.

Al salir del coro los dos últimos, el presidente dijo a Fadri:

—Id a decir que puede ya cerrarse la puerta.

Momentos después volvían Fadri y el monje Pedro, que ocuparon otra vez sus asientos a derecha e izquierda del presidente. Los demás hermanos mayores se fueron aproximando a la presidencia, llenando los asientos más cercanos a ella, que habían desocupado los que acababan de salir.

Nos parece que asaltará una curiosidad a nuestros lectores: decir que entre los individuos de la Hermandad de la Muerte se hallaba el nuevo afiliado Orso de Monteferro.

Al principio de la sesión, admiró, como sucedería a cualquiera que en su caso y de improviso se encontrase, del exquisito cuidado con que aquella gente procedía, y después, del aplomo, brevedad y precisión con que se hablaba; apenas le permitía su asombro calcular su posición en aquel sitio.

Así es que no hacía más que volver la vista a uno y otro lado, encontrando en todas partes el mismo misterio, el motivo mismo de admiración. El fantástico al par que grave sitio de la reunión, la hora de ésta, las inmóviles fisonomías de los asistentes, las preguntas secas del presidente y respuestas nada extensas de los preguntados; todo tenía al principio a Orso de Monteferro como pasmado y presa de una extraña pesadilla. Poco a poco, sin embargo, fué volviendo de su asombro; pero fué para entrar en un tormento terrible.

Orso oía que las preguntas del presidente eran satisfechas por los individuos de la Hermandad ni más ni menos que si las hiciera el confesor; oía más todavía, esto es, que sin preguntar directamente a un individuo, éste se espontaneaba hasta el punto de confesar un homicidio ante la Hermandad, como lo había hecho Fadri. Orso pensaba desde aquel momento que no sólo era deber entre los hermanos el responder la verdad de aquello sobre que fuesen preguntados, sino que también lo era el decir lo que supiesen acerca de las personas y cosas que pudieran interesar a la Hermandad.

Calcúlese ahora si sería tormento el de Orso cuando oyó que se hablaba de la condesa de Fiorerosa, acerca de la cual no sabía si era poco lo que él podía decir, y, en este caso, si haría un pobre papel ante la Hermandad con una fútil manifestación, o bien si perjudicaría a su proyecto de venganza y obstaría para hallar a los asesinos de su padre el decir el misterioso aviso que junto a la columna de la Catedral, frente a la capilla de Santa Eulalia, recibiera días antes.

Entonces la mente de Monteferro le dictó:

Orso de Monteferro, existe una persona que sabe quiénes fueron los asesinos de vuestro padre y de vuestro tío. Es la condesa de Fiorerosa. Hacedos presentar en su casa y procurad arrancarle su secreto. No desprecéis mi consejo. Los ensangrentados manes de vuestro padre y de vuestro tío piden venganza.

Esta idea, la idea constante que ocupaba la imagen de Orso a todas horas, con la doble circunstancia de oír en aquel momento el nombre de la condesa y hallarse en el mismo lugar donde recibiera el aviso, se dejó sentir como nunca en su cerebro, en el cual a menudo se levantaban mil visiones de venganza, contra el hasta entonces tan inútilmente buscado asesino de su padre.

Esto, como se comprende, acababa de dejar absorto a Orso de Monteferro.

El presidente, a través de las sombras que envolvían el coro, distinguió desde el principio de la sesión a Monteferro, que ocupaba un asiento poco apartado.

CAPITULO VI

La segunda parte de la sesión, pues segunda parte de la que hemos visto es la que vamos a presenciar, dió comienzo, así que todos los hermanos mayores ocuparon los puestos más cercanos al presidente. Este tomó en el momento la palabra y dijo:

—Al empezar a tratar del asunto que por primera vez va a ocupar a los hermanos mayores, debo hacer antes una advertencia de suma importancia. Ya conocéis lo delicado, delicadísimo de la empresa que vamos a acometer, y las tristes consecuencias que traería sobre el país si saliese frustrado el plan que tratamos de llevar a cabo. En toda clase de asuntos a la luz de la discusión se descubre más fácilmente el camino de la verdad. Importa, pues, que cada cual haga las observaciones que juzgue convenientes al plan que se presente, sin miramiento de ningún género y sin traba de ninguna clase. Levántense los hermanos que quieran exponer algún plan o idea acerca del modo como mejor crean que puede efectuarse el alzamiento.

A estas palabras del presidente, dos individuos se levantaron, quedándose en pie junto a sus asientos. El presidente preguntó entonces:

—¿No hay ningún otro hermano que quiera exponer, a su vez, plan alguno?

Nadie más respondió. El presidente dijo a los que se habían levantado:

—Sentaos—y luego, señalando al más inmediato de los dos, añadió—: Podéis empezar.

Y una voz mesurada y grave se dejó oír de esta suerte:

—Seré muy breve, porque mi plan es muy sencillo. Al amanecer de un día que señalará el presidente, dos o tres hermanos mayores estarán apostados con el suficiente número

de hombres armados en las cercanías del palacio del virrey; los demás hermanos mayores, a juicio también del presidente, distribuidos en los cuatro ángulos de la capital con el resto de la gente que contamos para aquel día. En el campanario de la Catedral se colocan cuatro hermanos menores, y dos en cada uno de los campanarios de las otras iglesias. A una hora dada, un toque de arrebato general será la señal del ataque, y mientras los del palacio atacan apoderándose del edificio y de la persona del virrey, los demás avanzan hacia el centro levantando al pueblo y batiendo a la tropa, desprevenida a aquella hora en los cuarteles.

—¿Habéis concluido?—preguntó el presidente.

—He concluido.

—¿Quiere alguno exponer su opinión en contra?

—Yo—dijo uno de los presentes—. Creo, en primer lugar, que la hora del amanecer no es la más propia. La noche es sabido que en momentos de sorpresa aumenta la confusión del atacado y favorece el plan del que ataca. Esto sin contar con que cien hombres lanzados a la calle de noche imponen más que cuatrocientos de día. Creo, pues, que debe adoptarse la hora de la noche. No creo asimismo fácil, si bien lo juzgo sumamente importante, apoderarse del palacio y la persona del virrey, sin distraer la atención de la guardia hacia otro punto cercano. Por consiguiente, pienso que debía buscarse un medio de hacer salir parte de la guardia y distraerla a otro punto, para más fácilmente atacar luego el palacio. El toque de arrebato general, desde el momento en que por las circunstancias especialísimas en que nos encontramos y el gran sigilo que es necesario en los preparativos de esto no podemos de antemano participarlo a gran parte del pueblo, es, en mi concepto, innecesario, por cuanto el toque de arrebato sirve para convocar al pueblo cuando ya sabe a lo que va, y como en nuestro caso, gran parte de la población, como ya he dicho, no puede estar enterada de ello, creo innecesario el toque de las campanas.

—¿Tenéis otras observaciones que hacer?—preguntó el presidente.

—Ninguna más.

El presidente entonces se dirigió a todos, volviendo a preguntar:

—¿Se le ocurre a algún otro hermano otra observación que oponer al plan presentado?

Todos callaron.

—¿Se toman en consideración los inconvenientes manifestados?—preguntó otra vez el presidente.

—Sí, sí—dijeron casi todos, saliendo el primer sí de boca del mismo hermano que había expuesto el plan.

—Exponed ahora el vuestro—dijo el presidente al segundo que había indicado antes deseos de presentarlo.

El segundo presentó su plan de esta manera:

—Puesto que sabemos la marcha de crueldad que va a adoptar el virrey en virtud de las órdenes recibidas de Madrid y las instigaciones de la Fiorerosa y Colmenar y Monredón, según esta noche manifestó a la Hermandad uno de sus individuos; empléese primero un día, el de mañana, por ejemplo, en hacer saber al pueblo esta nueva. Para ello salgan a la vez de su casa todos los hermanos indistintamente, y sublevada por este medio la conciencia de los vecinos de la capital, se prepara así a secundar el movimiento el día que se haga. Esto, hecho de casa en casa y como confidencialmente, sin decir una palabra acerca del alzamiento, llegaría no más como un rumor del descontento del pueblo a oídos del virrey, quien de seguro se inmutaría poco por ello. Preparado esto así, no tendría inconveniente en aceptar el plan propuesto con las salvedades que la reunión ha tomado ya en consideración.

—¿Habéis concluido?—preguntó el presidente.

—Sí.

—¿La reunión acepta las observaciones que acaba de oír?

—Aceptadas—dijeron todos al unísono.

—Son muy acertadas en mi concepto, y creo que van a servir de mucho para el caso—añadió el presidente.

Luego, orillando las dificultades que ofrecía el plan presentado y conciliando los extremos, continuó:

—Con lo que la reunión ha oído, aprovechando las ideas emitidas, que han merecido ya vuestra aprobación, creo que pudiera establecerse un plan que, llevado a cabo con la estricta precisión y buena inteligencia que requiere, nos llevaría al resultado que apetecemos. Será este: la condesa de Fiorerosa da, como habéis oído, un baile dentro de breves días. A este baile, por el objeto que lo motiva y además por la calidad y alta posición de la condesa de Barcelona, acudirán desde el virrey hasta la última persona notable que tenga el partido de los Cadells. Ahora bien: supongamos (que bien podemos suponerlo, puesto que veréis lo fácil que es) que en-

tre los convidados hay un número no despreciable de Nárros y algún individuo de la Hermandad. Esto he dicho que es fácil, porque la condesa, obedeciendo a la ley de la etiqueta, no dejará de invitar a alguno de los nuestros que en Barcelona gozan de buena posición social, y además su carácter, naturalmente cruel y altivo, no desperdiciará esta ocasión de gozarse ante sus contrarios, humillados con ese nuevo triunfo de la tiranía sobre la justicia y los derechos del pueblo. Algunos, pues, de nuestros hermanos estarán en el baile; porque si al fin no fueran invitados (lo que no es probable que suceda, puesto que algunos de ellos se relacionan con la condesa), se buscaría medio o pretexto de que asistiesen; y sin perder de vista un momento al virrey y demás personajes que en su defecto pudieran suplirle en un caso crítico, están atentos a la primera señal que se haga. Dada la señal, apodérense de las puertas de salida de la casa, impidiendo a todo trance el paso. Momentos antes se hacina, valiéndose de la para lo cual no faltará medio tampoco. Se prende fuego, dejando libre la puerta principal que es por donde saldrán los nuestros solamente, pues la tendremos guardada desde afuera; y posesionados de las bocacalles contiguas, mientras con oscuridad, toda clase de combustibles, preparados de antemano, alrededor de la casa y dentro de las habitaciones bajas, tenemos o derrotamos a la fuerza armada que acuda quizás al advertir el incendio, nuestra gente desde los cuatro ángulos de Barcelona cae sobre los sitios donde están acuartelados los soldados, y éstos, en medio de la noche, con el natural sobresalto y el efecto de la sorpresa, sabiendo que el virrey con los principales jefes está preso, porque se hace cundir la nueva rápidamente, y ellos la creen al ver la falta de órdenes superiores, o capitulan para salvar una vida que saben van a perder en medio de un pueblo que se bate a muerte, o se encierran en sus cuarteles dejando el campo a la revolución. Ganada la primera tentativa, tenemos tiempo para determinar lo demás. ¿Se aprueba el plan por la reunión?

—Completamente—dijeron a la vez todos los hermanos.

El presidente, a pesar de esta satisfactoria acogida que tuvo su idea, continuó:

—No porque sea del presidente, hermanos, ha de estar libre el plan por mí presentado de las objeciones que os sugiera vuestra prudencia o vuestra pericia. Ya os he dicho que en esta cuestión arriésgamos todas nuestras cabezas y nues-

tras fortunas igualmente, y por lo mismo es y debe ser igual en cada uno el derecho de discutir y mirar despacio cosa que tan cara puede costarle. ¿Se le ocurre, repito, a alguno de vosotros alguna observación?

—Ninguna, ninguna—contestaron todos a la vez.

—Adelante, pues, con el plan adoptado—repuso el presidente—. Llévase a cabo con la decisión y confianza que debe darnos la santa causa que defendemos; y al brillar en el palacio de Fiorerosa la inmensa hoguera que abrase ese padrón de nuestra esclavitud, su luz alumbré el día de nuestra justicia y de la independencia de la patria.

Al concluir el presidente estas palabras pronunciadas con todo el ardor que inspira el sentimiento santo de libertad e independencia, el reloj de la Catedral dada las cinco de la madrugada.

El monje Pedro, que oyó la hora y era efectivamente la de abrir las puertas, dijo:

—En este momento, es posible que estén esperando ya a las puertas algunas gentes que tienen la costumbre de oír la misa primera que se dirá dentro de media hora, y no considero prudente que salga nadie en este instante.

—Entonces—dijo el presidente—¿cómo se arregla esto?

—Muy fácilmente—contestó el monje—, los pocos que aquí estamos podemos distribuirnos muy bien arrodillados en varios sitios. Los que entren por una puerta no sabrán si el que ven ya orando de rodillas entró antes por otra; y pasado un rato, cada uno sale cuando quiere.

—Perfectamente—dijo el presidente.

Luego, dirigiéndose a todos concluyó:

—Hermanos, a orar, pues, cada uno al santo a que tenga más devoción.

Dos minutos después los hermanos mayores se hacaban ya diseminados, en pie unos y de rodillas otros, orando en varios sitios de la Catedral.

* * *

Mientras la Hermandad de la Muerte prepara sus trabajos y llega el día de poner en ejecución el pensamiento adoptado por todos, veamos qué sucede en casa del barón de Gualba y lo que hace éste después que entra en ella y nota la falta de Isabel.

.....

Los maridos celosos son y han sido en todos tiempos los que más tiranizan a sus mujeres y los que más se desesperan cuando las pierden.

El barón de Gualba ya hemos dicho que era celoso en extremo, y, dicho sea con verdad, tenía sobrados motivos para serlo.

Su mujer era joven y hermosa, él, bastante feo y casi viejo, ella, con talento; él, de escasa comprensión, él estaba enamorado de su mujer, y ésta no lo estaba, ni mucho menos, de su marido.

El barón, aunque de escaso talento, como decimos, comprendía todo esto, y como la más terrible causa de los celos está en la conciencia de la escasez del mérito propio, este sentimiento del barón de Gualba aumentaba, haciéndose más horrible cada día, a medida que comparaba sus pobres merecimientos con las altas prendas de Isabel.

Lo primero que hizo al subir a su casa, después que dejó a la condesa de Fiorerosa, fué preguntar a los criados por la señora.

—Ha salido sola—le contestaron.

—¡Sola!—dijo el barón, asombrado—. ¿Hace mucho?

—Como una hora.

Luego, dirigiéndose a la doncella, le dijo:

—Entra, Juana.

Y el barón, seguido de la doncella, penetró en uno de los salones de la casa. De repente se paró, y volviéndose a la doncella que le seguía, le dijo:

—Oyeme atentamente, Juana, y responde bien a las preguntas que te haga. ¿Hace cosa de una hora que tu señora salió?

—Sí, señor.

—¿Sola?

—Sola.

—¿Qué traje llevaba?

—Vestido y manto negros.

—¡Vestido y manto negros!—continuó el barón, hablando consigo mismo y paseándose a largos pasos por la estancia—. ¡Era ella! Sí, era ella. Pero la salida de la condesa... ¡Quién sabe!... ¡Tal vez la esperaba allí!...—y volviéndose a la doncella, le preguntó otra vez—: Dime, ¿la señora salió de casa esta tarde?

—No, señor.

—¿Has visto qué ha hecho hasta la hora que salió?

—No, señor; ha pasado toda la tarde en ese gabinete—dijo la doncella, señalando una puerta del salón.

—¿A quién ha recibido?

—A nadie.

—¿Y recado?

—Tampoco.

El barón volvió a pasearse con la misma agitación, y al cabo de un rato, con tono áspero e imperioso, dijo a la doncella:

—Vete y dile a un criado cualquiera que entre.

La doncella salió y el barón penetró, dando un fuerte empujón a la puerta, en el gabinete que antes señalara la doncella. A los pocos momentos una voz temerosa y sumisa se oía en el umbral de la misma puerta.

—Señor...

—Adelante—contestó el barón desde dentro.

El criado avanzó unos pasos para presentarse a su amo.

—Vas a salir de casa ahora mismo, y has de volver más presto que un relámpago. ¿Sabes la casa del padre de la señora?

—Sí, señor.

—¿La de don Juan de Colmenar?—repuso el barón para cerciorarse bien de que le entendía el criado.

—Sí, señor—repuso éste a su vez.

—Pues vas allí volando y preguntas si está la señora; le dices que vas de mi parte a buscarla y la acompañas aquí.

El criado hizo una profunda reverencia, como disponiéndose a salir del gabinete, y el barón le detuvo con estas otras palabras:

—Oye: si no está en casa de su padre, ve con el mismo recado a la de la marquesa del Pi. Si no está allí tampoco, vas a casa de Tamarit, a la de Mercader, de Fluviá, a cualquier parte, a todas partes; pero que vuelvas presto, presto como un relámpago.

Entonces el criado salió ya definitivamente y como un relámpago dejando al impaciente barón.

El gabinete donde se hallaba el barón era el de labor y estudio a un tiempo de la pobre Isabel. En un sillón de damasco carmesí que había junto a un preciso velador solía sentarse la joven baronesa de Gualba, y en ese mismo sillón se sentó su marido así que entró en el gabinete. Sobre el velador había

un pañuelo bordado de finísima batista, que el barón reconoció en el momento de verlo. Era de Isabel.

El barón, al notarlo envuelto, como si contuviera algún objeto, lo cogió con avidez. El pañuelo no escondía otra cosa sino infinitas lágrimas que había secado y que podía conocerse guardaba todavía, según lo húmedo que estaba. El barón de Gualba dijo para sí, examinando el pañuelo y estrechándolo luego entre sus manos: — ¡Ha llorado, y ha llorado mucho! Pero ¿por qué? ¡Porque la quiero demasiado, porque me atrevo a decirle que su cariño no llega al mío! ¿Y a esto llama una mujer impertinencia insoportable? ¡Tiranía cruel! Tal vez tenga razón. Yo debiera mirarla con indiferencia, sin quejarme nunca de su falta de cariño. ¿Prometió acaso tenérmelo cuando yo me empeñé en que fuera mi esposa y su padre la obligó? Yo quise obtener su mano sin tener antes su corazón, y éste se gana pocas veces después de obtenida aquélla!...

Y el barón de Gualba, como si no pudiese sostener en su cabeza el peso de estas fuertes reflexiones, la dejó caer entre las manos.

El criado, que con tal prisa mandó el barón en busca de su mujer, no encontró ni a Isabel ni a su padre en la casa de éste. Menos aún podía encontrarla en las otras donde fué con este objeto.

Cada instante que pasaba era un siglo de agonía para el barón, a quien un secreto presentimiento le anunciaba que aquella salida de su mujer tenía aquella noche algo de extraordinario.

La tardanza del criado, por más que anduvo, como su amo le mandó, volando, era ya excesiva para el barón, que medía el tiempo y las distancias con el compás de su impaciencia, que le tenía, sobre todo, insufrible hasta para sí propio; y se levantaba del sillón, dando largos y acelerados pasos por el gabinete, y volvía a sentarse y sacaba el reloj, y volvía a levantarse para comparar la hora que él tenía con la que señalaba un péndulo del salón inmediato, hasta que, por fin, dió la deseada vuelta el criado.

El pobre subía, como es de suponer, temblando, la escalera, aguardando una lluvia de improperios al manifestar a su amo lo infructuoso de su comisión.

La condición del criado se presta a consideraciones tristísimas por parte de todo aquel que comprende el amor propio y la dignidad que debe tener todo ser racional; y una, quizá

la más triste de estas consideraciones, es la del derecho que parece tiene el amo a descargar su mal humor y su cólera en insultos e improprios sobre el criado. Y esto que sucede hoy con toda la decantada civilización del siglo xx, sucedía mucho más trecentos años antes, cuando los señores conservaban aún tan grandes preeminencias sobre la clase baja del pueblo. El criado, pues, se presentó temblando a la puerta del gabinete.

—Señor—dijo con una voz temerosa que indicaba a un tiempo lo infructuoso de la diligencia y el miedo de tener que decirlo así al barón—. He ido a casa del señor de Colmenar..., a la de la marquesa del Pi...—el embarazo con que el criado hablaba decía ya al barón que aquél no había encontrado a su mujer—, y a la de Fluvió..., y a...

El barón no pudo resistir más y estalló:

—¡Con doscientos mil diablos! ¿Has encontrado a la señora?

—No, señor.

—¿En ninguna de las casas donde te he dicho?

—No, señor, en ninguna.

Esto lo dijo el criado temeroso de llegar a sentir *materialmente* los efectos del furor de su amo.

—¡Quítate de mi presencia!—exclamó éste, y a renglón seguido añadió—: Mi capa y mi sombrero.

Tomás sin pronunciar una sola palabra y haciendo una profunda inclinación de cabeza, desapareció súbitamente, volviendo a los pocos instantes con los objetos que su amo había pedido. El barón cogió bruscamente el sombrero, que se caló hasta las cejas, volviendo la espalda a Tomás, que le puso la capa en los hombros.

Inmediatamente salió del gabinete, y atravesando el salón y dirigiéndose a la puerta que abrió Tomás, llegando a ella de un salto, se encontró en medio de la calle. Allí paróse un brevísimo instante, y embozándose hasta los ojos partió como una flecha por la primera bocacalle. La dirección que tomó el barón de Gualba fué la de la casa de don Juan de Colmenar.

Cuando a un marido le sucede un lance de esta naturaleza con su mujer, lo primero que se le ocurre, y esto sin excepción de clases y personas, es dar cuenta inmediatamente a su suegro. Y esta idea, que envuelve en sí la de la respon-

sabilidad del padre respecto de la conducta de la hija, se le ocurre con mayor razón al marido, cuanto mayor interés mostró el suegro en el casamiento.

En nuestro caso, este interés había sido sumamente visible en don Juan de Colmenar, que fué quien con todo el poder de su autoridad de padre inclinó la voluntad de su hija, presentándole a cada momento las riquezas y alta posición del de Gualba, a fin de que la repugnancia—que otro nombre no tiene—que sentía Isabel hacia la persona del barón desapareciese ante la vanidad que su padre intentaba despertar en su corazón.

CAPITULO VII

El barón de Gualba llegó a casa de su señor suegro casi con la lengua fuera, pues quería verlo para cuanto antes echarle en cara lo que había hecho su hija Isabel.

—¿El señor está?—preguntó brusca y apresuradamente al criado que le abrió la puerta.

—Ha salido, señor barón—contestó el criado.

—Aguardaré, pues,

Y como quien entra en su propia casa, pasó adelante, sin dar apenas tiempo al criado de tomar una luz y precederle hasta el sitio donde el señor barón tuviera a bien pararse. Llegado que hubo a la primera sala, volvióse al criado que venía con un candelero y una vela de cera encendida y le preguntó:

—¿La señorita Clara está en casa? Si está, decidle que estoy yo aquí y si puede recibirme.

—Al momento, señor—contestó el criado, dejando la luz sobre una rinconera.

Y el criado salió inmediatamente a comunicar la orden a una doncella de la casa.

.....

Clara de Colmenar, hija segunda de éste, vivía sola con su padre y aislada casi del mundo. Joven de dieciocho años, dotada de tiernísimos sentimientos, huérfana de madre y sin haber encontrado en el carácter descastado de Colmenar ese cariño tierno y constante que los hijos tienen necesidad de

ver redoblado, en el padre o en la madre cuando en edad temprana pierden a uno de los dos, Clara había concentrado toda la ternura de sus sentimientos, todo el cariño de que su alma de ángel era capaz en su hermana Isabel. No necesitamos decir con esto si sufriría la pobre Clara a la vista de la pésima suerte que había cabido a su hermana, de cuyas penas era la mejor, la única confidenta y depositaria.

He aquí por qué, a pesar de sus dieciocho abriles y de los encantos de la juventud unida a una belleza tan angelical como aristocrática, y sin embargo de los rendidos homenajes que por tales prendas merecía a más de un almibarado caballero, la triste niña renunciaba casi por completo al distinguido puesto que para ella guardaba la sociedad, ante la cual no se presentaba sino por uno de esos compromisos que no pueden evitar las familias de cierta posición, y aun estas veces aparecía siempre triste y pensativa, como la flor del valle que arrancada de su tallo languidece entre la cálida atmósfera de una sala de baile.

Cuando el barón de Gualba llegó a casa de Colmenar, Clara se hallaba en un oratorio que tenía la casa, rogando arrodillada delante de una imagen de Santa María por la dicha y la felicidad de su hermana Isabel, único objeto de su verdadero cariño. La doncella abrió la puerta del oratorio.

—El señor barón de Gualba, que ha venido, quiere veros.

La doncella permaneció en pie en el mismo sitio y Clara continuó sus oraciones, que concluiría en brevísimo rato, después se levantó, luego, y dejando un devocionario en que leía sobre una mesita que había junto al pequeño altar donde antes oraba, hizo seña a la doncella que cerrase el oratorio, preguntándole inmediatamente:

—¿Conque dices que ha venido el barón?

—Ahí en la primera sala está aguardando.

—¿Mi padre no ha vuelto?

—Todavía no.

—¿Sabe que mi padre no está en casa?

—Se lo hemos dicho así, pues primeramente preguntó por él; luego ha dicho que aguardaría, y en seguida preguntó por vos, mandando que se os avisase.

—Hazle pasar al salón.

Y Clara se dirigió a este lugar diciendo para sí y como quien presente una desgracia: «¡Dios mío! ¡Si ocurrirá algo a mi pobre Isabel!

Presto los dos cuñados se encontraron en el salón.

El barón de Gualba tenía por lo general cara de pocos amigos, como vulgarmente se dice, y esta vez sobre el ceño suyo natural pesaba la impresión profunda del reciente suceso. Así es que Clara se puso a temblar como la hoja en el árbol apenas apareció en su presencia.

—Muy buenas noches— dijo con acento semibalbuciente y sin mirar apenas al rostro avinagrado del barón.

Este, sin contestar al saludo de Clara y con ese tono grosero que, a pesar de lo distinguido de su clase dan ciertos hombres de poco talento a sus palabras cuando los oprime el tedio o tienen algún pesar, le dijo:

—¿Habéis visto hoy a vuestra hermana?

—No.

—¿Ni habéis sabido de ella?

—Nada en todo el día—repuso Clara, más balbuciente todavía, pues presentía ya una grave noticia después de las extrañas y alarmantes preguntas de su cuñado.

Este, que al principio había creído notar cierta turbación en el rostro de Clara, se afirmó más en su idea, y creyendo ya por la suma amistad que había entre las dos hermanas, y más en aquel momento, por las señales que creía descubrir en el acento tembloroso de Clara, que ésta sabía algo acerca de su mujer, exclamó seca y bruscamente:

—Vuestro acento y la turbación de vuestro semblante indican lo contrario de lo que decís—repuso el barón sin variar de tono.

En el rostro de Clara se pintó entonces toda la indignación de que era capaz al verse tan baja como injustamente juzgada por su cuñado. Sin embargo, procurando recobrar la serenidad y sofocando por un instante el efecto de tan insolentes palabras, dijo al barón:

—La turbación mía puede explicarse fácilmente por la expresión alterada de vuestro rostro y sobre todo por las alarmantes preguntas que me habéis hecho acerca de mi hermana, de quien vos debéis saber mejor que yo.

—Ha salido esta noche de casa y todavía no ha vuelto ni se sabe dónde para.

—Pero...—repuso Clara indicando con los ojos al barón que se explicase más.

—No puedo deciros nada más—concluyó el barón, adoptando otra vez el tono seco y brusco del principio.

—Pero—continuó Clara—¿habéis mandado en su busca?

—Sí. Y no se la encuentra en ninguna parte. No tiene Dios piedad para la mujer que así abandona la casa de su marido. ¡Ay de ella cuando la vuelva yo a tener en mi presencia!

El barón pronunció estas palabras con un tono tan terrible y amenazador, que Clara se sintió de repente como herida de un rayo, al considerar en un momento todo el peso de la cólera del barón y las consiguientes y nuevas desgracias que iban a caer sobre su hermana. Así es que apenas el barón acabó de fulminar la terrible amenaza, Clara dió un grito:

—¡Isabel! ¡Isabel!

Y cayó sin sentido a los pies mismos del barón.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó éste, levantando del suelo a su cuñada.

Todos los criados de la casa aparecieron súbitamente en el salón.

—Llevad a la señorita a su cuarto, que se ha desmayado

—dijo a las doncellas, que cogieron en brazos a Clara y la llevaron a su lecho—. Esto no es más que un ligero desmayo—continuó.

Los criados, sin pronunciar una palabra, miraron con desconfianza y terror a la vez el rostro del de Gualba.

Luego, dirigiéndose a los hombres solamente, les dijo:

—Salid ahora todos vosotros a buscar a don Juan por todas partes. Que no volváis hasta haberle encontrado, y el primero que le vea que le diga que venga inmediatamente, que la señorita está enferma y que yo le aguardo aquí.

Los criados salieron, pero no a la calle, como había ordenado el barón. Replegarónse todos en un rincón del comedor, y allí en brevísima sesión secreta, después de haber pronunciado un voto unánime de *desconfianza* al barón, acordaron que saliesen unos en busca de don Juan y otros se quedasen en la casa, donde no era prudente dejar al barón con mujeres solas, después del extraño suceso que acababan de ver.

Así se hizo, en efecto: la mitad de los criados salió en busca de don Juan y la otra mitad se quedó *de guardia* en el comedor, atentos a lo que pudiese ocurrir en el cuarto de la señorita y contando los fuertes pasos que daba el de Gualba al pasear agitado por el salón.

* * *

Aunque los criados buscaron al padre de Clara por todos sitios, no dieron con él, pues a ninguno de ellos se le ocurrió ir a buscarle a casa del virrey, donde éste se encontraba. Así que a la media hora, que se le hizo medio siglo al barón, llegó uno y sucesivamente los otros dos criados sin la menor noticia.

La consternación entonces fué grande en la casa de Colmenar, pues los criados, que adivinaban algún suceso extraño en la familia con la visita del barón y lo que había pasado a la señorita, que aún no había vuelto completamente en sí, estaban en la mayor confusión con la coincidencia de no encontrarse don Juan en ninguna de las casas donde por lo común solía pasar la velada.

El barón, por su parte, no estaba menos confuso que los criados de su suegro, al saber por éstos que don Juan no se encontraba en ningún lado.

Colmenar, en tanto, concluída la entrevista con el virrey, salía del palacio a paso lento y sosegado, platicando con Monredón acerca del buen resultado de su misión y felicitándose con el alguacil de haber conseguido, por fin, que Santa Coloma entrase decidido en la senda del rigor con el pueblo que gobernaba.

Así llegaron a la puerta de la casa de Colmenar, donde se despidió Monredón, dejando a don Juan, que subió tranquilamente la escalera. Llamó, y al golpe los criados exclamaron:

—¡Don Juan!

El barón oyó la exclamación de los criados, y su corazón saltó de sorpresa, latiendo luego con violencia.

—¡Gracias a Dios, señor!—exclamó una vieja ama al ver entrar a don Juan.

—¿Qué hay?—preguntó éste, sorprendido.

—La señorita se ha puesto mala; tanto, que si tardáis un poco más no la encontraréis con vida—continuó el ama con ese acento lastimero que las mujeres, particularmente las viejas, dan a sus palabras en estas ocasiones—. En su cama la hallaréis.

Y Colmenar, sin pronunciar más palabras, se dirigió al cuarto de su hija.

—¡Clara!—exclamó al verla en el lecho con los ojos desencajados y casi sin sentido.

La pobre niña volvió la vista lánguidamente a su padre sin articular una palabra ni mover la cabeza.

—Pero ¿qué ha sido eso?

—Un desmayo, a lo que parece.

—Y ¿hace mucho rato que ha pasado eso?

—Como tres cuartos de hora. Le hemos hecho aspirar vinagre y este frasco de esencias—dijo la doncella, mostrando a Colmenar uno que tenía en la mano—, y parece que va volviendo en sí.

—¿No habéis mandado por un médico?

—No sé si el señor barón habrá enviado por él.

—¿Cómo el señor barón?

—El señor barón de Gualba, que se hallaba aquí y estará todavía seguramente en el salón, ha mandado a los criados que os fueran a buscar inmediatamente, e ignoro si habrá hecho lo mismo respecto al médico, pues nosotras no hemos salido de aquí al cuidado de la señorita.

Don Juan de Colmenar, a quien sorprendió la visita de su yerno, empezó a sospechar que el accidente ocurrido a Clara podía tener alguna relación con la entrevista del barón, y preguntó otra vez a la doncella:

—¿El barón habló con la señorita?

—Hablando con él cayó de repente y como muerta a sus pies—contestó la doncella.

Don Juan de Colmenar se asomó entonces a la puerta del gabinete y gritó:

—¡Pablo! ¡Pablo! Corre al instante a buscar al médico de casa, y que venga presto.

Colmenar salió del gabinete y dirigióse a donde estaba su yerno.

—¿Qué diablos sucede? ¿Qué es esto?—preguntó Colmenar al de Gualba así que entró en el salón—. ¿A qué se debe vuestra presencia aquí, a estas horas tan fuera de vuestra costumbre?...

—Es muy sencillo; he venido a preguntarle por mi mujer.

—No os comprendo, barón—repuso Colmenar con la mayor ansiedad.

—Dije y repito que he venido a ver si sabe el paradero de Isabel...; ha huido esta noche de mi casa.

La confusión de Colmenar aumentaba, lejos de desvanecerle, preguntó:

—¿Mi hija?

—Vuestra hija, señor de Colmenar, que ha mentado a su

esposo la fe que te juró al pie de los altares... Ha salido esta noche y no ha vuelto aún ni se la encuentra en ninguna parte. Presumo que vuestra hija me ha engañado vilmente...

—Tened la lengua, barón—interrumpió vivamente Colmenar.

—No retiro la palabra—repuso enfurecido el de Gualba—. Me ha engañado y yo vengo a pedir cuentas al padre de la conducta de la hija, ya que me habéis dado una mujer indigna de ser mía.

—¡Por favor, barón! ¿Os parece que el nombre de Colmenar no sufre nada con esto? Pero yo sabré lavar la mancha que sobre él ha caído, como sabré desagraviaros a vos buscando a esa hija infame y vengando en ella la afrenta que pesa sobre mi casa.

—Hay afrentas que no se lavan jamás; pero yo diré siempre que el lustre de la casa de Gualba vino a empañarse rozándose con la de Colmenar.

—¡Barón! Retirad esas palabras—gritó Colmenar requiriendo la espada.

—¡Nunca!—repitió el barón, llevando la mano a la suya.

—Salgamos y liquidemos esta cuestión con los aceros.

—¡Padre! ¡Padre mío!—gritó una voz de mujer que se interrumpió al paso de los dos caballeros, asiéndose fuertemente de las rodillas de Colmenar.

Era Clara, que vuelta ya en sí y oídas las fuertes voces de su padre y el barón, saltó de la cama, corriendo al lugar de la escena sin que pudiesen detenerla las doncellas.

Los dos caballeros se detuvieron, bajando ambos la cabeza a la vista de los criados que acudieron en el mismo instante.

—Deteneos, padre mío—exclamó Clara, abrazando las rodillas de su padre.

Colmenar volvió la vista al barón y le dijo en voz baja:

—Nos veremos mañana.

—Mañana nos veremos—contestó el de Gualba, envainando su espada.

En esto se oyó un golpe a la puerta. Colmenar dijo a los criados:

—¡Llaman! ¿Qué haceis ahí? ¡Salid todos y abrid!

Los criados salieron, y en el momento volvió uno de ellos diciendo:

—El médico.

—Que pase—dijo Colmenar.

Luego, volviéndose a su yerno, concluyó:

—Vos podéis retiraros a vuestra casa, y hasta mañana...

—Hasta mañana, pues—respondió el de Gualba con marcada intención y dirigiéndose a la puerta.

El médico entró en aquel momento.

Las doncellas volvieron, desmayada otra vez, a la pobre Clara, tendiéndola en su lecho, y el facultativo, enterado de la causa del accidente, esto es, del *susto*, a secas, que había tenido Clara, empezó a propinarle los remedios de la ciencia.

Júzguese cómo volvería el barón de Gualba a su casa y cómo quedaría en la suya don Juan de Colmenar.

.....
 Cuando se hubo marchado el médico, Colmenar se entrevistó con su hija Clara, y prontamente le dijo:

—Ya ves el disgusto que tenemos con tu hermana.

Dos gruesas lágrimas asomaron a los ojos de Clara.

—No llores—continuó su padre—. En casos como el que desgraciadamente nos está sucediendo, las lágrimas no sirven sino para ofuscar más la mente, que necesita de toda la serenidad para adoptar una medida que salve la afrenta que pesará mañana sobre nosotros. Nuestra familia puede decirse que ha quedado reducida a nosotros dos, y ahora con doble motivo, ya que tu hermana ha querido arrojar de sí el limpio nombre que llevaba para cubrirse con la infamia de su incalificable conducta.

—¡Quién sabe, padre mío! No la condenéis antes de saber la causa que puede haber motivado este incidente.

—¿Qué causa? Nunca la hay bastante para apelar a tan reprobados como vergonzosos medios.

—Vos no podéis ignorar que mi hermana sufría mucho al lado del barón.

—¿Y a quién se quejó de ese sufrimiento?

—A vos, padre mío.

—¿A mí?

—Recordadlo bien. Fué una sola vez. Vos le contestasteis secamente que el deber de una buena esposa era obedecer ciegamente la voluntad de su marido y acomodarse al carácter de éste, prohibiéndole además que volviese a presentarse a vos con nuevas quejas.

—Es cierto; pero fué porque los que ella creía motivos de queja con el barón eran, cuando más, aprensiones de niña y bagatelas de mujer.

—Pues bien: desde entonces Isabel ha devorado siempre en silencio, menos cuando ha tenido ocasión de verme para depositarlas en mí, todas las penas imaginables que puede sufrir una esposa a tal extremo tiranizada por su marido.

—Pero ¿por qué no venía a depositar esas penas en su padre?

—Vuestra primera observación la detuvo siempre, y mi hermana, creedlo, reemplazó con el miedo a su padre la confianza que éste le había retirado.

Esta observación de Clara, por más que fué manifestada con la sencillez propia de su edad y su candor, hirió como un dardo el corazón de Colmenar, que en aquel momento se acusaba a sí de la catástrofe a que tal vez había dado lugar con su conducta respecto a su hija mayor.

Así es que su ansiedad subió de punto aguijoneada por su propia conciencia, y con acento medio contrito dijo a Clara:

—Expíciate ya, hija mía, y no me ocultes nada, nada absolutamente de cuanto sepas acerca de tu hermana.

—No quiero acongojaros con la relación de pormenores triste. Os diré solamente que anteayer, sin ir más lejos, el barón se excedió como nunca con mi hermana, hasta el punto de insultarla groseramente, y esto quizá la haya obligado a huir de la casa de su marido.

—¿Ella te contó eso anteayer?

—Por la noche.

—¿Y te diría la resolución que pensaba tomar?

—No.

—Clara, ¿tú eres con tu padre tan reservada como tu hermana.

—Os juro, padre mío, que nada sé.

—No jures, añadiendo esto a la falta que cometes con tu padre—repuso Colmenar, reconviniendo agriamente a su hija—. Averiguaré el paradero de esa infame, imponiéndole el castigo que se merece.

Y salió precipitadamente de la alcoba, dejando a Clara anegada en un mar de lágrimas.

* * *

Colmenar pasó a su gabinete particular o despacho y púsose a escribir una carta al barón. La carta era ésta:

Barón: El desagradable suceso que os trajo anoche a esta casa envuelve una afrenta tan grande para vos como para mí.

En casos de honra, la honra es lo primero, lo único que importa, y no es por cierto el mejor modo de volverla añadendo un escándalo mayor al que presenciara hoy mismo Barcelona, si con toda la prudencia y reserva necesarias no conducimos a buen término el asunto de mi hija con vos. Al renunciar como renunció a la descabellada contienda entre vos y yo, creo me haréis la justicia de pensar que esto que respecto de vos me dicta mi deber sería precisamente lo contrario de lo que mi propia dignidad me impondría con otro.

No salgais de casa, que yo pasaré a veros más tarde,

COLMENAR.

CAPITULO VIII

No trascurrió mucho tiempo para que la misiva de Colmenar no fuese recibida por el barón, el cual estuvo un instante por no rasgar el sobre, mas como la curiosidad le agujonara, determinó enterarse del contenido de la carta la cual suponía que no sería muy agradable.

Cuando el de Gualba leyó una y dos veces la carta de su suegro se dijo para sí: «Tiene razón», y se decidió a esperar.

Mientras, la pobre Clara permanecía anegada en llanto, efecto del natural sentimiento que le habían causado las palabras de su padre; la doncella de confianza de Clara penetró en el gabinete, donde ésta se encontraba, y dirigiéndose de puntillas a la cabecera de la cama, dijo en voz bastante baja:

—¡Señorita, señorita!

Clara apartó las manos de su rostro, dirigiendo sus grandes ojos de cielo al rostro de la doncella.

—Déjame un momento, Ana—contestó la pobre Clara, conteniendo sus sollozos.

—Es que traigo un recado para vos. Un hombre del campo ha llegado ahora mismo, preguntando por mí, y llevándome al primer descanso de la escalera me ha repetido: «¿Sois vos la señora Ana? Si lo sois, con la mayor reserva entregad este billete a la señorita Clara.»

—¿Un billete?—preguntó Clara, sorprendida.

—Aquí está—añadió la doncella, mostrándole.

—Pero ¿de parte de quién?—preguntó Clara sin mover la mano ni hacer el menor ademán de tomarlo.

—Eso he preguntado yo, y no lo sabía.

—El billete—dijo Clara, y después de un momento se incorporó apresuradamente y dijo a la doncella—: Ana, ve a ver si hay alguien cerca de la puerta.

—Nadie—respondió la doncella después de haber cumplido la orden—. Me quedaré de vigía, para evitar sorpresas.

Clara, incorporada en su lecho, devoró el escrito, dando bien a entender el vivo interés que para ella tenía. Lo transcribiremos al lector. El billete decía así:

CONVENTO DE PEDRALBES

Hermana mía de mi corazón: La conducta tiránica y hasta grosera de mi marido ha llegado a un extremo tal, que me es de todo punto insufrible. Después del modo como me trató hace dos días, yo no podía permanecer más en su casa. He huído, pues, de ella, refugiándome en este santo asilo, ya que bajo el techo de mi padre no podía esperar la menor protección. Te suplico hagas por venir a verme inmediatamente, pues ahora más que nunca necesita de tus dulces consuelos tu infeliz hermana

ISABEL DE COLMENAR.

P. S.—Comprenderás que te exijo la mayor reserva con todo el mundo, hasta con nuestro padre.

Clara, apenas repuesta de la sorpresa del primer momento le dió tiempo de conocer y explicarse esta circunstancia, que tanto atenuaba la conducta de su hermana, respiró con más libertad sintiéndose tan alegre y con tales fuerzas como si nada hubiera sufrido aquella noche.

Tan cierto es que el abatimiento del cuerpo proviene no pocas veces de la postración del alma.

—Oye: ¿sabes de quién es la carta?

—¿Acaso de doña Isabel?

—¡Por Dios, Ana, no lo digas a nadie!

—Ya me conocéis, señorita—contestó la doncella por toda seguridad y garantía del secreto.

—Me encarga sobre manera que no lo diga a nadie; pero yo tengo en ti ilimitada confianza... Me es indispensable la ayuda de una persona para lo que me pide.

—Disponed de mi.

—Me dice que vaya inmediatamente a verla.

—Adónde.

—Al convento de Pedralbes.

.....

La huida de Isabel de Colmenar al convento de Pedralbes puso aquella noche en conmoción a tres casas distintas: la de su esposo, el barón de Gualba; la de su padre y la de Fontanellas, en que éste habitaba con su amigo y compañero Orso de Monteferro.

Retrocedamos algunas horas, pues importa ver a los dos jóvenes caballeros después que dejaron a Isabel en el convento.

Orso de Monteferro, que era sumamente discreto y de bastante talento para comprender ciertas situaciones de la vida, marchaba, de vuelta del convento, al lado de Fontanellas, dirigiéndole de cuando en cuando una mirada como de compasión hacia el dolor que sentía su amigo, pero sin articular la menor palabra.

Fontanellas, por su parte, vació el corazón y llena la cabeza de tristísimas ideas, iba silencioso y abandonado al trote regular de su caballo, que marchaba, lo mismo que el de Orso, floja la rienda y directamente a Barcelona.

Los nobles brutos, siguiendo libremente su instinto, fueron a parar en breve a la puerta de la casa de Fontanellas.

Apeáronse nuestros caballeros, dejando los caballos a un criado, y con el mismo silencio subieron la escalera, internándose uno en pos de otro en la habitación donde ambos dormían.

.....

—¿Te coge a ti de susto, o te entristece el incidente de hoy?—dijo Orso a Fontanellas.

—No me coge de susto, pero comprenderás que no puedo alegrarme.

—Pues no lo comprendo. ¿No amas tú a Isabel?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Pues bien: ¿padeces hoy más, porque sabes que está en un convento, de lo que padecías ayer, cuando se hallaba en poder del rinoceronte de su marido?

—Realmente, esto debe consolarme y me consuela en parte.

—Y á propósito de su marido—prosiguió Monteferro, dando

a la conversación todo el carácter de broma que se había propuesto—. ¿Sabes que ha sido el suyo un papel divertido?

—Ya lo creo.

—¿Y es aquella la célebre condesa de Fiorerosa?

—La misma.

—Simpatizaría fácilmente con esa mujer si no tuviese el alma tan negra como dicen.

—Ya te dije en otra ocasión que la condesa era un modelo de finura y amabilidad...

—Y de gran talento, a juzgar por el sublime recurso que ha empleado en obsequio de Isabel.

—Si no es por la condesa...—exclamó Fontanellas.

—Isabel se llamaría hoy la baronesa viuda de Gualba—dijo vivamente Monteferro.

—¡Monteferro!—exclamó Fontanellas, rechazando las palabras de su amigo.

—¡Qué diablos!—repuso éste—. Vista su tenacidad, no había más remedio, so pena de dejarle penetrar en la ermita. Por otra parte, si la cosa se hubiese prolongado, yo mismo te hubiese hecho retirar, quedándome sólo con el barón. Entonces la cuestión creo que hubiese concluido dentro de los buenos límites de la hidalguía y la caballería.

—De todas suertes, nunca me hubiese yo perdonado un acto semejante—añadió Fontanellas.

—En fin, por suerte, no hubo necesidad de eso, ni mucho menos—concluyó Monteferro.

—Ea, pues, vete a descansar.

—¿Y tú?

—Yo no voy.

—Yo tampoco.

—Pero ¿qué quieres hacer?

—Es muy sencillo: lo que tú hagas.

—Es que voy a salir.

—¿Es secreto el negocio?

—Sabes que no los tengo para ti.

—Entonces voy yo contigo.

—Es que me vas a tachar de ridículo y de necio tal vez, si te digo lo que voy a hacer... Voy a montar otra vez a caballo y a volver a Pedralbes.

—Montaré yo también a caballo y te acompañaré otra vez.

—Eres muy buen amigo—exclamó Fontanellas, levantándose y tendiendo una mano a Orso.

Y llamando al criado, le dió la orden de ensillar inmediatamente los caballos. Pocos momentos después, los dos caballeros salían trotando por la puerta del Angel y camino de Pedralbes.

.....
Camino de este mismo lugar iban también Clara y su doncella.

Atendida la suma reserva que el caso requería, no se extrañará que una joven de la condición de Clara de Colmenar prescindiese de las comodidades con que pudiera haber hecho la visita a su hermana, y que teniendo a su disposición carruaje y caballos que tan bien en distintas ocasiones montaba, fuese a pie al monasterio.

Esto último, si bien más trabajoso y aun diremos de gran incomodidad para una joven de sus cortos años, nada acostumbrada a andar largo camino, permitía que la expedición se efectuase con todo el secreto que requería la particular posición de Isabel.

—Señorita—dijo la doncella, rompiendo el silencio que traían ésta y Clara desde la puerta de su casa, hasta la mitad del camino, que fué donde la doncella no pudo resistir más tiempo sin decir algo.

—¿Qué, Ana?

—¿No habéis reparado cómo se va poniendo el cielo?

Y la doncella extendió el brazo, señalando la parte de Levante.

Clara levantó sus grandes ojos azules, que en aquella ocasión bien podía decirse sin mentir que eran más hermosos que el mismo cielo, por cuanto éste presentaba un aspecto nada seductor, cubierto por espesos y negros nubarrones que iban agrupándose, amenazando una terrible y próxima tormenta.

Clara lo conoció así, y no pudo menos de estremecerse.

—¿Lo veis?—continuó la doncella—. Quiera Dios que podamos llegar, antes que rompa la tormenta, a alguna casa del pueblo.

En aquella época no había ni una choza siquiera en el camino que va de Barcelona a Sarriá, que era entonces un puñado de cuatro casas agrupadas allí donde ahora empieza el monte.

—Apresuremos un poco más el andar y llegaremos, si Dios quiere, antes que rompa la lluvia.

Con la condición que le había dictado la suma piedad de

Clara, hubieran llegado indudablemente sanas y salvas antes que rompiese la tormenta, tanto si andaban despacio como de prisa; pero el cielo, por lo que sucedió, tenía en aquel momento otras leyes que cumplir, y a los deseos y al miedo de Clara respondió con un trueno seco y desgarrado que siguió a la vivísima y deslumbradora luz de un relámpago, inmediatamente después de sus palabras.

—¡Dios mío!—exclamaron a la vez las dos mujeres, llevando la mano derecha a la altura del rostro y persignándose con prontitud.

En el mismo instante, y como cosa de un cuarto de legua detrás de Clara y su doncella, dos caballos se encabritaron en medio del camino, espantados por la luz del relámpago y el trueno.

Los dos caballeros, que, por lo visto, no se inmutaban por semejante cosa, recogieron serena y súbitamente las riendas, acariciando luego con la mano el cuello de los caballos para que recobrasen la calma.

—¡Pardiez!—exclamó uno de ellos—. Si no picamos la espuela, llegaremos hechos una sopa, Fontanellas.

—Eféctivamente—contestó éste—, la tormenta parece que se nos viene encima.

Fontanellas se sonrió, poniendo el caballo al trote largo, y calándose bien el sombrero para lanzarse al galope o a la carrera, si el tiempo lo exigía. Monteferro le imitó.

En breve tuvieron necesidad de redoblar la rapidez de su marcha, pues un segundo relámpago, seguido de otro trueno aún mayor, vino a espantar de nuevo a los caballos.

Seguidamente uno de esos chaparrones que parece van a inundar el mundo descargó, abarcando todo el llano de aquella parte de Barcelona.

Apenas se vieron Clara y su doncella en medio de tal diluvio, el espanto se apoderó de sus corazones, paralizando hasta su movimiento y haciendo completamente inútil el afán de apresurar la marcha, que es lo que primero se piensa en semejantes ocasiones.

La distancia que las separaba de nuestros caballeros era corta y los caballos traían el galope largo, por lo que pronto se encontraron en el mismo sitio.

El estado de las dos mujeres no les permitía oír otro ruido que el del trueno, ni ver otra cosa que la luz del relámpago; y aunque tal no fuera su estupefacción en aquel momen-

to, como los caballeros venían por la espalda, tampoco era fácil que advirtiesen su llegada cuando éstos, que las tenían delante, no podían verlas a causa de la espesa lluvia que caía.

Los caballos, pues, pasaron rozando con la doncella. En el mismo momento, un grito agudo y penetrante, como escape de las entrañas de la tierra, hirió los oídos de los caballeros. Ambos a la vez recogieron súbitamente las riendas, dejando a los caballos como clavados en medio del camino.

—¿Oíste? ¿Fue un grito?

—Y de mujer, a lo que parece. ¿Si habremos atropellado a alguien?

Ambos volvieron a un tiempo la vista atrás; pero por pronto que refrenaran los caballos, éstos, en la veloz carrera que llevaban, se quedaron parados ya a alguna distancia y los caballeros no podían distinguir nada a causa de la espesa lluvia.

Además, el roce del caballo con la velocidad que llevaba, y el estado de alteración en que se encontraban las pobres mujeres, fueron más que suficientes para hacerlas caer al suelo, donde ambas se encontraban sobrecogidas de terror, y esta circunstancia era también otro inconveniente para que la vista de los dos amigos las descubriese.

—¡Pardiez! No distingo nada.

—Retrocedamos.

Y los dos caballeros a un tiempo volvieron las riendas, retrocediendo por el mismo camino.

La luz de un nuevo relámpago, a los pocos pasos de desandar el camino, les permitió ver a dos mujeres tendidas en el suelo.

—Apeémonos.

—Cada cual cargue con una en la grupa.

Y acompañando la acción a la palabra, los dos amigos desmontaron sin soltar las riendas de los caballos.

—¿Estarán muertas?—dijo Fontanellas al echar pie a tierra.

—¡Quién sabe!—contestó Monteferro—. Lo que es para ahogadas, tienen motivos y agua de sobra.

—¡Ea! Manos a la obra. Ayúdame tú a colocar a ésta en mi caballo; luego monto yo, y, sosteniéndola con un brazo, te ayudaré con la otra mano a cargar la tuya.

Clara y la vieja Ana no sentían ni oían nada de lo que pasaba a su lado. Monteferro, que acababa de pronunciar las

últimas palabras, se inclinó para levantar en brazos a la primera.

—¡Pardiez!—exclamó gritando y asombrado.

—¿Qué es eso?—preguntó Fontanellas, asombrado también de ver así a su compañero.

—¡Pardiez!—continuó Orso—. ¿No la ves?...

Y sosteniendo con el brazo derecho el cuerpo insensible de Clara le volvió la cabeza con la otra mano para que la observase su amigo.

—¡Es hermosa!—dijo éste, sencillamente.

—Pero ¿no la conoces?—preguntó Monteferro, cada vez más asombrado y mirando a Fontanellas.

—No por cierto.

—¡Pronto, pronto, por favor! Ayúdame a colocarla en mi caballo y partamos en seguida hacia la primera casa que encontremos.

—¡Vivo pues!—respondió Fontanellas, sin darse cuenta ni menos detenerse a averiguar el nuevo interés que la joven inspiraba a su compañero.

Y los dos amigos partieron otra vez al galope tendido, dirigiéndose de nuevo al inmediato pueblo de Sarriá.

CAPITULO IX

La lluvia no cejaba, ni los truenos y los relámpagos. Parecía como si sobre la tierra se fuese a desplomar toda la bóveda celeste.

Monteferro, cuya ansiedad era mucho mayor, marchaba delante, y a cortísima distancia le seguía Fontanellas.

Este iba asombrado y como estupefacto de llevar, habiéndola encontrado de aquella suerte, a la vieja Ana, a quien conocía ya por las relaciones y antiguo conocimiento de familia que tenía con la casa de Colmenar.

Orso, además de asombrado, estaba como fuera de sí en medio de la gran agitación que producían en su ánimo tantas sensaciones a la vez como experimentaba en aquel momento.

Clara volvía en sí poco a poco en la misma cabalgadura que la condujera.

Un hondo suspiro escapado de aquel seno que antes parecía exánime, hizo que el rostro de Orso, poco antes tan triste y abatido, recibiera de pronto nueva vida con la que parecía volver al precioso cuerpo que llevaba, y a medida que se iba asegurando de que Clara volvía en sí, sentía cómo su corazón se ensanchaba, desahogándose del peso que le oprimía. Pasados algunos momentos, Clara abrió por fin los ojos, y Monteferro, que no los apartaba de su rostro, pudo entonces exclamar:

—¡Valor, señora, no tenéis ya que temer el menor peligro!
¡Estáis completamente a salvo!

Fijó la vista en el rostro de Monteferro. Luego abrió los ojos de una manera que parecían saltarle de las órbitas y gritó fuertemente:

—¡Ana! ¡Ana!

—¡Señora!—contestó Monteferro, estupefacto y sin saber qué decir en aquel momento—. No tenéis que temer ya el menor peligro: estáis completamente a salvo. Os halláis bajo la protección de un caballero que perdería cien veces la vida antes de exponer una sola vuestra honra.

Clara, al oír las últimas palabras de Monteferro, pronunciadas con tal acento de verdad, levantó los ojos sin miedo y su corazón experimentó una emoción indefinible cuando en aquel rostro varonil y simpático vió retratada la franqueza y la caballerosidad que dejaban traslucir sus expresiones.

El pueblo se distinguía ya, y Orso volvió la cabeza, refrenando un poco su caballo, hasta dejar que se le uniese Fontanellas para preguntarle, como más práctico del terreno:

—¿El pueblo está ahí?...

—No entraremos en él, en fila por el primer camino de la izquierda.

Monteferro, sin pronunciar ni esperar otra palabra, picó espuelas a su caballo, torciendo las riendas hacia el punto indicado por su compañero, y tomando a todo galope el camino. Entrados ya en la nueva senda, y a corto espacio andado de la misma, se descubría a breve distancia una magnífica casa de campo amurallada en el todo el vasto terreno que comprendía. Esta casa era propiedad de los Fontanellas.

Su proximidad a la capital y la desahogada posición de esta familia permitían que esta preciosa quinta no careciese de ninguna de las comodidades que tenía la casa de Barcelona, incluso la de la asistencia de criados y doncellas que

no la abandonaban nunca, pues, como hemos dicho, la proximidad hacía que muchas veces los señores se presentasen en ella de improviso, y esto no debía ser un motivo para que les faltase nada de lo necesario.

Fontanellas, al llegar a la distancia de unas veinte varas de un rastrillo de hierro que lindaba con el camino, gritó:

—¡A esa primera quinta!

Llamaron, y pocos momentos más tarde el rastrillo de hierro se abrió de par en para para dar entrada a los caballeros, que no tuvieron que aguardar ni un momento siquiera en el camino. En el gran patio de la quinta aguardaban varios criados y dos doncellas, juntamente con el ama de llaves que tenía el gobierno interior de la misma.

—Esta señorita y su aya quedan encomendadas a vuestra solicitud, Marta—dijo Fontanellas, dirigiéndose al ama de llaves, que se apresuró a ponerse delante como para indicar a Fontanellas que a ella correspondía recibir las primeras órdenes.

—Muy bien, señor—respondió el ama, volviendo la cabeza a las doncellas e indicándoles con un ademán que estuviesen prontas a sus disposiciones.

Marta cogió de un brazo a Clara, mandando a una de las muchachas que le ofreciese el suyo, mientras Ana, sostenida por la otra doncella y un criado, seguía escalera arriba la dirección que tomaba la vieja ama de llaves hacia las principales habitaciones de la quinta.

Los dos caballeros, como si se hallaran en su propia casa, cambiaron sus trajes, disponiéndose a reponer sus estómagos con un refrigerio que se dispuso inmediatamente en una mesa, al calor de la lumbre.

Clara y su doncella, sin volver en sí la primera del natural asombro que todo aquello había de causarle, se resistió al principio a despojarse de sus vestidos y tomar los que una persona extraña y en una casa desconocida le ofrecía, si bien accedió luego a ello, ya por las reflexiones tan justas como respetuosas de Marta como porque Ana le indicó discretamente, y más por tranquilizarla que por otra cosa, que conocía y era la de un caballero la persona en cuya casa se encontraban. Clara, en vista de esto, pidió quedarse sola con la doncella. Marta inclinó profundamente la cabeza y dijo:

—Despejamos al momento, señorita. Si algo se os ofrece,

tirad de ese cordón, y al momento que suene la campanilla, me tendréis de nuevo a vuestras órdenes en este mismo sitio.

Clara sonrió agradecida a la fina atención de Marta, y ésta salió con las dos doncellas, dejando a la primera con Ana. Así que estuvieron solas, Clara exclamó:

—Pero ¿qué es esto, Ana?

—¡No sé, señorita! Yo estoy como soñando con lo que nos sucede.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó Clara—. Pero ¿dónde estamos ahora? Explicáte, Ana, ya que antes me has indicado que lo sabías y me has asegurado que podía estar sin recelos.

—Antes conviene, señorita, que os quitéis esos vestidos tan mojados, que podrían causaros una enfermedad conservándolos así por más tiempo sobre el cuerpo.

—Eso es lo de menos; por otra parte, yo no quiero, no puedo sustituir los vestidos que llevo por otros que no sean míos también. Así, cerca de la lumbre, se irán secando sin necesidad de quitarlos. ¡Por Dios, explicáte y no me tengas más tiempo con esta ansiedad!

—Todo lo que yo sé es que conozco esta casa y a su dueño.

—¿Conoces a su dueño?

—Sí, es uno de los que nos han salvado.

—Y es...—añadió Clara, impaciente.

—¡Fontanellas!

—Y ¿cuál de los dos es?

—El que me llevaba a mí.

—¡Ah!—respiró Clara, sin que de ello se diese cuenta la doncella.

—Vos no le conocéis—repuso ésta—, ni él creo os conozca a vos; pero su familia es antigua conocida de la vuestra.

—¡Fontanellas!—repetía Clara para sí—. ¡Fontanellas en el camino de Pedralbes! ¿Y el otro caballero que nos acompañó?

—No le conozco; pero sí a Fontanellas, y éste es un caballero en toda la extensión de la palabra, con tenerle, según se ve, por tan amigo, debe garantizarnos completamente.

—En efecto—dijo Clara.

—Además que, al apearos en el patio, aunque yo no estaba para pararme mucho en las caras que a mi alrededor tenía, quise, ya sabéis lo que somos las mujeres, ver qué tal era la del caballero que os había llevado a vos... Si el rostro,



según de muy antiguo se dice, es el espejo del alma, noble y bella ha de tenerla el caballero.

Clara se ruborizó ligeramente a las últimas palabras de Ana.

En tanto que así platicaban las dos huéspedes de Fontanellas, éste y su amigo Monteferro no dejaban de hacerlo sobre el mismo asunto, si bien con la diferencia de su posición y el desembarazo natural entre dos jóvenes de su clase.

—Pero—decía Monteferro—¿cómo diablos estaban esas dos mujeres tendidas en la carretera?

—No puede ser sino que la lluvia las asustó y... qué sé yo—contestó abrumado Fontanellas—. Si quieres que te diga la verdad, no sé por lo pronto a qué atribuir este lance.

—Creo que sería oportuno que Marta entrase otra vez—dijo Monteferro con visible impaciencia.

—Han dicho que llamarían ellas.

—Marta es al que les ha dicho que llamasen si algo les ocurría. Ellas no han dicho nada—observó Monteferro con ese interés que guarda en la memoria hasta la menor palabra de un asunto que lo tenga muy grande.

—Es verdad.

Y Fontanellas llamó entonces a Marta. Esta se presentó en el momento.

—¿No ha llamado esa señora?

—No, señor.

—Id, pues, a preguntarle de mi parte cómo se siente y ofrecedle algún alimento, como asimismo a su doncella, pues ambas tendrán ya necesidad de tomar algo.

Fontanellas había presumido bien. Después del trastorno ocurrido a seguida de la noche pasada en la casa de Colmenar, no se necesita decir cómo estarían de débiles aquellas dos mujeres, principalmente Clara. La vieja Marta se disponía a salir cuando Monteferro la detuvo.

—Aguardad.

Marta se detuvo en medio de la sala. Entonces Monteferro preguntó a media voz a Fontanellas:

—¿Por qué no mandas salir a la doncella y le preguntas algo?

—Creo mejor que vaya ahora Marta con ese recado.

—Como quieras.

—Id, Marta.

El ama salió, y a poco rato volvió a presentarse en la sala donde estaban los dos amigos.

—¿Qué han dicho?—preguntó Monteferro antes que Marta llegase a ellos.

—Dice la señorita que agradece en el alma todas vuestras atenciones; pero que la lluvia ha cesado ya y con vuestro permiso se disponen a partir.

—¿Eso han dicho?

—Volved—dijo Fontanellas—y decidle que el señor y yo pedimos permiso para presentarnos y ponernos a sus pies.

Marta volvió a salir y se presentó otra vez a su amo, diciéndole:

—Os está esperando.

Y los dos amigos se levantaron, dirigiéndose inmediatamente a la sala que ocupaba Clara.

Después de un saludo sumamente cortés de parte de los dos amigos, y que participaba en lo que respecta a Monteferro de todo el embarazo natural en aquella situación, Fontanellas fué el primero en tomar la palabra para decir:

—Señora, no hubiéramos solicitado el permiso de llegar tan presto a vuestra presencia sin el recado que acaban de darme.

—Caballero—contestó Clara, procurando dar a su voz una seguridad que ciertamente no tenía—, el Cielo sabe cuán agradecida estoy a vuestras atenciones; pero vos comprenderéis que yo no puedo permanecer mucho tiempo en esta casa.

—Sin embargo, es muy poco el que ha transcurrido para el estado en que os encontráis, y Ana, que me conoce bien, sabe que podéis aprovechar en todo y para todo la casualidad que yo bendigo y que os ha conducido a esta casa.

—Salvándonos de la muerte tal vez—exclamó Clara con una expresión tal de agradecimiento que encantó a los dos amigos, haciendo prorrumpir a Monteferro:

—El Cielo, señora, no podía permitir que urio de sus ángeles permaneciera por más tiempo en aquella situación.

Clara, cuyos ojos se encontraron en aquel momento con la ardiente mirada de Monteferro, bajó ruborizada la vista al suelo.

Orso casi se arrepintió de no haber podido contener aquel impulso de su corazón, que, sin embargo, no excedía los límites de la más cortés galantería.

—Yo me atrevo a suplicaros—continuó Fontanellas—que aguardéis siquiera el tiempo necesario para reponeros del natural trastorno que debe de haberos causado este inciden-

te; y perdonadme si para inclinaros a ello os repito lo que antes indiqué para alejar de vos todo recelo. Yo me llamo Fontanellas, cuyo nombre, permitidme que lo diga, es una garantía que quisiera os bastara en este caso.

—Os conocía ya por lo que acerca de vos me ha dicho Ana—repuso Clara— y creed que os hago toda la justicia pensando de vos como merecéis. Además os he conocido empezando por deberos uno de esos servicios que no se olvidan jamás, y yo, sin otro motivo, no pudiera nunca pensar de vos sino lo que debo.

Clara, única amiga y confidenta de su hermana Isabel, si bien por circunstancias que veremos más adelante no conocía personalmente a Fontanellas, le conocía de nombre, como puede suponer el lector; así es que, aunque no extrañó la exquisita delicadeza y suma caballerosidad que encerraban las últimas palabras del antiguo amante de Isabel, no pudo ocultar el efecto de la agradable sensación que en ánimo produjeron, ya porque así nacía de su propia situación en aquel momento, como porque le satisfizo, y no poco, ver en el original el exacto parecido del retrato que su hermana le había hecho tantas veces.

Con ser, pues, Fontanellas el caballero que le hablaba, y amigo de éste del otro que había delante, tenía Clara toda la seguridad que en cualquier caso necesitara acerca de la discreción de los dos jóvenes. Así, respondió con confianza a Fontanellas:

—No existe motivo alguno de secreto en este caso; pero si existiera, nunca dudaría de vuestra discreción ni de la de vuestro amigo la hermana de Isabel de Colmenar.

—¡Cómo!—exclamaron a la vez los dos caballeros.

—La misma, señores.

—¡Clara!—preguntó Fontanellas para acabar de cerciorarse.

—Clara de Colmenar—repuso ésta sencillamente.

—No es extraño que no os reconociera antes. Muy niña salisteis para pasar todos estos años en el convento de Santa Clara.

—Donde he permanecido hasta el casamiento de mi hermana, al lado de la superiora, mi buena tía.

He aquí cómo la hermana de Isabel era completamente desconocida a Fontanellas, quien, aunque sabía su salida del convento y su vuelta a la casa de su padre, no había tenido

aún ocasión de verla, en medio del recogimiento en que vivía, retirada casi por completo de la sociedad a causa de lo mucho que le afectaban los sufrimientos de la de Gualba.

La sorpresa de Monteferro al conocer la familia a que Clara pertenecía, y la satisfacción y hasta viva alegría en que rebosaba su pecho ante este descubrimiento, son fáciles de explicar.

—Y como desde que salisteis del convento, raras, rarísimas veces habéis debido de presentaros al mundo...

—Rarísimas, en efecto—contestó Clara con doloroso y conmovido acento.

—Pocas han debido de ser, en verdad, cuando yo no tenía noticia de que tan bella hermosura se encontrase en Barcelona.

—Gracias, caballero; aunque no pueda admitir esa razón.

Las palabras *no pueda admitir*, aunque dichas con la mayor sencillez e hijas puramente de la modestia de Clara, confundieron por completo a Monteferro.

La duda es el fantasma continuo que se interpone siempre a los primeros pasos del amor; y esta disposición de todos los amantes en este caso hizo que Monteferro viese en las citadas palabras un doble sentido que no tenían ciertamente.

Así, se limitó a contestar con una leve inclinación de cabeza, acompañada de una más leve sonrisa en los labios, recurso que ofrece siempre el instinto cuando en semejantes ocasiones se niega la mente a dictar una respuesta.

Las palabras de Monteferro cortaron el hilo que quería seguir Fontanellas, quien, conociendo al propio tiempo que el estado de Clara no le permitía platicar largo rato sin atender a lo que su propia situación exigía, le dijo:

—Con mayor motivo repito ahora lo de antes, y si es necesario lo exijo, en virtud de los títulos que dan en este momento la antigua amistad de nuestras familias y la particular consideración que toda la vuestra me ha merecido y me merece. Podéis disponer de los vestidos que habéis rehusado; son de mis hermanas, y estoy seguro de que ellas harían otro tanto en vuestro caso. Tomad además un refrigerio, que bien lo necesitáis, tanto vos como la pobre Ana. Marta está aquí a vuestras órdenes, y nosotros las aguardamos luego que estéis en disposición de salir, cosa que no podéis hacer ahora antes de reponeros de este trastorno.

—Gracias, mil gracias.

Fontanellas llamó desde la puerta:

—¡Marta!

Esta se presentó al instante.

—Esta señora—dijo Fontanellas, dirigiéndose al ama de llaves—nos hace el honor de aceptar lo que su estado necesite. Sabéis ya vuestro deber—y volviendo la cabeza a Clara, concluyó—: Nosotros aguardamos fuera vuestras órdenes.

Y los dos caballeros, saludando a la vez, salieron de la estancia.

TERCERA PARTE

INTRIGAS

CAPITULO PRIMERO

Difícil sería decir cuál de los dos caballeros salió más afectado de la presencia de Clara. Cada uno por su parte tenía motivos sobrados. Ambos volvieron a la estancia que antes ocupaban, sentándose uno frente a otro a los lados de la chimenea. Así permanecieron un rato sin pronunciar una palabra, hundido cada cual en sus propias reflexiones.

Fontanellas fué el primero que habló.

—Ya tengo despejada la incógnita—dijo de repente.

Monteferro, levantó la cabeza, mirando a su amigo, como quien despierta de un sueño.

—¿Qué?

—Que he despejado ya la incógnita. Esta no es otra que la del encuentro de Clara y su doncella.

—¡Ah! Y ¿qué es?

—Iban a ver a Isabel al convento. ¡Cuidado que ha sido feliz casualidad!

—Y tanta. Pero es mucho que tú no conocieras a Clara.

—Ya has oído por qué.

—Sí; pero también extraño que en tanto tiempo y en tantas veces que hemos rondado juntos la casa de Colmenar y la del barón, no la viésemos nunca salir o entrar o asomarse a una ventana.

—Ahora, como si lo viera, dentro de un rato partirán al convento. Por ello, en este momento soy feliz—respondió Fontanellas.

—Y a mí, ¿qué palabra me cuadrará en este instante?

—¿Cómo a ti?... No te entiendo.

—¿Recuerdas, cuando en el camino encontramos a Clara y su doncella, al levantar yo a la primera, lo que dije?

Fontanellas reflexionó un momento y respondió:

—No.

—Recuerdas que te pregunté, mostrándote el rostro de Clara: *¿La conoces?*

—Sí, ya recuerdo.

Monteferro prosiguió:

—Y tú me contestaste simplemente: *Es hermosa*. Pues bien, ahora te repito la misma pregunta: *¿No conoces a Clara? ¿No recuerdas haber visto su fisonomía en alguna otra parte?*

—No; pero acabemos, Orso.

Y Orso sacó un medallón que llevaba siempre escondido en el pecho, mostrándoselo a Fontanellas, medallón que había caído en su poder en aquella noche que sucediera la misteriosa aventura en el castillo de Gualba y que ya hacía cinco años.

—¡Mira!

—¡Cáspita!—exclamó Fontanellas.

—¿Es la misma? Pero dime cómo diablos adquiriste tú ese retrato. Que no recuerdo me lo hayas dicho nunca.

—Fué en una ocasión que no sé si tengo derecho a revelar... Hace mucho tiempo que estoy enamorado del original de ese retrato. Hoy ella me ve por primera vez.

—¿Y tú la has visto otras veces?

—Una sola, cuando adquirí el medallón.

—Mucho misterio es ese, Monteferro.

A este punto llegaban los dos amigos cuando Marta se presentó de nuevo en la estancia.

—¿Qué hay, Marta?—preguntó Fontanellas.

—Esa señorita desea veros y suplica que paséis a la otra sala—respondió el ama de aves.

—¿A mí solo?

—A vos.

—Aquí te aguardo—dijo Monteferro.

Fontanellas salió, y al cabo de pocos momentos, Orso oyó su voz a la parte de afuera que decía, al parecer, a uno de los criados:

—¡Pronto! ¡Los caballos al momento!

Y Fontanellas volvió en seguida al lado de su amigo.

—¿Salimos?—preguntó éste al verle.

—Lo que yo dije: a Pedralbes.

—Pero ¿las acompañamos nosotros?

—Sí; ellas irán a pie, y nosotros las escoltaremos a cierta distancia.

—Oye, Fontanellas: es muy posible que yo no tenga ya ocasión en mucho tiempo de volver a ver a Clara, y necesito hablarle.

—Hoy no es oportuno ni prudente.

—No quiero eso. Yo sé demasiado el deber y la doble delicadeza que nos impone su misma posición en estos momentos; pero quisiera al menos pedirle una ocasión de verla.

—Juzgo que eso será luego sumamente fácil, por medio de Ana. La doncella te conoce ya, y te conoce demasiado ventajosamente para esquivarte cuando vayas a hablarle.

—Tienes razón.

.....
Después de unos segundos se ponían en camino hacia Pedralbes.

Los dos amigos seguían a larga distancia a las dos mujeres, que, envueltas en sus mantos, caminaban ya hacia el convento de Pedralbes.

Apenas llegaron al camino, Fontanellas, que había observado, aunque sin oír nada, cómo Clara y su amigo cambiaron algunas palabras en el momento de despedirse, preguntó a éste:

—Vamos, ¿qué tal? Porque, si no me equivoco, algo pasó al pie de la escalera cuando salimos.

—Observaste bien—contestó Monteferro—, y soy el más feliz de los hombres.

—¿Te lo ha dicho?—preguntó Fontanellas, admirado.

—No. Su candidez lo deja conocer; creo que me ama.

.....
Llegaron al punto del camino desde donde se descubre la parte alta del monasterio.

—¡Monteferro!

—¿Qué?

—¿Distingues bien el monasterio? ¿No ves la cabeza de una mujer en una ventana?

—Lleva la cabeza descubierta y va sin toca.

—¿Si será Isabel—volvió a preguntar Fontanellas con vivísima ansiedad. ¿No distingues su fisonomía?

—No.

En esto la mujer de la ventana agitó un pañuelo, a cuya

acción contestaron con la mano Clara y su doncella, que redoblaron a un tiempo el paso.

—¡No me había engañado!—exclamó en seguida Fontanellas—. Es Isabel. Estaría seguramente esperando a su hermana.

Conservando siempre la misma distancia, los dos caballeros acompañaron a las dos mujeres hasta el punto del camino donde concluye el llano y empieza la subida del monte.

Allí debían pararse a tomar otra dirección, dejando a Clara y su doncella que se encaminasen al monasterio.

Isabel, a medida que fueron adelantando por el camino, fué observando más y más a los dos caballeros que venían detrás de su hermana, pareciéndole reconocer a Fontanellas y a su compañero de la noche anterior, conforme se iban aproximando.

Al fin no le cupo ya duda de que ellos eran, lo cual no extrañó por cierto, sabiendo como sabía el acendrado cariño que le tenía Fontanellas; pero su sorpresa fué inexplicable cuando, al llegar al punto que indicamos, vió que Clara volvía la cabeza, que saludaba y que ellos le contestaban de esa manera afectuosa que hace repetir dos o tres veces el saludo, al despedirnos de una persona que bajo cualquier concepto nos interesa.

La puerta del monasterio se abrió a los pocos momentos, presentándose luego Clara, que se arrojó con las lágrimas en los ojos en los brazos de su hermana.

La superiora del convento era parienta, y no lejana, de la familia por parte de Colmenar; y conociendo toda la historia del casamiento y al triste vida que llevaba Isabel, no tuvo el menor reparo en recibir a ésta en el convento, a pesar de lo arriesgadísimo que era un paso de esta naturaleza sin la previa y superior autorización eclesiástica.

Isabel fué destinada a una celda, y era ésta la misma a que pertenecía la ventana donde antes la vimos asomada.

Las dos hermanas, después de las preguntas y respuestas que hizo y obtuvo de Clara la superiora, quien no se quedó corta cuando al carácter de que estaba revestida y a la proverbial curiosidad de toda monja unía el interés y el derecho de tía, partieron juntas a la celda.

Solas allí, Isabel se arrojó de nuevo en brazos de su hermana, rompiendo en copioso y amargo llanto. La pobre Clara se puso a llorar también, sin pronunciar una palabra y abra-

zando fuertemente a la primera. Pasados algunos momentos, y separando suavemente a Isabel, le dijo:

—¿Y padre?

—Hecho una furia.

—¿Lo sabe ya?

—Sí, por tu marido.

Y Clara contó minuciosamente a su hermana lo que ocurrió en casa de Colmenar entre éste, el barón y ella, pasando luego al percance sufrido en el camino pocas horas antes.

Isabel, como era natural, debía escribir a su padre y a su marido con objeto de darles cuenta de su persona, cosa de que no podía prescindir sin exponerse a suposiciones que ni su nombre ni su inocencia podían permitir; mas ni Isabel sabía cómo hacerlo ni Clara podía darle un medio. La superiora, que entró en aquel momento, vino a sacarlas del apuro.

—Escribe tú a tu marido—dijo a Isabel—; yo me encargo de tu padre. Sobre esa mesa hallarás lo necesario para escribir.

Y la baronesa de Gualba fué a sentarse a la mesa que le indicaba su tía. Y acompañando la acción a la palabra, se sentó junto con Isabel, al otro lado de la mesa.

Ocupadas tía y hermana escribiendo, Clara, como sola por esta razón en la celda, dirigió sus ojos a la ventana, y se asomó a ella y observó que dos caballeros parados a un lado del camino llevaron, al verla, la mano a sus sombreros, saludándola profundamente.

Eran Orso y Fontanellas, que por tercera o cuarta vez volvían a aquel sitio.

Clara contestó con una inclinación de cabeza, ruborizándose completamente al devolver el saludo.

—Partamos otra vez—dijo Monteferro a su amigo.

—¿Ahora precisamente que está Clara en la ventana?—respondió éste.

—Ahora con mayor motivo—repuso Monteferro—. No quiero que se figure que estamos aquí parados toda la mañana.

Esta observación fué naturalísima en Monteferro. Los amantes que no son necios ni tontos conocen instintivamente que importa mucho parecer discreto a los ojos de la mujer que adoran, y pareciera y hubiera sido efectivamente una indiscreción la presencia fija de los dos caballeros, como áce-

chando el convento, después que alguna gente hubo de ver la entrada de Clara en el monasterio.

—Volvamos la rienda, pues—dijo Fontanellas.

Y volviendo a saludar a Clara, Monteferro el primero, y contestando ella otra vez sin ruborizarse ya tanto como la anterior, los dos amigos volvieron a desandar el camino, acompañados de la mirada de Clara, que no perdía el menor de sus movimientos.

Monteferro era feliz. La salida de Clara a la ventana, aunque hubiera sido casual, que por cierto no lo era, tenía para Orso toda la encantadora intención que los amantes atribuyen siempre a los actos más insignificantes de las que aman.

La hija menor de Colmenar, que seguía con sus ojos fijos en los dos caballeros, hubiera permanecido en la ventana hasta toda una eternidad, abstraída completamente del sitio donde se encontraba; pero su falta de la casa de su padre no podía durar mucho tiempo, y esto que olvidó su pensamiento en aquellos instantes lo advirtieron la tía e Isabel, luego que concluyeron sus respectivas cartas.

—¡Clara!—dijo la superiora, llamándola—. No puedes permanecer mucho tiempo fuera de casa. Tu padre notaría tu falta, y esto sería para él un nuevo trastorno.

—Es verdad—dijo Clara, volviendo a la pasada situación—. Partiremos, pues, en seguida.

—Sí, hija mía; parte con Ana, y aleja todo recelo respecto de tu hermana. El barón recibirá esta mañana mismo una carta suya, y tu padre otra mía. Con la ayuda de Dios y mis esfuerzos, todo quedará bien.

—Adiós, pues, mi querida tía—dijo Clara, besando la mano de la superiora.

—El te guíe, hija mía.

—¡Adiós, Isabel!

Las dos hermanas se arrojaron llorando una en brazos de otra. Después de algunos momentos, Isabel, deshaciéndose suavemente de su hermana, pero sin soltarle la mano, le dijo:

—¿Vendrás a verme a menudo?

—Siempre que pueda; todos los días que me permitan salir.

—Un solo encargo, Clara, tengo que hacerte. Fontanellas irá a hablarte, seguramente.

—Y ¿con qué objeto?

—Puedes presumirlo. El incidente de hoy le dará naturalmente motivo para acercarse a ti y te hablará de mí. Le

haces observar de mi parte lo delicado de mi posición y dile que suplico de su caballerosidad el sacrificio de no pisar una sola vez estos alrededores, mientras yo esté en el convento. ¿Lo recordarás?

—Perfectamente; pero permite que te diga que será éste harto rigor para Fontanellas.

—Yo sé lo que a mí me duele, aunque jamás se lo diría a él; pero comprende, Clara, que conviene así, no a mi tranquilidad, que en ésta no pienso siquiera, pero sí a mi honra, el que no se vea por estos sitios rondar más de una vez a un mismo caballero.

Así que la puerta del convento se cerró tras de Clara y su doncella, que salieron camino otra vez de Barcelona, Isabel precipitadamente asomóse a la ventana para acompañar a su hermana con la vista el trecho que ésta alcanzase.

Los dos amigos estaban ya de vuelta por cuarta o quinta vez. Al verlos, Isabel no pudo contener un movimiento de alegría.

El corazón de la mujer no es nunca indiferente al afecto que inspira; y por más que Isabel no tratase de corresponder jamás a un amor que si fué por su parte santo y puro antes de su casamiento con el barón, era después de esto criminal y loco, no dejó de sentirse lisonjeada ante esta nueva prueba de la solicitud de Fontanellas, pues no dudaba que su permanencia en el camino era por ella exclusivamente.

Y esto era tanto más notable y había de satisfacer más a Isabel, cuanto que nunca llenan tanto los buenos oficios y las muestras de estimación como en medio de la desgracia.

Además había otro motivo que hacía que Isabel no sólo tolerase, sino que agradeciese la presencia de Fontanellas y su amigo en el camino de Pedralbes, que en otro caso, como manifestó antes a Clara, la hubiera enojado.

Su hermana partía a Barcelona a pie y acompañada únicamente de su doncella, teniendo que andar un camino de una hora, que es el espacio que media del convento a la ciudad.

Era evidente para Isabel que, conforme lo hicieron a la ida, los dos caballeros escoltarían a su hermana a la vuelta.

En el mismo sitio donde antes se separaron, vinieron a encontrarse ahora.

Clara y su doncella pasaron sin detenerse por delante de

los caballeros, saludándolas ambas sin pronunciar una palabra y sí sólo con la vista y una ligera sonrisa.

Mientras las dos mujeres andaban, Fontanellas dirigía de cuando en cuando una mirada llena de dolor a la ventana del monasterio.

Isabel distinguía aquella mirada y la contestaba elevando sus grandes ojos al cielo, en señal de la santa resignación que sabía tener y que encargaba con esta muda pero elocuente expresión de sus ojos a su antiguo amante.

Poco después, Clara y su doncella entraban ya en su casa, a donde no había regresado aún don Juan de Colmenar.

—¡Adiós, bella, prenda mía!—dijo Monteferro casi a media voz, y como si Clara hubiera podido oír sus palabras, cuando al llegar a la puerta volvió la cabeza para saludar por última vez con una graciosísima sonrisa a los hidalgos caballeros, que entonces llegaban a la esquina.

Estos contestaron inclinando solamente la cabeza, y poniendo los caballos al trote, pasaron por delante de la casa de Colmenar, dirigiéndose a la de Fontanellas.

Así que la superiora de Pedralbes e Isabel concluyeron sus respectivas cartas para el barón y Colmenar, se despachó del convento un hombre con el encargo de llevar inmediatamente los dos billetes a su destino.

CAPITULO II

Colmenar, en la entrevista con su yerno, al cabo de pocos momentos, dominó a éste por completo en la conversación, la cual versaba, según se desprendía de la carta remitida por Colmenar al de Gualba, sobre la conveniencia de llevar con el mayor secreto posible un asunto que para ambos era igualmente perjudicial.

Sobre esto mismo, pues, y dominando ya completamente el ánimo del marido de Isabel, decía el padre de ésta al primero:

—Lo que antes conviene en este caso, como en todos los de este género, es prevenirse contra el enemigo común; y este enemigo vuestro y mío a la vez, no lo dudéis, barón, es la

opinión pública, pronta a lanzarse sobre ambos y destrozar sin compasión nuestros nombres, así que los exponga a su dominio un acto de esta especie.

El acto a que se refería Colmenar era el desafío que quedó aplazado y convenido con su yerno la noche anterior.

—Efectivamente—contestaba el barón, plenamente conveniendo por ésta y otras razones, cuya fuerza era doble presentada por la habilidad de su suegro.

—Después—continuaba éste, alejando del ánimo del otro la menor sospecha de que sus palabras pudieran ser dictadas por el miedo—, después, barón, las satisfacciones que yo os deba, estoy pronto a dároselas en el terreno que queráis.

—Nunca, don Juan—se apresuró a responder el de Gualba—, y os pido mil perdones por un agravio cuya causa comprenderéis que no estaba en mí en aquel instante.

—Sin embargo—continuó Colmenar, queriendo recuperar por completo todo el terreno perdido la noche aquella—, confesad que estuvisteis altamente injusto conmigo.

—Confesado.

—No se hable, pues, más de esto, y concertemos los medios de averiguar primero con toda discreción el paradero de Isabel.

—¡Ah, sí; sea eso lo primero, antes que todo!—dijo rápidamente el barón.

—Vos me ayudaréis a castigarla y castigar de un manera ejemplar su incalificable conducta.

—¡Infalificable!—repitió el de Gualba con acento reconcentrado.

—Y ahora, empezando ya nuestras pesquisas—dijo Colmenar—, ¿no presumís adónde puede haber ido mi hija? ¿No tenéis ningún indicio que pueda indicarnos algo?

—Ninguno.

Mientras el suegro y el yerno estaban en estas preguntas y respuestas, un criado llamó desde la puerta:

—Señor...

—Adelante—dijo el barón.

El criado se presentó.

—Este billete urgente que trae un hombre para vos.

—¿A ver?

—¡De Isabel!—gritó Colmenar, que reconoció la letra del sobre al ver la carta en manos del barón—. ¿Dónde está ese hombre?—preguntó Colmenar al criado.

—Se fué ya.

—¿Por qué no le hicisteis aguardar?—preguntó el de Gualba con el acento rabioso que empleaba tantas veces.

—Se marchó apenas entregó el billete, señor—respondió el criado, balbuciente.

—¿Dijo de dónde venía?

—No dijo más que se os entregara inmediatamente ese billete, pues urgía en extremo.

—¡Vete, animal—gritó el barón—, antes que te eche de un puntapié fuera de mi presencia!

El criado bajó la cabeza y salió de la habitación sin pronunciar palabra, empezando a bufar y a gruñir así que estuvo bastante lejos de su amo.

El barón rasgó malamente el sobre y, desdoblado el billete, púsose a leer: *Convento de Pedralbes...*

—¡Convento de Pedralbes!—exclamó Colmenar.

—Sí—dijo el barón.

—¿Conque Isabel está, según eso, en el convento?—preguntó con acento de marcada satisfacción—. Ya decía yo que mi hija era incapaz de deshonorar el nombre, el limpio nombre que lleva.

—En efecto, hallarse en el convento la disculpa en parte; pero de todas maneras, abandonar así la casa de su marido...

—¡Quién sabe!—interrumpió Colmenar—. Leed.

El barón continuó:

Barón: El lugar donde fecho esta carta, refugio santo de las almas que huyen del mundo, es el sitio donde he venido a buscar un amparo contra el duro cuanto inmerecido trato que habéis usado conmigo...

—¡Mentira!—gritó el barón, interrumpiéndose a sí mismo en la lectura.

—Sin embargo, a vos os lo dice—observó Colmenar con cierta afectada sencillez.

—Os repito que eso no es cierto—repuso el de Gualba.

El barón siguió la lectura.

Al quejards de mi desamor, sin que por eso pudierais señalarme el menor motivo que condenara mi conducta como buena esposa y mujer honrada, debisteis tener en cuenta que muy niña me unieron a vos, no por propia voluntad, que no podía yo manifestar, sinb por la fuerza de la de mi padre, que yo debía obedecer...

—¡Mentira!—gritó a su vez Colmenar.

—Sin embargo, así lo manifiesta—dijo el barón, que por primera vez en su vida tuvo talento bastante para responder a su suegro casi con las mismas palabras y el acento que antes empleara Colmenar.

—¡Ingrata! Yo la castigaré.

Y diciendo esto, se dispuso a salir.

—Aguardad—dijo el barón, deteniéndole—, aguardad a que concluya la carta.

—¿Para qué?—repuso entonces Colmenar— ¿Para oír invenciones y calumnias de una hija?

—Pero sepamos al fin lo que dice, pues creo conviene a nuestro objeto.

El barón prosiguió:

Vos, lejos de considerar esto, habéis pretendido hacerme la única responsable de vuestras cavilaciones, y me habéis tratado, lo repito, de una manera tan dura que no hubiese tolerado, no digo una dama de mi calidad y una esposa inocente, sino ni una mujer culpable y de la clase más vulgar...

—¡Oh! ¡Esto es insufrible!—exclamó sofocado el barón, haciendo una pausa en la lectura.

—Así dice Isabel, que es insufrible—dijo entonces Colmenar, que volvía a recobrar su posición.

—Seguid, seguid.

El de Gualba, haciendo esfuerzos para disimular su coraje, continuó leyendo:

Abandonada a vos y rechazada por mi padre cuantas veces le he suplicado que interviniese en nuestras disensiones domésticas, y sin otro amparo que Dios en el mundo, no extrañaréis, barón, que al huir de la casa de mi marido, teniendo cerrada la de mi padre, haya venido a refugiarme en la casa de Dios.

ISABEL DE COLMENAR.

—¡Eso sí que es insufrible!—exclamó Colmenar, enfurecido.

Cada cargo que hacía la carta a Colmenar producía una satisfacción en el barón, así como los que resultaban contra éste hacían el mismo efecto en Colmenar.

Ambos querían sincerarse al paso que reciprocamente se

condenaban. Y este efecto de la carta, tan igual en el padre y el marido, era una prueba bastante, cuando otros antecedentes no hubiera, de que Isabel tenía razón contra ambos.

Ninguno de los dos, sin embargo, quería confesarla en presencia del otro, por más que interiormente la reconociera.

Así, la carta de Isabel fué para ellos un nuevo y poderoso motivo de discordia que los hubiera hecho retroceder al principio, o, mejor dicho, al final que tuvo el primer altercado, si la suma previsión de Colmenar para evitar desenlaces de esta naturaleza no hubiese sabido conjurarlo.

—Nada, barón—dijo Colmenar, recobrando por completo su fría calma y mirando el asunto por el lado exclusivo de la conveniencia—: dejemos a un lado lo que la carta dice de vos y de mí y vamos a lo que principalmente nos interesa. Isabel está en el convento de Pedralbes y lo que conviene primeramente es sacarla de allí.

—¡Ah, sí, eso es lo primero!—añadió el barón, que no veía ya el momento de recobrar a Isabel.

—Pero lo que hemos de determinar antes es el modo mejor de hacerla salir, y es yendo a buscarla al momento. Una persona que no sea ni vos ni yo, vea y hable a Isabel en el convento.

—¿Y a quién os parece que podemos confiar mejor esta misión?

Colmenar, sin responder de pronto al barón, se puso a reflexionar sobre la persona que mejor pudiera encargarse de este cometido.

En esto estaban el suegro y el yerno mientras el hombre que llevó la carta llegaba a casa de Colmenar, que estaba más lejos, con la dirigida a este último. El hombre bajaba, después de haberla entregado a los criados, cuando Clara subía la escalera.

Así que llamó Ana, todos salieron a recibir con la alegría en el rostro a su querida señorita. Esta, apenas entró, preguntó en seguida:

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna—contestó uno de los criados.

—¿Mi padre está en casa?

—No, señora.

—¿No ha vuelto desde esta mañana?

—No ha vuelto, señorita

—Es preciso que salgáis a buscarle.

—Como mande la señorita.

—¡Ah! Se me olvidaba—dijo entonces el ayuda de cámara de Colmenar—, y tiene aquí una carta urgente, según dice el sobre, que acaban de traer ahora mismo.

—¿Una carta urgente?. Traedla al momento a mi gabinete.

Clara entró, seguida de Ana, en la pieza que conocemos y se dejó caer en una silla, rendida de cansancio y de fatiga.

—Aquí está la carta—dijo el criado, presentándola a Clara.

Esta la examinó diciendo para sí: «No reconozco de quién pueda ser.»

La última idea de que pudiera haber ocurrido alguna desgracia a Colmenar ofuscaba a tal punto la mente de Clara, que no pensó siquiera en que una carta urgente debió de salir poco antes de Pedralbes, para su padre.

—¿Cuándo han traído esta carta?—preguntó Clara al criado, que permanecía en pie en el gabinete.

—Momentos antes que vos llegarais.

—¿No han dicho de parte de quién?

—No, señora.

—¿Quién la trajo?

—Un hombre del campo.

«¡El sobre dice: *Urgente!*—observaba Clara para sí—y es preciso que llegue cuanto antes a manos de mi padre.» Luego, dirigiéndose al criado, dijo:

—Tomad esta carta y buscad al señor en los sitios donde vais a encontrarle otras veces y entregádsela. Pasad por casa del señor barón, donde es fácil le encontréis.

El criado partió inmediatamente.

CAPITULO III

Dejemos a Clara y volvamos a la estancia del barón de Gualba, donde estaba éste en pie junto a una mesa y Colmenar sentado y reflexionando acerca del asunto que ya sabemos; esto es, acerca de quién pudiera mejor encargarse de ir a ver a Isabel con objeto de establecer, digámoslo así, las primeras negociaciones para llevar al mejor término posible un asunto que, sin el secreto con que acertadamente pensaba llevarlo Colmenar, podría traer conflictos y consecuen-

cias fatales para ambas casas, en cuanto a su nombre y reputación y no era tan fácil encontrar esa persona.

Había otra circunstancia, además, que retraía a Colmenar de cuantos sujetos se le ocurrían para el caso. Esta era, naturalmente, la de tener que confesarse, ante ese sujeto, del paso dado por Isabel; y aunque el padre de ésta hubiera mentido perfectamente en el momento de confiar la misión indicada, el engaño de sus palabras hubiese durado hasta que su hija manifestara los motivos de semejante resolución a la persona que le fuese enviada. Colmenar comprendía, por consiguiente, que la mentira era ineficaz en este caso. No había, pues, más remedio que ser, si no completamente, bastante explícito con esa persona.

La voz de un criado, cuando Colmenar estaba en lo más fuerte de sus reflexiones, se dejó oír en la puerta:

—Señor barón...

—¡Adelante!—dijo éste, sin moverse ni variar de posición junto a la mesa donde se hallaba en pie.

El criado adelantó unos cuantos pasos con una carta en la mano.

—Uno de los criados—dijo—de la casa de don Juan ha venido con este billete para el señor don Juan.

—Venga—dijo éste, de repente.

El criado desapareció, y Colmenar desdobló inmediatamente el billete, leyéndolo para sí con avidez. Concluída su lectura, exclamó:

—¿No adivináis de dónde puede venir este billete? Pues viene de Pedralbes.

—¿De Isabel?

—No, de la superiora.

—¿Supongo que hablará de lo mismo?

—Sí... y no.

—¿Pues?

—Se limita a darnos el medio que buscaba yo ahora de encontrar persona a propósito para intervenir en este asunto.

—¿Y quién es esa persona?—preguntó sencilla y rápidamente el barón de Gualba.

—La misma superiora.

Y Colmenar se puso a leer en voz alta a su yerno el contenido del billete. Decía así:

Convento de Pedralbes.

Don Juan: Vuestra hija Isabel se encuentra desde anoche conmigo en este monasterio. Deponed, por consiguiente, todo recelo acerca de su paradero, tanto vos como su marido.

Solo o acompañado de este último, os espera cuanto antes vuestra prima,

SOR MARÍA DEL REMEDIO,
Superiora de Pedralbes.

—¿No dice nada más?—preguntó el barón inmediatamente que Colmenar hubo leído la firma del billete.

—¿Qué más queréis que diga?

—Como indicasteis que la carta os daba el medio de encontrar la persona que buscábamos.

—Pues claro está. La misma superiora—concluyó Colmenar.

—¡Ah!...—exclamó el barón, sin acabar de comprender a su suegro.

—Nosotros—continuó éste—no queríamos ir a Pedralbes, porque en el primer momento no convenía personarnos ni vos ni yo con Isabel; pero con este billete de la superiora voy yo o vamos los dos a ver a ésta, que será la mejor mediadora que hubiésemos podido elegir para el asunto.

—Entendido. Vamos, pues, inmediatamente.

Por fin se determinó que Colmenar fuese solo al convento, en tanto que el barón esperaría en su domicilio el regreso de su suegro.

En tanto sucedía la escena que ya conocemos, diremos que el criado que fuese a buscar a Colmenar regresó de nuevo al domicilio de aquél, indicando a su hija Clara que la carta ya obraba en poder de don Juan.

—¿Le dijo el otro criado que le diera la carta que yo le suplicaba volviese a casa lo más pronto posible?

—Sí, señora.

—¿Y qué ha respondido mi padre?

—No oí que dijera nada a eso.

—Está bien, puedes salir—dijo Clara al criado, que salió inmediatamente.

Al mismo tiempo que Clara a solas rememoraba la aventura que ya conocen nuestros lectores, concluía y volviendo

a empezar siempre con igual encanto, siempre con el mismo sentimiento de gratitud y ya podemos decir de amor a Monteferro, éste y su amigo hacían lo propio en la casa de Fontanellas, donde, como hemos dicho, vivían juntos.

Las pocas horas que restaban del día las pasaron aquella y éstos pensando y discutiendo sobre el mismo punto, si bien cada cual según y conforme a su respectivo estado. La noche empezaba ya a dejarse notar cuando Monteferro dijo a su amigo:

—Ahora voy a pedirte un consejo.

—Di.

—Será fácil que asuntos y obligaciones de interés más general me impidan dentro de breve tiempo ocuparme de mis asuntos particulares. Entre estos últimos, uno de los principales, como tú sabes ya, es el amor acendrado que profeso a Clara.

—Pero ¿estás tan decididamente enamorado, Orso? ¿Estás cierto del amor de Clara?

—Sí.

—¿Qué pruebas tienes?

—La de que ella no puede mentir y lo que me dijo con sus ojos.

—Prueba es ésa que cuadra tan bien a su calidad como a tu delicadeza. La acepto. ¿Y sabes si será todo lo constante que necesita ser la mujer que ama a un hombre de tu carácter?

—No hay razón para presumir lo contrario.

—Convenido también.

—Entonces...—dijo Orso, sonriendo y como queriendo manifestar a su amigo que, siendo así, comprendía menos todavía los disgustos y sinsabores que le auguraba.

—Entonces—repuso Fontanella—, todavía, con todo y con eso, tendrás grandes disgustos, y sobre todo, al fin, una valla insuperable para alcanzar la mano de Clara. Tú sabes ya que yo amaba a Isabel. Yo, de no rara figura y con un nombre de familia ilustre y conocida en Barcelona, como único varón en mi casa, bastante rico... son circunstancias que no parece haya de desdeñar a primera vista un hombre como don Juan de Colmenar, que no es ningún príncipe, pero tampoco un mendigo. Pues las desdeñó. A pesar de que su hija me amaba, y él lo sabía, no me quiso porque no era bastante rico y me faltaba un título.

—Mucha ambición es ésa, o mucho amor a sus hijas.

—No es amor ni ambición; es exclusivamente vanidad.

—¡Entonces, ese hombre es un malvado!—exclamó, indignado, Monteferro.

—Y ahora, por consecuencia... Si yo, que soy rico y con un nombre ilustre y conocido, fui desechado por el padre, tú que no lo eres, con la calidad de extranjero y con un nombre que apenas conocen en este país...

—¿El padre me desechará?

—Sí.

—¿Y sabes tú mi conducta en ese caso?

—Si el padre es capaz de sacrificar a su hija, yo no le dejaré cometer tal infamia.

—Pero explícate.

—Una salvedad antes: si la persona que don Juan destine a su hija Clara es más digna que yo y bastante a labrar su felicidad uniendo a su mejor fortuna las prendas y dotes que adornan a un caballero, en cuyo caso no consentiría esa persona, una vez lo supiese, que Clara le entregase una mano que ella destinó para otro, entonces yo sacrificaría, si no con gusto, con toda resignación el amor mío a la mayor felicidad de mi adorada. Pero si el sustituto que el padre me pusiera fuese un hombre soez como el barón, sin otros merecimientos que su título y sus riquezas, entonces la robaría para salvarla, antes que dejar que su padre la sacrificase.

—Perfectamente hasta aquí; pero falta prever otro caso

—dijo intencionadamente Fontanellas, quien adivinaba un cargo a su conducta con Isabel, en las palabras de Monteferro.

—¿Y si ella no consintiese nunca en dar ese paso, prefiriendo obedecer ciegamente la voluntad de su padre?

—En ese caso mi amor la abandonaría para siempre, no volviendo a mirar nunca a la mujer indigna de que yo la amase.

—Poco a poco, Monteferro, la voluntad de un padre...

—La voluntad de un padre...

—Es santa siempre; pero los hijos en este caso pueden desobedecerla.

—Monteferro.

—¿Qué?

—Cree que he sido todo lo indiscreto que podía ser provocando esta conversación, porque sin ella no tendrías anticipado el pesar que sientes en este momento.

—¿Anticipado dices?—observó Monteferro.

—Entre tú y yo hay demasiados puntos de contacto para que sea muy distinta nuestra suerte en este punto.

—Tal vez—respondió Monteferro tristemente.

—Aunque si todo se ha de considerar, hay también en contra de ésta y a favor tuvo una circunstancia, que puede haberte a ti más afortunado con Clara de lo que yo lo fui con su hermana.

—Pero ¿cuál es esa circunstancia?—volvió a preguntar Monteferro con visible ansiedad.

Fontanellas se quitó un peso terrible viendo que con una razón no despreciable podía aligerar, si no desvanecer, el sentimiento de su amigo.

—La circunstancia es la de que, viendo la suerte que le ha cabido a Isabel, Clara miraría más en el caso de tener que acallar por completo los sentimientos de su corazón para obedecer ciegamente y contra su voluntad la de su padre.

—También esto es muy cierto—respondió Orso con esa fe que tenemos y esa inclinación natural a creer todo lo que nos es favorable.

—Naturalmente—añadió Fontanellas—, el ejemplo de su hermana le hablaría muy alto en una situación semejante.

—Lo creo así también.

—En fin, Orso, dejemos al tiempo y consuélate por lo pronto con la idea de que Clara te ama.

—Así lo creo al menos, y necesito así creerlo, porque su amor es para mí más que la vida.

—Pero ahora recuerdo una cosa. Que nos hemos desviado del primer objeto de la conversación.

—¿No ibas o decías que ibas a pedirme un consejo?

—Quería preguntarte si sería demasiado pronto y si chocaría a Clara que yo procurase verla hoy mismo.

—En cuanto a eso, reflexiona fríamente y sin pasión hasta qué punto te autorizan para ello las demostraciones tuyas conmigo.

—Estas, ya te lo he dicho, no han podido ser más claras. Además, que al pedirle yo permiso para eso, me lo otorgó.

—Entonces, yo en tu caso, no tendría el menor inconveniente en procurar verla desde luego. Por otra parte, cree que la mujer, y en esto no hay excepción de la regla general, no ve nunca con desagrado mientras no le repugne la persona que lo pretenda, los esfuerzos que se hacen para conseguir sus favores.

—Según eso, pues, y sentado que mi persona no repugne a Clara—dijo Orso, sonriendo—puedo esforzarme en verla sin temor de enojarla.

—Por lo pronto, puede asegurarse, por más que al momento no te conceda la cita, que no tomará a mal la prisa que tú tengas por obtenerla.

—Es ya casi de noche... ¿Salimos, si no es para ti inconveniente el acompañarme?

—Todo lo contrario, tendré una particular satisfacción. Además, me gusta pagar todas mis deudas, y contigo tengo algunas de este género.

—Vamos, pues—dijo Orso, tomando la capa y el sombrero.

—Vamos—añadió Fontanellas, imitando a su compañero.

Y los dos amigos salieron a la calle inmediatamente. A los pocos pasos, dijo Orso:

—Creo que lo más oportuno es dirigirnos a las inmediaciones de la casa.

—¿Para qué?—respondió Fontanellas.

—¿No juzgas tú lo más a propósito y el medio mejor ir a ver si damos con la doncella?

—Sí.

—Pues entonces, a ningún punto podemos dirigirnos mejor que a los alrededores de la casa.

Los caballeros echaron a andar al momento con dirección a Santa Clara.

Cuando fueron allá vieron que Ana entraba en la iglesia de Santa Clara; razón por la que nuestros personajes entraron tras ella.

Nuestros caballeros estuvieron en pie a cierta distancia de Ana, sin perderla de vista Orso por si acaso se deslizaba sin ser oída por entre aquellas sombras, hasta concluido el tiempo del rezo cuyo fin no se hizo aguardar, calculado como lo tenía ya Fontanellas. Después de algún rato, Orso dijo a su amigo:

—Sí, la gente empieza ya a levantarse y a desfilar. Retirémonos un poco a este lado, para cuando salga Ana.

No bien los caballeros acababan de pronunciar estas palabras, la doncella se levantó.

—Aguarda; todavía no.

La doncella se dirigió a la pila del agua bendita, y tomándola y persignándose, permaneció todavía un breve rato en pie en aquel sitio.

—Ahora falta la última Salve—dijo Fontanellas.

—¿Sabes que estás tú muy enterado de todo eso?

—Me cuesta saberlo algunas horas de observarlo.

En esto Ana hizo una leve genuflexión, persignándose ligeramente al propio tiempo, y se dirigió a la puerta.

—Ahora—dijo Fontanellas.

Y éste y su amigo salieron tras la doncella.

—Deja que llegue a la esquina de esa primer calle de la derecha, que es por donde se meterá, y entonces vas tú y la pillas en medio de la calle y lé hablas.

Ana llegaba ya a la esquina indicada.

—Ve.

—¿En dónde me aguardas?

—Aquí mismo.

Ana había doblado la esquina y Orso partió como una flecha.

CAPITULO IV

Así que el caballero penetró en la calle, que, desierta como estaba y estrecha como era, no podía ocultar el menor ruido, Ana conoció que un caballero se acercaba en su seguimiento tal vez, por el ruido de las pisadas y de las espuelas. La doncella no se asustó por ello ni mucho menos.

Conocía, por difícil que esto sea en la mujer, que ningún peligro corría su persona, y por otra parte, estaba ya acostumbrada a oír aquel ruido otras noches en igual sitio poco más o menos. Ni extrañó al voz que a los pocos momentos oyó que la llamaba:

—¡Ana!

La doncella fingió no oír la vez primera y siguió impertérrita su camino. Sin embargo, dijo para sí: «Lo dicho: no me equivoqué.»

—¡Ana!—repitió Orso, levantando la voz un poco más que la vez anterior.

La doncella volvió entonces la cabeza, y parándose a un lado de la calle dijo:

—¿Quién me llama?

—Un caballero que desea hablarte.

—Sí de tal blasonáis,—replicó Ana con esa especie de coque-

teria, permítasenos la palabra, que tenían las dueñas y doncellas del tiempo de Felipe IV—no cuadra muy bien a vuestra calidad venir a encontrar a una mujer sola y en este sitio.

—Eso consiste en que no quiero pasar por indiscreto comprometiéndola con ello delante de la gente.

—Sin embargo—dijo Ana con la misma gazmoñería.

—Además, que tú ya me conoces y no tienes que recelar de mí.

A las primeras palabras, Ana había conocido a Monteferro. No obstante, repuso.

—No sin que antes diga su nombre el caballero.

—Orso de Monteferro.

—Orso...—dijo Ana, fingiendo ignorar el nombre—. No recuerdo en este instante...

—Pues no hace tanto que me has visto. En el camino de Pedralbes, junto con don Carlos Fontanellas.

La doncella no pudo disimular más, y contestó:

—Es verdad, es verdad; perdonad, caballero...

—Dime antes de nada: tu señorita, ¿cómo está?

—Un poco fatigada todavía; pero se siente bien por lo demás.

—Me alegro con toda el alma.

Con ella hablaba Orso al pronunciar estas palabras, que volvían a revelar el profundo amor que a Clara profesaba.

—Gracias por ella, caballero.

—Ahora, Ana, ¿me harás un favor que voy a pedirte?

—Vuestro noble proceder de esta mañana, caballero, me dejará obligada toda mi vida.

—Olvida eso, Ana, y si acaso lo recuerdas, sea para pensar que en ello el favorecido y el honrado fui yo, y que al salvar a tu señorita salvaba mi propia existencia tal vez.

—Según eso, ¿la amáis?—preguntó Ana con tan perfecta candidez que engañó a Orso.

—Con toda mi alma.

—Pronto os habéis enamorado de ella.

—Eso, Ana, son secretos del corazón. Pero decías que estabas dispuesta a complacerme.

—Mientras a ello no se oponga mi propia honradez y mi decoro, cosa que no supongo por eso en lo que vayáis a pedirme.

—Es muy sencillo lo que deseo: llevar un simple recado a tu señorita.

—Según sea ese recado.

—Consiste solamente en decirle que yo le suplico cuanto antes una entrevista.

—Difícil es eso, caballero, porque en primer lugar lo es mucho que mi señorita lo conceda, y luego, porque no es probable aunque ello fuese, que pueda disponer de suficiente tiempo y espacio.

—Este será tan breve como ella quiera.

—Por otra parte, la ocasión...

—Mas cuando interesa mucho y la ocasión no compromete, se busca.

—Y no podría indicarle yo algo de eso que tanto decís le interesa, para inclinarla más a ello?

—Sí.

—Decid, pues, sin recelo; que vuestras palabras permanecerán en mi memoria el tiempo exclusivamente necesario para trasladarlas a mi señorita.

—Dile que yo deseo esta entrevista para devolverle una preciosa prenda que perdió y que ella estima en mucho.

—¡Una prenda que perdió!—dijo Ana, reflexionando.

—Sí, y añade que necesito entregársela en sus propias manos.

—Descuidad, que no olvidaré una palabra de lo que me decís.

—La entrevista agradecería en el alma que fuese esta noche.

—Mucha prisa es ésa.

—Es que mañana tal vez yo no esté en Barcelona.

—¡Oh! ¿Partís?—preguntó Ana con sobresanto.

A Orso no se ocultó tampoco esta vez el efecto de sus palabras en Ana.

—Pero, en todo caso, para volver; os ruego que os toméis el trabajo de hacerme saber la respuesta esta misma noche.

—Eso ya depende exclusivamente de mí y puedo hacerlo.

—¿A las diez de esta noche en punto estaréis a la esquina de casa?

—No faltaré.

—Adiós, pues.

Y Orso y la doncella se separaron, tomando cada cual la dirección contraria de la calle.

* * *

Así que salió Orso de la estrecha calle donde acababa de separarse de Ana, fué hacia Fontanellas, que le aguardaba en el mismo sitio.

—La buena Ana se presta a todo.

—Pero ¿cómo se arregló eso de la cita?

—A las diez saldrá Ana de casa viniendo a encontrarme a la esquina de la misma. ¿Qué hora es ahora?—preguntó Monteferro.

—No son las nueve.

—Vamos, pues, a pasar este rato donde quieras.

—A mí me es indiferente—respondió Fontanellas con tristeza—. Di tú mismo adónde quieres que vayamos.

—Estás triste, Carlos—dijo Monteferro reparando en el acento con que su amigo pronunció sus últimas palabras.

—No—contestó negligentemente Fontanellas.

—No disimules, que me haces con ello un agravio; estás triste y te has puesto así de pronto; yo lo conozco, y te repito que no lo disimules, porque es inútil.

—Francamente, Orso: he sentido, créeme, una viva alegría al ver el buen resultado de tus primeras tentativas, y, sin saber por qué, de repente me ha cogido una tristeza horrible.

—¿A que te ha acudido Isabel, de repente, a la memoria?

—Es verdad, y que nunca como ahora la había recordado en medio de un sentimiento tal de tristeza—añadió Fontanellas—. Las alegrías y las tristezas nacen muchas veces de la comparación que hacemos de nuestro estado con el ajeno; así, aquéllas aumentan o disminuyen, según sea mayor o menor la felicidad de la persona con quien nos comparamos si somos desgraciados, y al contrario si somos felices.

—Quizá tengas razón; pero hablemos de otra cosa, y con una conversación distinta y un largo paseo por la ciudad te distraerás y me distraeré también, porque ambos lo necesitamos.

Y los dos amigos, sin dirección fija, echaron a andar, abandonando definitivamente los alrededores de Santa Clara.

Subía Ana la escalera ondulante para dar a Clara la noticia, cuando tropezó con un hombre a quien ni siquiera había visto entrar, a causa, más que de la oscuridad de la calle, aunque ésta era bastante lo ofuscada que iba.

—¿Quién va?—exclamó el hombre con voz fuerte y malhumorada.

—Señor, perdonad...—dijo la doncella, asustada—. Venía de prisa, y como la oscuridad es tanta...

—¡En ese caso, se va despacio!

Y el hombre o el caballero subió la escalera, siguiéndole Ana a cierta distancia. El caballero era don Juan de Colmenar.

Acababa de llegar en aquel momento de Pedralbes, y aunque el tono de sus palabras no era por lo común el más cordial en el trato de los criados, sin embargo, respiraban tal disgusto las que dijo a Ana, que bien podía traducirse de ellas cómo había ido el negocio que le llevó al convento.

En el modo de llamar a la puerta los criados le conocieron, poniéndose todos en movimiento: uno, yendo a abrir inmediatamente; otro, preparando una luz para alumbrarle hasta la habitación donde fuese, y los demás, para... o porque él había venido.

Clara conoció también, al oír los golpes de la puerta, que era su padre el que así llamaba, y salió inmediatamente a recibirle.

—Padre, anhelaba veros hoy.

—No he podido volver antes a casa.

—Lo he presumido, cuando todo el día habéis estado fuera.

—Tu hermana tiene la culpa—dijo Colmenar, internándose en las habitaciones.

Clara le siguió sin pronunciar palabra. Llegados al cuarto que servía de despacho a Colmenar, el criado que iba con la luz encendió las de un candelabro y salió inmediatamente.

—¿La habéis visto, padre?

—No, ni ganas; pero he visto a tu tía, la superiora de Pedralbes, en donde está Isabel.

Clara no sabía mentir. Colmenar prosiguió:

—Ayer, al huir de la casa de su marido, se fué a Pedralbes, de donde no quiere salir sino a la fuerza, más aún cuando se ve amparada por tu tía.

—¡Qué había de hacer mi pobre tía!—se aventuró a decir Clara.

—¡Cómo que qué había de hacer!—exclamó gritando Colmenar—Clara bajó los ojos al suelo, sin responder otra palabra—. ¡Arrojarla inmediatamente!—Clara no podía ya resistir más y sus ojos se llenaban de lágrimas al oír a su padre, que continuaba—: El convento es para abrigar la virtud; no para albergar el crimen, pues crimen es, y no pequeño, huir

asi una mujer de la casa de su marido, exponiendo a la de éste y a la de su padre a la pública vergüenza.

Clara no replicó ni una palabra a las últimas de su padre. Este se paseaba agitado y a largos pasos por la estancia, mientras su hija, en pie e inmóvil a un lado de la misma, hacía terribles esfuerzos para contener sus sollozos.

Un criado que se presentó a la puerta del gabinete vino a cortar tan embarazosa situación.

—Señor..., el señor alguacil mayor.

—Que pase—Clara sintió desahogarse su corazón de un peso terrible. Su padre le dijo inmediatamente—: Retírate.

La pobre niña, sin decir una palabra, se dirigió a la puerta. Monredón, que a ella llegaba, se hizo a un lado inclinando profundamente la cabeza al pasar Clara por delante de sí.

—Monredón—dijo Colmenar al verle—, ¿qué traéis de bueno?

—La impaciencia por veros y la extrañeza de no haberos visto en todo el día. Esto, en primer lugar.

—He tenido graves y muy personales ocupaciones, que no he podido dejar hasta ahora. Tomad asiento.

Y ambos se sentaron junto a la mesa que había en el gabinete de Colmenar.

—Ha llegado otro pliego de Madrid al virrey.

—¿Sobre lo mismo tal vez?

—Es una carta particular de Olivares.

—Y ¿qué le dice?

—Le traza admirablemente y con una verdad que sorprende el estado actual del Principado.

—¿Olivares al virrey? ¡Eso sí que es gracioso!

—Y tan gracioso, que el virrey sabe por indicaciones de Olivares lo que él ignoraba en la misma Barcelona.

—Y ¿qué sabe Olivares que no sepa el virrey?

—Lo que ignoráis vos y yo, y con nosotros toda Barcelona, a excepción de la fiel y fina policía que, por lo visto, tiene en ésta el conde-duque y es que existe una Hermandad secreta.

—¿Y con qué objeto?

—Ya podéis vos mismo presumirlo, y si no, os lo diré yo: con el santo y laudable propósito de cortar a vos la cabeza.

—¡Cáspita!—interrumpió vivamente Colmenar.

—Y al virrey, y a mí, y a cuantos combatimos dentro y fuera de la esfera del Gobierno a ese partido de los Narros.

—Y ¿cómo se titula la sociedad?

—No lo dice la carta.

—¿Ni quiénes la componen?

—Ya os lo he dicho: la Hermandad está formada de NAFROS.

—Pero ¿quiénes? ¿Qué nombres cita el conde-duque?

—Ninguno.

—Entonces, podrá ser eso muy bien una invención de cualquiera.

—Y ¿quién queréis que vaya así a inventar semejante cosa?

—¡Qué sé yo! Cualquiera.

—Es asunto demasiado serio—continuó Monredón—. Además, el caso que de ello ha hecho el virrey, prueba que no fué cualquiera el que le mandó la noticia.

—Y Santa Coloma, ¿qué dice a todo esto?

—Me mandó llamar al momento, enseñándome la carta, y reconviniéndome en términos nada flojos, porque el conde-duque ha sabido eso primero que yo.

—Eso puede no ser cierto.

—Fué lo que yo le dije.

—Y ¿qué contestó?

—Que lo era. Como lo eran asimismo otras cosas que yo no sabía.

—¿Qué cosas son ésas?

—Eso mismo me atreví a preguntarle, y entonces me dijo una que realmente me ha pasmado, y éste es un lance que da mucho en qué pensar y que ha sucedido esta misma noche al hijo del virrey, y es que ha sido raptado por esa banda, sin género alguno de duda, y luego lo han puesto en libertad molido a palós y despojado de cuanto llevaba de valor.

No había concluido Monredón, cuando Colmenar soltó una estrepitosa carcajada. El caso no era para menos al pronto. Pero luego, considerando la cosa no por lo que en sí era, sino por lo que suponía, Colmenar, lejos de reírse, se puso a reflexionar profundamente. Al fin observó a Monredón:

—Eso, amigo mío, es más serio de lo que parece.

—Y vamos a ver: ¿qué os parece que se hace ahora para aconsejar o dar un camino al virrey? Porque está, con la carta y el lance de su hijo, que la corrobora, trastornado en extremo.

—Hombre, a mí me parece que lo mejor sería...

—¿Qué?

—¿Habéis visto a la condesa de Fiorerrosa?

—No.

—¿Sabe eso?

—Por nosotros, al menos, no creo sepa nada.

—¿Pues sabéis qué es lo mejor? Ir a ver a la condesa.

Este recurso da una clara idea del talento de Colmenar en ciertas ocasiones. Monredón se quedó estupefacto, ya que esperaba otra cosa de la inteligencia de su amigo.

—Bueno; vamos a ver a la condesa—respondió sencillamente.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Muy tarde es ya para ir esta noche. Quedemos para mañana.

—¿A qué hora?

—Por la mañana, a las once.

—Hasta mañana.

Y Monredón salió cabizbajo de la habitación de Colmenar, de quien esperaba un gran remedio para este grave caso en que se encontraba el alguacil real.



CAPITULO V

Colmenar quedó solo en su habitación y, poniéndose de codos sobre la mesa y apoyando la frente en la palma de las manos, empezó a reflexionar acerca de lo que acababa de saber por boca del alguacil.

Su cabeza, con los acontecimientos de aquel día y de la noche anterior, había perdido en parte la calma de que por lo común disfrutaba, aunque fingía muchas veces perderla ante ciertas personas y en determinadas situaciones; pero sobre todo lo que más le molestaba era el asunto de su hija Isabel. Y esto no era realmente porque Colmenar tomara parte en el sufrimiento de su hija, ni mucho menos en las cuitas del barón, que bastante hemos visto que no era don Juan hombre de afectarse por tal cosa, sino porque, atendido el carácter del de Gualba, éste sería una especie de vejigatorio permanente aplicado a Colmenar si el negocio no se resolvía de una manera satisfactoria.

Colmenar debía darle cuenta del resultado de su visita al monasterio; pero tal había sido éste, que temía presentarse al barón, receloso de que las razones de Isabel, dadas por boca de la superiora a Colmenar, provocasen otro altercado entre

ambos; para evitar esto decidió mandarle una nota, y al instante tomó la pluma y escribió:

Mi querido barón: Vuelvo de Pedralbes a hora bastante avanzada. No he visto a Isabel; he hablado con la superiora. Mi hija, sumamente afectada y en cama, según me ha dicho mi prima, tiene orden especial del médico de no recibir a persona alguna, sea quien fuere, que pueda trastornarla. Como comprenderéis, no he querido obstinarme contra esta orden del médico. La superiora, sin embargo, tenía instrucciones de Isabel, y ella me ha expuesto todas las razones que la obligaron a dar semejante paso, contestado a mis insistencias para que volviera a vuestra casa. Las razones excuso trasladárvoslas, pues la mayor parte son las que os dió en su carta, y las demás están subordinadas de aquéllas.

En cuanto a mis instancias, su negativa es absoluta. A la fuerza, y sólo a la fuerza, la arrancarán, dice, del convento. Excuso deciros el nuevo y grave disgusto que con esto he tenido. Presiento también el que vos tendréis.

En este punto, yo no sé ya qué deba ni qué pueda aconsejaros. Vos conoceréis mi delicadísima posición en este negocio.

Es cierto que como padre debo condenar a mi hija por haber abandonado a su marido; pero este mismo carácter de padre me obliga a tener en consideración el lugar de su retiro y los hechos que ella expone como motivos de su conducta.

En una palabra, yo soy parte demasiado interesada, para serlo ni activa ni pasiva en este asunto, que no puede ya resolver sino el Tribunal.

Me atrevo, sin embargo, a deciros que probéis un medio de conciliación. Id vos a Pedralbes y hablad a la superiora. Es lo único que se me ocurre y que puedo deciros.

Siento un pesar horrible y considero bastante el que vos tendréis. Vuestro siempre,

JUAN DE COLMENAR.

Concluida la carta, Colmenar la leyó para sí.

—Perfectamente—exclamó—. Ahora, que se las arregle solo.

En seguida cerró el billete, púsole un sobre y llamó a un criado, quien se presentó inmediatamente.

—Esta carta, a casa del señor barón de Gualba. No recibo a nadie hasta mañana.

—¿Ni al señor alguacil mayor?—preguntó el criado, que

sabía que con Monredón no rezaba nunca una orden de este género.

Pero esta vez Colmenar no estaba para otra cosa que para dormir tranquila y sosegadamente. Así, díjole al criado, con voz fuerte y malhumorada:

—¡He dicho que para nadie!

El criado salió con la carta; dió fuera la orden que había recibido de su amo y partió a casa del barón.

Cuando el yerno recibió la carta que le fué inmediatamente entregada, se puso a dar espantosas voces.

Así que Clara salió del despacho, donde estuviera con su padre, hecha un mar de lágrimas fué a su alcoba, donde le esperaba su fiel doncella Ana, y sin hablar una palabra se puso a llorar de nuevo.

—No lloréis, señorita, no lloréis.

—Debo llorar, Ana; no puedo menos, porque soy muy desgraciada.

—No lloréis y poned atención a lo que he de deciros. Esta noche, según costumbre, he ido a Santa Clara. Entré en la iglesia, recé como todas las noches, y al salir, y así que entré en la calle de San Honorato, oigo pasos a mi espalda. La calle está a esa hora oscura como boca de lobo y desierta; era un caballero el que me seguía, y de los más apuestos que puedan presentarse.

Clara escuchaba con la atención que el lector puede presumir.

—Y ¿a que no adivináis qué es lo que quería el caballero?

—¿Yo? ¿Cómo quieres que...?

—Pues quería que os diese un recado a vos.

—¿A mí?

—Deseaba veros para devolveros una preciosa joya que habéis perdido.

—¡No recuerdo haber perdido nada!

—Su nombre—dijo con humilde ironía—es Orso de Monteferro.

—¿Te ha dicho eso?

—Me ha encargado sobre manera que os dijese que la entrevista os interesa mucho a vos.

—Por saber qué sea eso le concedería yo una entrevista.

—Pero, ¿y cómo?

—¿No hay una reja grande en mi gabinete que da a la calle? Pues le mandáis que venga a la reja.

—Tengo miedo, Ana.

—No temáis nada. La calle no puede estar más oscura. Además, yo estaré apartada a un lado del mismo gabinete.

—No, no me atrevo, Ana.

—Como queráis, señorita; pero creed que lo siento por él. Es tan noble, y sobre todo tan cortés, y os ama tanto...

—¿Te lo ha dicho?

—¡Ah, con toda el alma!—respondió cuando me atreví a preguntarle si os amaba.

—¡Dios mío, Dios mío, qué situación!

—Irá el pobre tan triste..., pues marchará lejos de España.

—¿Para siempre?

—No sé.

Clara exclamó:

—Ana, entonces quiero verle.

—Son las diez menos cuarto; dentro de un cuarto de hora aguardará la respuesta en esa esquina inmediata.

El cuarto de hora había pasado ya desde que Orso se encontraba en la esquina, adonde había llegado media hora antes de la cita con su amigo Fontanellas.

—Y ¿qué le mando a decir?

—Que a las once, por ejemplo, de esta misma noche, esté junto a la reja del gabinete...

—¡Ay Ana! ¿Y mi padre?

—Se ha recogido ya esta noche y duerme como un lirón.

—Bien, pues dile que vuelva a las once.

—Muy bien.

Pasados algunos momentos, el péndulo daba las diez al tiempo que sonaban en el reloj de la Catedral.

—¡La diez!—dijeron a un tiempo dos mujeres en un gabinete y dos hombres en la esquina de una calle.

Los dos caballeros que en la esquina aguardaban fijaron la vista en la puerta de casa de Colmenar, en cuyo patio resplandecía aún la luz del farol.

—Yo me separo—dijo uno.

—Bien; aguardame en la otra esquina.

Fontanellas se alejó y Monteferro quedó solo en la esquina.

No bien el primero acababa de separarse, cuando una sombra negra, igual a la que vieron los dos amigos atravesar por frente a la botica yendo a Santa Clara, salió de la casa de

Colmenar dirigiéndose en línea recta al sitio donde aguardaba Monteferro. El corazón de éste latía con violencia. La sombra se le acercó:

—¡Caballero!

—¡Ana!—contestó, conmovido, Monteferro.

—¿Veis aquella reja baja, al única de la izquierda de la casa? Pues a las once en punto de esta misma noche estaréis junto a ella. ¿No faltaréis? Adiós, caballero—concluyó Ana, separándose.

—Adiós, Ana.

Orso se dirigió loco de ansiedad y de alegría al sitio donde le esperaba su amigo. Al llegar oyóse el estruendo que en la soledad de la noche producía el golpe de la puerta de la casa de Colmenar al cerrarse.

—¿Qué tal?—preguntó Fontanellas al verle llegar.

—A las once en punto será la cita.

Y los dos amigos abandonaron por una hora los alrededores de la casa de sus adoradas.

La hora de la cita llegó. Monteferro, suspendido su corazón y su pensamiento del más ligero ruido, estaba allí al pie de la reja, oído atento.

Una de las hojas de la reja se abrió. Ana asomó la cabeza.

—¡Clara!—exclamó Orso a media voz y con ese acento vibrante del amor a los veinte años.

—Todavía no, caballero—dijo la doncella.

Orso se había engañado. Tan cierto es que por mucho que miren los ojos no ven en muchas ocasiones sino lo que el alma desea.

—¡Ana!—dijo entonces Monteferro.

—Aguardad un momento, que ahora vendrá.

La doncella volvió a Clara diciéndole:

—Ahí está ya, señorita.

—Bien—dijo Clara con voz entrecortada—, no te separes tú de aquí.

—En la antesala estaré sentada.

Ana se alejó y Clara fué pausadamente, no sin haberse parado dos o tres veces en tan corto trecho, a asomarse a la reja.

La presencia de Clara creó instantáneamente en el sitio donde se encontraba ya, y donde la aguardaba Orso, una especie de atmósfera inexplicable, que está fuera del análisis de la razón, pero que siente perfectamente el corazón enamorado,

cuando a él se acerca trayéndole consigo el objeto de su cariño.

—¡Clara!—dijo Orso al verla—. Gracias antes de nada, mil gracias por el señalado favor que merezco en este momento.

—No puedo olvidar nunca vuestra conducta y vuestra generosa acción de hoy.

—No hablemos más de ello, Clara, os lo suplico.

—Importa no obstante, caballero—dijo Clara con suma discreción—, porque sin eso, sin el inmenso servicio que os debo y quiero deberos, por más que lo olvide vuestra delicadeza, conoceréis que mi propio decoro no me permitirá oír de vuestros labios las expresiones de un amor en que creo; pero que repentinamente ha nacido y que tan pocas horas cuenta.

—Os engañáis, Clara. ¡Oh!, sí, os engañáis al creer que yo os amo desde hoy! Hace muchos días que este amor es el tormento de mi vida.

La confusión de Clara fué grande en este momento.

—Pero ¿cómo, cuando esta misma mañana habéis dicho que no sabíais ni me habíais visto nunca en Barcelona?... Salí del convento, donde no creo que me vieséis, para volver a casa de mi padre.

—¿Y no recordáis haber estado, siquiera fuese por breves horas, en otra parte?

—No, ciertamente.

—Pues habéis estado, Clara, y yo os vi, y desde entonces vuestra imagen no se ha apartado de mi memoria, como desde entonces no ha dejado de amarnos mi corazón. Una fría noche de invierno, yo iba de camino montado en mi caballo y sin otra compañía que un hombre del campo que me servía de guía, pues como extranjero no conocía, como apenas conozco el terreno de Cataluña. El cielo fué cerrándose de nubes, y al fin descargó en una lluvia tan copiosa como lo fué la de esta mañana. Fuerza era recógnos mi guía en alguna parte, pues era imposible con aquel mal tiempo continuar el camino. La casa más cercana era un castillo perteneciente a uno de los señores de Barcelona que de nombre y hasta de vista he conocido después.

Clara oía el principio de este relato sin apenas respirar. Orso prosiguió:

—Me albergaron aquella noche en el castillo. Tenía poco sueño y no pude conciliarlo en toda la noche. Me destinaron una sala baja del castillo. Tendido en mi lecho y despierto, veo de repente una sombra que atraviesa la sala. Me incorporé

creyéndolo ilusión de mis sentidos; pero no, no era sombra ni ilusión mía; era realmente la figura de una mujer la que por delante de mí había pasado.

Clara, cuando aquí llegó Monteferro, empezó a sospechar, redoblando, si posible era, su atención.

—Di un salto de la cama y me puse en pie. La figura había abierto un balcón a ras de tierra que daba al jardín, saliendo por él. Yo fui hasta el balcón, quedándome allí sin atreverme a pasar.

Clara dió entonces un fuerte suspiro. Orso lo notó y le dijo con tan amorosa como tierna solicitud.

—¿Qué tenéis? Callo si vos lo mandáis.

—No, no; proseguid, proseguid.

Orso continuó:

—Pasó un breve rato, y de pronto hiere mis oídos una voz que clamaba: «¡Socorro! ¡Socorro!»

—Esa voz...—interrumpió Clara, deteniéndose en el mismo instante, sin decir más palabra.

—Era la de una mujer. Yo no tuve ni podía tener más calma. Oí que clamaban socorro y que la voz era de mujer. Salí al jardín al momento, dirigiéndome hacia la parte de donde juzgué que había salido el grito. Fui a parar a una plazuela que por más señas tiene un surtidor que es un león de piedra que arroja el agua por la boca. Al llegar a la plazuela, el cuadro más horrible se ofreció a mis ojos. Un hombre, un caballero tendido en el suelo, atravesado el pecho con una espada, y una mujer a su lado, sin sentido. ¡Los rayos de la luna iluminaban aquel cuadro terrible! El rostro de la mujer, blanco como la luz de la misma luna; sus hermosos cabellos rubios tendidos en desorden; sus grandes ojos rasgados..

La luna, saliendo entonces de entre una ligera nube que la cubría, y como si fuera llamada al relato de un suceso del cual había sido el único testigo, apareció, dando de lleno en el rostro de Clara, que se presentó entonces a los ojos de Monteferro con toda la belleza de que estaba dotada la hija segunda de Colmenar.

Orso, más enamorado que nunca, continuó:

—Yo no vi ya nada más en aquel sitio que aquella mujer tan bella, que rápido y por vez primera en mi vida había hecho latir mi corazón. A ella acudí primeramente. La tomé en mis brazos...

Aquí el rostro de Clara se cubrió de rubor; pero de ese

rubor virginal que tan bien pinta en el rostro la pureza del alma.

—Y la llevé por el mismo camino a la estancia de donde había salido—concluyó Monteferro.

Imposible fuera pintar lo que Clara sintió en aquel momento. El rubor, mezclado de cierta satisfacción que ninguna mujer deja de sentir al recuerdo de un suceso de esta naturaleza, tenía a Clara como estupefacta detrás de la reja.

—Dejé la preciosa carga que llevaba—continuó Orso—sobre un banco de la habitación. Observéla atentamente por un instante, y comprendí que aquello no era más que un fuerte desmayo; que necesitaba, sin embargo, los primeros auxilios que sabemos todos para estos casos. Yo no conocía la casa; pero el sentimiento mismo que embargaba mi corazón guió mis pasos, y, afortunadamente, fui a parar al gran comedor, donde hallé por suerte agua y un farol semiapagado. Volví con ambas cosas, y mi asombro creció entonces al ver que la hermosa mujer había desaparecido del sitio donde la había dejado. Volé otra vez al jardín, llegué a la plazoleta; todo había desaparecido. No quedaba en el sitio de tan horrible como misteriosa catástrofe sino un charco de sangre en el sitio donde poco antes estaba tendido el caballero.

Clara, a todo esto, seguía callada.

—Volví a la habitación con el alma atravesada de dolor, al juzgar perdida para siempre aquella mujer a la cual me arrastraba un poderoso impulso de mi corazón, y al entrar otra vez en ella tropezé con un objeto que en el suelo brillaba a la luz de la luna. Me incliné para recogerlo; era una cadena de oro con un medallón del mismo metal.

—¡Ah!—exclamó Clara.

—Acerqueme al balcón para examinar el medallón; era el retrato de la hermosa que había desaparecido.

—Es verdad—dijo entonces Clara.

—Yo recobré el retrato al perder el original; hoy que encuentro el original, parece justo que devuelva el retrato.

Y sacándose el medallón que llevaba al cuello, lo presentó a Clara. Esta permanecía inmóvil como una estatua, sin saber qué decir ni qué hacer. Por un lado le parecía que debía tomarlo y que tan pronto no debía dejar semejante prenda en manos de su amante, mientras que por otro conocía que nadie era digno de poseerlo como el que por tales circunstancias lo tenía en su poder y tanto sabía estimarlo.

Esta indecisión de Clara dió tiempo a Monteferro para exclamar, antes de devolverle el medallón:

—Pero permitidme antes, ya que tan cara prenda ha vivido por tanto tiempo sobre mi corazón, que al despedirme de ella imprima mis labios en objeto tan querido.

Y Monteferro imprimió en el retrato un beso ardiente, que resonó en el fondo del corazón de Clara. La acción de Monteferro fué examinada escrupulosamente, algo atrevida; pero tan natural en aquel momento, que a Clara no sólo no le pareció mal, sino que la premió con estas palabras:

—Guardad, Orso, ese medallón.

—¡Cómo! ¿Me dais el medallón?...

—Nadie más digno que vos de tenerlo.

—¡Oh!—exclamó Orsó, besando el retrato en el transporte de la más viva alegría—. Si entendéis que para ser digno de semejante joya basta un amor grande como nadie sintió jamás, digno soy, Clara, de tenerla, porque nadie podría amaros como yo os amo.

—Gracias, Orso. Lo creo así, y necesito creerlo para hallar la recompensa que ha menester lo que yo siento también por vos.

—Vuelve otra vez a mí—dijo Orso, poniéndose otra vez la cadena—, apreciada y querida joya. Como has estado junto a mi corazón, estarás siempre mientras yo viva.

—¡Oh! ¡Callad!—dijo Clara, asustada—. ¿No oís voces de hombres por aquí cerca? ¡Que no os vean, Dios mío!

—No será, porque me voy a ver qué es eso.

—No os esponzáis. Os lo pido por mi amor.

Clara pronunció estas últimas palabras con un acento tal, que hizo al pronto vacilar a Orso; pero éste era hombre y amigo antes que todo, y resueltamente contestó:

—Esperadme aquí mismo, que vuelvo al instante.

Y desapareció como una flecha. Clara quedó extática en la reja, y a los pocos momentos dejó escapar un ay agudo de su pecho. Ana se levantó precipitadamente de la silla donde estaba sentada en la antesala, corriendo al lado de Clara.

* * *

Mientras Orso estaba en la reja de Clara platicando con ésta, su inseparable amigo Fontanellas *le guardaba la espalda* situado al acecho junto a una esquina cercana.

Oidas las voces que Clara fué la primera en percibir y el choque de las espadas hacia la parte donde Fontanellas estaba, con doble motivo se dirigió Monteferro hacia aquel lado.

Al llegar allí y al ver a su amigo plantado e inmóvil en la misma esquina donde le había dejado, exclamó con sobresalto:

—¡Fontanellas!

—¡Ja... ja... ja!...

—Oye, Fontanellas—dijo Orso—: deja la risa para luego, sepa yo qué es lo que ha sido eso.

—Estaba yo aquí guardándote la espalda, y, por consiguiente, no había de permitir que pasara un desconocido o conocido y te viese en la reja de Clara, cuando un caballero muy ufano y con mucho brío se empeñó en querer pasar. Le pregunté adónde iba. El caballero se paró inmediatamente, respondiendo en tono altisonante y malhumorado: «Y ¿qué le importa al curioso?» «Me importa, y mucho, que no paséis», repliqué yo. «Y ¿quién ha de impedírmelo?, contestóme él. «Yo», dije, de repente, tirando de la espada y poniéndome en medio de la calle. «Lo veremos», repuso él montando en cólera y desenvainando la suya, y aquí empezó el choque. Tras corta lucha le hice retirar aprisa. Mi hombre, ciego de coraje en medio de su impotencia, echaba cada voto y cada juramento que hacía estremecer la tierra y a mí desternillarme de risa. Cuando ya le tuve a bastante distancia, dejéle que me tirara una vez para desarmarle con el quite. Así fué, en efecto. Le hice saltar la espada de la mano, y entonces echó a correr con todas sus ganas, sin espada y sin sombrero, que también le cayó, a buscar refuerzo, sin duda al palacio de Gualba.

Y Fontanellas, al concluir su relato, soltó otra vez la risa.

—¿Al palacio de Gualba, dices?—exclamó Monteferro.

—Sí—contestó riendo todavía Fontanellas—. Era el barón.

—Motivo había para impedirle el paso, pues iría seguramente a casa de su suegro.

—Eso pensé yo, y por Cristo que no me arrepiento de ello, pues me ha dado un buen rato. Ahora pienso dar un final magnífico a la broma. Aquí tengo la espada y el sombrero—dijo Fontanellas, enseñando estos objetos a Monteferro—. Voy a mandarlo mañana con un criado a su casa.

—Pero ¿un criado tuyo?

—No; otro cualquiera que lo entregue para el señor barón, al primero que lo reciba.

—Oye: es capaz de volver a vengar la afrenta, acompañado de algún criado.

—Ojalá vuelva.

—Adiós, pues, y hasta luego—dijo Orso, alejándose y marchando rápidamente a su principal objeto.

Fontanellas se quedó impasible arrimado a la misma esquina. No debe extrañarnos la presencia del barón de Gualba en aquellas horas y por las calles cercanas a la de su suegro. El billete de éste había producido en él todo el desagradable efecto que puede presumir el lector; y atendidos el carácter atolondrado del barón y el nuevo motivo de impaciencia que con la carta tenía, no es extraño, sino muy natural, que saliese de su casa con dirección a la de su suegro, única persona con la cual podía hablar de su asunto.

Mientras Orso acudía al peligro en que suponía se encontraba Fontanellas, dejando la reja de Clara, al auxilio de ésta corría Ana, según dejamos dicho al final del anterior capítulo.

—¿Qué es eso, señorita?—dijo asustada la doncella.

—¡Ay! No sé; unas voces que se han oído aquí cerca y luego el choque de espadas, y Monteferro ha partido hacia allí como un rayo.

—Ya podía haber vuelto.

—Allí viene.

Monteferro llegó a la reja y Ana se retiró a su sitio. Clara preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—No fué nada.

Clara respiró, y con ese tono encantador de tierna solitud que la mujer sabe emplear en ciertos momentos, dijo:

—Lo demás no me importa.

Monteferro, con ese afán insaciable de pruebas de amor que tiene un amante en los primeros días, preguntó:

—¿Tanto os interesa mi persona, Clara?

—¿Y me lo preguntáis todavía?

—Es que no le basta a mi amor saberlo; tengo necesidad de oírlo repetido por esos dulces labios.

—Os amo porque el cielo ha querido que os amase. En dos críticas situaciones de mi vida he recibido de vos como de una mano providencia los primeros auxilios: una vez, esta mañana; la otra, en el castillo de Gualba. ¿No habéis descubierto nada nunca acerca de aquel misterio?

—Lo que he descubierto ya lo sabéis: que la hermosa de

quien yo me prendé desde aquel instante para siempre es hermana de Isabel.

—Orso, yo debo aclararos aquel misterio.

—Un momento, Clara—interrumpió Monteferro con esa exquisita delicadeza habitual en él—. Si teméis que se asalte a mí la más leve sospecha acerca de vuestra situación en aquel momento, excusad toda explicación.

—Gracias, Orso—contestó Clara, agradecida a tan fina muestra por parte de Monteferro—; pero no eso. Vos sois amigo íntimo de don Carlos Fontanellas. Le acompañasteis esta mañana al convento de Pedralbes con objeto de que él viese a mi hermana.

Monteferro no contestó.

—Comprendo vuestro silencio, Orso; pero es inútil desde el momento en que yo sé que también le acompañasteis la pasada noche, escoltando a Isabel.

Monteferro no tuvo otro remedio que responder:

—Es cierto.

—Supongo que sabréis la historia, triste por cierto, de los amores de mi hermana con Fontanellas, antes de conocer al barón.

—Sí, Clara, y creed que esa historia me ha dado mucho, muchísimo en que pensar, por mí mismo. Dispensadme si tomo ahora ocasión para desahogar un peso horrible que me oprime el alma. Yo no ignoro, como debéis suponer, la causa que impulsó a don Juan de Colmenar a preferir al barón obligando a Isabel, sin embargo del amor que sabía profesaba vuestra hermana a Fontanellas.

—Doloroso es decirlo; pero es forzoso. La causa estuvo únicamente en que el de Gualba tenía un título de que carecía Fontanellas y mayores riquezas que éste—dijo Clara.

—Y si mañana contra mí, que no soy título, ni menos un potentado...

—No prosigáis—interrumpió Clara vivamente—. Clara de Colmenar no será nunca sino del hombre a quien la incline su corazón.

—Proseguid, pues.

—Pues bien: casada ya Isabel y fuera, por completo, de toda relación con Fontanellas, recibió un día una carta de éste en que solicitaba verla. Mi hermana dejó el billete sin respuesta, comprendiendo los deberes que le imponía su nuevo estado. Al cabo de algunos días envió don Carlos otra carta

a mi termana. La segunda era imposible que mi hermana dejara de atenderla.

—En la carta le decía Fontanellas que le era indispensable, absolutamente indispensable, verla aquella misma noche. Ya comprenderéis que mi hermana no podía acceder a esto. Además añadía Fontanellas que si aquella noche, a a-hora de las doce en punto, no estaba en el castillo de Gualba y en la plazoleta del surtidor del león, se daría muerte allí mismo.

—¿Eso dijo Fontanellas?

—Lo mismo que oís. Esta idea aterrorizó a mi hermana; era, pues, necesario conciliar el deber de esposa, no con el sentimiento suyo de amor a Fontanellas, aunque así lo experimentase, sino de humanidad hacia un hombre que va a darse la muerte. Isabel me suplicó que fuese yo en su nombre, que oyese a Fontanellas y que le disuadiese exhortándole a la resignación.

—Y vos fuisteis entonces al castillo...

—¡Pero llegué ya tarde! Fontanellas había señalado la hora de las doce y yo llegué minutos después...

—De suerte—exclamó Monteferro—que el hombre que había tendido en el suelo y atravesado con una espada...

—Era Fontanellas—interrumpió Clara.

—¡Fontanellas!...

—Sí, Fontanellas, que al oír las doce, y viendo que en aquel mismo instante no aparecía mi hermana, cumplió su palabra fatal y atravesando el pecho con su propia espada. Cuando llegué y me encontré con tan desastroso espectáculo, las fuerzas me faltaron y caí sin sentido...

—Donde yo os encontré, prenda mía—exclamó Orso.

—Lo demás ya lo sabéis.

—Pero después, vuestra desaparición de la estancia que yo ocupaba...

—¡Ah, sí! Creí que lo había dicho. Volví en mí, y al verme sola allí, que era la habitación que ocupaba un caballero alojado aquella noche en el castillo, según me dijo Gertrudis, la criada del mismo castillo que para ello me sirvió, me levanté, y mientras vos ibais por el agua y la luz, como habéis dicho, yo salí otra vez al jardín.

—¿Y Fontanellas?

—Entre Gertrudis y yo trasladamos el cuerpo de Fontanellas a una habitación de la planta baja, y de allí, en una litera (cosa que quedó al cargo de la muy discreta Gertrudis),

se le llevó aquella misma madrugada a su casa de Barcelona. Pudo restañársele la sangre, y vuelto ya en sí, él mismo se arregló para que esto quedase completamente oculto.

—Me dejáis, Clara, atónito y asombrado.

En esto Ana que contaba las horas y era ya bastante avanzada la en que estaban, pues oyó dar las tres de la mañana, y reflexionando juntamente que Clara había de descansar de tan penosas fatigas y trastornos como había tenido que soportar y sufrir el día anterior, se levantó y fué hacia la reja.

—Señorita—dijo en voz baja—. ¿Habéis oído la hora que acaba de dar?

—No.

—Ni yo—respondió también Orso, que oyó la pregunta de Ana.

—Pues son las tres.

—Permitidme que me retire, Clara, pues bastante he abusado robándoos un tiempo que, con el día que tuvisteis ayer, necesitabais para el descanso.

—Como queráis—contestó Clara—; pero decidme antes: Ana me ha indicado que partiais.

—Tal vez—contestó Orso.

—Pero ¿para volver?—dijo Clara con inquietud.

—¿Dejaría yo de volver a Barcelona, Clara? Pero por si no parto tan pronto, y, en otro caso, para cuando vuelva, ¿de qué medios he de valerme para veros?

—Ana os lo dirá siempre.

—Adiós, Clara mía. Y hasta muy luego.

—Adiós, Orso.

Este se separó y la ventana se cerró inmediatamente. Apenas había andado unos pasos Monteferro, un rumor súbito hirió sus oídos. Alzó de repente los ojos, dirigiéndolos al lado donde le esperaba Fontanellas, y vió un grupo que se movía y de en medio del cual salían voces y gritos descompasados entre el choque de las espadas.

Su primer movimiento fué desenvainar la suya, corriendo rápidamente al lugar de la refriega.

—¡A él, y rematémosle al momento!—gritaba uno con acento trémulo de ira y de coraje.

—Algo os ha de costar, por más que seáis cuatro contra uno—respondió con sorprendente calma el que, según se dejaba comprender, era el atacado.

Nuestros lectores habrán conocido ya a Carlos Fontanellas.

que, batiéndose en retirada y en combate tan desigual, estaba ya a punto de sucumbir, pues no había otra cosa que defenderse, y esto con gran trabajo, de las cuatro espadas que sin piedad la atacaban. A ser otro Fontanellas, hubiese ya desde el primer momento dado una señal a Monteferro. Pero éste, si bien por casualidad, llegó en su auxilio en el momento más crítico y precisamente cuando uno de los que le atacaban decía:

—Date o muere.

—¡No tan presto, pardiez!—gritó con voz de trueno Monteferro, cayendo como un rayo sobre los contrarios de su amigo.

Los que le atacaban se quedaron por un breve momento como absortos. Orso aprovechó el momento, y descargando dos tajos a diestro y a siniestro con toda la fuerza de su poderoso brazo, inutilizó en un abrir y cerrar de ojos a dos de los que llamaremos ya sus enemigos, que, soltando las espadas al impulso del dolor que sentían, abandonaron el campo precipitadamente.

Desde este momento, la lucha se decidió. Los otros dos intentaron continuarla; pero se estremecieron de nuevo cuando Monteferro, con esa seguridad de palabra que da la conciencia del propio poder, exclamó, dirigiéndose a Fontanellas:

—¡Ea! Tú uno y yo otro.

Ni siquiera aguardaron a que empezara los dos restantes. Inmediatamente volvieron la espalda y echaron a correr tras los primeros de un modo tal, que imposible fuera seguirlos a los dos amigos, por más que lo intentarían.

—¡Ja, ja, ja!

Monteferro echóse a reír estrepitosamente.

—¿No te dije yo que era fácil que el barón volviese? Porque presumo que sería el barón con sus criados. Yo no le conozco—dijo Monteferro a Fontanellas.

—El era, él.

—La segunda ha sido buena, casi mejor que la primera.

Y los dos amigos partieron dejando la calle en la más completa soledad, charlando sobre el peligro que había corrido Fontanellas, conjurado por la presencia de Orso.



CAPÍTULO VI

Dejemos por ahora al barón de Gualba que se reponga de los estragos que causó a sus *huestes* el poderoso brazo de Monteferro en la refriega con éste y su amigo; y a éstos, discutiendo sobre los acontecimientos que acababan de pasar; a Clara, en el encanto y la dulcísima ansiedad que produce en el corazón de la mujer la llama del primer amor, y volvamos a casa de la condesa de Fiorerosa, acompañando a Colmenar y Monredón.

La hora de la cita había llegado, y Monredón, sin excederse un minuto, se presentó en casa de Colmenar.

—Habéis sido puntual—dijo éste al verle.

—Yo lo soy siempre, y mucho más cuando se trata de cosa tan perentoria.

El palacio de Fiorerosa tenía un magnífico y vasto jardín, y en él se encontraba la condesa cuando le avisaron la visita de Colmenar y Monredón.

—¿Quiénes son esos caballeros?—preguntó la condesa a la doncella que anunciara.

—Don Juan de Colmenar y el señor alguacil real.

—Condúcelos aquí mismo.

La doncella desapareció.

—Me viene de perlas la visita—dijo la condesa, hablando consigo misma—. Veremos en qué situación de ánimo se encuentra el virrey.

La doncella apareció otra vez, seguida de Colmenar y Monredón.

—Adelante, señores—dijo al verlos la condesa.

La doncella los dejó y ellos adelantaron a la especie de gloria en que, sentada en un sillón, los esperaba la condesa.

—Os recibo de confianza, ya veis.

—Y nosotros os deberemos doble gratitud por esa doble honra que nos hacéis.

—Tomad asiento en ese banco rústico, y dispensad mi confianza.

Colmenar y Monredón se sentaron. Tras una ligra pausa, preguntó Colmenar:

—¿No sabréis la novedad que ocurre? El virrey ha recibido

otro pliego de Olivares. Lo que yo ahora os digo os va a asombrar a vos como asombró a Santa Coloma y a nosotros.

—¿Qué es, pues?

—Que en Barcelona existe una Sociedad secreta.

—¿Sociedad secreta?—dijo la condesa con el mayor asombro—. Verdaderamente, me pasma eso. Y ¿con qué objeto?

—Ya podéis presumirlo. Las sociedades secretas son siempre enemigas del gobierno.

—Entonces...—continuó la condesa, fingiendo la misma sorpresa—, siendo el único enemigo del Gobierno en Barcelona el partido de los Narros...

—Es claro que ellos son los de la Sociedad.

—¿Pero el virrey no sabía...?

—Nada absolutamente.

—¿Y vos, señor alguacil?—dijo irónicamente la condesa a Monredón.

—Es que puede ser muy bien que no sea verdad—dijo Monredón.

—Poco a poco, amigo Monredón—exclamó Colmenar—; que vos lo ignoréis no es una razón para que eso exista

—Pero...

—Nada de pero. Tampoco sabíais nada del lance ocurrido anteanoche al hijo del virrey.

Monredón no supo qué responder.

—Y, sin embargo, fué verdad.

—Y ¿qué es ello?—preguntó la condesa.

Colmenar refirió punto por punto el caso ocurrido al hijo del virrey.

—¿Y no habéis podido—dijo luego a Monredón—descubrir ni por indicios el rastro de esa mala pasada?

—Hasta ahora, no—respondió el aludido.

—Pues importaría descubrirlo, y ahora comprendo, con ese doble motivo, el doble disgusto del virrey.

—Y ¿qué os parece a vos, condesa, cuyo talento sabe siempre encontrar un recurso en las más difíciles situaciones? ¿Qué os parece que podríamos hacer ahora para calmar al virrey de modo que ni Monredón principalmente ni yo perdiéramos la privanza suya, que tanto sabéis interesa para llevarle adelante en la nueva senda que ha emprendido?

—Eso es difícil de aconsejar, don Juan. Santa Coloma necesita cuanto antes sinceramente con el ministro de los justísimos cargos que le dirige. El modo de sincerarse ya vos lo

sabéis. Puesto que no halláis medio de descubrir lo que el conde-duque indica, debéis trabajar incesantemente para dar cumplimiento cuanto antes a lo que el Gobierno manda. De esta suerte Santa Coloma recobra la gracia que tiene ya casi perdida...

—¿Lo creéis vos así?—interrumpió vivamente Colmenar

—No lo dudéis, don Juan. Y si don Dalmacio no da en breve muestras de haber obedecido las órdenes de Madrid, será, yo os lo aseguro, depuesto de su cargo con una ignominia a la que no podrá sobrevivir una persona de su clase.

—Ya lo oís, Monredón—dijo Colmenar.

—Sí, sí...—contestó éste maquinalmente.

—Tened la bondad de concluir, condesa.

—Ya podéis haberme comprendido. La nueva conducta que parece se propone observar Santa Coloma le devolverá la confianza del Gobierno; y como quien le habrá inducido a adoptar esta nueva marcha habréis sido vos y Monredón, el virrey os devolverá a su vez la gracia que él recobre.

Colmenar quedó altamente satisfecho del consejo de la condesa, que, sin embargo, maldito si resolvía por el pronto la cuestión, que era lo que deseaban aquél y el alguacil.

—Según eso, vos creéis que el mejor medio es hacer que el virrey se resuelva a dar en breve una muestra al Gobierno de Madrid de la energía que le encarga.

—Eso creo, y es más: no veo otro recurso, si Santa Coloma quiere conservar el virreinato y su propio nombre. Volved a ver al virrey, y sin rebozo hacédle esto presente.

—Adiós, condesa, y vamos al momento a poner en práctica esos vuestros consejos, que tan buen efecto producen cerca del virrey.

—Gracias, Colmenar, y a ver si de una vez conseguimos que impere fuerte y enérgica la voluntad del rey en Barcelona.

—Lo conseguiremos.

—Adiós, condesa—dijeron a un tiempo, saludando, Colmenar y Monredón.

—Adiós, señores.

* * *

El virrey, como hijo de Cataluña, amaba, naturalmente, el país que le vió nacer; pero como virrey de este mismo país y colocado en tan elevada posición por la merced del conde-duque de Olivares, que al ministro y no al rey se debía entonces cuan-

to emanaba de la Corte de Madrid, sentía esa especie de apego, de que nunca está libre el corazón humano, a la dignidad que gozaba, y además la consiguiente gratitud a quien en tan elevado puesto le había colocado.

El conde Santa Coloma, pues, fluctuaba entre dos sentimientos que horriblemente martirizaban su ánimo en la época a que nos referimos: el amor a su patria y la gratitud al Gobierno del rey.

Había también otra circunstancia. Los hombres que no deben a la Naturaleza ese temperamento privilegiado que se resiste a todo acto que pueda parecer servil, y que tan bien sabe deslindar en ciertas circunstancias de la vida la gratitud de la bajeza, sin comprender que incurren en esta última, se prestan, creyéndolo una ley de reconocimiento, a los actos más indignos que pueda dictarles la persona a quien se juzgan obligados.

El conde de Santa Coloma no tenía, por un lado, el temperamento de rebelarse ante actos de esta índole, ni el talento suficiente para comprender que el cargo de virrey de Cataluña no podía eximirle de otros deberes para con su patria, ni mucho menos hacerle olvidar su propia dignidad, que lastimosamente posponía a los despóticos mandatos del soberbio ministro de Felipe IV.

Con un carácter semejante, las instigaciones de Colmenar y Monredón, que redoblaron cerca del virrey inmediatamente después de la última visita a la Fiorerosa, surtieron todo el efecto que el más encarnizado enemigo de Cataluña pudiera desear.

Santa Coloma, pues, confirmó la orden que poco antes había dado de que las tropas que recorrían el país se alojasen en las casas de los pueblos, con la obligación impuesta a los vecinos de albergar a los soldados y darles toda clase de asistencia.

* Los catalanes tenían con esta conducta mayor motivo todavía de aborrecimiento, y de aquí también que las tropas aumentaran el suyo propio y no se limitasen a despojar a las casas de lo que el ejército necesitaba solamente, sino que, dando impulso a toda la cólera que abrigaban contra un pueblo que creían y era realmente su enemigo, se entregasen a los mayores desórdenes, devastando los campos, incendiando las casas y hasta maltratando a los hombres y violando a las mujeres.

Con esto ya tien idea bastante el lector para comprender cómo sería recibida por los pueblos de Cataluña la orden terminante del virrey al mandar a los vecinos alojar a tales huéspedes. Sin excepción, en todos los puntos del Principado el efecto de semejante medida fué el mismo. Apenas expedida la orden, llegó envuelta en el clamoreo general a oídos del presidente de la Hermandad de la Muerte. «Perfectamente—dijo para sí el ermitaño—. Esta es la gota de hiel que viene a colmar el vaso de la amargura que por tanto tiempo guarda el Principado. Ahora, un leve soplo bastará para que esa hiel se derrame, haciendo que estalle de una vez el odio general por tanto tiempo reprimido. Vamos a dictar las primeras órdenes.»

Mañana jueves, a las siete de la mañana, en mi cabaña.

E hizo que se diese curso a tal orden a siete hermanos mayores.

En tanto, la condesa de Fiorerosa, que era seguramente la mano que tan rápidamente hizo mover en este sentido el ánimo del virrey, se preparaba para dar una magnífica fiesta en su palacio y en celebración de la victoria alcanzada sobre la conocida debilidad de Santa Coloma. La fiesta consistía en un baile.

La de Fiorerosa señaló el día del domingo para celebrarlo, pasando tres días antes el aviso a todas las casas principales de Barcelona, especialmente a las de los conocidos como Cadells.

Así que Orso tuvo noticia del baile, la sangre helósele en las venas. Ni por un momento, como es de suponer, a pesar de las aventuras de aquellos días, se había apartado de su imaginación el terrible legado de su padre moribundo. Con este solo objeto había venido a Barcelona.

Apenas supo la noticia del baile, fué a buscar inmediatamente a Fontanellas.

—Oye—le dijo—: me dijiste en cierta ocasión que me presentarías o me harías presentar a la condesa de Fiorerosa.

—Es verdad.

—Pues necesito que me presentes.

—Es lo más sencillo. Cuando quieras.

—Esta mañana.

—¿Esta mañana?—preguntó, asombrado, Fontanellas—. Pero ¿de qué nace ahora eso tan de pronto?

—Me conviene.

—Esta mañana, pues no puede ser eso. Yo voy muy de tarde en tarde a visitar a la condesa, y mis visitas son meramente de cumplido. El domingo da la condesa un baile: ésa es la ocasión más a propósito.

—Ha de ser antes del domingo; iré a casa de la condesa.

—¿Tú solo?

—Sí, y ahora mismo.

Carlos Fontanellas, que no estaba acostumbrado a la menor reserva por parte de Monteferro y que venía a éste, por otra parte, sobreexcitado por una causa que, repetimos, no comprendía, se atrevió a preguntarle:

—Pero, Orso, dispénsame si soy tal vez indiscreto; pero ¿a qué vas a ver a la condesa?

—No puedo responderte por ahora. Es historia un poco larga, y por eso no te la cuento, Fontanellas. Es cuestión de tiempo, no de confianza.

—Ve, pues, si tanto te interesa.

—Hasta luego.

.....
Monteferro salió precipitadamente, dirigiéndose al palacio de Fiorerosa. Por boca de un criado supo que había salido y, al parecer, no volvería hasta el domingo, ya que nada dijo en concreto al marchar.

—¿Y no podréis decirme dónde estará estos tres días?

—Se ha dirigido a la casa de campo que posee en las estribaciones del Montseny.

—¡Pardiez!—dijo entre dientes Monteferro.

El criado le observaba parado delante de Orso. Este volvió a preguntar:

—¿Y hacia qué lado cae la casa de campo de la señora?

—No puedo decíroslo, caballero, pues lo ignoro; pero puedo preguntarlo si os conviene.

—Sí, preguntadlo.

—Aunque—observó el criado—ahora pienso que es casi inútil. La señora se ha dirigido allí según creemos y ha dicho; pero no quiere decir que allí la encontréis.

—Entonces, no preguntes nada—dijo Orso, aburrido ya.

—Como queráis.

Y Orso tomó precipitadamente la escalera. «¡Es fatalidad!—decía para sí, ya en la calle—. Precisamente se le antoja

ahora a ese diablo de mujer abandonar Barcelona. No me queda otro remedio que verla el domingo por la mañana.»

* * *

Orso tornó a casa de Fontanellas. Este, al verle, adivinó al momento que el negocio que había llevado a su amigo a casa de la condesa no había salido conforme a los deseos de aquél.

Entre dos amigos es difícil que a la mirada del uno se escape el disgusto o la alegría que siente el corazón del otro.

—De mal talante vienes—dijo Fontanellas, apenas estuvo el otro dentro de la habitación—. ¿Has visto a la condesa?

—La condesa no está en casa. Está fuera de Barcelona, en su casa de campo de Montseny. No hay más remedio que esperar al domingo—y tras una ligera pausa preguntó a su amigo, fijando en él sus pupilas—: ¿Tú podrías, podrías mañana, cuando llegue el caso, querer servirme?

—¡Montferro!—exclamó, asombrado, Fontanellas.

—Eres mi amigo y debes saberlo.

Y aquí empezó Orso a relatar a don Carlos la historia de la muerte de su padre.

CAPITULO VII

Con la celeridad y exactitud con que circulaban las órdenes emanadas del presidente de la Hermandad de la Muerte fué comunicada la última que hemos visto dió el ermitaño. Inútil es decir, puesto que ya en otras ocasiones hemos podido observarla, la puntualidad con que semejantes órdenes eran obedecidas.

A la hora designada se hallaban, sin faltar uno, los siete hermanos mayores en el sitio adonde los llamó el presidente.

Todos los asuntos que trataba la Hermandad de la Muerte eran igualmente importantes, y, por consiguiente, todos sus actos iban precedidos y acompañados siempre de las mismas precauciones y formalidades.

La reunión que en su cabaña iba a tener el presidente era, como sabemos, sumamente corta, pues constaba solamente de

siete personas, que eran las que allí fueron llamadas. Esto no obstante, era forzoso guardar las formalidades y las prevenciones prescritas.

Fadrí era el encargado de dar santa y seña. Llegó el primer hermano.

—¡San Jorge!—exclamó Fadrí.

—¡Barcelona!—respondió gravemente el otro.

—Pasad—dijo Fadrí.

Y el hombre, sin hablar más palabra, entró en la choza.

Seis veces seguidas tuvo que repetir Fadrí el mismo papel con otros seis hombres que sucesivamente fueron llegando.

En una especie de salita en el interior de la cabaña, el ermitaño y Fadrí habían colocado una mesa, y frente a ésta ocho taburetes de pino que fueron ocupando a medida que entraron los siete conjurados.

Fadrí se sentó en el último, así que el presidente ocupó el suyo detrás de la mesa.

Apenas se hubieron sentado, uno poco después que el otro, dos de los hermanos se dirigieron una mirada acompañada de una ligerísima sonrisa que hubiese escapado al más fino observador. Eran el marqués de Tamarit y don Juan de Gínestá.

—¡Salud, hermanos!—dijo el presidente al sentarse.

—¡Salud!—contestaron ocho voces a un tiempo.

—En virtud de las facultades que concede al presidente la regla de la Hermandad para casos de guerra, os he llamado a vosotros esta mañana. He sabido de una manera positiva que el virrey acaba de expedir una de esas órdenes que un país no sufre de sus gobernantes sin mengua del decoro propio y de la honra en que debe ser tenido por los demás. Esta orden es la del alojamiento de las tropas castellanas que se impone a los catalanes en todos los pueblos y ciudades del Principado. En celebración de tan *fausto* acontecimiento para ese abominable partido, la condesa de Fiorerosa ha señalado la noche del domingo para el gran baile, de que anteriormente se dió cuenta a la Hermandad. La noche de la última sesión quedó decretado el incendio del palacio de Fiorerosa como medida salvadora y medio de sorpresa a nuestros enemigos en la lucha que va a empezar. El objeto por el cual os he llamado es para adoptar los medios que más fácil y rápidamente propaguen el incendio, y al propio tiempo, para

que cada uno de vosotros se encargue, en la parte que mejor pueda, de procurar esos medios.

Los ocho hermanos escuchaban con religioso silencio y sin perder una sílaba lo que decía el presidente. Este continuó:

—Empezando por el hermano de la derecha, proponga la reunión los medios que crea más a propósito y hagan el plan de más fácil ejecución.

—Creo, salvo siempre el parecer de la reunión—dijo el hermano que ocupaba la extrema derecha—que lo que conviene inmediatamente es buscar un sitio a propósito cerca del palacio donde reunir gran copia de leña, ramaje seco y cuantos combustibles puedan proporcionarse. Tenerlo allí a prevención, y la noche del baile, y en el momento en que se indique, a fuerza de hombres sacar los combustibles y hacinarlos instantáneamente alrededor del palacio, sobre todo a las puertas, y prender fuego.

—¿Es eso todo?—preguntó el presidente.

—Nada más.

—Me parece—dijo uno—que siendo el sigilo y la cautela tan sumamente necesarios en casos como éste, y hasta diré indispensables, el acto de llevar cosa de tanto volumen cerca del palacio, donde no existe ninguna clase de industria que necesite semejantes materiales, podría despertar alguna sospecha, mayormente en la época que atravesamos, en que a menudo el Gobierno ve fantasmas en todas partes. Además, el acto de trasladar los combustibles desde el lugar donde se depositen al palacio embarazaría demasiado, siendo, por otra parte, muy de advertir que el incendio por fuera es mucho más lento, y en nuestro caso conviene que sea muy rápido. De todas suertes creo, en primer lugar, que el incendio ha de ser interior, y luego, que ha de provocarse por medios menos complicados y de no tan ruidosa preparación.

—¿Se atienden las razones que ha expuesto el hermano que acaba de hablar?

—En un todo—contestaron a la vez los ocho que allí estaban.

—Yo voy a proponer otro medio—dijo el presidente—. El palacio de la condesa de Fiorerosa tiene grandes almacenes. ¿Podríamos disponer desde hoy de esos almacenes

—Sí—dijo uno—. Se alquilan.

Luego, dirigiéndose al que dijo se encargaba de esta primera operación, advirtió:

—Los almacenes se alquilan para depósito de artículos de

comercio. Ahora, ¿quién se encarga de buscar, para perderlas, treinta o cuarenta o más, según la capacidad de los almacenes, pipas de vino vacías?

—Yo las tengo.

—Las pipas se colocarán, pues, distribuyéndose en todos los almacenes. Faltan ahora tres o cuatro cargas de alcohol.

—Se encontrarán.

—Perfectamente. En pipas más pequeñas o grandes garrafrones se distribuye el alcohol en los almacenes. Cuando se dé la señal, se suelta el alcohol si está en pipas, o se rompen los garrafrones que lo contengan, y al mismo tiempo, aplicada una tea en cada almacén, se prende fuego, y el incendio es general e instantáneo.

Los hermanos se quedaron absortos ante la diabólica idea del presidente. Este preguntó:

—¿Se aprueba este medio?

—En todas sus partes—respondieron todos a la vez.

—La caja general de la Hermandad se halla hoy con los fondos suficientes para no exigir un sacrificio de dinero a ninguno de los hermanos. Esta misma mañana, pues, tendrán los tres en su casa los fondos que crean haber menester. Para el alquiler de los almacenes, ¿cuánto cree aproximadamente necesitar el hermano encargado de esto?

—Nada.

—Está bien. La Hermandad lo agradece y que Dios os lo premie.

El presidente se dirigió al segundo de los encargados:

—Para procurarse las pipas de vino vacías, ¿qué juzgáis haber menester?

—Ya he dicho que yo las tenía.

—Repito que la caja de la Hermandad tiene fondos de sobra.

—Mañana estará sin ellos, con las jornadas que se preparan.

—Si os obstináis, la Hermandad os lo agradece.

Con las respuestas de los dos primeros, fácil es colegir cuál sería la del último encargado de procurar el alcohol.

Esta era, como ha sido siempre, una materia sumamente costosa, y el presidente, que así lo conocía, sin embargo de prever la contestación, quiso observar al hermano antes de preguntarle:

—El alcohol es líquido que vale mucho, y es grande la cantidad que para nuestro objeto se necesita.

—La que se necesite se encontrará.

—Decid, pues, no obstante lo que habéis oído a los dos hermanos que os han pecedido, qué cantidad creéis...

El individuo a quien el presidente se dirigía ni le dejó siquiera concluir.

—Ninguna, absolutamente.

—Dios os lo premie, hermanos—exclamó el presidente, levantándose—. Ante semejantes ejemplos de abnegación, que tan bien revelan la voluntad firme y decidida, la fe profunda en nuestra empresa, el resultado no es dudoso. El tiempo vuela y aquí hemos concluido ya el objeto para que os he llamado. Sabéis ya todos vuestro deber; id y que Dios os guíe.

Los hermanos inclinaron la cabeza ante el presidente.

—Salud, hermanos, y *Patria y Libertad*.

—¡Salud!—dijeron todos, y salieron de la cabaña.

... ..
 —¡Fadrí!—dijo el presidente cuando todos hubieron salido—. Al instante te dirigirás a Barcelona, a pasar orden a todos los hermanos mayores. Esta será: *¡Guerra! Domingo día 10 de marzo, a las doce de la noche, junto al palacio de Fiorerusa*.

... ..
 Fadrí partió inmediatamente. A las pocas horas, los hermanos mayores de la de la Muerte tenían ya la orden comunicada por el presidente.

Orso de Monteferro, como hermano mayor, recibió asimismo la orden del presidente.

Atendido el estado en que se encontrara, sin embargo de que tal nueva no le cogía de susto, le trastornó sobre manera, pues le hizo pensar nuevamente en la imposibilidad de descubrir el secreto del asesinato de su padre, que era lo que en primer lugar ocupaba siempre su imaginación. Esto no podía Monteferro comunicarlo a Fontanellas. Así, montó a caballo y se dirigió rápidamente a la cabaña del ermitaño.

* * *

Cabizbajo y sobre manera pensativo iba Orso de Monteferro montado en su caballo camino de Montserrat.

A Fontanellas no le había dicho ninguna de sus preocu-

paciones, porque esto no podía decirselo, atendida la suma discreción que se llevaba lo mismo respecto a las personas que a los asuntos de la Hermandad, ni el peligro que corría la condesa de Fiorerosa, ni mucho menos sus relaciones con el ermitaño.

El caballo de Monteferro corría, pues, a galope en alas de la impaciencia del jinete. De repente, el fogoso animal, sin obedecer al poderoso acicate ni menos a la voz que por sí sola bastaba a obligarle tantas otras veces, paró su carrera, cayéndose de rodillas al suelo.

—¡Pardiez!—gritó Monteferro—. ¡Arriba, *Rut!*

Pero *Rut*, que éste era el nombre italiano que daba a su caballo, lanzando copiosa espuma por la boca al compás de su fatigado aliento, dirigía una lánguida y dolorosa mirada a su amo, como queriendo decirle: *Ya ves, no puedo más.*

Monteferro desmontó, y quedó cruzado de brazos con ese ademán del hombre fuerte en medio de la contrariedad.

La cabaña del ermitaño no estaba ya lejos de aquel sitio.

Monteferro lo sabía de otras veces, y no obstante haber podido llegar a pie sin gran trabajo, se detuvo al lado del noble bruto y púsose a acariciarlo con la mano, cuando de repente hirieron sus oídos las pisadas de otro caballo que bajaba o salía del monte.

Volvió la vista y sus ojos tropezaron con un caballero de marcial continente, que, al divisar también a Monteferro, paróse a bastante distancia, observóle un momento y luego volvió grupa, desapareciendo súbitamente e internándose en el monte.

—¡Pardiez!—exclamó Monteferro—, me gusta. Aunque su aspecto no lo parece, no falta más sino que sea éste un capitán de bandidos y vuelva luego a prenderme con los suyos.

Luego sacó dos pistolas que llevaba en la silla, y desenvainando la espada, que dejó a un lado, dijo:

—Veremos. Si acaso, algo caro ha de costarles.

Se pasó bastante rato, durante el cual Monteferro, que escuchaba atento a fin de no ser sorprendido, no oyó sino la fatigosa respiración del pobre *Rut* a su lado y el ruido del viento entre las hojas de los árboles y matorrales. Luego le pareció percibir un ligero rumor. Levantó la cabeza y al mismo tiempo oyó una voz a su izquierda que le llamaba:

—¡Monteferro!

Volvió rápidamente la vista hacia el lado de donde la voz había salido.

—¿Quién me llama?—exclamó.

Y en el momento mismo vió la venerable figura del ermitaño que se le acercaba.

—¡Señor!

No creemos haya necesidad de decir al lector quién fuese el caballero que poco antes había aparecido y desaparecido súbitamente a los ojos de Monteferro.

—¿Qué hacéis ahí?—preguntó el ermitaño.

—Lo que veis—respondió Orso—iba a veros a la cabaña y quise obligar tanto al pobre *Rut*, que al fin ha caído al suelo, rendido de fatiga.

El ermitaño se acercó al caballo, y examinándolo dijo:

—Dejadlo así por ahora. Aflojadle la cincha, y luego, con un pedazo de pan que le daremos empapado en vino, estará en disposición de llevaros otra vez a Barcelona. Vamos entre tanto y descansaréis vos en la cabaña.

Y el ermitaño echó a andar, seguido de Orso, hacia la choza, que, como hemos dicho, se hallaba a corta distancia de aquel sitio. Llegados allí, el ermitaño dijo, señalando a Orso un taburete rústico que había junto a una mesa:

—Sentaos—el ermitaño se dirigió a una especie e alacena, y sacando un vaso, una botella de vino y unas pastas, continuó—: Tomad este refrigerio.

—Mil gracias. No tengo gana de nada.

—Probad un poco de este vino, que os hará bien. Venis trastornado, yo os lo conozco. Luego hablaréis.

Monteferro, con el profundo respeto que al ermitaño tenía, no resistió más, y echando un dedo de vino en el vaso, bebió. El ermitaño tomó otro taburete y se acercó a sentarse a la mesa.

—Y bien: ¿qué nuevas me traéis de Barcelona?

—¿Y nuevas a vos?—respondió Orso—. Al contrario, he venido precisamente para que tengáis la bondad de dárme las a mí.

El ermitaño, que comprendía perfectamente el objeto de la visita de Monteferro, estaba como sobre ascuas al reflexionar el disgusto que aquél tendría al saber la triste nueva que le aguardaba acerca del importante asunto que allí le había traído.

—Supongo ya lo que queréis saber...

—Ya conocéis, señor, la gran ansiedad que tiene mi corazón por descubrir el secreto y obtener la prenda que me prometisteis en la última entrevista.

—Poco a poco. Yo no os prometí absolutamente entregárosla. Dije que probablemente el puñal vendría a mis manos y, en tal caso, de las mías a las vuestras; mas no ha sido así. Una persona que ayudó a enterrarlo a don Juan de Serrallonga, sabía donde se hallaba. Esa persona fué a buscarlo y... no lo encontró.

—Es decir—observó Monteferro con dolorosa inquietud—, ¿que lo han quitado de allí?...

—Así parece.

—Decid francamente cuanto penséis.

—¿Es de toda vuestra confianza?

—Tanto como vos mismo.

—Entonces, no hay remedio por este lado—dijo tristemente Monteferro.

—Por este lado, no; pero, ¿quién sabe?, a veces..., mañana tal vez podemos tener un indicio, y éste, por leve que sea, una vez llegue a nuestra noticia nos ha de descubrir lo demás.

Este consuelo del ermitaño alivió poco, como puede suponerse, a Monteferro. Así permaneció pensativo algunos momentos, y luego, pasando a la segunda parte de su objeto, dijo:

—Ya que por este lado está perdido completamente, ¿por qué no probamos otro medio?

—¿Cuál?

—El de la condesa de Fiorerosa. Ella posee el secreto. Ha de saber también que vuestro padre era amigo de Serrallonga, y esta sola circunstancia, creedlo, Orso, será suficiente motivo para que su alma condenada imagine todo el daño posible contra vos, a quien el talento de la condesa, porque lo tiene, ha de suponer heredero a un tiempo de la venganza y de las ideas de vuestro padre.

—Convengo en ello; pero ¿quién sabe el misterio que puede haber en eso? Y yo, como conocéis, por la memoria de mi padre debo seguir todo rastro que me indique el camino de la venganza que me legó.

—Id, pues, a ver a la condesa.

—No puede ser. Está fuera de Barcelona.

—¡Fuera de Barcelona!—dijo sobresaltado el ermitaño—. Es imposible.

—Lo he preguntado yo mismo esta mañana en su casa.

—¿Y el baile del domingo?

—Para el domingo estará de vuelta. Voy a atreverme a pedirnos un gran favor.

—Hablad.

—Ya conocéis lo que me interesa descubrir ese secreto que desde mi país me ha traído a Barcelona, y que daría mi vida entera por saberlo. Hallándose fuera de Barcelona la condesa, a quien ya no veré hasta la hora del baile, no podré saber lo que deseo... Porque después no existirá ya la condesa...

—¿Y qué?

—¿No podría diferirse el golpe del domingo?

—Oíd: una de las obligaciones que se imponen los hermanos de la Muerte y previene expresamente la regla de la Hermandad es sacrificar el interés particular al general, y por grande que sea el primera, nunca puede anteponerse al último, y mucho menos cuando hubiera de revocarse una resolución tomada por acuerdo de todos, como visteis vos mismo. Este solo hecho desvirtuaría para siempre la fuerza moral de la Sociedad.

Orso, a estas palabras, miraba tristemente al ermitaño, sin responder ni afirmar nada.

—Yo no creo—continuó el anacoreta—que vos queráis eso en general, ni mucho menos exponerme a mí en particular a las consecuencias que de una contraorden semejante y sin motivo que lo justifique para todos, resultarían consecuencias que recaerían sobre mí exclusivamente.

—Lo comprendo.

—No veo aquí más que un remedio respecto de la condesa. Vos tenéis que asistir al baile... ¿Tenéis medio de que os presenten a primera hora?

—Creo que sí.

—¿Con quién iréis?

—Con Tamarit.

—Decidle, pues, que os conviene sobre manera el que os presente a la condesa, así que entréis en el baile, y vais derecho al asunto.

—Así lo haré, pues no queda otro remedio. Con vuestro permiso, pues, os dejo.

—Aguardad, que llevaremos la medicina para el pobre *Rut*.

—No os molestéis; dádmelo a mí.

Monteferro tomó el pan mojado el vino para el pobre caba-

llo, y después de haber estrechado la mano del ermitaño, salió de la cabaña. No había andado cuatro pasos, cuando éste le llamó.

—¡Orso! ¡No intentéis siquiera salvar a la condesa!...

Monteferro, por toda contestación, alargó por segunda vez la mano, estrechando con fuerza la del ermitaño.

El pobre *Rut* vió el cielo abierto—perdónesenos la frase tratándose de un caballo—cuando llegó Orso.

Este le tomó la rienda, y el animal se levantó, ya casi ágil del todo.

Comió en dos bocados el pan que le traía su amo, y un relincho de alegría indicó a Orso que su caballo estaba ya en disposición de volver a emprender el camino. Apretóle la cincha que antes le aflojara y montó, partiendo en seguida hacia Barcelona.

No habían transcurrido cinco minutos de marcha, en la cual Orso andaba poco más que al paso para no volver a fatigar al *convaleciente Rut*, oyó a su espalda el galope de otro caballo que en la misma dirección venía. Sin darle tiempo de volver la cabeza, el caballo pasó por su lado llevando a un caballero que ni volvió la vista siquiera a Monteferro. Era el mismo que poco antes había aparecido y desaparecido súbitamente a sus ojos, al pie del monte.

CAPITULO VII

El palacio de la condesa de Fiorerosa era un vasto edificio cuadrangular y completamente aislado, edificio que la Hermandad de la Muerte acordó y votó incendiar.

Tal y como se pensó, los bajos del palacio fueron alquilados por cierto señor para almacén comercial. Como verán los que leyeren, que los hermanos mayores comenzaban a poner en práctica el plan que ya en otro capítulo conocimos; luego llevarían las pipas y el alcohol; después, el incendio surgiría como un hecho casual, aunque estaba lleno de intención, premeditación y alevosía.

Al otro día—domingo—sería el baile, al que acudirían los más linajudos señores, todos ellos militantes del partido de los *Cadells*.

Al caer la noche fueron llevadas en varios carros unas quinientas pipas de alcohol, que fueron introducidas en los bajos del palacio de la condesa, que, como sabemos, fueron alquilados por la Hermandad de la Muerte, personificada en opulento comerciante.

La zozobra de Orso de Monteferro aumentaba a medida que el tiempo transcurría.

Así que llegó a Barcelona de vuelta de la cabaña del ermitaño, subió a su cuarto y se dejó caer en un sillón, exclamando:

—¡Pardiez! ¡Qué horrible situación!

Como es lógico, Orso sabía que a la fiesta de la condesa iría la flor y nata de Barcelona y que, por consiguiente, Colmenar con su hija Clara, y esto había que evitarlo a toda costa, ya que de ir perecería como todos en el incendio que habría de provocar quinientas pipas de alcohol.

En tanto que Orso se entregaba a sus meditaciones, en casa de Colmenar, que fué una de las primeras invitadas para el baile, se estaban haciendo los preparativos que debemos suponer para la fiesta. Una duda inquietaba a Clara al par de Monteferro, aunque por bien distintos motivos; ésta era la de si Orso iría o no al baile.

Orso se puso al habla con su amigo Fontanellas y le dijo que debía impedirse a toda costa que Clara fuese a la fiesta de la condesa. Al inquirir aquél razones para ello, Orso le dijo que los tenía, y de importancia; pero que no le era posible decírlas. Fontanellas le replicó que lo mejor sería ver a la doncella Ana, a a cual, como la otra vez, sería posible verla en Santa Clara.

Allá se dirigieron nuestros amigos, y en el templo hallaron a la devota doncella, hablaron algunas palabras y decidieron esperar a Ana en el exterior de la iglesia.

Al cabo de unos diez minutos o un cuarto de hora, Ana salía del templo y Monteferro fué a su encuentro. En la misma calle, y poco más o menos en el sitio mismo donde los vimos otra vez, la paró Orso.

—¿Cómo está Clara?

—Bien, ¿y vos?

—Amándola más que nunca. ¿Le diste mis expresiones de ayer?

—Ya sabéis que se las doy siempre.

—¿Las recibió bien?
 —Como todas las noches, y os las devuelve cordialmente.
 —Gracias, Ana, gracias. ¿Podría verla esta noche?
 —No sé; pero me parece difícil. No siempre hay ocasión para ello—respondió la doncella.

—Te agradecería en el alma que me lo dijeras luego.

—Lo haré; pero si no podéis verla esta noche, ya os daré yo un medio para mañana. ¿Vais al gran baile que da la condesa de Fiorerosa, mañana a la noche?

Monteferro se sintió como herido por un rayo.

La doncella tradujo de bien distinto modo la impresión que hicieron sus palabras en el ánimo de Monteferro.

—¿Va Clara?—preguntó azorado.

—Va, y allí la podréis hablar.

—Oídme, Ana: es preciso que vea esta noche a doña Clara.

—Ya os he dicho que es difícil.

—Ha de procurarse, no obstante.

—En fin, yo no puedo deciros ahora sino que esta misma noche, y a la hora poco más o menos de la otra, saldré de casa para daros la respuesta.

—Gracias, Ana. ¿Conque no faltaréis?

—Perded todo cuidado. Hasta luego.

La doncella partió, y Monteferro retrocedió a encontrar a su amigo.

—¿Qué hay?—dijo Fontanellas al verle llegar.

—Lo que tú dijiste.

—¿Que va al baile?

—Sí.

—He suplicado a Clara otra cita para esta noche.

—A la misma hora, por supuesto.

—Sí, a las diez volverá Ana con la respuesta, como la otra noche.

.....
 Dejemos un instante a los dos amigos, que no hemos de tardar mucho en encontrarlos, y vamos a presenciar la entrada de la doncella en el cuarto de Clara.

—¿Le has visto, Ana?—preguntó ésta, sin apenas dejarla respirar.

—Puer ya lo creo, y está más enamorado que nunca; tanto, que lo que es esta noche hasta he observado que se le entrecortaban las palabras.

—¿Le dijiste lo del baile? ¿Irá?

—Sí, irá. Me ha suplicado os dijese si podiais concederle una entrevista esta noche.

—¿Qué le has dicho tú?

—Simplemente, que le llevaría la contestación vuestra a eso de las diez.

—¿Qué hago, Ana? Mi padre se retirará esta noche muy tarde tal vez.

—Cuando venga don Juan...

—En tal caso, entonces.

—Bien; dejadlo a mi discreción.

Llegó la hora de las diez. Monteferro y Fontanellas estaban ya en la esquina consabida. Ana salía.

—Ya viene Ana—dijo Fontanellas a Orso.

Este se adelantó.

—¿Qué ha dicho?—preguntó a la doncella.

—Que bien. Que bajará esta noche a la reja. Pero hoy son necesarias algunas precauciones.

—Se guardarán.

—Hay que aguardar a que se retire su padre. ¿Entendido?

—Entendido.

—Adiós.

—Adiós, Ana.

Monteferro volvió ya más consolado al lado de su amigo.

—Vamos, señor amante—dijo éste en tono de chanza y de la mayor benevolencia—, me parece que no vienes tan disgustado.

—No, efectivamente.

—Hay cita, ¿eh?

—Sí, pero hemos de aguardar a que se retire su padre. Quiera Dios que se recoja pronto.

—¡Retírate!—dijo, de repente, Fontanellas dando un paso y señalando a Orso un lugar más apartado. Monteferro, sin decir más, siguió a Fontanellas, que se paró a corta distancia, encajándose, digámoslo así, en el hueco de una puerta.

En esto un caballero de elevada estatura, y envuelto en una larga capa pasó por la esquina inmediata. Fontanellas señaló a Orso con el dedo la figura del caballero.

—¡Don Juan!

—Aguardaremos; pronto se asomará a la reja.

Nuestros jóvenes estuvieron paseando un buen rato, sin no-

tar alma viviente que saliera de la casa ni transitara por la calle.

—Lo dicho; de algo ha de valerme la experiencia—exclamó, repente, Fontanellas. Vuelve don Juan.

—¡Pardiez!

—Mejor para ti. Retirémonos otra vez para dejarle pasar.

Efectuada esta segunda evolución, y cuando estaba ya algo lejos don Juan de Colmenar, Orso preguntó:

—¿Por qué dices que es mejor para mí?

—Porque ahora podrás hablar sin riesgo.

—¿Y cuándo vuelve?

—Tardará. A mí me cuesta por desgracia conocer sus hábitos. Y cuando yo le vea venir te hago una seña avisándote.

—Ahora, hasta las once—dijo Orso.

—Es posible que Ana baje antes.

—Voy a acercarme a la reja.

Monteferro púsose a pasear haciendo el menor ruido posible por delante de la reja, junto a la que se paraba a veces, inclinando la cabeza y aguzando el oído.

Al cabo de poco rato, como había previsto Fontanellas, Monteferro percibió un ligero ruido. Quedó clavado en el sitio el caballero, y a poco la media hoja de madera se abrió y apareció la cabeza de Ana.

—¡Ah! ¿Estáis ahí?—dijo ésta al verle.

—Sí, Ana.

—Esperad, upes, un momento.

Sin que pasara más tiempo, Orso, que tenía fija la vista en la reja entreabierta, vió asomarse el bejo rostro de su adorada.

—¡Clara!

—Monteferro. No creí poder bajar tan pronto. Mi padre volvió a casa...

—Ya le he visto.

—Y salió otra vez.

—También le vi.

—Aprovecharemos estos momentos, que no serán largos, porque si volviese...

—No temáis. Yo sabré cuando vuelva. Carlos Fontanellas está alerta y avisaría si hubiese algún peligro.

Después de estas breves palabras, Monteferro entró de lleno en el asunto.

—¿Vais mañana al baile de la de Fiorerosa?

—Sí. ¿Y vos?

—Yo no puedo ir... Reconozco que voy a pareceros ridículo, Clara; pero disculpádselo a mi amor. Siento un dolor profundísimo con la idea de qué vais a ir a ese baile.

—Si estuviese en mi mano, Orso, creed que no iría.

—¿Quién os lo impide?

—Mi padre.

—Tengo miedo de que vayáis a ese baile. El corazón me dice que algo malo os pueda ocurrir.

—Al carácter de mi padre es imposible oponerse aun en las cosas más pequeñas. Yo me guardaría tanto ahora de decirle que no tenía gusto de ir al baile, como en otro caso de manifestarle mi deseo por ir.

—Es decir, que, según eso, no alcanzáis medio...

—Por ahora no; tal vez mañana puede surgir un motivo cualquiera que pueda yo aprovechar; pero por el momento lo veo imposible.

—Adiós, Clara—dijo, de repente, Monteferro.

—¿Os vais ya?

—¿No habéis oído un pequeño silbido? Vuelve vuestro padre.

—Adiós, Orso, adiós.

Clara pronunció estas palabras con gran precipitación y cerró la ventana. Orso se separó. A los pocos pasos se encontró de frente con un hombre que venía a paso lento y envuelto en una larga capa. Era don Juan de Colmenar, que volvía a su casa. Sin apenas mirarse, y ambos embozados, pasaron el uno por el lado del otro. Fontanellas, al ver llegar a su amigo, le dijo:

—¿Va al baile?

—¡Irremisiblemente!—respondió Monteferro a secas y con el acento del más profundo pesar.

Los dos amigos se alejaron de aquel sitio, dejando otra vez la calle desierta.

Por el momento, Orso sabía que Clara iba al baile y que había de evitar, fuere del modo que fuere, que pusiese allí los pies, so pena de correr inminente peligro de perecer entre las llamas del colosal incendio que presagiaba su corazón y que había de callar, por exigirlo así los intereses de la Hermandad de la Muerte.

CAPITULO VIII

Llegó el domingo por la noche. Las diez era la señalada para empezar el baile.

Bien pronto los salones fueron llenándose de invitados, y la orquesta comenzó a ejecutar sus melodías. La fiesta prometía estar animada. La elegancia y el buen gusto reinaban en aquel lugar.

En tanto que en el palacio la gente se divertía, un grupo de hermanos mayores entraban sigilosamente en los bajos del palacio para poner en ejecución la orden recibida.

* * *

La condesa de Fiorerosa en el baile, más bien que simple condesa, parecía una reina en medio de su corte. Sentada en uno de los magníficos sillones de terciopelo carmesí que decoraban entre otros lujosísimos adornos el salón principal, vestida con un traje de raso azul al gusto de la época y bordado de flores de plata, con una pequeña diadema condal que coronaba su tocado, estaba verdaderamente hermosa, y el brillo que la rodeaba oscurecía el mérito de las otras damas, que la miraban con envidia, así como atraía las miradas de todos los caballeros, que la contemplaban con deseo.

Y eso que la condesa no era un prodigio de hermosura.

Tenía ya treinta años, y en su rostro, que no conservaba aquella frescura y aquel encanto de la juventud, se descubrían señales de largos sufrimientos, que no eran bastantes a ocultar ni la perfecta y robusta constitución de que gozaba ni el desahogo con que entonces vivía.

Pero en ciertas mujeres y para ciertas fisonomías esas huellas del dolor son todavía un nuevo atractivo que seduce al contemplarlas.

Así, para sustituir a la de Fiorerosa en la general atención aquella noche era precisa una de estas tres cosas en la mujer que tratara e reemplazarla: una hermosura sobrenatural, la calidad de una princesa o de una reina, o bien un lujo extraordinario y verdaderamente deslumbrador, y aun éste no bastaría sin un físico por lo menos como el de la condesa.

Al poco tiempo de empezado el baile, un rumor general en

la concurrencia dió la señal de que la condesa tenía ya una rival en la fiesta. Todas las miradas se dirigieron a un punto.

Acababa de entrar en el salón una pareja compuesta de un caballero de unos cincuenta años y una niña de dieciocho. Ella vestía traje blanco, sin otro adorno que una guirnalda de flores que sujetaba las doradas trenzas de sus cabellos y una sarta de perlas que parecían engastadas en el nácar de su purísimo cuello. Su nombre era el de Clara de Colmenar, y aquél asolapadamente corrió de boca en boca de los concurrentes.

En un ángulo del salón, y como esperando turno para ofrecer sus respetos a la bella señora de la casa, rodeada, como antes hemos dicho, de una verdadera corte, estaban dos caballeros: uno de mediana edad, simpática fisonomía, serena mirada y al parecer con la mayor calma, y otro más joven, de rostro varonil, de marcial y apuesto continente, y clavada la vista en el suelo, como profundamente abismado en algún triste pensamiento.

El primero era el marqués de Tamarit; el segundo, Orso de Monteferro, quien en el acto de oír el dulce nombre de su amada, se precipitó instintivamente, y como atraído por un poderoso e irresistible imán, hacia el punto donde las miradas de todos se dirigían, que era donde bella y hermosa como nunca estaba Clara.

Esta, al pasar, levantó por vez primera los ojos, y su confusa y vacilante mirada se encontró con la sombría y triste de su amante. Clara palideció, y bajando instantáneamente los ojos, siguió al lado de su padre y hacia el sitio donde estaba la condesa.

El efecto que produjo en Clara la vista de Monteferro es fácil de imaginar. Orso le había dicho la pasada noche que no iría al baile; con este motivo principalmente, exclusivamente deberíamos decir, puesto que Orso no le expuso otro, le suplicó que no fuera, mostrando grandísimos recelos por ello y un empeño harto visible en evitarlo; y, sin embargo, Monteferro estaba en el baile...

¿Qué sería, qué podría haber motivado, primero, el empeño de Orso, y luego su presencia en aquella misma fiesta, para él de tan mal agüero? En vano trataba de explicárselo la pobre Clara.

Desde el punto en que Orso vió a Clara en el salón, el suntuoso palacio de la Fiorerosa no le pareció ya tal palacio, sino todo un infierno ardiendo en vivísimas llamas; y en medio

del horrible fuego que abrasaba a tantos condenados, su imaginación, presa de tan horrible idea, le presentaba un ángel del cielo gritándole socorro e implorando su auxilio en ayes dolorosos.

Clara y su padre llegaron al sitio donde estaba la condesa. Esta, al verlos, se levantó de su asiento, adelantando dos pasos para recibirlos.

—Señora condesa—dijo Colmenar—, tengo el honor de presentaros a mi hija Clara.

—Y yo un sumo placer en recibirla. Ya más de una vez proseguió la condesa—había oído celebrar la belleza de esta señorita, y con todo y la honra que con haberla traído os debo esta noche, todavía tengo que reñiros, don Juan, por no haberlo hecho antes.

Clara, confundida por los finos elogios de la condesa, se limitó a inclinar levemente la cabeza, sin responder a ellos una palabra.

—Mi hija ha vivido hasta hace poco en el convento que rige la hermana de su madre, y no debéis extrañar que tan pronto no la haya presentado al mundo. Sin embargo, y esto es una prueba de que yo me anticipé al honor que le tenéis reservado, es vuestra casa una de las primeras que visita.

—Os doy gracias por tanta distinción—repuso la condesa—. Y vos, señorita, tened la bondad de sentaros aquí a mi lado.

—Gracias, señora—dijo Clara, sentándose en el sitio que le señalaba la condesa.

La impaciencia de Orso, que no apartaba la vista de Clara, crecía por momentos. Las doce era la hora convenida para dar el golpe, y esa hora se adelantaba con horrible rapidez en la imaginación de Monteferro, por lo que le dijo a Tamarit:

—Señor marqués, dispensadme la pregunta que no quisiera tradujeseis por un exceso de libertad que me tomo con vos. ¿Pensáis retardar mucho mi presentación a la condesa?

—¡Ah! Ya entiendo... Las pocas horas que faltan... queréis aprovecharlas.

—¡Precisamente!—dijo Orso, haciendo un esfuerzo superior para ocultar el motivo de su ansiedad.

—Vamos, pues.

Y los dos caballeros se dirigieron al sitio donde estaban Clara y la condesa.

A Monteferro le temblaban las piernas, y todo su cuerpo tiritaba como si de repente le hubiese cogido un frío general.

Tamarit dijo, saludándola y haciendo extensiva la cortesía a Clara:

—Condesa, tengo el honor de presentaros a este joven extranjero e íntimo amigo mío.

—Bien venido, caballero—respondió afectuosamente la condesa, mirando a Orso.

Clara bajó la vista al suelo.

—Es italiano y ha servido con nuestros tercios en aquel país.

—Cuya honra, señora, no sé yo cómo pagar—interrumpió cortésmente Monteferro—. Me llamo Orso de Monteferro, y soy corso.

—Conozco el nombre de vuestra familia, y lo tengo en el aprecio que se merece.

Estas palabras de la condesa llenaron de satisfacción a un tiempo a Clara y a Monteferro: a la primera, porque amando como amaba a Orso, sin conocer sus títulos ni su origen, y si solamente por la nobleza de sus acciones, se complacía al oír el elogio tan desapasionado que la condesa hacía de su nombre, y al considerar, por lo mismo, que el hombre a quien había concedido su amor era digno de él; y a Monteferro, porque el tono que la condesa empleó en sus palabras fué una luz que empezó a presentarle fácil y expedito el poco antes escabroso camino de sus averiguaciones.

—¿Y hace mucho tiempo que estáis en Barcelona?—prosiguió la de Fiorerosa.

—Hace ya mucho tiempo.

—Debisteis saber entonces, mucho antes de ahora, que existía aquí la casa de una paisana vuestra...

La condesa acompañó estas palabras con una mirada a Orso que para nadie, sin embargo, pudo ser inteligible sino para él.

—Sí...—contestó confuso: en efecto, lo sabía...

—Y no obstante, no habéis tenido hasta hoy la complacencia de venir a verla...

Esta fina reconvención de la condesa acabó de despertar en Orso toda la esperanza que poco antes había concebido.

—Después de agradecer esa reconvención que tanto me honra, debo deciros en descargo mío que antes lo procuré...

—respondió Orso, mirando a su vez a la condesa y dándole a entender que comprendía su intención.

—No tengo noticia—dijo sencillamente la de Fiorerosa.

—No hace, pues, dos días

—¡Ah! Estaba yo fuera de Barcelona; mas, en fin, no es tarde—repuso la condesa con toda intención.

«¡No es tarde!—repitió Orso para sí—. ¡Quiera el Cielo que no sea tarde!»

Y es efecto de estas palabras se pintó de tal manera en su fisonomía, que Clara, que cien veces levantó la vista a su rostro, bajándola en seguida otras tantas al suelo, no pudo menos de notarlo con cierta extrañeza. Monteferro era seguramente la mejor figura de hombre que había en el baile; pero este efecto que notó Clara con los ojos del amor, pasó inadvertido a la condesa, que en aquel momento separó su atención de Monteferro para fijarla completamente en otro caballero que a saludarla venía.

Era éste el señor de Margarit o el ermitaño, o bien el presidente de la Hermandad de la Muerte.

Rato hacía que la condesa aguardaba este momento, y la vista microscópica de Margarit pudo descubrir bien en su rostro las señales de su impaciencia y la satisfacción que sentía al verle llegar hasta ella.

—Señora condesa—dijo Margarit ya delante de ella—, tengo el honor de presentaros mis respetos y mi consideración más distinguida.

—Y yo, un verdadero placer al recibirlos de tan cumplido caballero—contestó la condesa.

—Os doy infinitas gracias por haberos acordado de mi humilde persona para esta fiesta.

—Pensé en honrar mi casa esta noche con lo más selecto de Barcelona, y ya veis que debía acordarme de vuestro nombre.

—Vuestra bondad suplió en este caso los títulos que para ello me faltan.

—No os hagáis el pequeño, señor de Margarit, con quien *sabe* como yo cuáles son y lo que valen vuestros títulos...

A estas palabras, Margarit no supo por lo pronto qué contestar. ¿Qué sabía la condesa respecto de él, fuera de lo que era conocido en toda Barcelona? La condesa, además, acompañó sus expresiones con una tan significativa mirada, que acabó de confundirle. Reponiéndose, empero, de pronto, dijo, afectando la mayor serenidad y prescindiendo por completo del tono y al mirada de la condesa:

—Repito, señora, que mis mejores títulos para este caso están en vuestra amabilidad.

La de Fiorerosa comprendió que Margarit se hizo el indiferente a sus primeras indirectas, y esto, lejos de desvanecer su primera sospecha, acabó de afirmarla más en ella.

—¿Habéis visto ya mis salones?

—Apenas he tenido tiempo sino de ponerme a vuestras órdenes; pero, por lo poco que he podido ver, la fiesta de esta noche afirma más y más la buena opinión de que gozan todas las que dais en vuestra casa.

—Sed, pues, mi caballero, y yo iré con vos a recorrerla.

Y diciendo esto, se levantó de su asiento.

—Me hacéis demasiado honor, señora—dijo Margarit, ofreciéndole el brazo.

La condesa lo tomó, y luego, dirigiéndose a Monteferro, le dijo:

—Vos, entre tanto, ocupad mi asiento.

Monteferro no sabía lo que le pasaba. Ya el lector recordará que Clara estaba sentada al lado de la condesa. Esta prosiguió con toda intención:

—No con todo el mundo tendría yo deferencia semejante...

—Sabe Dios, señora, que os la pago con toda la gratitud de mi corazón.

La condesa indicó a Orso con la mano el asiento que aquélla ocupaba, y éste se sentó al lado de Clara. Pasaron unos momentos sin que ni uno ni otro se dejaran una palabra. Orso, sin embargo, dijo para sus adentros, al marcharse la condesa del brazo con Margarit: «Esta mujer es un ángel o un demonio.» En cuanto a Clara, hubiese de seguro abrazado a la condesa.

—He aquí una mujer a la cual es preciso querer por fuerza desde este momento.

—¿Tan agradecido le estáis?—respondió Clara.

—¿Y me lo preguntáis vos? Habréis extrañado verme en el baile.

—Podéis presumirlo, ya que yo no os esperaba veros, apoyándome en lo que anoche me dijisteis. ¿No conocéis a la condesa?...

—Ya habéis oído vos misma mi conversación con ella.

En tanto que los dos enamorados aprovechan todo el partido que la ocasión les ofrece, vamos nosotros tras de Margarit y la condesa, pues a bien seguro que habremos de desembarcar a un mar de confusiones al principio; pero luego iremos aclarando los puntos oscuros que se nos presenten.

CUARTA PARTE

DEUDA SALDADA

CAPITULO PRIMERO

Así que se separaron del sitio que ocupaba la condesa, ésta y Margarit se encontraron en una de esas situaciones embarazosas, tan frecuentes entre dos personas cuando por medio de rodeos y no directamente han de ir a parar a un punto de marcado interés.

Junto a la ancha puerta de la escalera, que bajaba al jardín, había una sala menos frecuentada que las primeras y allí la condesa desplegó, digámoslo así, las primeras guerrillas para el ataque que proyectaba.

—Señor de Margarit, no contaba, a pesar de mi invitación, tener el gusto de veros por acá, pues francamente no esperé que nos invitara.

—Ya veis, pues, que me tenéis aquí.

—Tenía motivo para sospechar que vendrías a este baile. ¿Sabéis el motivo de esta fiesta? Pues ha sido un objeto la celebración de haber entrado el virrey en el camino que tanto tiempo le señalaba su deber, como fiel vasallo y servidos de Felipe Cuarto, y la voluntad del conde-duque de Olivares, su ministro.

—Vivo bastante retirado y ajeno a la política para ocuparme de la marcha del Gobierno y sus agentes—dijo Margarit.

—Ya sabéis el porqué del baile... Ahora necesitaré deciros también por qué creía que no asistiríais vos.

—No comprendo...

—Os lo diré. Creí que no asistiríais precisamente porque se daba con este objeto; mas veo que en la apariencia confieso que me engañé, no así en el fondo.

—Pero....

—Yo debí haber pensado que vos, cuyo talento ha sabido

en el Principado, vendríaís a este baile por no señalaros, si- quiera aborrecieseís el motivo con toda vuestra alma.

—Pero, señora, quisiera que explícitamente me dijeraís en qué fundáís todo eso que me ofendería quizá de boca de otra persona que no fuese vos.

—Os lo diré; pero antes permitidme que os felicite por una cosa, y es por el extremado tacto con que sabéis conducirlos.

—Decid, decid, señora; que yo, repito, os escucho hasta que llegue el momento en que, siendo completamente explícita, pueda responderos sin rodeos.

—Bien, sigo. He dicho que tenéis un finísimo tacto y os felicito por ello, porque sólo así pudisteis ponerlos al abrigo de toda sospecha y trabajar, por consecuencia, libremente en la obra que habéis emprendido.

Una ligera sonrisa se deslizó en este momento por los labios de Margarit.

—Podéis sonreiros, no le hace; yo sé que en vuestro interior aceptáís, pues que es justa, mi felicitación, así como sé que, partiendo de mis labios, os da más bien miedo que otra cosa.

Margarit prometió hábilmente no responder a la condesa hasta que la conversación llegase a cierto punto, y esto le evitó el compromiso de tener que contestar sin saber qué decir a ciertas palabras, como hubiera sucedido en este mismo momento.

—Aunque esto último—prosiguió tenazmente la condesa—, el miedo, podéis alejarlo por completo. ¡Ya vos sabéis que yo no delato!... Pues creo que me hayáís tenido por todo lo del mundo, meñes por delatora. ¿Os acordáís de la muerte del capitán Martín Andal?

—¿Martín Andal?...

—Sí, que murió asesinado... por haberme revelado la existencia de una Sociedad secreta tan hábilmente organizada, que me dió mucho que pensar para descubrir el origen de ella; quiero decir la cabeza que la había promovido y la regía después.

—¿Y disteis con ella?...

—Sí—dijo resueltamente la condesa.

—Eso hace todo el elogio de vuestra sagacidad y de vuestro talento.

—Pues sabiendo yo eso de la Sociedad, el Gobierno lo ha ignorado hasta el otro día.

—Que se lo habéis revelado—añadió Margarit, que, sin perder su aplomo, iba, no obstante, tomando parte en la conversación.

—Sí; el Gobierno, con saber a secas la existencia de una Sociedad secreta en Barcelona, no sabe nada; pero tiene motivo suficiente para reprender fuertemente al virrey que la ignoraba, y hacer que éste se decida a entrar en la senda del rigor que el pueblo necesita...

—Del rigor que el pueblo necesita..., ¡es verdad!

—Sí, señor de Margarit—repuso la condesa con acento concentrado—; para levantarse de una vez y hacer pedazos el látigo con la mano que lo castiga...

Margarit estaba asombrado oyendo las palabras de la condesa.

Con la seducción que ésta tenía en los ojos y en los labios, con la simpatía que sabía inspirar, y sobre todo con el acento de verdad que supo imprimir a sus últimas palabras, cualquiera que hubiese tenido menos aplomo, menos sangre fría que Margarit, se hubiese visto insensiblemente arrastrado por tan poderosas fuerzas. Pero el presidente de la Hermandad de la Muerte ni olvidaba esta condición, ni menos dejaba de ver un momento en la condesa de Fiorerosa a la enemiga declarada de su partido, a la que excitaba al rigor al virrey, a la que pagaba a los paisanos para que a su voz se levantasen en un momento dado en los pueblos del Principado, y, por último, a la que tenía el atrevimiento de dar un baile aquella misma noche, en celebración de un acontecimiento que lloraba el pueblo con lágrimas de dolor. Pero queriendo que llegase al último punto de su objeto, dijo:

—Según eso..., vuestros afanes y el objeto que generalmente se les atribuye...

—Son diametralmente opuestos, a lo que parece.

—Entonces, grave injusticia os hace el pueblo al juzgaros como os juzga—dijo irónicamente Margarit, que no tenía inconveniente en usar ciertas palabras, atendido lo cercano que se hallaba el momento en que todos los hermanos de la Muerte debían aparecer a la luz del día luchando en defensa de la patria.

—Ya sé que el pueblo, que no juzga más que por apariencia, me juzga así. Día llegará en que me juzgue de otro modo. Eso no corre prisa. Lo que yo necesito ahora es que empecéis vos por rectificar vuestra opinión acerca de mí.

—Y ¿qué os importa mi opinión en este punto?

—Mucho.

—No comprendo.

—Es que sin vuestra opinión me veo privada de seguir con la ayuda que yo necesito en mis proyectos. Y voy a pedir os una cosa que está al alcance de vuestras manos: admitidme como hermano de vuestra Sociedad.

—¡Señora!—dijo asombrado Margarit—. ¿Por quién me tomáis, condesa?

—Por el hombre de talento que ha sabido organizarla y que es su presidente.

—Perdonad, condesa. En este punto nuestra conversación no puede continuar. No sé a qué género pertenece la broma que habéis tenido la bondad de darme; pero si diré que versa sobre asunto harto delicado para no poder ocasionarme graves disgustos mañana. Dispensadme que así os hable; pero vos comprenderéis perfectamente que yo trate de evitar un compromiso de esta especie, cuyo motivo, siendo en sí una tontería, lo harían de suma gravedad las circunstancias en que se encuentra hoy el Principado.

La condesa miró un momento a Margarit y dijo, con el acento del más vivo pesar:

—No esperaba, señor de Margarit, que hicierais semejante injusticia a mi conducta con vos, ni menos que vuestro buen talento no saliese del círculo del vulgo para juzgarme.

Estas expresiones, dichas como las dijo la condesa, hicieron esta vez un efecto indecible en Margarit.

—Pero, señora, tened la bondad de juzgar las cosas desde mi lugar, y veréis que no merezco esa reconvención por parte vuestra. Yo creo cuanto me habéis dicho de vos; creo, por más que no lo parezca, que trabajáis en favor del pueblo cuando excitáis a sus enemigos a que le castiguen con mayor rigor... Todo eso creo, porque vos lo decís, y añadiré francamente que de tal modo lo habéis dicho y de tal manera habéis explicado vuestra conducta, que no es imposible cuanto habéis manifestado; pero se me figura que de eso a hacerme creer de mí una cosa que yo mismo ignoro..., comprended, señora, que hay un poco de distancia.

—Sé que sois el presidente de esa Hermandad porque nadie puede ser sino vos. Estoy de ello íntimamente convencida y desde hace mucho tiempo, pues así que mis sospechas fueron adquiriendo visos de verdad, empecé a practicar diligen-

cias para adquirir pruebas, que vais a conocer. Tengo en mi casa un criado que traje conmigo de Italia y de cuya perspicacia excuso decirnos nada, pues vos mismo conoceréis, por lo que voy a referiros, hasta dónde llega. Le mandé que se informara de vuestra casa, que yo ignoraba, y que procurase tomaros bien de vista. Yo le di para ello nada más que vuestro nombre. Ahora vos sabréis si son o no ciertas las noticias de mi criado ocupado durante mucho tiempo en este delicado servicio. Todos los días me las traía. No os molestaré refiriéndolas todas minuciosamente. Os diré solamente si la noche del veintiuno del mes pasado salisteis de vuestra casa a las once. Decidme si es verdad.

—Sí.

—Fuisteis a la Catedral. Mi criado observó que por la misma puerta del templo por donde habíais entrado penetraron antes y después que vos varios hombres que con mucha cautela venían por la calle del Obispo. He aquí por qué yo colegí que tendríais sesión aquella noche y en aquel sitio. Vos ahora sabréis si la tuvisteis o no.

A pesar de que la condesa no podía decir casi más a Margarit, éste permanecía afectando la mayor sangre fría, encogiéndose de hombros a las últimas palabras de aquella.

—Ahora bien, señor don Pedro: yo supe eso a las doce y minutos de la noche, cuando todos vosotros estabais dentro. ¿Y no os choca que un enemigo al parecer tan encarnizado como yo del partido de los Narros no diese inmediatamente parte al virrey, que tenía tiempo de sobra para haberos cercado y cogido luego infaliblemente dentro de la Catedral?

Verdaderamente, la condesa no podía presentar a Margarit otra prueba mejor que ésta para sincerarse en su opinión de la fama que el vulgo le daba.

—Después de esto—añadió la condesa, haciendo un ligero guiño—, mi criado, siguiéndoos la pista, ha adivinado que pasabais largas horas en una ermita de Montserrat, y que desde allí dictabais órdenes para los hermanos mayores.

Margarit palideció. Este efecto no pasó inadvertido a la condesa, que continuó tenaz e impasible:

—Ya conocéis que, después de lo que acabo de manifestaros, sería ridículo por vuestra parte el obstinaros en negarme por más tiempo lo que veis sé tan perfectamente.

En verdad que hubiera sido ya ridículo para Margarit con-

tinuar negando lo que la condesa le había presentado tan claro como la luz del día. Así, exclamó de una vez:

—Pues bien, señora: yo soy ese ermitaño y el presidente de esa Sociedad secreta que se llama Hermandad de la Muerte. Me conocéis. Sé que sois nuestra mortal enemiga, y a esta hora no me importa que estéis iniciada en secretos que dentro de breve no lo serán ya para nadie... Oid: sabed que aquí, en vuestra misma casa, donde habéis tenido la desgraciada ocurrencia de reuniros para insultar con vuestro lujo al pueblo que desangráis, aquí os tengo presos a todos, y que a una sola señal mía veriais esas ricas alfombras convertidas en un lago de sangre, y en montón de cenizas y escombros esos dorados techos y magníficos tapices...

—Pero deteneos un momento y decid: ¿por qué cuando yo hubiera podido perderos en la Catedral no lo hice? Porque comprendí que trabajabais por la misma causa que yo. ¿Por qué después, cuando supe que erais vos el ermitaño, y éste el presidente de la Hermandad, no sólo no os descubrí, sino que hice matar al criado que había descubierto vuestro secreto, temerosa de que pudiese revelarlo?

Estas razones empezaban a hacer cierto efecto en el ánimo de Margarit. No obstante, contestó también, como la otra vez, con la misma sequedad:

—Vos lo sabréis.

—¿Por qué, lejos de querer ocasionaros el menor daño, hubiese dado todos mis tesoros para ayudaros?

Entonces Margarit recordó, al oír la palabra *tesoros*, la carta que aquella misma noche había recibido, y dijo a la condesa:

—¡Si los hubieseis derramado, como los derramáis ahora, en reclutar gente en Santa Coloma y demás pueblos inmediatos!...

—¿Quién os ha dicho eso?

—¿Hacéis esta pregunta al presidente de la Hermandad de la Muerte?

—Es que os han informado bien. Es cierto.

—Y esa gente a la cual se ha prometido el saqueo...

—También es verdad—dijo firmemente la condesa.

—Estará alistada para favorecernos en un día dado—observó irónicamente Margarit.

—Vos lo habéis dicho. Eso es.

—Voy a hablaros con franqueza, y uso de esta palabra en

su verdadero sentido, porque así conviene en este momento. Vos me dispensaréis asimismo que, al punto en que hemos llegado, prescindamos con vos de las consideraciones que en otro caso vuestra calidad y vuestro sexo me impondrían como caballero. Aquí, el uno frente al otro, desaparecen en este momento la condesa de Fiorerosa y Margarit para dejar por completo el lugar a la agente del conde-duque en Cataluña y al presidente de la Hermandad de la Muerte. Bajo este concepto oíd mis últimas palabras, condesa.

—Decid.

—Vos comprendéis que yo no he de ser tan cándido para fiarme de lo que vos digáis, por la sola consideración de que sois vos quien lo dice... Yo que necesito una garantía que me asegure de la verdad de las intenciones que me habéis manifestado.

—Estáis muy en vuestro lugar al exigir esto de mí; pero por lo pronto no puedo daros otra seguridad que la de mi palabra a secas.

—Dispensadme, pero comprenderéis que no basta. ¿Podéis darme otra garantía?

—Sí, y de tal naturaleza que enmudeceríais de seguro ante ella entregándoos a mí por completo.

—Dádmela, pues.

—Os he dicho que no puedo por ahora.

—Ved, condesa, que si es cierto lo que me decís, os pesará dentro de una hora.

—Ved, don Pedro, a vuestra vez lo que hacéis, para que luego no os arrepintáis de no haberme atendido. Asaltad con los vuestros mi palacio para vengar las ofensas del pueblo en los tiranos que encierra; reducidlo si queréis a cenizas. ¡No importa! ¡En medio de la catástrofe veréis cómo se levanta sobre todos vosotros y quién es la condesa de Fiorerosa! Pero si por la precipitación con que obráis se malogra la empresa, cosa que puede muy bien suceder; si precipitando el golpe no me dais tiempo de reunir mis elementos, entonces, don Pedro, preparaos a sinceraros de los terribles cargos que más tarde voy a dirigiros.

—¿Me dais la garantía?—preguntó por última vez Margarit.

—Hoy, no.

—Adiós, condesa, y que caiga sobre vos toda la responsabilidad.

—Adiós, don Pedro, y preparaos a responder de ella.

En esto dieron las once en el magnífico péndulo que había en el salón principal. Al oír la hora, Orso, que estaba hablando con Clara, dirigió la vista a la labrada esfera y exclamó:

—¡Las once!

—¿Qué tenéis?—preguntó Clara, sobresaltada.

—No os mováis de este mismo sitio, Clara, os lo suplico; ya sabréis luego por qué.

Y levantándose de repente, se dirigió en busca de la condesa por los salones.

CAPITULO II

La pobre Clara, con el nuevo exabrupto de Monteferro, quedó estupefacta y clavada en su asiento.

Orso atravesó los salones por ver si daba con la condesa.

En breve llegó Monteferro a la última sala, donde estaban la condesa y Margarit, que acababan de separarse. Este último se encontró al salir con Orso, que entraba en la sala. Al verle le tendió la mano, diciéndole en voz baja:

—¡Preparado!

Orso palideció mortalmente, poniéndose a temblar como un azogado.

«¡Ya decía yo—exclamó para sí—que no tendría tiempo de nada!»

Y recorrió con mayor ansiedad la sala en que estaba.

Vió a la condesa. Dirigióse derechamente a ella, procurando, aunque en vano, contener la emoción que sentía. La condesa, al verle, se le adelantó, diciéndole:

—¡Cómo! ¿Habéis dejado el sitio que os cedí?

—Para venir a encontraros, señora—dijo Orso, no queriendo desaprovechar un tiempo precioso.

—Dadme, pues, el brazo, y sustituiréis al caballero Margarit.

Monteferro fué presentado por la condesa a varios personajes que se hallaban en el local; entre ellos, a Colmenar y Monredón, quienes quedaron mudos al oír Orso Monteferro; luego, con una excusa vacía de sentido, se retiraron a

una sala lejana del palacio y estudiaron el modo que fuese más conveniente de hacer desaparecer al joven corso, ya que si éste supiese algún día que ellos fueron quienes causaron la muerte a su padre, Orso Monteferro, y a su tío Paolo, así como la deshonra de Teresa, su madrastra, había de querer —como es lógico—vengar tales agravios en sus personas, cosa que había de evitarse a toda costa, tomando la delantera en tal sentido.

* * *

El presidente de la Hermandad de la Muerte se alejó profundamente afectado después de su conversación con la condesa.

A eso de las doce, pensaba Margarit dar la señal para el golpe, esto es, para el incendio; pero al separarse de la condesa, pensó adelantar la hora, creyendo que, pues ella sabía ya cuanto podía, saber, no debía demorarse más.

Así lo indicó claramente cuando, al pasar por delante de Monteferro, le tendió la mano, dándole la voz de *prevenido*, que heló la sangre en las venas al hijo, que no podía vengar a su padre, y al amante, que tal vez no podría salvar la vida a su amada.

Margarit bajó rápidamente a la calle. Eran las once y cuarto. Pocas personas vió, por consiguiente, a su alrededor. El público curioso se había ya retirado de ante el palacio, que lucía espléndidamente alumbrado. Margarit se acercó a donde se hallaba Fadri y le dijo:

—Poca gente se ve todavía...

—No es la hora designada, ya que hasta las doce...

—Pensaba, no obstante, adelantar el golpe, pues ese diablo de mujer lo sabe todo.

—¡Cómo!—dijo sobresaltado, Fadri—. Pero ¿lo de esta noche también?

—Eso se lo he dicho yo...

—Ahora os comprendo menos, señor.

—No hay miedo por eso; del modo como lo tenemos, lo más que podría suceder es que se delatase ahora que tenemos un gran plan para esta noche; ya ves que al primer síntoma de delación que notásemos daríamos el golpe sin que pudiesen prevenirlo. Todo consistirá en que habría más o menos gente en los primeros momentos, pues luego acudirían instantáneamente todos los nuestros. Lo sabe todo.

—¿Además de lo que le reveló Martín Andal?

—Sí; sabe que yo soy el autor de la Sociedad y su presidente, y la reunión de la Catedral, y que voy a la cabaña de Montserrat, donde sustituyo al ermitaño cuando me conviene; en fin, todo.

—Es preciso concluir con ella.

—Poco a poco. Porque entre las mil cosas que pienso en este momento, me ocurre una que, por extraña que sea..., quién sabe..., a veces...

—Decid, si es que puedo yo saberlo...

—Si puedes saberlo, y eres tal vez la única persona que pudiera dar una luz sobre esto. Entre otras cosas que me ha dicho la condesa y que me han admirado verdaderamente, la que mayor impresión me ha hecho es la de que ella no es amiga del Gobierno y sí del pueblo.

—Se necesita toda la poca vergüenza y toda la desfachatez de la persona que se atreve a dar un baile con el objeto y el motivo que tiene el de esta noche.

—Pero no es todo todo, pues me ha dado razones tan poderosas, que casi me han probado lo que me decía.

—¿De que ella no era amiga del Gobierno?

—Y de que trabajaba para que el pueblo, llegando al colmo de su irritación, se levantase un día; pero la condesa sabe todavía otra cosa, y es quién tiene el puñal que tú no encontraste ya en el sitio donde lo escondió don Juan.

Fadri, al oír esto, se quedó con la boca y los ojos abiertos expasmóticamente. Tras una pausa, Margarit añadió:

—Cuando le he dicho que si no me daba en el momento una garantía que me asegurase de la verdad de sus palabras, dentro de pocos momentos iba a convertir en un lago de sangre aquellos salones y a reducir tal vez el palacio a cenizas, pues que el edificio estaba ya tomado por mí, me ha respondido que en ese caso se levantaría ella también, poniéndose a nuestro lado, y que todos, incluso yo, la respetaríamos y hasta la acataríamos con sola una palabra que pronunciase.

—¿Quién es entonces esa mujer?

—Lo mismo me pregunto yo, Fadri. ¿Quién es esa mujer? ¿Tú conocerías a doña Juana?

—¿Qué decís?—preguntó Fadri, sobresaltado ante semejante pregunta.

—Si conocerías a doña Juana...

—¡Ya lo creo que la conocería!... ¡Aunque se disfrazara,

de qué os diré, de obispo, la conocería yo!... Ella me conocería a mi también... ahora, lo mismo si fuese condesa, como ahora, que si fuese reina.

—Convendría que vieses a la condesa, que subieses a los salones.

—¿Con mi traje?

—Ve a mi casa, vístete con un traje que te venga bien, y vuelve.

—¿Vos me aguardáis?

—Aquí mismo; si no me encuentras en este sitio, espérame.

Fadri partió volando. Margarit se quedó en la calle, paseando embozado por el sitio más apartado y reflexionando sobre el presentimiento que tenía.

.....

Mientras éste aguarda a Fadri, volvamos un momento a ver a la condesa y a Monteferro.

Orso tenía ya, con la conversación que la de Fiorerosa había entablado con el alguacil y Colmenar, el camino trillado para ir derecho a su asunto. Apenas se vió con la condesa, exclamó:

—Dispensad mi franqueza, señora; pero me molestaba sobre manera la presencia de esos hombres.

—Ved, pues, que al uno principalmente estáis en la obligación de quererle, pues es padre de la mujer que amáis.

—Y ¿quién os ha dicho...?

—¿No es cierto que la amáis?—Orso se limitó a mirar al suelo; la condesa añadió—: Me place que hayáis tenido tan buena elección; vos la mereceis, así como ella os merece a vos.

—Condesa, ¿sabéis por qué estuve a veros el otro día que no os encontré y por qué he venido esta noche a este baile?

—Sí.

—Vos, al parecer, sabéis quiénes son los asesinos de mi padre.

—No.

—Entonces...—exclamó Monteferro, sobresaltado y mirando con desconfianza a la condesa.

—Pero puedo encontrar medio de descubrirlos, si bien no es éste el momento preciso ni el lugar a propósito. Volved a verme mañana y hablaremos.

—¡Será tarde, señora...!

—¿En qué concepto? Decid.

—¿En qué concepto?—preguntó, vacilante, Monteferro—. ¡En concepto de que mañana yo no existiré!...

—Entonces, os lo juró, vengaré yo a vuestro padre—repuso secamente la condesa.

—Es que a vos, ¿qué os importan los asesinos de mi padre?

La condesa volvió a sonreírse con igual amargura que antes, y sus ojos brillaron de nuevo con aquel mismo siniestro fulgor.

—En fin, condesa, ¿podéis o queréis darme ese medio?

—Ya os he dicho que hoy no puede ser; aguardad a mañana y hablaremos sobre ello.

Bien hubiese querido la de Fiorerosa revelar con una sola palabra todo el secreto que Orso deseaba tan ardientemente descubrir, entregándole a la vez el puñal en que consistía todo el legado de su padre; pero la detenía una grave consideración.

Había observado y conocido el amor que Orso profesaba a Clara; aquél le había dicho poco antes, cuando con toda intención se lo preguntó, que amaba a ésta tanto, que daría por su amor hasta su misma existencia; y ¡cuán triste había de ser la situación del joven amante, cuál su desesperación al abrir el fatal secreto del arma que le legó su padre para leer la terrible sentencia que él mismo tenía que ejecutar en el de su amada!

La condesa comprendía esto, y se tomaba tiempo, si no para salvar semejante alternativa, para minorar su efecto en el ánimo de Monteferro.

En este momento dieron las doce. Orso lanzó un grito, y varios caballeros acudieron a ver lo que sucedía. Orso se serenó de repente.

—No es nada, señores; tengo una herida en una pierna, senté malamente el pie y me ha hecho dar este grito... Mil gracias; dispensadme, que no es nada... Ya lo sé de otras veces...

—y diciendo esto, corrió al lado de Clara, exclamando en su interior—: ¡Al menos, vamos a salvar a Clara!

A su lado volvió a sentarse, y aguardaba la primera señal de la catástrofe para arrebatarla fuera de aquel sitio.

En tanto, Margarit, que veía cómo se concentraba alrededor del palacio la gente por su orden allí citada, esperaba en la referida esquina la vuelta de Fadri. Este no se hizo esperar.

Un ruido descompasado de botas y espuelas, como si la persona que las llevaba tratara de sacudir las al lanzar el pie, hi-

rió los oídos de Margarit, y al volver la cabeza se encontró ya a su lado con Fadri hecho todo un caballero.

—¡Perfectamente!—exclamó—. Ahora, arriba, porque han dado ya las doce y no hay tiempo que perder.

—Me van a conocer...

—¿A ti?

—No hay nadie en él que me conozca, aunque fuera con mi propio traje; y además, que por un raro caso he tenido la precaución de ponerme esta barba, que me desfigura el rostro por completo.

—Si alguien te pregunta, eres un caballero aragonés que vives retirado en tus posesiones.

A continuación ambos se cogieron del brazo y entraron con la mayor serenidad en el palacio.

Cuando Margarit y Fadri entraron en el baile, la condesa estaba ya otra vez en el salón principal.

Monteferro, al verla, se levantó, ofreciéndole a su vez el asiento que poco antes le había dejado. La de Fiorerosa, como si nada hubiese sucedido, le dijo:

—Podéis aprovecharlo todavía; yo me encuentro mejor paseando, y vos juzgo que estaréis también mejor sentado ahí.

Monteferro inclinó la cabeza, dejando deslizar por sus labios una ligera sonrisa de verdadero agradecimiento, a pesar de todo; porque, prescindiendo de lo sucedido poco antes, a la amabilidad de la condesa debía entonces la aproximidad en que se hallaba de Clara y, por consiguiente, la mayor probabilidad de poder así salvarla cuando llegase la catástrofe que esperaba por instantes.

«¡Pardiez!», decía Orso para sí, mirando y volviendo a mirar el péndulo y viendo cada vez que la aguja pasaba más allá de las doce. «¡Cómo todavía no!»...

Ya era, en efecto, extraño no ver, después de diez minutos de las doce, arder el palacio en abrasadoras llamas, o, cuando menos, envuelto en una nube de humo, atendida la prontitud y precisión con que se llevaban a ejecución todos los acuerdos, de cualquier género que fuesen, que tomaba la Hermandad de la Muerte.

Lo mismo extrañaban los demás hermanos que en las salas contiguas estaban esparcidos, temiendo, y con fundada razón, que algún agente del Gobierno observase aquellas sombras que se movían alrededor del palacio y diese luego parte a las autoridades; lo cual, si no hubiese evitado, porque del mo-

do como la cosa estaba dispuesta era de todo punto imposible, que estallase el golpe preparado, hubiese cuando menos traído más de un estorbo que hubiera embarazado bastante en los primeros momentos.

Margarit tenía también sus cuidados sobre este punto; así es que, tratando de ganar todo el tiempo posible y llevando del brazo a Fadri, cuyo aspecto y cuya cara, no vista ni conocida de nadie en los salones, llamaban bastante la atención de todos, fijando no poco esta circunstancia la del antiguo bandolero; Margarit, decimos, a fin de dar cuanto antes con la condesa, atravesaba los salones abriéndose paso entre la concurrencia, con más impaciencia tal vez de la que conviene en semejantes sitios.

Poco le importaba por otra parte que su compañero llamase o no la atención. La circunstancia de llevarle él del brazo debía ser, y era, en efecto, garantía suficiente para todos. Pronto se hallaron en el salón principal. Margarit llevó a Fadri a un ángulo del salón.

—¿Veis en aquel extremo, junto a aquel espejo grande, de marco dorado, una señora con otras dos y tres caballeros?

—Sí.

—¿Lleva vestido azul?

—Sí.

Fadri le tenía fija la vista sin pestañear.

—¿Eh?...—preguntó Margarit con la mayor impaciencia.

—Aguardad...—respondió Fadri, medio confuso—. ¡Es ella!

Margarit y Fadri llegaron a la calle. Este último estaba como atontado, como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza con un buen mazo.

—¿Conque ya has visto, Fadri?

—¡No puedo volver a de mi asombro!

—Ahora, como comprendes, debe quedar sin efecto lo de esta noche. Hay que pasar la contraorden. Mientras yo mismo llego a la puerta de los almacenes, recorre tú esa plazuela y los alrededores de la casa.

Margarit y Fadri se separaron. El primero acercó los labios al agujero de la cerradura y tosió tres veces. De la parte de adentro contestaron inmediatamente.

—¡Paz!—exclamó Margarit—, ¡paz!—y se alejó.

Esta voz, como deja traslucir por sí misma, significaba la

suspensión del golpe proyectado y preparado para aquella noche.

Al doblar la primera esquina, el presidente de la Hermandad de la Muerte tropezó con una de las sombras que por aquellos alrededores se veían. El embozado hizo como que estornudaba tres veces, y, contestado que le hubo Margarit, dió a éste la voz de *paz*. Era que, comunicada ya por Fadri, corría de boca en boca entre todos los hermanos. En pocos momentos, la plazuela, como los alrededores del palacio de Fiorerossa, quedaron completamente desiertos. Sin inquirir el origen de semejante contraorden, todos los hermanos se retiraron a sus casas.

—¡No hay nadie ya!—dijo Fadri.

—¿No? Aguarda aquí, que yo subo otra vez al baile, a ver si hablo con ella.

—Aquí espero.

Margarit subió, y Fadri se quedó aguardando.

CAPITULO III

La zozobra de Orso no disminuía con la tardanza del golpe. Extrañaba, sin embargo, que transcurriese tanto tiempo sin que la menor señal lo indicase.

«¡Cómo diablos es esto—decía en su interior—, siendo el acuerdo general y estando preparado para esta noche!... ¡Si se habrá tomado otra resolución!... ¡Parece imposible!»

Aquí recordaba todavía la última expresión de Margarit aquella noche: *prevenido*, y esto, en labios del mismo presidente de la Hermandad, era suficiente para alejar en Orso toda esperanza en este sentido; pero lo cierto era, en medio de todo, que el tiempo transcurría y el golpe no se daba. ¿Habría habido algún entorpecimiento, por causa de un obstáculo material al tiempo de la ejecución?

«Si eso fuese—volvía a decirme Monteferro—; si por este feliz motivo no se efectuase esta noche, mañana tendría tiempo de todo!»

Y su vista, como antes, no dejaba de vagar por todas partes, esperando la primera señal.

De repente apareció en la puerta del salón la grave figura de Margarit.

En la expresión de su fisonomía, Orso creyó descubrir algo... No se explicaba la causa; pero la presencia de Margarit en aquel momento, que bien podía anunciar la proximidad de una terrible catástrofe en aquellos salones, lejos de decirle eso, como debiera con los antecedentes que tenía, le alegró, sin saber, reptimos, la causa.

Es que en ciertas situaciones de la vida, el corazón es el nuncio más fiel del bien o del mal que nos aguarda. Monteferro estaba entonces más intranquilo que nunca. Empezaba a dudar que se llevase a efecto ya el plan preparado. La duda es la madre de la intranquilidad. No pudo con ella permanecer quieto en su asiento, y se levantó para salir al encuentro de Margarit.

Este, que vió en la fisonomía de Monteferro la huella de los horribles sufrimientos de su corazón durante aquella noche, y en antecedentes, por otra parte, como estaba, no necesitó que el joven le dijese el objeto de su ansiedad. Antes, pues, que Orso preguntara, le respondió Margarit. El primero se acercó con esa mirada insinuante que dice más que todas las palabras el deseo que tenemos de alguna noticia, y el último se apresuró a decirle a media voz:

—¡Paz!

Es imposible manifestar la emoción que sintió en aquel momento.

—¡Paz! ¿Qué sucede? ¿Cómo paz?

—Así lo quiere la Hermanad, y así ha de ser.

—Con vuestro permiso, pues—dijo Monteferro en actitud de separarse.

—Adiós, Orso. Id a verme cuando queráis a mi casa.

Y Monteferro, alegre, volvió al lado de su amada, quien no pudo menos de sorprenderse al observar aquel nuevo y repentino cambio. Margarit tendió la vista, y al ver a la condesa sentada a la izquierda del salón, frente a su primitivo sitio, se dijo a sí mismo: «Veremos si consigo hablarle otra vez.»

El baile terminó sin otro accidente que merezca particular mención.

La condesa se retiró satisfecha, por una parte, y disgustada, por otra, de la suntuosa fiesta dada en su casa. Había arrancado a un hombre como Margarit una confesión difícilísima, y esto no podía menos de satisfacerle.

Colmenar y Monredón, meditando en el medio mejor de

librarse de Monteferro, se marcharon con la natural zozobra en que semejante encuentro los tenía y con el ánimo, por otro lado, de continuar bajo la inspiración de la condesa sus buenos oficios cerca del virrey. Sólo dos personas salieron del baile con la dulce memoria que deja una fiesta de este género en los corazones a cierta edad y en determinadas circunstancias de la vida. Estas eran la enamorada Clara y el más enamorado todavía Orso de Monteferro; pero la alegría de Clara no podía durar mucho, pues don Juan supo que Orso hablaba de amor a su hija. Esto por sí solo, tratándose del hijo de aquel Monteferro, era suficiente para disgustarle.

Sin aguardar al día siguiente, sino en el mismo instante que padre e hija llegaron a su casa, aquél llamó a ésta a su gabinete. Clara acudió a la voz de su padre, bien ajena por cierto al terrible conflicto que la amenazaba.

—¿Llamabais, padre?—preguntó con la mayor candidez.

—Sí. Decid—comenzó agriamente Colmenar—: ¿conocéis al galante caballero que teniais a vuestro lado?

Al pronunciar la palabra *galante*, Colmenar dejó notar toda la cólera que sentía. Clara se asustó.

—Sí, señor—contestó.

—¿Y de qué le conocéis?

Aquí la situación de Clara fué en extremo difícil. Salíó de ella, no obstante, como salen todas las niñas en su caso, con una mentira.

—Desde esta noche—respondió—. La condesa me lo presentó, y lo hizo sentar a mi lado.

—Y ¿qué os decía?

—Nada...

—¿Cómo nada? ¿Mentís a vuestro padre?...

—No, padre mío, sino...

—Yo sé el remedio que tengo que poner a todo esto. Yo sabré cantigar vuestro indigno proceder y el atrevimiento de ese infame.

Y Colmenar empezó a dar largos pasos por el gabinete. Clara, en pie, inmóvil y muda como una estatua junto a la mesa, ni a mirar a su padre se atrevía.

Después de algunos momentos, don Juan exclamó:

—Preparaos para volver al convento mañana mismo.

—Como mandéis, padre mío—respondió la pobre niña humildemente.

—¡Para no salir jamás!...

Clara bajó las manos y la cabeza en señal de la más profunda resignación.

—¡Podéis salir!

* * *

Margarit y Fadri llegaron a casa del primero, sin haber pronunciado ni uno ni otro una sola palabra durante el camino.

Don Pedro hizo entrar a Fadri en su gabinete. Ambos personajes hacían hipótesis sobre si la condesa y doña Juana eran en sí la misma persona. Fadri creía que sí; pero no lo afirmaba de un modo categórico.

Dejemos estos personajes para dar paso a otros, y con ellos a otra escena totalmente opuesta, pero no por ello exenta de interés para nosotros. Ana fué al domicilio de Orso de Monteferro y le puso al corriente de cuanto sucedía y que ya sabemos.

Y aquí la doncella relató fielmente a Orso lo sucedido entre Clara y su padre al salir del baile.

—¿Conque al convento?

—¿Esta noche estaréis a la reja?

—¡Ah! No faltaré, Ana, no faltaré.

—Ahora me voy, porque no puedo detenerme mucho.

—Pero aguarda un momento más.

—No puedo. Don Juan se ha levantado ya. Está con un humor de perros. Pienso que poco o nada habrá dormido esta noche.

—¿Tan furioso se halla por eso?...

—Como no podéis imaginar. Así que se levantó, como habíamos convenido con doña Clara, fui yo a decirle que estaba bastante mala y a preguntarle si quería que fuese por el médico. «Ve y vuelve volando», me ha respondido. Conque ya veis que no puedo detenerme.

—Ve, pues, Ana, y dile de mi parte que no desmaye, que la quiero más que nunca..., que..., en fin, Ana, hasta la noche.

—Hasta la noche.

La doncella siguió su camino y Orso volvió al lado de Fontanellas.

—Qué hay—le preguntó éste.

—Don Juan me vió esta noche hablando en el baile con su hija y la encierra en un convento.

—Y ahora, ¿qué piensas tú hacer?

—¿Qué pienso hacer? Pues llevármela antes que lo haga.

—¡Monteferro, cuidado! Mira bien lo que haces.

—Lo dicho, Carlos.

—¿Y si Clara te falla?

—No puede fallarme. Clara está en caso distinto que Isabel. Yo he recibido de sus labios una seguridad que tú no tenías de su hermana... *Os juro—me dijo—que mi mano no será de nadie más que del que elija mi corazón.* Esta noche me la llevo.

—Entonces, nada tengo ya que decir. Cuenta conmigo.

—Gracias, Carlos. Ahora vamos a disponernos para ver a la condesa; hoy quedó en decirme lo que tanto me intriga.

—Orso, aquí me tendrás a la hora a que vuelvas, porque según lo que resulte de la entrevista con la condesa, puedes necesitar de mí.

Orso se arregló un traje y se dirigió al palacio donde con tanta zozobra al principio, tanto miedo luego y tanta felicidad después había pasado la noche anterior.

Llamó y preguntó al criado que abría la puerta.

—No está la señora en casa—respondió éste—; pero ¿cómo os llamáis, caballero? Y dispensad la pregunta.

—Monteferro.

—Tened la bondad de pasar—entró Orso, precedido del mayordomo, a la primera sala, y allí le dijo—: La señora, al salir, encargó que si vos veníais, os dijéramos que esta noche estaría de vuelta, y que os tomaseis la molestia de volver a pasar.

—¿A qué hora? Porque muy tarde no podrá ser...

—Anochecido.

—Adiós.

—El os guarde.

Orso llegaba ya a su casa, es decir, a la de Fontanellas.

—Presto vuelves—dijo éste al verle—. ¿Qué hay? ¿No estaba la condesa?...

—No. Su mayordomo me ha dicho que me recibiría esta noche.

.....

Margarit, a pesar de que Fadri se había, prudentemente, tomado todo el día de tiempo para practicar la diligencia convenida, esperaba a cada momento que llegase éste con el resultado, fuere el que fuere, para investigar a ciencia fija si doña Juana de Torrellas y la condesa era una misma persona.

En tanto que el presidente de la Hermandad de la Muerte esperaba a Fadri para ver el resultado de su investigación, veremos cómo Colmenar y Monredón maquinan un plan para deshacerse del joven corso.

—¿Qué habéis pensado acerca de Monteferro?—dijo Colmenar.

—Tengo una idea que puede surtir gran efecto del modo como se encuentra hoy el virrey, y ésta es el aprovecharnos de eso mismo de la Sociedad secreta...

—Explicaos, porque no comprendo aún vuestra idea—dijo Colmenar.

—Si Orso perteneciese a esa Sociedad... Figuraos que Orso pertenece a ella... Entonces se le delata al virrey, y está perdido.

—Pero se necesita una prueba.

—Esto es lo más fácil. Se le manda una carta a su nombre, por un agente nuestro, y en el momento de recibirla me presento yo, le ocupo la carta, y me lo llevo.

—Perfectamente, sois hombre de provecho—exclamó Colmenar, dando un golpecito en el hombro al infame alguacil, que sonrió malignamente.

Luego continuó éste:

—Por supuesto, que la carta, firmada por tres estrellitas o por un anagrama, injuriosa para el Gobierno...

—Contra el mismo virrey—interrumpió Colmenar.

—¿Cómo redactamos la carta?

—De una manera que nos asegure el éxito de nuestro propósito.

Monredón salió a ejecutar el infame proyecto que había concebido. A los cinco minutos la carta ya estaba escrita y enviada por un hombre de absoluta confianza.

El texto de la carta era el que sigue:

Hermano:

Esta noche se os espera en el lugar que sabéis para tratar del plan que en breve vamos a ejecutar.

Es preciso acabar de una vez con toda esa gente, desde el virrey abajo; ahorcarlos a todos, saquear las casas e incendiarlas luego para borrar hasta el último rastro de su existencia. Conque no faltéis porque os espera vuestro...

Monredón, a fin de hacer *bien la cosa*, mandó escribir su *carta*, que decía así:

Señor alguacil real, don Miguel Monredón:

Si queréis descubrir el hilo de una terrible Sociedad secreta que trabaja contra el poder del rey nuestro señor, vigilad de cerca la persona de un caballero italiano que se llama Orso de Monteferró.

UN AMANTE DEL ORDEN Y DE LA PAZ DEL PRINCIPADO.

La cosa, como se ve, estaba hecha con la *cabeza*.

* * *

Fadri era un lince, y como tal había de salir airoso de cuantas misiones se le confiaran. Descubrió que la condesa y doña Juana eran una misma persona. Dióse a conocer a ella, y ella le reconoció; pero le advirtió que callara, ya que las cabezas de los dos estaban en peligro. A fin de hablar a solas, la condesa—o Juana de Torrellas—le citó en su palacio.

El escribiente que sirvió a Monredón para la escritura de las cartas fué a contar el caso punto por punto a Tamarit.

La Hermandad de la Muerte, que tenía un individuo en la Catedral, los tenía asimismo en todas partes, hasta dentro del mismo palacio del virrey.

El tal agente, pues, no era otra cosa que un hermano menor que así que vió aquello fué a dar cuenta al presidente de su grupo.

Tamarit se quedó altamente sorprendido, no por lo de la Sociedad secreta, que demasiado sabía lo fácil que era y hasta seguro que llegase a oídos del virrey sabiéndolo la condesa, como se dijo en la sesión de la Catedral, sino por el tiro directo a Monteferró que encerraban las cartas.

Seguidamente el agente comunicó, de palabra por supuesto, el asunto a Margarit. Este llamó al momento a Monteferró.

—Esto hay—le dijo, refiriéndole el caso.

Orso se quedó sorprendido, como era natural.

—Conque mucha previsión y, sobre todo, cuidado con recibir carta alguna...

—Estaré prevenido.

—¿Habéis visto ya a la condesa?

—Esta noche la veré.

—Hasta mañana, pues...

Monteferro salió y volvió a su casa, asombrado de que tanta alevosía cupiera en hombre alguno. Tan pronto como entró en su cuarto, dijo a su leal amigo Fontanellas:

—Si viene alguna carta a mi nombre, no se recibe.

—¿Que no se recibe ninguna carta que venga para tí? ¿Y eso?

—Colmenar trata de perderme acusándome de gran delito, y que es de tal empaque que el virrey me puede procesar al punto y hasta mandar ejecutarme.

—Vamos, vamos; tú bromeas, Orso.

Y entonces, dicho esto Fontanellas prorrumpió en una carcajada.

—Nada, Carlos; lo arreglaremos de otro modo, porque tomado esto así riendo, podríamos más tarde llorarlo los dos.

Y largando la mano al cordón de una campanilla Orso tiró de él. Un criado se presentó inmediatamente.

—Cuando venga alguna carta para mí, no se recibe.

—Está muy bien—dijo el criado.

Monteferro le indicó con la mano que despejase. El criado salió.

—Ahora lo creo—dijo Fontanellas—; que hasta aquí, francamente, tan extraño es eso, que no creía fuese de veras.

—Pues va, Carlos, de veras, y muy de veras.

—¡Es triste! Ese hombre hará la desgracia de sus dos hijas.

—Perdonaría a don Juan el daño que a mí pudiera hacerme; pero el que ocasione a Clara no se lo perdonaría jamás.

.....

Dejemos otra vez a los dos amigos, puesto que ya podemos figurarnos los puntos sobre los cuales versaría su conversación, y volvamos a la casa del ya impaciente don Pedro Margarit. Había anochecido ya, y conforme se hacía tarde aumentaba la curiosidad del presidente de la Hermandad de la Muerte.

—Las siete y cuarto—exclamó, mirando el reloj—. Faltan tres cuartos de hora todavía para la que él ha fijado.

Así, cada cuarto le parecía un año a Margarit. Dieron las ocho, y Fadri no estaba todavía en casa de Margarit.

—¡Las ocho!—exclamó éste, aterrorizado—. Bien me lo daba el corazón.

Pero, por desgracia de la humanidad, eso que dicen de los presentimientos y corazonadas no sale cierto sino cuando la desgracia ha de venir. Cuando es lo contrario, nos engañamos muchas veces.

En el momento en que Margarit iba a salir para tomar una determinación pronta y decisiva que resarciese a la Hermandad del tiempo y la ocasión pedidos, entró Fadri.

—Di, presto—dijo Margarit vehementemente.

—Era ella, doña Juana; me conoció al instante, y me llamó por mi propio nombre.

—Y tú...

—La he conocido también. Fui torpe anoche.

—¿No habéis hablado?

—Sí. Me ha citado en su palacio.

—Dile que yo pasaré luego a verla.

—Se lo diré.

—Adiós, pues, Fadri.

—Hasta más tarde, señor.

Fadri partió, y Margarit quedó lleno de gozo, aguardando otra vez la vuelta del antiguo teniente de Serrallonga.



CAPITULO IV

Mientras coña Juana estaba fuera de casa, llegó a este otro personaje, no en el sentido literal de esta palabra, sino en la acepción que se le da cuando se aplica sin distinción a los actores y personas que figuran en un drama o una novela.

Este personaje era un criado o agente de la condesa a quien como tal no conocemos sino de nombre.

En uno de los anteriores capítulos, no recordamos cuál, pero en aquel en que se refiere la primera visita de Colmenar y Monredón a la condesa, el lector recordará que ésta recibió dos cartas que leyó antes que aquéllos entrasen en el gabinete. Una carta era del virrey; la otra, de un tal Ramón, en la cual le daba cuenta de sus trabajos alistando gente en Santa Coloma y pueblos convecinos.

Pues bien: el personaje que llegó y que se quedó en casa

a pesar de que la condesa estaba fuera era Ramón. La condesa le había mandado que bajase a Barcelona para hablar con él más largamente de lo que una carta permitía.

El mayordomo conocía a Ramón, y las atenciones de que fué objeto por parte de aquél cuando llegó traducían bien el aprecio que éste merecía a su ama. Ramón preguntó naturalmente por ella, y el mayordomo le explicó punto por punto adónde y cómo había salido.

Llegó la noche, y a las primeras luces se oyeron ya las pisadas de los caballos en la calle. Ramón voló al patio como una exhalación. Tras de Ramón bajó un perrazo enorme, dando ladridos de alegría.

Al entrar la condesa en el patio, Ramón tomó la falsa rienda del caballo junto al bocado, y la condesa, apoyando una mano en su hombro, echó pie a tierra.

El perro se levantó de manos delante de la condesa.

—¡Hola!, ¿tú también?—dijo ésta, acariciándole con la mano.

—¿Es mi constante camarada, y quisierais que se hubiese quedado?

Un criado llevó los caballos, y la condesa subió la escalera, seguida inmediatamente de la corta comitiva, a la cual se unieron Ramón y el enorme perro.

—Entra, Ramón—dijo a éste la condesa, metiéndose en el gabinete que ya conocemos. Sentóse en el sillón, indicándole a Ramón el sofá—. ¿Aquella está bien?

—Perfectamente, señora.

—¿En todos los pueblos?

—Principalmente en Santa Coloma.

—Bueno.

—¿Han resistido muchos al alistamiento?

—Como no iba yo a buscar sino gente a propósito para ello, nadie ha resistido.

—¿Y están realmente dispuestos?

—Para el día que se quiera.

—¿Se sabe ya allí lo de los alojamientos? ¿Cómo se ha recibido la nueva?

—Todo lo mal que podéis imaginaros. De suerte que cuando vayan los soldados..., mal recibimiento los aguarda.

—¿Y esto es general en el pueblo?

—Con excepciones contadas. Los tercios irán de un momento a otro.

La condesa no quiso por lo pronto saber más, y dijo:

—Bien, Ramón. Ve a la cocina, que si te preciso ya te llamaré.

Ramón salió, y la condesa se quedó en el gabinete aguardando a Monteferro y a Fadri, que eran las personas a quienes esperaba; la primera, para descubrir el secreto que tanto anhelaba, y la segunda, para rememorar toda una vida que por entero pertenecía al pasado.

Deseaba tener a Fadri ante sí, y lo deseaba ya que si sus recuerdos serían tristes, el de sus aventuras con sus hombres le haría un tanto feliz.

Su memoria tenía latente la terrible escena en el castillo de Gualba, donde sus leales fueron ahorcados, así como aquellas criaturas, por orden del alguacil real.

* * *

Apenas anocheció, Monteferro que aguardaba con impaciencia la caída de la tarde para volver a casa de la condesa, como le había dicho el mayordomo cuando estuvo por la mañana, se dirigió al palacio de Fiorerosa, quien prontamente ordenó que le pasaran al lugar donde ella se encontraba.

Cuando estuvo el joven corso ante la condesa, ésta le preguntó a boca de jarro:

—¿Amabais mucho a Clara de Colmenar?

—Sí.

—¿Y sabéis ya quién es su padre?

—¡Sé que es un infame!—respondió Monteferro, sin poder disimular la cólera que le produjo el solo nombre de Colmenar.

—¿Y vos quereis a su hija?...

—Nada de este mundo podría anular este cariño.

—¿Y si el amor de Clara os impidiese tomar la venganza de vuestro padre?...

Monteferro miró asombrado a la condesa.

—Decid.

La condesa se levantó. Orso se puso también en pie.

—No os mováis, no salgo.

Orso, sin embargo, no se sentó.

Fué la condesa al *secrétaire*, abrió, sacó el puñal que ya conocemos, y volvió a sentarse en el sillón. Monteferro, en pie delante de la condesa, dirigió una mirada al arma fatal, y res-

piró, como desahogándose de un peso terrible. La condesa exclamó con voz solemne y presentando el puñal:

—¡Hijo de Monteferro! Este es el puñal de la venganza de vuestro padre.

Orso alargó la mano.

—Tomadlo, y sabed ser digno del nombre que lleváis y del país en que nacisteis; su puño guarda el nombre de los asesinos de vuestro padre y tío.

Monteferro guardó el puñal.

—Condesa, dispensad que marche, porque siento la impaciencia que podéis presumir por descubrir el secreto.

—Adiós, Orso.

—Adiós, condesa.

Los preámbulos de la condesa habían hecho honda impresión en el ánimo de Monteferro; pero ¿a qué mezclar en ello a Clara? ¿Qué tenía que ver el amor de Clara con el asesinato del padre de Orso?

Así que Monteferro recibió el deseado puñal de manos de la condesa, no pensó en otra cosa, ni en ninguna tampoco podía su atención fijarse sino en aquel objeto que había pertenecido a su padre y que él recibía entonces como de propias manos del difunto, agonizando asesinado en el lecho del dolor.

Pocos minutos después de haber salido del palacio de Fiore-rosa, entró en casa de Fontanellas, quien le aguardaba.

—¿Qué tal?—preguntó con verdadera ansiedad Fontanellas al verle llegar.

—Monteferro, por toda contestación, metió la mano en el pecho, y sacándola luego, levantó el puñal.

—Un puñal—exclamó don Carlos.

—¡El de la venganza!

—¿Al fin lo has descubierto?...

—Sí, Carlos. Al fin el legado de mi padre; su muerte infame y aleposa va a ser vengada por su hijo. En el puño se guarda el nombre de su asesino.

Acercándose a la luz que ardía en una palmatoria sobre la mesa, se pusieron a examinar el puñal, pero por más que miraban y volvían a mirar el mango atentamente, el tal secreto no daba el menor indicio.

—¡Diablo! En la hoja no estará—exclamó Fontanellas—. ¿Estás cierto de que el secreto está en el puñal?

—Así me lo ha dicho la condesa; destruyamos el pomo, aunque es una verdadera pena, pues es una preciosidad.

—Se me ocurre una idea—exclamó, de repente, Fontanellas—. ¿A ver? Deja—Fontanellas cogió el puñal y dió un golpe con el extremo del pomo sobre la mesa. Ya recordá el lector que el secreto se abría mediante esta operación. Esta vez, pues, como la en que por casualidad hizo lo mismo la condesa de Fiorerosa, el secreto quedó abierto—. Acerté.

Orso se abalanzó al puñal. El secreto contenía aquel papel escrito de mano del padre de Monteferro. El hijo lo abrió y lo devoró con la vista, quien quedó lívido, y pasando el escrito a manos de su amigo, le dijo:

—Lee este papel.

Fontanellas lo tomó y se acercó a la luz. Ya recordará el lector lo que decía el papel:

Hijo mío: El asesino de tu padre es un oficial español que se llama don Juan de Colmenar, y su cómplice otro oficial español, llamado Miguel Monredón.

ORSO DE MONTEFERRO.

* * *

Pocos momentos hacía que Monteferro había salido de casa de la condesa, cuando entró otra vez el criado para decir a su ama que un hombre deseaba verla.

—Condúcele al momento—e dijo aquélla.

La condesa, es decir, doña Juana de Torrellas, se levantó, alargando la mano a Fadri. En el momento que entró, éste se resistió respetuosamente.

—Tómala, Fadri; si no de doña Juana, de tu capitán de ayer.

—¡De mi capitán de hoy!—exclamó Fadri, estrechando la mano que se le ofrecía.

—Siéntate.

Fadri tomó asiento en el sofá.

—¿De qué hemos de empezar a hablar, Fadri?

—Ni yo mismo lo sé, señora.

—¡Tantas cosas han pasado!...

—Yo te creí muerto.

—Dijeron que os habíais escapado; pero esta voz tuvo poca consistencia, y al fin, todos creyeron que os habían muerto en secreto.

—Me escapé a favor de una mujer misteriosa que penetró en mi prisión.

Aquí doña Juana explicó a Fadri lo que ya sabemos acerca del modo como se libró de las garras de sus enemigos.

—No fué, pues, menor fortuna la mía.

Fadri, a su vez, explicó a doña Juana lo que también ya sabemos.

—¿Ahora te llamarán la atención mi título y mi posición en Barcelona?

—Naturalmente.

—Cuando me libré, procuré al momento salir de España, donde, perdidos como estábamos todos, era inútil que yo pensase en seguir la idea que me había propuesto continuar en la montaña, donde a duras penas conservaría una existencia har-to comprometida y amenazada a cada momento. Razón por la que pasé a Italia. Allí vivía el conde de Fiorerosa, primo de mi madre. Se halla soltero a la edad de ochenta años, y al verme, pues me presenté inmediatamente, me recibió como pudiera hacerlo un padre con una hija. No permitió, por descontado, que saliese de su casa a alojarme en otra parte. Acepté la cordial hospitalidad de mi buen tío, que me vino de perlas en aquella ocasión, en que para llegar a Italia tuve que dar a vender en una posada las joyas que llevaba conmigo ya desde mi casa.

Fadri escuchaba la relación de doña Juana con la más profunda y religiosa atención.

—El buen conde tenía altas relaciones con los principales personajes de Italia y de las demás naciones, especialmente con el conde-duque de Olivares. No tardé yo en poseer toda la confianza de mi tío. Era la única persona de su sangre que estaba a sulado, y además mi cariño, que se lo tenía verdadero en gratitud a las finas atenciones de que me colmaba, hacía que el suyo fuese en aumento cada día. Los achaques y la edad le impedían muchas veces contestar a cartas que él no confiaba a nadie y que escribía, por lo mismo, de su puño. Yo suplí su falta, llegando, al fin, a ser su secretario. Desgraciadamente, le asaltó la última y más terrible enfermedad. Excuso decirte mis cuidados a la cabecera de mi segundo padre. Murió al fin el conde, y al abrir su testamento, vi con sorpresa que me nombraba heredera universal de todos sus bienes y de su título, y desde entonces me llamé la condesa de Fiorerosa. Acer-

ta de las rentas que van unidas al título, te diré tan sólo que son de las mayores que hay en Italia.

—Gran providencia, señora, fué la vuestra en medio de todo.

—Realmente fué grande, Fadri, y yo, que noté en esa súbita fortuna mía la mano de esa providencia que dices, creí que era mi deber, así como mi voluntad, suplir con el dinero los medios de venganza que perdí en aquel terrible día mi valiente Banda Negra.

—¡De la que no quedan ya más que la capitana y el indigno teniente!—exclamó Fadri con dolor.

Y doña Juana llevó la mano a los ojos para enjugar una lágrima.

—Escribí, pues, a varias personas, a todas o casi todas las que tenían relaciones con el conde, haciéndoles saber su muerte. Llegué a la carta del conde-duque de Olivares.

—¿La escribisteis también?

—Pensando mucho la carta; y como era de los más íntimos amigos de mi tío, tuve motivo para extenderme ofreciéndole nuevamente y con igual amistad la casa de Fiorerosa que yo heredaba por completo.

—¿Os contestó el conde-duque?

—Inmediatamente y del modo más satisfactorio que puedas presumir. Guardo la carta todavía. Estas relaciones eran las que más convenían a mi objeto, y fueron las que principalmente traté de sostener, cultivándolas más y más cada día. Arreglé en breve todos los asuntos pertenecientes a la herencia, reduje una buena parte a metálico, me trasladé a Madrid en seguida y visité al conde-duque. Mi presencia acabó de estrechar nuestras relaciones. El conde-duque sabía que mi tío era inmensamente rico, y yo, que conocía ya de antemano el carácter de Olivares, no desperdiicé ocasión de ponderarle más y más las riquezas que había heredado. Cuando creí que había llegado al punto de la confianza que necesitaba con el favorito, díjale que había visto ya bastante en Madrid y quería ir a ver el resto de España. Me preguntó en seguida adónde pensaba dirigirme. Le contesté que a Barcelona. El virrey tuvo al momento una carta particular del conde-duque recomendándome eficazmente, y con el virrey todo lo más notable de la capital. He ahí el secreto de mi importancia en Barcelona. Ahora paso a decirte cómo he aprovechado de esos medios.

—Decid, decid.

—Así que llegué, conocí el poderoso influjo de las cartas del conde-duque no sólo respecto del virrey, sino también de parte de las familias principales, pues Olivares, cuando me preguntó si tenía conocimientos en Barcelona y yo le contesté que ninguno, me dijo que en breve tendría todos los de sus amigos. Las bienvenidas, pues, llovieron al día siguiente de mi arribo a esta casa que de antemano había mandado comprar y arreglar a mi mayordomo. Contesté todas las bienvenidas y devolví religiosamente todas las visitas; y heme aquí con más relaciones de las que podía ambicionar en la capital del Principado.

—Ya lo creo.

—Nadie ignoraba, y todos lo tienen todavía muy presente, que el favorito del rey de España, el rey de hecho, había dicho que recibiría como obsequio a él mismo las consideraciones que a mí se me tuviesen. Y ¿quién de todos estos señores dejaría de atender ni de complacer, complaciéndome a mí, al poderoso ministro?...

—Alguno habría, no obstante...

—Algunos, afortunadamente, Fadri; pero a éstos no les escribió el conde-duque.

—Naturalmente.

—Yo me dejaba querer, como se dice vulgarmente, y para dar mayor motivo a esas atenciones y abrir paso a la confianza que me era necesaria en esta sociedad, resolví corresponder a las primeras con una fiesta a la cual invité a toda la aristocracia de la ciudad. Poquísimas familias nobles o de alguna figura dejaron de aceptar la invitación. Pero ¡cuál sería mi sorpresa cuando, entre los asistentes, se me presentan Colmenar y Monredón!

—¡Qué situación!

—Figúratela, Fadri.

—Procuré hacérmelos míos al instante, pues son los satélites más inmediatos que tiene el virrey. Y pensé que por su mediación conseguiría endurecer al punto que yo creía necesario el corazón de Santa Coloma.

—Pues lo habéis conseguido.

—Ya lo sé.

—He aquí por qué, teniendo mil ocasiones cada día para vengarme, haciéndoles dar horrible muerte, de los asesinos

de don Juan, a quienes he tenido solos en mi casa hasta altas horas de la noche, viven todavía.

—Admiro vuestra calma, que no comprendo cómo hayáis podido soportar tanto tiempo.

—Es que no es tan sólo preciso vengar a don Juan, Fadri. Yo soy la heredera suya en la venganza de su muerte y en el objeto que él llevó a la montaña, y que aquella misma muerte desgraciada le privó de cumplir, por lo que comprendí que me quedaría tiempo para hacer desaparecer de la faz de la tierra a los infames asesinos, y que mi venganza no debía impedirme el servirme de ellos al objeto por que nuestro partido trabaja.

—Esa es doble abnegación que nadie más que yo comprende, señora.

—Y así, pues, yo soy la confidenta, la consejera de Colmenar, Monredón y hasta el resorte que mueve estas dos repugnantes figuras del triste cuadro que presenta Barcelona.

—Se necesita toda la fuerza de voluntad que vos tenéis.

—Figúrate ahora lo que habré sufrido conferenciando tantas veces, *amigablemente*, con esos dos hombres... Los efectos de este improbo trabajo mío los habrás podido tú mismo conocer en Barcelona, desde la nueva actitud que ha tomado el virrey, cuyo fenómeno puedo decir que se debe a mí sola.

—Sabía todo eso que sabe todo el mundo de la condesa de Fiorerosa.

—Pero no lo sabes todo; en los pueblos de...

—Santa Coloma...—interrumpió Fadri—, Riu de Arenas y demás tenéis un agente que alista los hombres que han quedado sin trabajo...

—Pero ¿cómo sabes tú eso?

—Soy hermano mayor de la Sociedad que Martín os reveló, a quien maté.

—¿Tú, Fadri?

—¿Qué hubierais hecho en mi lugar? ¿Quién había de decirme entonces que la odiada condesa de Fiorerosa erais vos?...

—Verdaderamente. Pero ¿cómo pudisteis descubrirlo?...

—Yo que seguí los pasos a Martín Andal, y un día, sabiendo él de esta misma casa, le cogí una carta que se le cayó.

—Yo se la escribí días antes.

—Como consecuencia de esto habíamos decidido incendiar anoche este palacio.

—¡Anoche!

—Sin remisión.

—Ahora comprendo las palabras de Margarit.

—Del presidente anoche. ¡Si bajáis a los almacenes, veréis si era flojo el preparativo!...

—Y ¿cómo os detuvisteis?

—El presidente sospechó si seríais doña Juana.

—¿Y se detuvo?

—Me hizo subir a mí, y yo bajé convencido de que lo erais. Por consiguiente, se dió contraorden al momento.

—De buena me salvé.

—¡Ya lo creo!

—Desearía ver a Margarit. Si esta noche misma pudiese venir contigo.

—Lo que desea.

—Ve, pues, por él, que conviene tengamos cuanto antes una entrevista los tres.

Fadrí se levantó, y cuadrándose delante de la condesa, dijo:

—A la orden, pues, mi capitán.

Doña Juana se sonrió.

—A la orden.

Cinco minutos más tarde, doña Juana se hallaba sola en su aposento, y Fadrí en busca del presidente de la Hermandad.

CAPITULO V

En qué terrible situación quedó el desgraciado Orso de Monteferro al descubrir el fatal secreto de los asesinos de su padre.

Ciertamente, no puede darse en un hombre situación más crítica y más cruel. Gran rato se pasó sin que Orso pronunciase una palabra, así como tampoco Fontanellas. Monteferro fué el primero en hablar, después de un embarazoso silencio:

—¿Habrás más dura alternativa, Fontanellas?...

—Ciertamente es cruel, Orso.

—Aunque Colmenar sea tan infame y tantas veces merecedor de una muerte cruel, su hija, Carlos..., ¿qué va a ser de su hija, sin que le quede siquiera mi amor en el mundo?, pues Clara, bien mirado..., es la hija del asesino de mi padre..., ¡pero inocente!...

—Entonces...

—Mataré, no a su padre, sino al asesino del mío, despidiéndome para siempre de Clara.

Dieron las diez de la noche en el cercano templo. Al oír la hora, Orso se estremeció, exclamando:

—¡Las diez! ¡Estará Clara aguardando en la reja!...

—¿Qué vas a hacer, Orso?...

—Debo ir a verla y a despedirme para siempre.

—Cuida sobre todo de que no pueda traslucir...

—Jamás, Carlos. El único obsequio que puedo yo dispensar en esta situación a esa mujer que tanto he querido, que quiero con toda mi alma, es ocultarle el verdadero motivo por que voy a separarme de ella para siempre.

Y Orso tomó el puñal que estaba aún sobre la mesa, escondiéndolo en el bolsillo del pecho, y acto seguido salieron los dos amigos, dirigiéndose al punto donde caía la casa de Colmenar.

A las diez en punto, hora en que éste no se hallaba en casa, bajó la enamorada Clara a la reja, acompañada de su doncella. Fontanellas se quedó aguardando a su amigo en la esquina, como hiciese otras veces, en tanto que Monteferro se dirigía pausadamente a la reja temblando de pies a cabeza como un azogado.

Clara observó, porque esto no escapa a ninguna mujer en semejante situación y en momento semejante, que Monteferro se presentaba distinto de otras veces.

—¡Cuánto habéis tardado!—le dijo, viendo que su amante no desplegaba los labios al instante mismo de llegar, ni la llamaba con la dulce y amarosa expresión de otras veces.

—No he podido venir antes—dijo Orso brevemente.

—Yo bajé hace media hora, que me ha parecido medio siglo. Hoy, Monteferro, veo en vos lo que no había visto aún, ni hubiese podido soñar jamás. Os hallo distinto.

Clara, al pronunciar estas palabras, balbucía ya como si el sentimiento le embargara la voz y el movimiento de los labios.

Monteferro, que conocía esto, se apresuró a preguntar para disculparse:

—¿Qué es lo que veis?...

—Os diré: primero acudís tarde a una cita para la cual sabéis el sacrificio que yo he hecho...

—Os agradezco ese sacrificio.

—No lo digo porque me lo agradezcáis, sino para que veáis que supone en mí lo contrario de lo que la tardanza significa en vos.

—Puede suponerlo, pero no es cierto, y os ruego no lo toméis en ese sentido.

—Noto en vos esta noche tono frío, sequedad en vuestras palabras en un momento en que, como sabéis por Ana, estoy próxima a ser encerrada en un convento, donde no podré ya oírlas de vuestros labios...

Clara no pudo ya contener la fuerza del sentimiento que la dominaba y prorrumpió en un copioso llanto.

—No lloréis, Clara, no lloréis, por Dios.

Pero ni una palabra más de consuelo salió para la pobre niña de los labios de Monteferro.

—¡Ah! Vos no me amáis. De haberme amado, como creí, no estaríais tan indiferente a la desgracia que me amenaza.

Monteferro se asustó ante la actitud de Clara y no pudo menos de decir:

—Os amo.

Clara recobró un poco el aliento.

—¿No me engañáis, Orso?—preguntó Clara con el más dulce y enamorado acento.

—¡Oh, no, amor mío, no!

—Entonces, ¿por qué atormentarme de ese modo dando lugar a tan terribles dudas?...

—Es que... No soy yo, Clara; es la fatalidad que se interpone en mi camino.

—¡No os comprendo!...

—¡Ni queráis comprenderlo nunca!...

—Pues es menester que lo comprenda, porque yo necesito comprenderlo. Yo necesito, sí, quiero saber en qué consiste esa fatalidad que os distrae de mí, que hace que me olvidéis a veces y, sobre todo, que pone en vuestros labios esa expresión que he observado esta noche, tan desamorada y fría.

Monteferro palideció.

Al hablarle Clara de los motivos de su conducta aquella

noche, se representó de nuevo en su imaginación la triste imagen de su padre moribundo y la odiosa figura de su asesino.

—Clara de Colmenar—exclamó—, os amo, sabedlo por mi desgracia, por la vuestra tal vez; pero no seréis, no podéis ser jamás, la esposa de Orso de Monteferro.

Clara oyó estas palabras como hubiese oído el rugido de un león a su lado, y lo mismo que en este caso, se quedó fría, estática, y fijos los espantados ojos en el rostro de Orso.

—Adiós—dijo éste secamente.

—¡Monteferro!—exclamó entonces Clara, asiendo fuertemente una de las manos de Orso, que estaba apoyada en un hierro de la reja.

Orso iba a desasirse, pero no pudo. La fuerza de Clara no era fuerza de niña ni de mujer; era una fuerza superior a la natural de Monteferro. Iba a volver, cuando oyó un pequeño silbido. Su corazón saltó entonces violentamente en su pecho. Volvió la cabeza y vió que por la acera opuesta venía un hombre embozado en una larga capa. Al verle llevó súbitamente la mano al puñal.

En el mismo instante, y al querer desasirse Orso, Clara, por un segundo movimiento convulsivo y más fuerte que el primero, estrechó o sujetó más y más la mano de su amante. El hombre pasó y se metió en la casa de Colmenar. Era éste mismo, salvado en aquel momento por su hija.

Monteferro no pudo oír más palabras de Clara, porque ésta había quedado sin sentido.

Ana se la llevó a la habitación y Orso se separó de la reja.

.....
 —Bien, Monteferro; has sabido ser un hombre—le dijo Fontanellas al verle llegar.

Orso no comprendió las palabras de su amigo.

—La mayor victoria es la que uno alcanza sobre sí mismo, y en este sentido te felicito yo ahora, si cabe la palabra en la situación en que te encuentras.

—No comprendo lo que me dices.

—¿Oíste un silbido? ¿Comprendiste lo que significaba?

—Me acordé de la otra noche, al paso que me lo dió ya el corazón. Al volver la cabeza, le vi.

—Pues bien: yo te digo ahora que te has portado como hombre y como caballero dejándole por esta noche.

—La Providencia le ha salvado.

Aquí Monteferro refirió lo que le había pasado con Clara.

—Verdaderamente, parece esto providencial.

—¡Mañana será otro día!...—exclamó Orso.

—¿De suerte que por hoy habéis quedado lo mismo tú y Clara?

—Qué sé yo.

—Mañana ten por seguro que la lleva al convento.

En tanto la pobre Clara se hallaba tendida en su lecho y presa de un terrible parasismo.

Colmenar, que llegó a su casa preocupado por una idea, al parecer grave, por cuanto ni la figura de un hombre al pie de una reja de la casa le dejó notar cuando pasó por la acera opuesta a la en que Monteferro estaba, dió así que entró las órdenes de preparar lo necesario para un viaje.

—¿Cuándo parte el señor?—preguntó el criado a quien dió la orden.

—No sé.

—Que todo esté a punto para cualquier momento. Iré solo.

—Muy bien, señor.

Y haciendo una seña al criado, le mandó salir. Entonces púsose a reflexionar un momento, y luego llamó a la doncella de su hija.

Ana entró temblando, pues habiendo llegado don Juan estando Clara y Orso a la reja, tal vez se hubiese dado cuenta de ello; pero el no haber habido inmediatamente un escándalo, como acostumbraba Colmenar, le hacía creer que, por rara fortuna, no lo habría notado.

—Señor... ¿Qué mandáis?

—La señorita está peor, muchísimo peor.

—¿De suerte que no podrá mañana salir de casa?—volvió a preguntar Colmenar, a quien la salud de su hija importaba sólo para llevarla al convento.

—Ni levantarse de la cama, a lo que presumo.

La pobre Clara estaba realmente enferma aquella vez. El criado de antes entró de nuevo.

—El alguacil mayor, señor.

—Que pase y salid vosotros.

Ana volvió al lado de su afligida señorita y Monredón entró en el gabinete.

—¿Qué hay—preguntó Colmenar, sobresaltado—que venís a estas horas?

—Dejadme respirar, porque vengo fatigadísimo.

Monredón se sentó bufando de cansancio.

—Pero ¿qué diablos ocurre?—preguntó otra vez y con mayor ansiedad don Juan.

—Que tendremos que salir antes que pensábamos.

—¿Ha recibido el virrey alguna otra noticia?

—Al salir vos del palacio. Los pueblos se resisten tenazmente a dar cumplimiento a la última disposición del virrey.

—¿No quieren alojar los soldados?

—No.

—Tanto mejor. Así se podrá sentarles la mano más fácilmente.

—Estad dispuesto para el primer momento en que se os avise, pues saldremos con mi tercio a restablecer el orden.

—Por mí desde mañana, desde ésta misma noche, estoy dispuesto si es necesario.

—Ahora, otra cosa. Conociendo que esto distraería nuestra atención, llevando nuestras personas a otra parte, del asunto que tenemos pendiente... Pensé ganar tiempo mandando la carta esta misma noche a casa de Monteferro. Mandé, pues, al agente, y yo con cuatro hombres armados esperaba en la esquina inmediata para subir así que aquél bajase y apoderarme de la carta y de Orso.

—De suerte que ya...

—Aguardad. El agente subió, y el mismo Monteferro le abrió la puerta, pues, según parece, acababa de entrar en aquel momento, ya que llevaba capa y sombrero puesto. Yo observaba que el criado tardaba mucho... Me acerqué al fin a la puerta y... ¡por mi vida!... El agente estaba tendido al pie de la escalera sin sentido.

—Pero ¿qué fué?

—Cuando le abrieron, es decir, cuando le abrió el mismo Monteferro, dijo el pobre agente, al volver en sí, que al entregarle la carta, sin preguntarle de parte de quién ni de dónde venía, le dió tal empellón, que fué rodando escaleras abajo hasta el final, donde quedó sin sentido del fuerte batacazo que recibió.

—El caso es que quedó sin efecto nuestra primera tentativa, y ¿habéis desistido?

—¿Qué hacer?

—¡Tuvisteis la más brillante ocasión del mundo! Cuando con los cuatro hombres os constituisteis en el patio de la casa

de Orso y visteis un hombre tendido al pie de la escalera, debíais haberle registrado inmediatamente, le encontrabais la carta, es claro, subís arriba y prendéis a la persona a quien iba dirigida.

—Es verdad—dijo Monredon con todo el pesar de no haber sabido valerse de tan brillante ocasión.

—Luego, con la referida carta y la que se os dirigió a vos, presentáis el conspirador al virrey, y lo demás corría luego de cuenta nuestra.

—¡Teneis razón! ¡He sido muy torpe! Pero ya no hay remedio ahora.

—Sí lo hay. Esta noche no; pero mañana se practica la misma diligencia.

—Será preciso mandar a otro con la carta; porque el que hoy fué, no vuelve ni a tiros.

—Lo que importa es hacerlo cuanto antes por medio de quienquiera que sea.

—Mañana mismo—dijo Monredón, levantándose.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

.....

En tanto Margarit y Fadri, que habían hecho ya la visita a la condesa, salían del palacio de Fiorerosa, dirigiéndose a la casa del primero, con objeto de prepararse y adoptar medidas para apoyar la actitud que iba tomando el pueblo. Margarit, una vez de acuerdo con la condesa, pasó la siguiente orden a la Hermandad:

Sesión general. A las doce de la noche del martes al miércoles, en el piso principal del palacio de Fiorerosa.

Como todas las que emanaban del presidente, la orden se comunicó al amanecer del siguiente día, con la rapidez y precisión acostumbradas. Aquella noche fué de terrible ansiedad para todos los principales personajes que hemos visto figurar en el curso de esta historia.

La condesa de Fiorerosa, o doña Juana de Torrellas, esperaba con afán el día siguiente, porque sabía de cierto que cada día había de traerle un nuevo acontecimiento, resultado en parte de los trabajos por tanto tiempo y tan asiduamente empleados por ella al objeto que ya conocemos.

Monredón y Colmenar lo esperaban asimismo para ver realizada la segunda infamia convenida entre ambos contra el segundo Monteferro, y éste para que la luz del nuevo día di-

sipara las espesas tinieblas de su mente en una noche en que un cúmulo tal de sucesos le tenían como en un caos, donde se perdía su imaginación fatigada por fuertes impresiones y de reflexionar profundamente acerca de las mismas.

Clara, la pobre Clara, padecía también en aquel doloroso lecho, esperando la luz del sol de la mañana sólo porque a los lacerados corazones les espanta la noche cuando llegan a comprender que en medio de su silencio se deja sentir más aguda la voz de los dolores. El día amaneció. Colmenar, apenas abrió los ojos, se encontró con una carta de Monredón, en que le decía brevemente:

Preparaos para salir hoy mismo a Santa Coloma. Yo voy con mi tercio y nos acompañará también, el barón de Gualba.
MONREDÓN.

P. S.—Aquel asunto tendremos que dejarlo para más tarde.

—¡Imbécil, no haberlo hecho anoche! Esto será, por supuesto, orden del virrey—exclamó Colmenar, leída la carta.

Prontamente Colmenar se entrevistó con el alguacil real, y acto seguido la partida se dispuso en pocos momentos, y al frente del tercio de Monredón salieron éste, Colmenar y el barón de Gualba, con dirección a Ríu de Arenas.

El presidente de la Hermandad de la Muerte, en tanto que no perdía, como hemos visto, ocasión de aprovechar cualquier incidente que pudiera favorecer sus fines, hizo pasar a todos los hermanos la siguiente orden:

El pueblo de Ríu de Arenas, por haberse resistido a cumplir la orden de alojamientos, ha sido saqueado, talados los campos, y arrojados los vecinos de sus casas. Corra.

La palabra *corra* dice ya bastante por sí para que expliquemos su significado. Recibida la orden, todos los hermanos salieron de sus casas a difundirla con los colores convenientes por la ciudad. Al dictarla el presidente, Fadri estaba con él.

—Tú estás eximido de cumplirla—dijo sonriendo el primero—. Ve a ver a doña Juana. Cuéntale esto mismo, y al propio tiempo dile que se prevenga porque está muy cerca ya con esta noticia el momento nuestro.

Fadri puso al corrinte a doña Juana del mensaje que ya conocemos.

—Esta mañana han salido fuerzas para apoyar al tercio de Moles.

—No importa.

—¿E que tú no sabes que el tercio de Monredón ha salido juntamente con Colmenar y el barón de Gualba? Esto destruye en gran parte nuestro principal objeto.

—Y ¿cómo se arregla esto ahora? Porque yo muero de pena si esos bribones la entregan en otras manos que las mías.

—Es necesario ir allá.

—Y pronto, muy pronto; porque además de esto, con un refuerzo semejante, esos infames tercios van a asolar la mitad del Principado.

—Eso se ha de tratar en la sesión de esta noche, tomándose un acuerdo definitivo y pronto.

—Y apropósito de la sesión de hoy: ¿sabeis que lo que menos imaginaría la Policía es que la condesa de Fiorerrosa tuviese semejantes visitas esta noche?

—Ese Margarit es el diablo.

—Aquí sí que viene bien aquello de lo que va de ayer a hoy. Anoche la casa dispuesta para ellos y con un magnífico baile; y hoy... ¿Qué habrán dicho los hermanos al saber el lugar de la cita?...

—Nada. No tenéis una idea del modo como se procede en todos los asuntos de la Hermandad.

—Cuando vengan a casa de la odiosa y odiada condesa de Fiorerrosa...—dijo, sonriendo, doña Juana.

—Vereis cómo no faltará uno.

—Vete ya, Fadri, que Margarit acaso no sepa todavía la salida del tercio de Monredón. Siempre es por otro lado uno menos en Barcelona, y es necesario que cuente con esto el presidente.

—Hasta luego, pues.

Cuando Fadri llegó a casa de Margarit, éste sabía ya la salida del tercio de Monredón hacia el pueblo de Riu de Arenas.

—¿Sabéis que Colmenar y Monredón son los dos asesinos que quedan de don Juan de Serrallonga? Sentiría yo, doña Juana, que esos infames muriesen a otras manos que las nuestras.

—Y bien, ¿qué es lo que quiere?

—Río de Arenas y los demás pueblos del alrededor no se dejarán así a beneficio de los tercios...

—Claro es que no.

—Si sale alguna fuerza nuestra, yo quisiera formar parte de la expedición. Un gran obsequio me haréis con ello, pues ya sabéis mi objeto. Juré vengar por mi mano a don Juan, y sentiría que por esos dos no se cumpliese mi juramento.

—Veremos lo que esta noche determina la reunión; si así lo dispone, no te quepa duda de que formarás parte de la expedición.



CAPITULO VI

Poco antes de la hora señalada por el presidente de la Hermandad para la sesión en el palacio de Fiorerosa, Fadri se presentó a doña Juana.

—Vengo para recibir a los hermanos—le dijo.

Inútil es decir que aquella noche no había en el palacio persona alguna del servicio. Y no porque hubiese en la casa un solo criado que no mereciese la confianza de la condesa, sino porque era este asunto de tal naturaleza, que no podían saberlo sino las personas que la *regla* permitía, y éstas eran solamente las que pertenecían a la sociedad.

Dieron las doce. Fadri dijo a doña Juana:

—Vamos a colocarnos detrás de la puerta.

Fadri la abrió, dejándola entornada. Luego sacó una larga daga y, empuñándola con la mano derecha, se puso al lado por donde la puerta se abría. Doña Juana estaba junto a él. Al cabo de poco rato, y sin que el más leve ruido de pisadas se notara en la escalera, la puerta se entreabrió como por sí sola. Un hombre penetró hasta medio cuerpo.

—¡San Jorge!—exclamó Fadri.

—¡Barcelona!—respondió el otro.

—Pasad, y dejaos conducir.

Doña Juana condujo, sin hablar palabra, al recién venido al salón principal.

Poco a poco fueron llegando todos los miembros de la Her-

mandad, y en último lugar el presidente, y tras éste la puerta fué cerrada con toda clase de seguridades.

El presidente ocupó el sillón, y Fadri y Ramón se sentaron al lado de los demás hermanos. Así que se hubo sentado, Margarit exclamó, como en la sesión de la Catedral.

—Las manos.

Luego hizo seña a Fadri para que diese el santo y seña. Cumplida esta formalidad, precisa en actos tan delicados, y de la cual, por consiguiente, no se prescindía nunca, Margarit tomó la palabra en estos términos:

—Hermanos: Lo primero que a mi deber cumple en esta sesión es daros cuenta de los motivos que me obligaron a suspender el golpe que se acordó para la pasada noche en la reunión de la Catedral. El golpe estaba, sin embargo, preparado, preparado de tal suerte, que aun en este mismo instante se hallan los almacenes, sobre los cuales nos encontramos ahora, llenos de combustibles, que con una sola chispa reducirían a cenizas en un momento este vasto edificio. No necesito explicaros, puesto que todos lo sabéis demasiado, los constantes trabajos empleados durante tanto tiempo por la condesa de Fiorerosa para vencer esa debilidad del virrey, que, malo por una parte y bueno por otra, unas veces catalán de corazón y otras castellano por cálculo, tenía al pueblo en una constante indecisión, sin permitirle que formara su juicio para de una vez amar o aborrecer al conde de Santa Coloma. Vosotros sabéis el gran obstáculo que esa indecisión del pueblo ha constituido para los trabajos de la Hermandad, que no puede obrar de un modo seguro si no cuenta con que el movimiento que pueda iniciar encuentre decidido y pronto apoyo en la conciencia popular. Pues bien: los trabajos de la condesa de Fiorerosa poniendo al virrey en la precisa alternativa de seguir abiertamente el bueno o mal camino han hecho que, por fin, Santa Coloma se presentase tal cual es; es decir, un renegado de su patria, vendido por un miserable virreinato al gobierno del favorito de Felipe Cuarto. Decidido el virrey, el pueblo se ha decidido también. Y ahora pregunto yo: ¿A quién se debe esta situación clara y despejada de este momento, que permite ya obrar a la Hermandad, contando como cuenta, con la indignación del pueblo con sus tiranos? Ya lo he indicado al principio: a la condesa de Fiorerosa. ¿Adónde va, pues, esa mujer, a quien tanto talento se supone, con esos trabajos que, siendo al parecer en contra del pueblo, así le-

vantan la conciencia de éste contra sus tiranos? Esos trabajos van, y no os asombréis, hermanos, a levantar a ese mismo pueblo que parecía dormido ante la equívoca conducta del virrey. Luego la condesa de Fiorerosa, diréis vosotros, es la mayor y más formidable enemiga del Gobierno. ¿Quién es, pues, esa mujer? Salid, condesa, y decid vuestro nombre a la Hermandad de la Muerte...

Un tapiz que había junto al presidente se levantó y apareció la figura de la condesa, exclamando:

—¡La viuda de don Juan de Serrallonga!

—¡Doña Juana!—exclamaron todos a la vez.

—Yo soy, hermanos; yo soy doña Juana de Torrellas, viuda de Serrallonga, que se levantó para vengarle.

Imposible sería pintar aquí el asombro de toda la Hermandad, y renunciamos por lo mismo a decir una palabra sobre él.

—Sentaos, doña Juana—dijo a ésta Margarit, señalando la silla que a su lado tenía.

Doña Juana se sentó.

—En virtud de las facultades que la regla de la Hermandad concede al presidente para nombrar por sí hermanos hasta el grado de mayores, hubiese podido hacerlo con el valiente capitán de la temida Banda Negra; pero comoquiera que, hablando en justicia, la Hermandad no hace sino seguir el pensamiento que dió motivo a que aquellos valientes se levantaran, y siendo doña Juana, la viuda de Serrallonga, la personificación de aquel pensamiento, he querido que su recepción fuese ejemplar en presencia de todos los hermanos y en una sesión como la de hoy.

Margarit, entonces, dijo, tras un corto intervalo de silencio:

—Capitana de la Banda Negra, levantaos.

Doña Juana se puso en pie. Margarit le preguntó con voz solemne:

—¿Cómo os llamáis?

—Juana de Torrellas, condesa de Fiorerosa.

—¿Conocéis la Sociedad en que vais a entrar?

—Sí.

—¿Sabéis de qué se ocupa?

—Por un hermano que murió por haberme revelado el secreto.

—Según eso, ¿comprendéis el castigo que os espera si vos lo reveláis?

—Sí.

—¿Y lo aceptáis?

—Por completo.

—Decid: ¿de qué sabéis que se ocupa la Hermandad?

—De la defensa de la patria, de la reconquista de sus fueros y de la destrucción de sus tiranos.

—¿Y vos deseáis entrar en ella?

—Sí, para coayudar por mi parte al que se propone la Hermandad.

Margarit sacó entonces un puñal que llevaba en el cinto, y continuó:

—Tomad, pues, este puñal, signo de la venganza contra los agresores de la patria.

Doña Juana tomó el puñal.

—¿Juráis vengarla?

—Juro.

—Condesa de Fiorerosa, la Hermandad de la Muerte os admite desde hoy en su seno.

Admitida doña Juana, después de estas imprescindibles formalidades, volvió a ocupar su asiento al lado de Margarit. Este continuó:

—Hermanos: La tiranía y el despotismo con que se trata al Principado de Cataluña han llegado a su colmo. La orden de alojamientos, expedida últimamente por el virrey, es la más fiel imagen de esa tiranía y un indicio seguro de que Santa Coloma, colocado ya en la pendiente, no parará hasta haber arrastrado consigo el último jirón de la desgarrada bandera de nuestra dignidad y nuestra honra, pisoteadas ya en algunas villas, como se os ha dado parte en la orden de hoy. El tercio del alguacil real Miguel Monredón, que lleva también a don Juan de Colmenar, ha partido esta mañana para apoyar al tercio de Moles, que teme la opinión compacta pronunciada ya en contra suya. Es necesario que a esta fuerza la Hermandad oponga la suya. Los hermanos que tengan gente disponible para marchar allá, que se levanten de sus asientos.

Una tercera parte de los hermanos se levantó. Doña Juana se puso también en pie.

—¿Estarán todos prontos a partir esta madrugada?

—Todos—dijeron a la vez los que se habían levantado, menos doña Juana.

—¿Y los vuestros?—le preguntó el presidente.

—Están ya allí, y son casi toda la gente útil del pueblo de

Santa Coloma y gran parte del de Riu de Arenas, que aguardan la señal mía.

—Está bien; se ha de nombrar, pues, un individuo de la Hermandad que, con plenos poderes de ésta, se ponga al frente y mande la fuerza. Empezando por el hermano de la derecha, que se proponga este jefe de nuestro seno.

—Cedo mi voto al presidente—dijo el primer hermano.

—Lo mismo—dijo el segundo.

—Lo mismo—fueron diciendo todos.

—Gracias, hermanos, por esa nueva prueba de confianza; yo la acepto con doble placer, puesto que, siendo, por una parte, fácil de cumplir este cometido cuando mi elección ha de recaer precisamente en alguno de vosotros, por otra voy a daros a conocer a un valiente que existe entre nosotros, y cuyo valor ha de responder mañana del acierto de este acto.

Y el presidente, haciéndole una seña con la mano, concluyó:

—Acérquese el hermano que ocupa el tercer lugar izquierdo de la fila primera.

Era Monteferro. Levantóse, y fué al sitio de la presidencia. Margarit exclamó:

—La Hermandad os nombra su delegado y jefe del movimiento en el radio de Santa Coloma.

—¿Aceptáis?

—Acepto.

—Volved a vuestro lugar.

Orso se sentó otra vez.

—Desde este momento disponéis ya vos. ¿Dónde queréis—continuó, dirigiéndose a Orso—las fuerzas que saldrán de Barcelona esta madrugada?

—En las afueras de la Puerta del Angel—respondió Monteferro.

—La condesa de Fiorerosa os transmitirá las facultades que ha dicho tenía en aquel radio. Al levantarse la sesión os pondréis de acuerdo con ella.

—Hermanos, es cuanto debíamos tratar hoy; para la próxima sesión se pasará el aviso correspondiente. El jefe de la expedición pasará inmediatamente a mi casa a recoger el dinero que necesite y las armas en el sitio donde se hallan.

—Una palabra—dijo la condesa.

—Hablad.

—Lo primero, es decir, el metálico, lo llevará en suficiente suma al salir de aquí el jefe de la expedición.

—La Hermandad, cuando no los necesita, no exige sacrificio aguno de ningún individuo—dijo el presidente.

—No es sacrificio, y pido yo que lo acepte la Hermandad.

—Aceptado, y que Dios os lo premie.

Inmediatamente el presidente concluyó:

—¿Le ocurre alguna observación a algún hermano?

Todos callaron.

—Se disuelve al reunión.

Los asistentes se levantaron, yendo todos a felicitar a doña Juana, y desapareciendo luego de uno en uno por la puerta de la escalera. Cuando quedaron solos doña Juana y Fadri, ésta preguntó a aquél:

—¿Tú vas?

—Sí.

—Pues oye: además de la venganza nuestra particular, tengo por otro lado un interés directo en que mates en la primera ocasión a Colmenar... Monteferro quiere matarle él, y es preciso que lo evites.

—Descuidad.

El jefe de la expedición recibió en metálico una gruesa suma que la condesa puso en sus manos, y ésta quedó sola al poco rato en el palacio donde acababa de celebrarse la importante reunión.

* * *

Al rayar el alba, la expedición se puso en camino, dividida en tres grupos: uno que mandaba Fadri, otro Orso, y el tercero, otro hermano mayor.

Después de los atropellos cometidos en este pueblo, Monredón llevó sus tercios al de Santa Coloma. Inútil es decir cómo estarían los vecinos sabedores de la conducta que los soldados y sus jefes observaban. Santa Coloma siguió el mismo ejemplo que Riu de Arenas.

Los vecinos salían cuando los soldados entraban en sus casas, abandonándolas por completo. Moles, jefe del virrey, se irritaba con esto y Monredón se irritaba más todavía. Colmenar, que comprendía el origen de aquella conducta, que no estaba en otra parte más que en el partido de los Narros, muy numeroso en ambos pueblos, halló pretexto para saciar una vez más la cólera que con tal partido abrigaba.

Monredón dió inmediatamente una orden, orden que hizo publicar en la plaza, previniendo a los vecinos que si dentro

del término preciso de una hora no volvían a sus hogares, serían entregadas al saqueo y a las llamas todas las casas de los que faltasen de ellas.

Lo del saqueo casi podría decirse que fué un verdadero epigrama, por cuanto antes de darse la orden, lo había efectuado ya la mayor parte de los soldados en sus respectivos alojamientos, así que sus dueños los abandonaron, y aun muchos en presencia de estos mismos, para no aguardar a que dejasen la casa libre.

La orden publicada en la plaza no fué ni ofda, cuanto menos obedecida por ningún vecino. Llegó, sin embargo, a su noticia, llevada por alguno a los campos y montes inmediatos donde se habían refugiado. La hora pasó.

—Arda, pues, una casa; veréis como vuelven—Monredón dijo a Colmenar.

La casa ardió. pasó otro gran rato, el suficiente para que un pueblo más medroso se doblegase ante tan desastrosa medida; mas nadie apareció, sin embargo.

No hubo pasado mucho tiempo cuando el pueblo ardía por los cuatro costados, a guisa de Roma incendiada por Nerón.

En tanto la expedición de Monteferro avanzaba a paso redoblado hacia Riu de Arenas, donde bien inútilmente hubiese llegado muy en breve; pero la casualidad vino a advertirles que debían tomar en seguida otro camino.

Inmediatos ya al pueblo, Orso dispuso que una parte de la expedición tomase las tres avenidas, adentrándose él con el resto en la población.

En lo que menos pensaban los jefes de los tercios era en la especie de nube que de improviso cayó sobre Santa Coloma, arrollando a los soldados que se hallaban en las calles, y los cuales, como se vieron de tal modo sorprendidos por un número superior y lejos de sus jefes, ni siquiera intentaron la resistencia, huyendo a la desbandada y permitiendo a la gente de Orso que acabara con ellos degollándolos y fusilándolos en las mismas casas.

En breve se les intimó inmediatamente la rendición. Monredón y Colmenar, que le conocieron en seguida, sospecharon que no habría para ellos perdón si se entregaban, y contestaron hasta con bravatas, hijas, más que del valor, de la propia desesperación, por lo que se refugiaron en una casa donde se hicieron fuertes.

Orso mandó asaltar la casa. Era ésta bastante fuerte, y em-

pezaba a costar mucha gente, pues los sitiados no paraban el fuego que, hecho a tan corta distancia y detrás de parapeto, permitía aprovechar todos los tiros. En esto un hombre, vecino del pueblo, se acercó a Orso, diciéndole:

—Ved, señor, que tomar la casa ha de costar mucha gente; yo creo que lo mejor sería incendiarla por los cuatro costados, sin permitir a nadie la salida.

—Eso no; ¿qué diferencia habría de ellos a nosotros? ¿Qué diría el dueño de esta casa?

—Nada, porque la casa es mía..., y yo os pido que la incendiéis.

Orso no resistió más, y mandó prender fuego a la casa. Nada decimos tampoco en este momento de la situación de los sitiados. Cuando la casa estaba ya envuelta en humo y las llamaradas, aun en plena luz del día, se veían levantarse como genios maléficos a considerable altura sobre el techo, un hombre salió a uno de los balcones, gritando con ayes de dolor.

—¡Piedad, piedad!

Aquel hombre era Monredón, medio chamuscado ya por el fuego.

—¡Infame!—le contestó Orso desde abajo—. ¿La tuviste tú de don Juan de Serrallonga?

—¡Ah!—gritó Monredón, conociendo que ya no había compasión posible para él.

En este instante, el balcón, minado ya completamente por la acción del fuego, se desplomó con una parte del edificio, cayendo el alguacil entre las abrasadas ruinas.

Estaba, sin embargo, con un resto de vida. Fadri se le acercó.

—¡Piedad!—volvió a gritar Monredón.

—¡Asesino de don Juan de Serrallonga, pídesela al infierno que te ha abortado y al que vuelves aun antes de acabar tu desastrosa vida!

Una viga encendida vino a caer sobre aquel montón de ruinas, acabando de aplastar al alguacil, y Monredón expiró al fin entre las llamas.

Colmenar, en tanto, buscando como un desesperado por toda la casa un sitio donde refugiarse, maldecía de Dios y de su propia existencia, como un verdadero loco en medio de su impotencia para salir de aquel trance.

De repente volvió los ojos, y vió que el barón de Gualba se metía en una especie de trampa del piso bajo. Sin inquirir

otra cosa, Colmenar marchó detrás. Era una mina que daba al campo.

—¡Estamos salvados!—dijo al barón.

—Tal vez sí—contestó éste, sin pararse en el subterráneo camino.

El hombre, dueño de la casa, se acercó a Orso.

—Recuerdo ahora que hay un sitio para poder escapar. La puerta de una mina que va al monte, y si han dado con ella, se pueden salvar todos los que la aprovechen.

—¡Al momento, Fadri!

—Señor.

—Con este hombre, a buscar la boca de esa mina.

Fadri salió corriendo, precedido del hombre. Pero Colmenar y el barón, cuando los otros salieron, desembocaban ya por el agujero de la mina.

—¡Estamos salvados!—exclamó Colmenar, respirando al verse al aire libre.

—Trepemos por el monte—dijo el barón.

Y empezaron a subir la montaña.

—¡Por vida de Satanás!—exclamó Fadri—. ¿No son dos hombres aquellos que trepan por el monte?

—Sí, y con el traje de caballeros!

—¡A ellos!

Y Fadri echó a correr, dejando a su guía, que en vano hubiese querido seguirlos.

Colmenar y el barón de Gualba, entre el susto que llevaban, el barro de la mina de que iban llenos y el terreno escabroso a que no estaban acostumbrados, adelantaban poco camino para lo que su situación exigía. En breve estuvo cerca Fadri.

—¡Nos persiguen!—exclamó Colmenar.

—Sí—dijo asustado el de Gualba.

—¡Alto!—gritó Fadri con voz de trueno.

Colmenar y el barón redoblaron su marcha; pero no tardó mucho sin que el puñal de Fadri se clavara en los pechos de los miserables. Fadri cumplió con la consigna de la condesa e impidió que Orso cumpliera su venganza, dejándola a su vez cumplida. La deuda estaba saldada.



CAPITULO VII

Concluído así lo de Santa Coloma, Monteferro mandó al instante un propio con el parte detallado al presidente de la Hermandad de la Muerte. Fadri dió también parte a doña Juana, aunque no con tantos detalles, acerca de su particular objetivo en la expedición.

El parte de Fadri estaba concebido en estos términos:

«Estamos vengados. Los dos asesinos han pagado su crimen muriendo Monredón achicharrado y aplastado. Colmenar y el barón de Gualba cayeron bajo el puñal de los Narros.»

Pero aunque estos partes, reservados ambos, y que de seguro no comunicaron a nadie que pudiese divulgarlos, por las personas a quienes iban dirigidos, fueron los únicos que llegaron a Barcelona, como acontecimientos de este género se extienden con una rapidez tal que nadie diría sino que van con el mismo viento, preñada de ellos la atmósfera donde tienen efecto, luego se extendió la noticia por toda la ciudad.

Decíase que fuerzas considerables se habían reunido en Santa Coloma, atacando y destruyendo por completo los tercios que la ocupaban; que Monredón, Moles, Colmenar y todos los jefes habían sido arcabuceados, y, por fin, que mandaba las fuerzas un bravo joven, llamado Orso de Monteferro.

El virrey, que no recibió ninguna noticia oficial de los sucesos, tuvo que dar, mal de su grado, asentimiento a la voz general, y temiendo fundadísimo las ramificaciones de semejante suceso en los demás puntos del Principado, expidió al instante orden a todos los tercios de concentrarse en la capital.

La noticia llegó también a oídos de Clara, convaleciente aún de los graves trastornos de los últimos días.

La pobre niña, a pesar del crudelísimo trato de su padre, al considerar el peligro en que éste podía hallarse si afortunadamente no era todavía cierta la noticia que se daba de su muerte, no tuvo otra idea que la salvación del autor de sus días.

—¡Ah! El cielo quiere—decía—que Monteferro sea el jefe que manda aquella fuerza; yo me presentaré a él y me aten-

derá; sí, me atenderá, como habrá atendido el nombre de mi padre al saber que era el mío, si ha caído en su poder.

Y haciendo estas reflexiones, dió inmediatamente orden de que preparasen el viaje para Santa Coloma. En breve estuvo Clara en marcha, acompañada de un criado de confianza.

Clara, montando como pudiera hacerlo el mejor jinete, y mudando caballos que pagaba a gran precio donde los encontraba, para reventarlos en seguida, llegaría en brevísimo tiempo a Santa Coloma. A la distancia de tres o cuatro leguas encontraron un hombre del campo, a quien le preguntaron la distancia de allí al pueblo.

El hombre les dijo la que había, y añadió:

—Tomando ese atajo, llegaríais antes de una hora; pero ése es camino que no andarán los caballos.

Clara y su criado tomaron inmediatamente la vereda.

Concluído todo en Santa Coloma, y repuestos ya los vecinos en sus casas, Monteferro alojó, y esto sí que fué sin la menor resistencia por parte de los habitantes, a la que llamaremos tropa que mandaba, aguardando allí la orden de la Hermandad. Bien pronto Clara halló a Monteferro, y tras un ligero saludo díjole la muchacha:

—¡Orso! ¡Monteferro, Monteferro! ¡Ya podéis figuraros a qué he venido!...

—Llegad, Clara; llegad conmigo al pueblo...—dijo Orso, que no sabía qué decir, comprendiendo el motivo de la presencia de su amada.

—Pero es que antes quiero saber...

—Venid al pueblo, Clara...

Y éste, conduciéndola de la mano, siguió por el mismo atajo. Al subir a una pequeña colina, Clara se paró de repente. Orso tendió la vista, cayéndosele el alma a los pies. Era Colmenar, colgado todavía de la rama del árbol. La gente del pueblo no se contentaron con que hubiese sido muerto alevosamente, sino que también le ahorcaron.

Clara cayó sin sentido, comprendiendo que aquel ahorcado era su padre.

.....

Cuando Clara volvió en sí, se encontró en un mullido lecho, con una mujer a la cabecera. Aquella casa era la misma donde estaba alojado Monteferro.

Este, después de lo sucedido, muerto ya Colmenar providencialmente por otras manos distintas de las suyas, y tenien-

do en aquel estado y en su casa a la mujer que tanto amaba, no vió ya en la desgraciada Clara a la hija del asesino de su padre, sino a una pobre y desdichada huérfana como él, sin más amparo en el mundo que el que la Providencia pudiera depararle. Sin remordimientos y hasta sin rebozo podía presentarse a los ojos de Clara. Apenas ésta recobró el sentido, Orso se presentó en el gabinete. Comprendía que en los males del alma el mejor remedio es el que al alma se dirige, y trató cuanto antes de calmar el ánimo de Clara en lo que fuese posible en aquel tremendo caso.

—¡Clara!

—¡Orso, Orso!

—¡Valor! Las grandes situaciones son para las almas grandes. Oídme, pues seré breve. No intento calmar vuestro dolor ni secar vuestro llanto por la muerte de vuestro padre. Llorad, que en vuestras lágrimas mejor que en mis palabras está el consuelo que Dios envía en medio de tales desgracias. Por lo que a mí hace, sólo tengo que deciros, que juraros bajo mi sagrada palabra de caballero, que acaeció sin mí y hasta sin yo saberlo la muerte de don Juan. En este sentido, Monteferro, que os amaba ayer como os ama hoy, es tan digno hoy de vuestro amor como pudiera serlo ayer. Ahora os dejo, pues comprendía que era necesaria esta explicación por mi parte.

—¡Oh! ¡No os vayáis, Orso!—exclamó Clara—. No sabéis, en medio de mi dolor, el consuelo que encuentro en esas palabras.

En este momento llamaron a Monteferro. Salió y le entregaron un pliego cerrado que había traído un hombre. El pliego abierto decía así:

En nombre de la Hermandad de la Muerte:

El hermano jefe de la expedición a Santa Coloma regresará inmediatamente con la misma a Barcelona.

El presidente,

MARGARIT.

—Tengo que salir al momento para Barcelona, Clara.

—¿Os vais?

—Es preciso, y creed que se queda a vuestro lado mi corazón. No salgáis de aquí hasta haberos repuesto. Yo mismo volveré a buscaros. Adiós, Clara mía, y pensad que os amo más

que nunca y que soy digno de vos, porque nadie como yo os amo pudiera amar en el mundo.

Clara quedó en su lecho sin responder palabra, afectada como se encontraba por tantas razones en aquel momento, y Orso salió.

Reunió la expedición y se puso, como le ordenaban, en marcha camino de Barcelona.

La causa de los Narros fué tomando incremento por instantes; tanto, que los pueblos se entregaban a sus fuerzas sólo sabiendo que eran ellos, los Narros.

El virrey, viendo que era impotente ante el opuesto partido, adoptó la huida como el mejor remedio a emplear; la huida no iba a añadir nada al juicio de que sería objeto por el rey, permitiéndole de momento salvar la cabeza que quería tener sobre los hombros todo el tiempo que le fuese posible conservar.

EPILOGO

Triunfante la revolución en Barcelona y libres los oprimidos del yugo de los opresores, la Hermandad de la Muerte había cumplido el principal objeto de su institución. Doña Juana de Torrellas, ligada, como hemos visto al pensamiento que llevó a la montaña al infortunado don Juan de Serrallonga, y heredera por completo de los propósitos y venganza de su esposo, cumplió también con los primeros agregándose a la Hermandad después de haber preparado el terreno como hemos referido, y satisfizo la última con la muerte de los dos asesinos de don Juan, a quienes todavía no había alcanzado el brazo de la venganza. Lo mismo diremos de Fadri de Sau respecto de uno y otro punto.

Doña Juana pensó, pues, en alejarse para siempre de Cataluña, país que si por un lado guardaba sus más tiernas afecciones, estaba, por otra parte, manchado con la sangre de don Juan, y determinó retirarse a Italia, donde radicaban los inmensos bienes que le había legado el conde de Fiorerosa. Con ella se llevó a Fadri, a quien nombró procurador general.

Orso de Monteferro, cuyos sentimientos de justicia le hacían comprender más y más cada día que era una iniquidad

hacer responsables a los hijos de las faltas de los padres, dejó de ver en la hermosa e inocente Clara a la hija del asesino de su padre, y abandonándose por completo al amor que por ella sentía, se desposó por fin, llevándola consigo a Italia y no lejos del punto que para su residencia había elegido doña Juana.

Esta, que llegó a saber quién fuera la misteriosa mujer que en el castillo de Gualba la salvara de una muerte segura en aquella terrible noche que siguió a la derrota de la Banda Negra, trató de pagar este inmenso favor, y con toda la delicadeza que distinguía su carácter escribió lo siguiente a Monteferro:

Juntamente con los objetos que vuestro padre mandó a don Juan de Serrallonga se hallaba la suma que os envió, y la cual os debía ser entregada cuando sus asesinos hubiesen recibido el castigo que merecieron. Cumpliendo fielmente sus disposiciones, os mando este dinero, que es vuestro y del cual podéis disponer libremente.

Monteferro, como no podía menos, aceptó aquella suma suficiente, no ya a librarle de la miseria, sino a asegurarle un porvenir tranquilo y desahogado.

Réstanos para concluir dar cuenta de Fontanellas. Este fué menos afortunado. Pasados algunos días de la muerte del barón de Gualba, don Carlos se dirigió al convento de Pedralbes. Su objeto es fácil de suponer.

Libre Isabel, iba a ofrecerle su mano y aquel amor que antes no podía aceptar la esposa, pero que después podía muy bien admitir la viuda del barón de Gualba. Al llegar a la puerta de la iglesia hirió sus oídos, estremeciendo todo su cuerpo, la música que resonaba en el interior del templo.

Don Carlos, sin comprender al pronto lo que significaba aquella música, penetró en la iglesia con paso vacilante y latándole violentamente el corazón, que presentía un golpe desgraciado.

La iglesia de Pedralbes estaba iluminada. A los sonos augustos del órgano se unió en breve el canto de las monjas que en procesión atravesaban la nave dirigiéndose al altar mayor. Don Carlos las observaba sin pestañear ni respirar apenas.

Cuando llegó la abadesa, que cerraba la procesión, se escapó un grito del pecho de Fontanellas, que tuvo, no obstante, suficiente fuerza de voluntad para sofocarlo en la garganta.

Al lado de la abadesa iba Isabel con el traje de religiosa de Pedralbes. Fontanellas clavó la vista en su rostro.

Isabel, al pasar, le miró también, y levantando los ojos a la bóveda, señaló con el índice el cielo.

Fontanellas bajó la cabeza, como si medio mundo le hubiese venido encima. Una hora después, Isabel de Colmenar era ya monja profesa de Pedralbes.

Pasados tres días, la familia de Monteferro contaba con un individuo más. Era Carlos Fontanellas, que fué también a Italia a buscar el consuelo que perdía en Barcelona, en los brazos de su amigo.



F I N

COLECCION DE NOVELAS HISTORICAS Y DE CAPA Y ESPADA

Cada tomo de esta colección, de formato 13 por 19, constituye un volumen de extenso texto y moderna presentación editorial.

Obras de R. Ortega y Frias:

La casa de Tócame Roque	15,— ptas.
El diablo en Palacio	12,— »
La capa del diablo	12,— »
El Tribunal de la Sangre	15,— »
Los secretos del Rey	15,— »
Las dos reinas	15,— »
El paje y la Reina	15,— »
El poder del Rey	15,— »
Intrigas en Palacio	15,— »
La muerte del Rey	15,— »
Venganza cumplida	15,— »

Obras de M. Fernández y González:

El pastelero de Madrigal (tomo 1.º)	15,— ptas.
El pastelero de Madrigal (tomo 2.º)	15,— »
El condestable Don Alvaro de Luna	15,— »

Obras de Michel Zévaco:

La torre de Nesle	15,— ptas.
Margarita de Borgofía	15,— »

DIRIGID LOS PEDIDOS A

EDITORIAL TESORO

Avda. José Antonio, 43

MADRID

ULTIMO TÍTULO DE ÉXITO DE EDICIONES SIGLO XX

"LOCURA DE AMOR"

Bajo el eterno tema de los celos, que inspiró al genial Shakespeare su inmortal *Otelo*, nos da el gran escritor español del pasado siglo Francisco José Orellana, en su magistral novela histórica LOCURA DE AMOR, una estupenda y maravillosa semblanza de lo que debió de ser la vida atormentada de la reina doña Juana, a la que la Historia ha llamado la reina loca de amor.

En torno a la enajenación de esta reina de tristes destinos, surgen admirablemente trazadas al conjuro de la pluma de Orellana las Cortes de España y Flandes en aquella época.

Admirablemente trazados los caracteres de todos los personajes; magistralmente pintada la vida castellana de la época; entre choques de pasiones desbordadas, de luchas caballerescas, de intrigas palaciegas, de conversaciones veladas, de aceros que se desnudan por el honor de un nombre augusto, de diplomacia secreta entre las Cortes europeas, transcurre esta estupenda narración que dejará al asombrado lector un imborrable recuerdo. Recientemente, y bajo el argumento mismo de la vida atormentada de esta reina de Castilla, se ha efectuado en España al superproducción cinematográfica LOCURA DE AMOR, que interpretada por Aurora Bautista, Jorge Mistral y otros grandes actores españoles y dirigida por don Juan de Orduña, se ha hecho merecedora de máximos galardones internacionales y aplausos en dos continentes.

Precio: 25 ptas.

DIRIGID LOS PEDIDOS A:

EDICIONES SIGLO XX

Avda. José Antonio, 43

MADRID

OBRAS DE PEDRO MATA

de ediciones recientes

CORAZONES SIN RUMBO

Toda la obra es una intriga apasionante en la que sus personajes reflejan las múltiples facetas y reacciones del temperamento femenino con tal realismo, que el público, cuando apareció por primera vez esta novela, trató de identificar a los protagonistas con personas muy conocidas del público madrileño.

Con ella consiguió Pedro Mata uno de sus mayores éxitos literarios en su vasta producción novelística, constituyendo seguramente un verdadero record de tirada en las ediciones españolas, vendiéndose millares y millares de ejemplares y habiendo merecido ser traducida a diversos idiomas extranjeros.

Precio: 24 ptas.

EL PECADO FECUNDO

Esta novela es la lucha de un artista por sus ilusiones, y toda la obra es rica en ambientes y tipos de un sentimentalismo de grato acento popular. Fracasos y sueños hacen que el protagonista, cometiendo un día una acción inmoral, sea ésta en el arrepentimiento su regeneración y el impulso definitivo que le hace llegar a obtener el triunfo tantas veces esperado. Como todas las novelas de Pedro Mata, se disfruta en ella de una literatura amena, jugosa y profundamente humana.

Precio: 22 ptas.

EL MISTERIO DE LOS OJOS CLAROS

¿Por qué aquella bellísima mujer, cuya vida transcurre tranquila y apacible en un modesto y recatado medio burgués, se siente de repente acometida por un ataque cataleptico que pone en gravísimo peligro la integridad de sus facultades mentales y la convierte en un hermoso muñeco sin alma?

¿Qué misterio de horror y de tragedia se esconde tras el limpio cristal de aquellos «ojos claros»? Otra mujer, su hermana, es la depositaria del hondo secreto que ha destrozado despiadadamente y para siempre aquella vida, y el doloroso drama corre a lo largo de las páginas de la novela, palpitando fascinador hasta su última página, en que se revela al fin, pero solamente a las dos únicas personas que han asistido a Carmen en su angustia y que la ven renacer lentamente a una nueva y fracasada vida.

Precio: 20 ptas.

EUGENIA GRANDET

Entre las novelas de Honorato de Balzac, que logran una ilusión maravillosa y completa en medio de un patetismo evocador, se encuentra, cual astro de primera magnitud, EUGENIA GRANDET, en la que nos traza con mano maestra la novela de un amor que, superando toda clase de convencionalismos sociales, llega a imponerse en el renunciamiento y en la sublime abnegación.

En esta historia, de la que el mismo Zweig se inspiró para crear sus imperecederas creaciones de sentimiento, queda fijado el carácter y personalidad inconfundibles de Eugenia, elevándola entre las inmortales heroínas de la literatura universal. En EUGENIA GRANDET, como en toda la comedia humana, Balzac, como dice el gran Hugo, «coge a brazo partido a la sociedad moderna, arranca a todos alguna cosa: a unos, la ilusión; a otros, la esperanza; a éstos, un grito; a aquéllos, la máscara; escudriña el vicio y disecca la pasión; sondea profundamente al hombre; el alma, el corazón, las entrañas, el cerebro, en fin, el abismo que cada uno lleva en sí mismo».

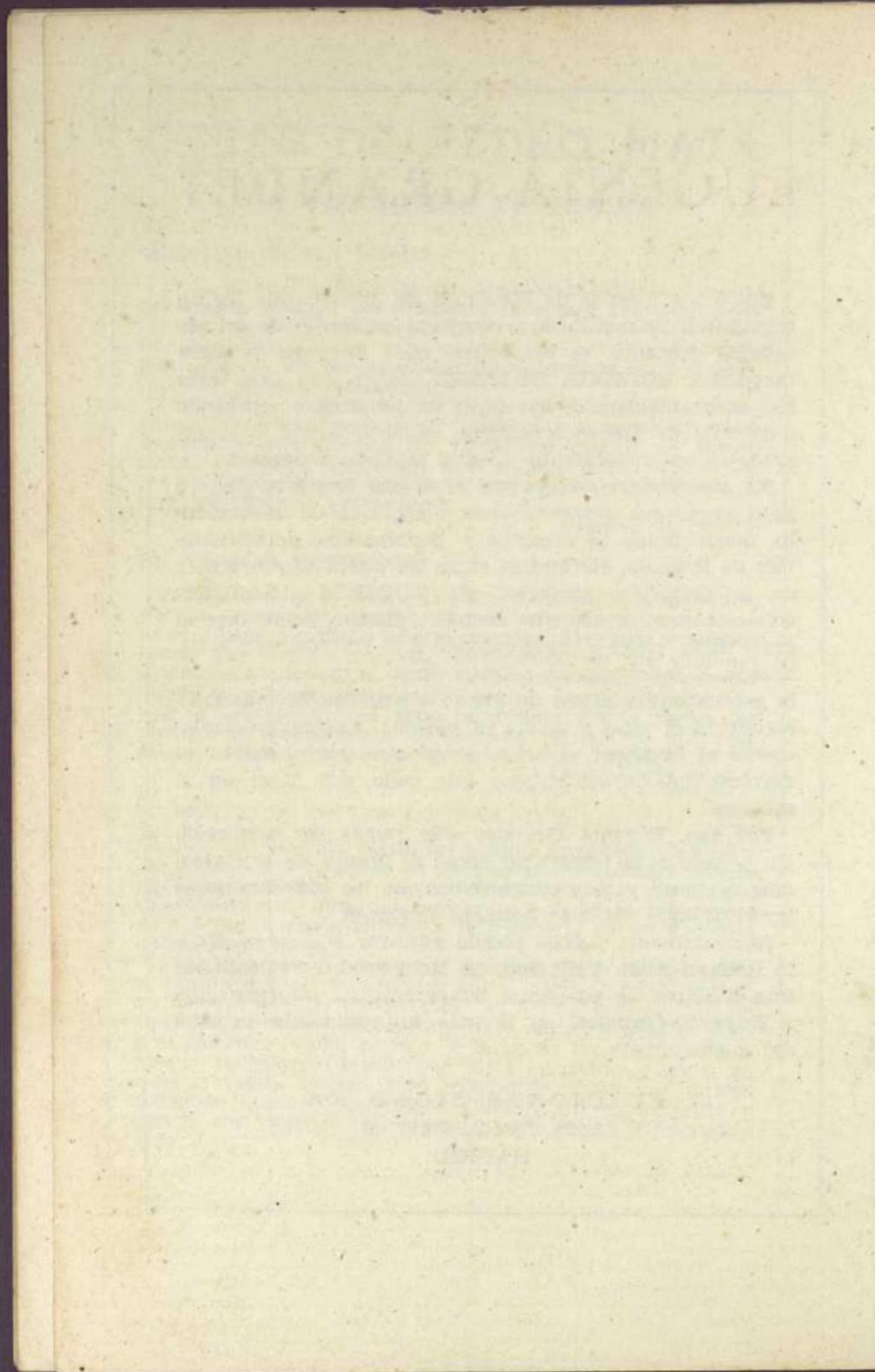
Por eso, Eugenia Grandet sólo puede ser admirada. Ha pasado a la posteridad como el drama de una vida, más hermoso y más conmovedor que las más hermosas leyendas, que las más heroicas ilusiones.

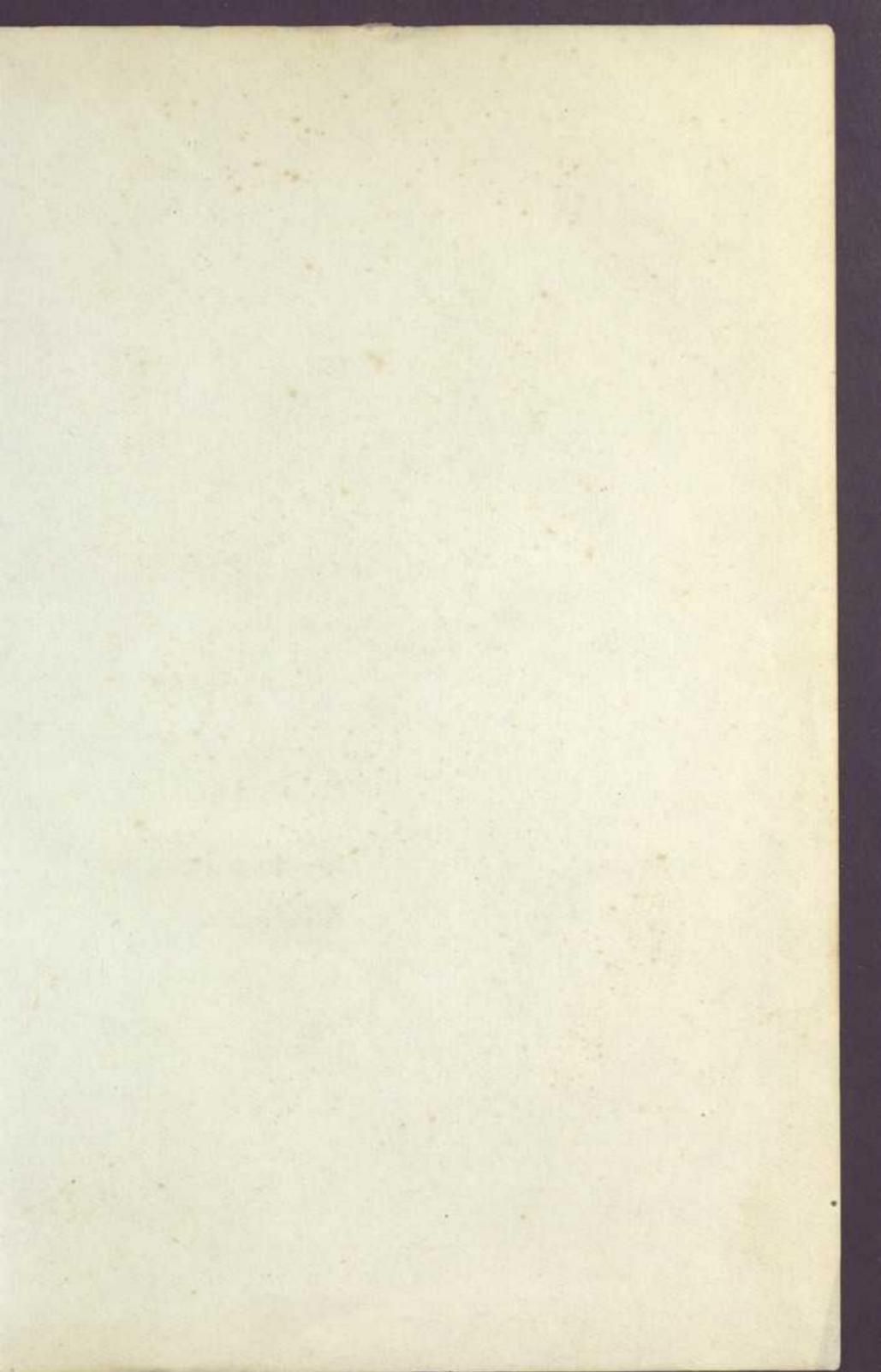
Recientemente hemos podido admirar a la gran artista italiana Alida Valli, hoy en Hollywood, ofreciéndonos una muestra de su genial temperamento, interpretando a Eugenia Grandet, en la más impresionante película del mismo título.

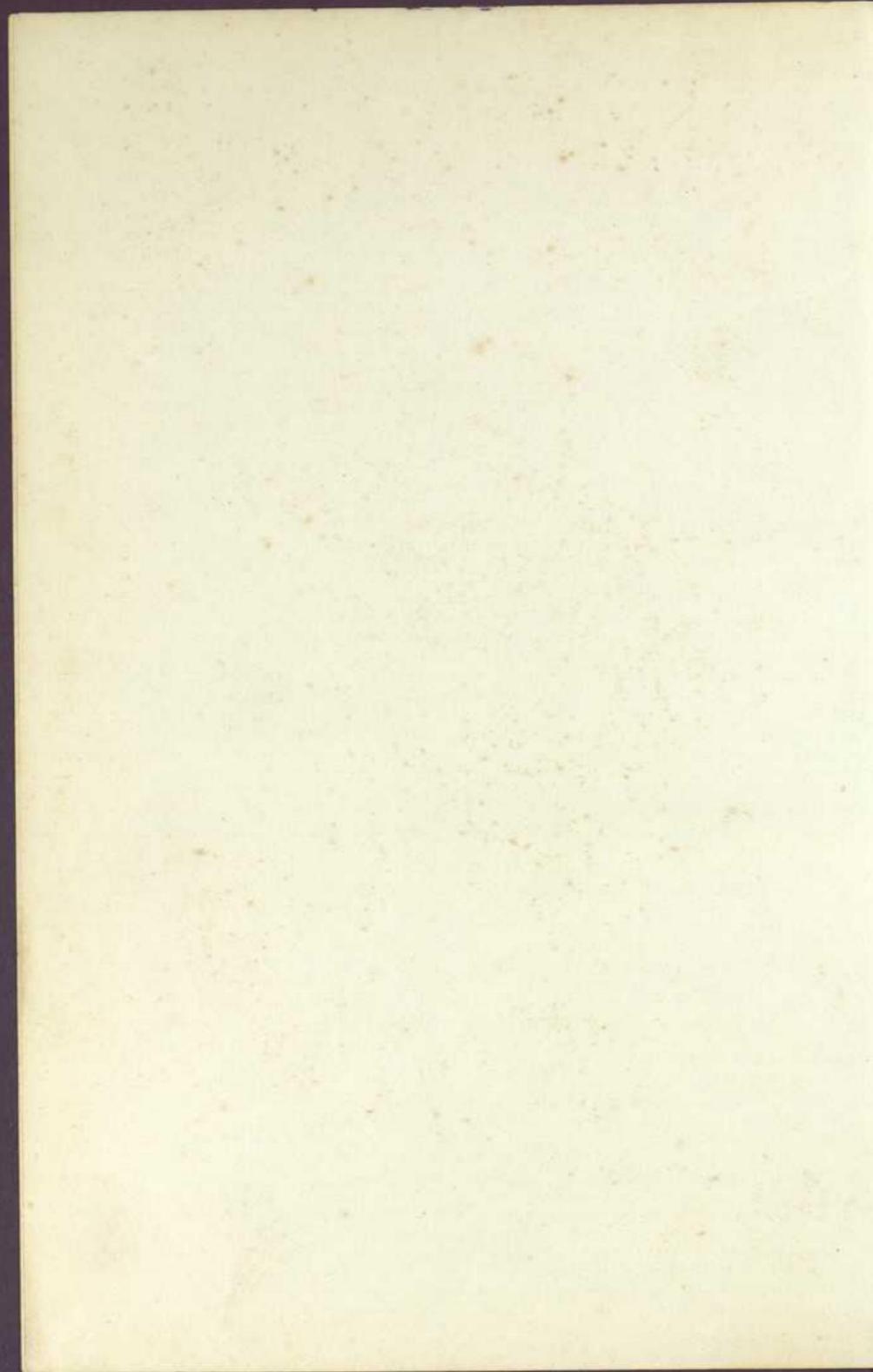
EDICIONES SIGLO XX

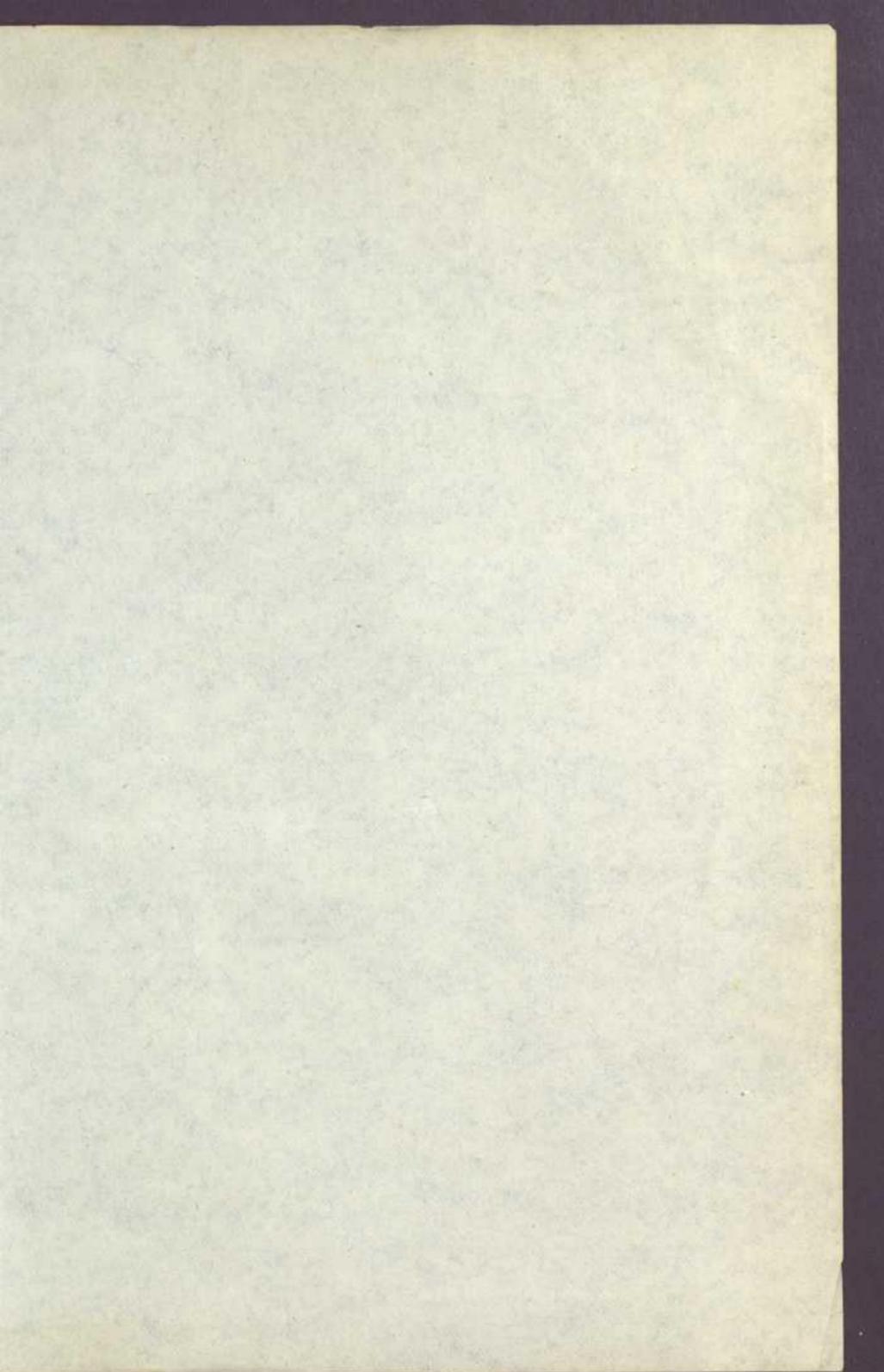
Avda. José Antonio, 43

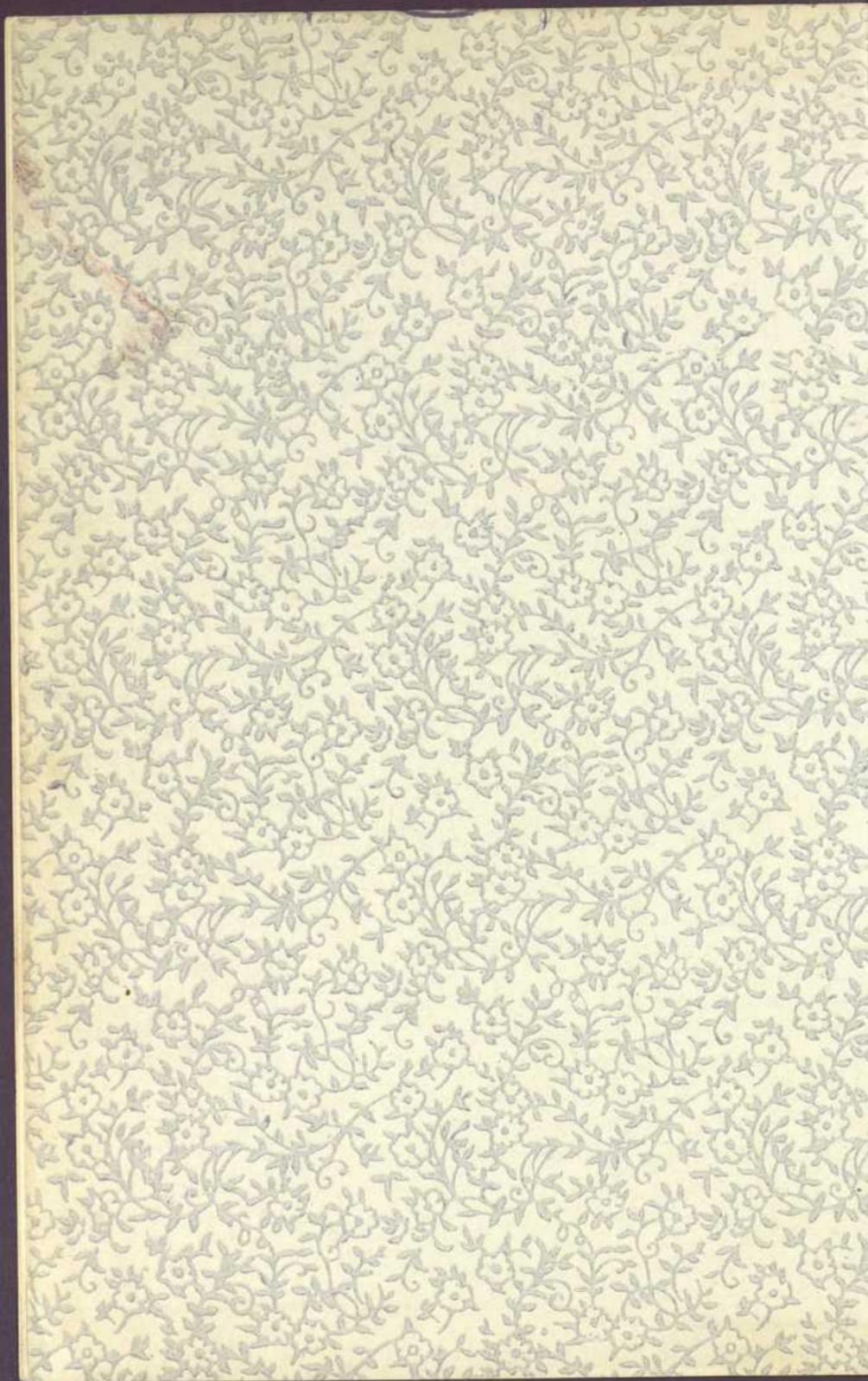
MADRID

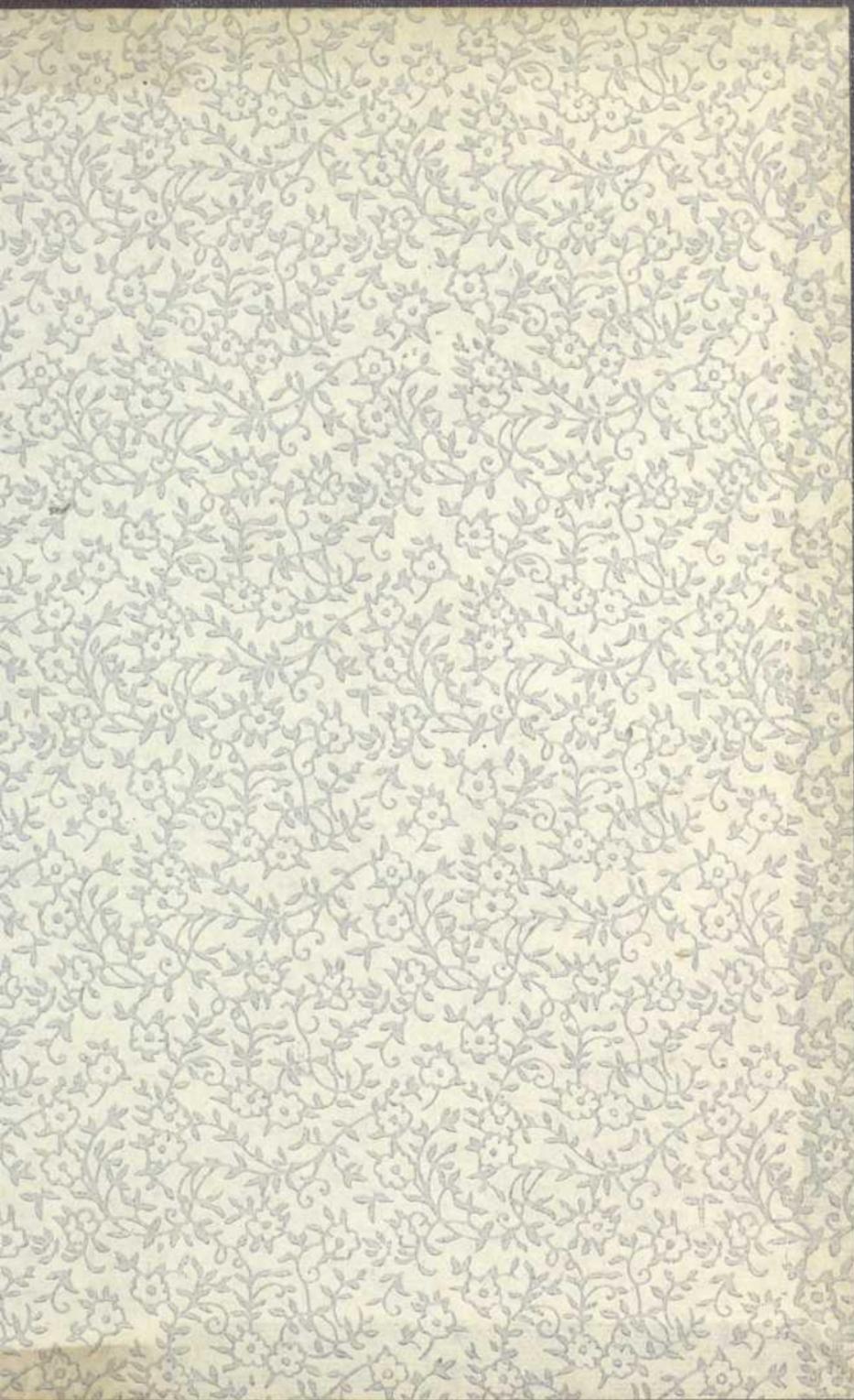


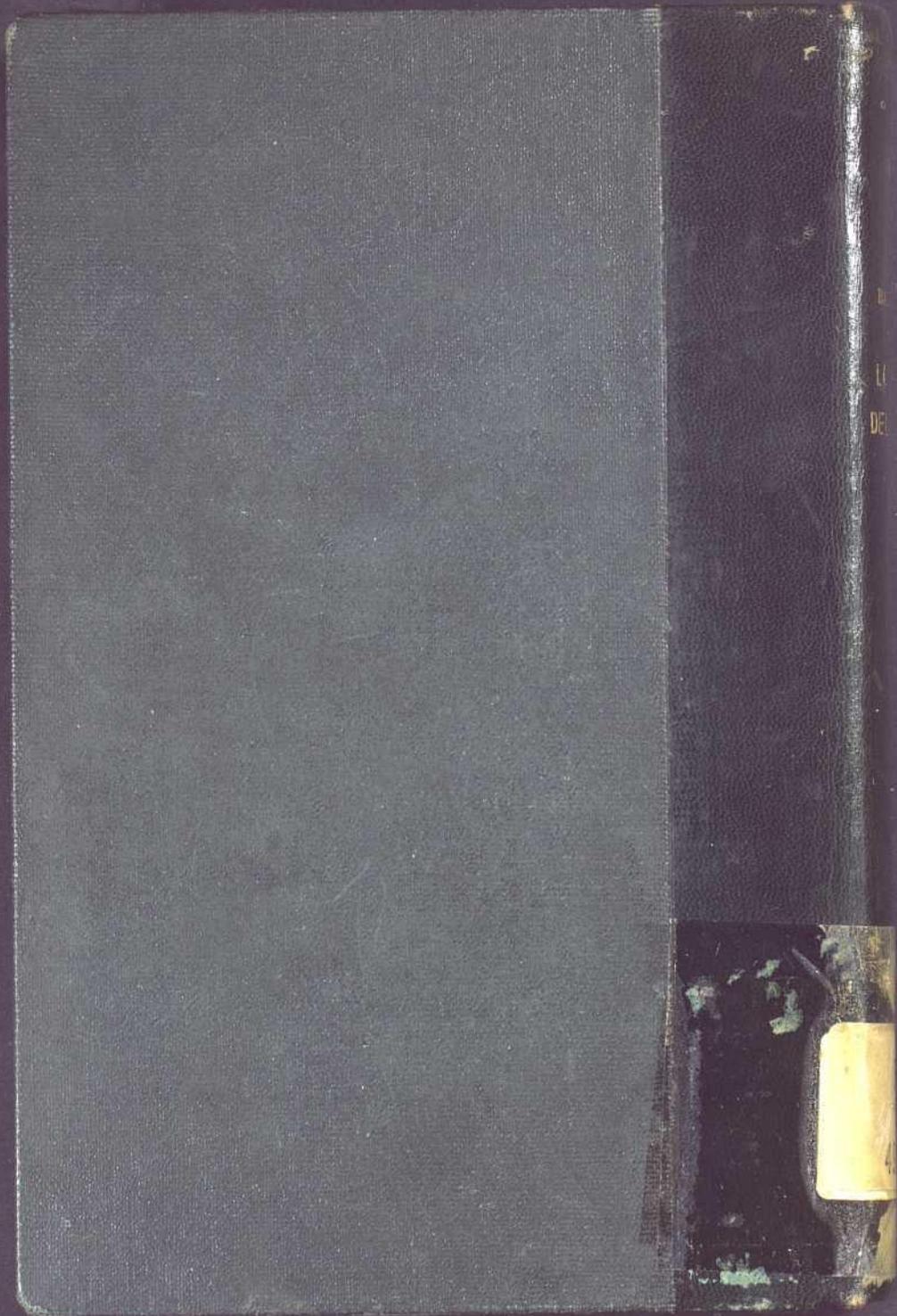












BALAGUER

LA BANDERA
DE LA MUERTE

F A

990